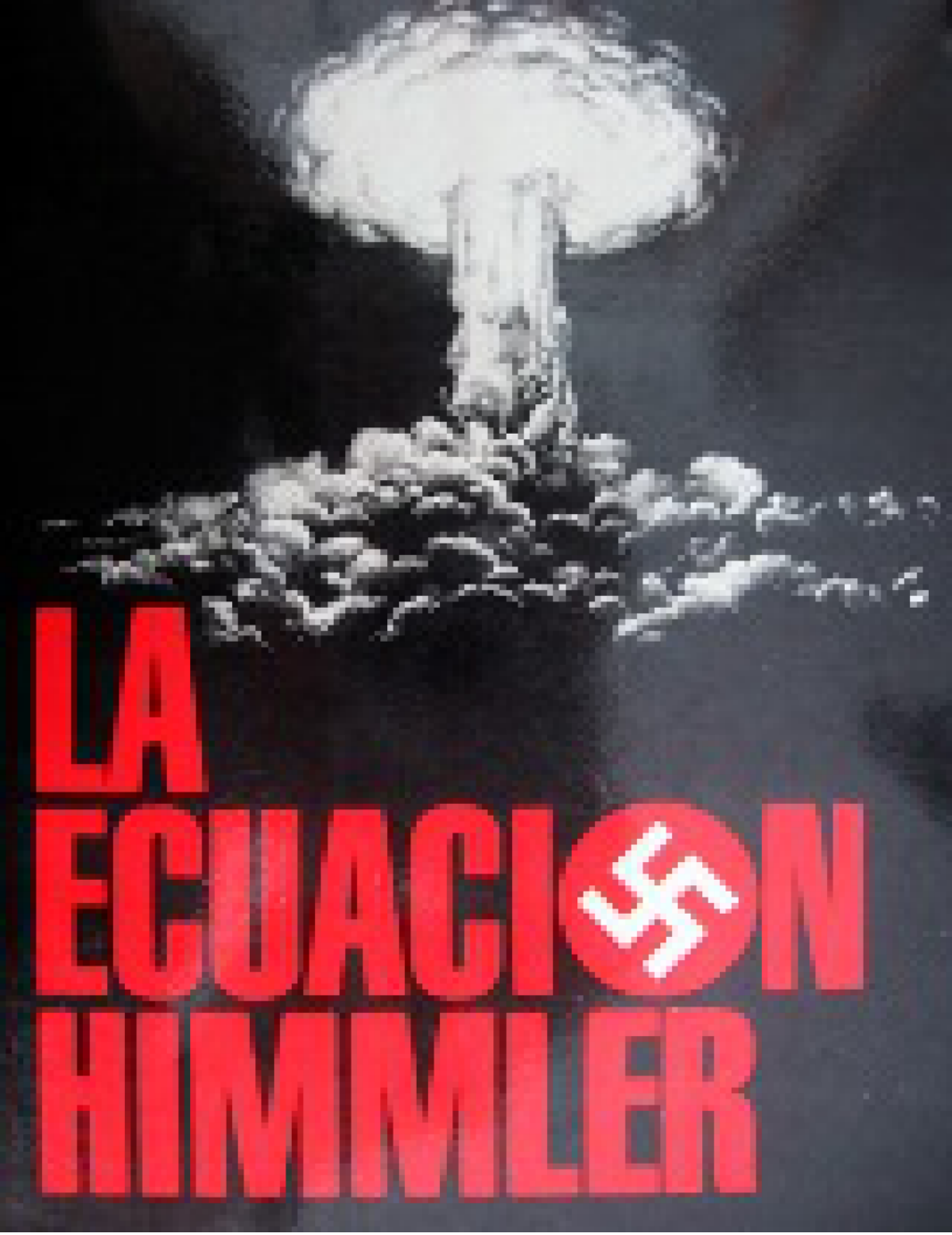
LA
ECUACIÓN
HIMMLER

WILLIAM P. KENNEDY

LA ECUACIÓN HIMMLER

Vergara

William P. Kennedy es el autor de *Code Conquistador, The Masakado Lesson* y *Soldados de juguete* (de próxima aparición en esta editorial). Economista y periodista especializado en temas del mundo empresario, en la actualidad es presidente de una firma de publicidad y relaciones públicas dedicada a los sistemas y productos de elevada tecnología. Vive en Riverside, Connecticut.

WILLIAM P. KENNEDY

LA ECUACIÓN HIMMLER

javier vergara editor
Buenos Aires/Madrid/México/Santiago de Chile

Título original

THE HIMMLER EQUAT1ON

Edición original

St. Martin's Press

Traducción Aníbal Leal

©1989 by William P. Kennedy

© 1991 by Javier Vergara Editor S.A.

San Martín 969 / Buenos Aires / Argentina.

ISBN 950-15-1091-3

Impreso en la Argentina/Printed in Argentine.

Depositado de acuerdo a la Ley 11.723

Esta edición terminó de imprimirse en VERLAP S.A.

Producciones Gráficas Vieytes 1534 - Buenos Aires

Argentina en el mes de junio de 1991

A *Rena y Marge*

En agradecimiento por sus palabras sencillas

ÍNDICE

INVIERNO DE 1944 5

PRIMAVERA DE 1944 68

VERANO DE 1944 117

OTOÑO DE 1944 166

INVIERNO DE 1945 198

PRIMAVERA DE 1945 231

INVIERNO DE 1944

Hacia fines de 1943 habían comenzado a aparecer gigantescas grietas en los bordes del Tercer Reich. Hacia el este, se había invertido el avance en Rusia. Los ejércitos alemanes se retiraban de Crimea, se había levantado el sitio de Leningrado, y los ejércitos septentrionales de Rusia habían llegado a los estados bálticos. Al sur, Rommel había abandonado África, y Sicilia había caído, entregando a los aliados el control del Mediterráneo. Los ejércitos norteamericano y británico estaban en Italia meridional, y el gobierno italiano se había retirado de la guerra. En el oeste, los convoyes norteamericanos navegaban sobre los ataúdes de los submarinos hundidos, transportando suministros pata los permanentes ataques aéreos que partían de los aeródromos ingleses. En todos los puntos del compás había motivos para abrigar la esperanza de que Alemania pronto sería derrotada. Pero incluso todavía así, la fortaleza Europa estaba intacta. La totalidad de Europa Oriental separaba al Ejército Rojo del territorio alemán. El muro occidental, frente al Ca-. nal de la Mancha, parecía inexpugnable. No había un solo soldado aliado en suelo alemán. Aún no había sido posible liberar a uno solo de los países conquistados por los alemanes, desde las extremidades árticas de Noruega a ¡a costa francesa del Mediterráneo. Incluso en Italia, el avance aliado había sido detenido por las tropas alemanas que remplazaron a los italianos que se habían rendido. Las amenazas alemanas (que mencionaban) un gigantesco contraataque en primavera parecían completamente verosímiles. Era peligroso ignorar los alardes de Hiller acerca de nuevas armas,secretas que destruirían en un segundo a los aliados.

Estocolmo - 3 de enero

El profesor Nils Bergman dio cuerda al lujoso reloj de bolsillo y se lo acercó al oído. Sonrió al oír el tic-tac rítmico. Hacía un año que tenía la pequeña máquina, de todos modos estaba seguro de que continuaría funcionando, exactamente como el reloj gigantesco que es el universo, incluso aunque nadie escuchara su sonido. No era que se propusiera utilizar el reloj. Bergman lo tenía más como un complemento de su atuendo que con una finalidad práctica. En su bienamada especialidad que era la física el tiempo se medía en milenios. Excepto cuando uno controlaba la velocidad de los rápidos neutrones que él había explorado, y en ese caso contaba en milmillonésimas de segundo. Su reloj no servía en ninguno de los dos aspectos.

Lo deslizó en el interior del bolsillo del chaleco de su traje de

grueso tweed, alisó la chaqueta, y después retrocedió un paso para mirarse en el espejo de cuerpo entero. El traje, usado por él sólo una vez anteriormente, se adaptaba bien a su talle alto y era cómodo para sus anchos hombros. Pero le apretaba el estómago. Hundió el vientre, y admiró un físico que era juvenil para sus cuarenta y seis años. Después, exhaló y vio cómo los botones del chaleco se ponían tensos.

-Ridículo -reconoció, dejando caer los hombros en un gesto de desesperación-. ¿Por qué me estoy vistiendo para impresionar a los alemanes? Herr Diebner es quien deberá vestirse para impresionarme. ¿Quién demonios oyó hablar jamás de Kurt Diebner?

-Todos los científicos alemanes estarán allí -le recordó Magda. Se acercó por detrás, de modo que él pudo verla reflejada en el espejo, y le arregló el cuello de la camisa-. Son personas muy formales. De veras, deberías llevar un traje oscuro.

-O un uniforme -se burló Bergman-. Entiendo que en los tiempos que corren en Alemania todos usan uniforme. Con botas de montar. ¿Qué aspecto tendría de uniforme?

Se volvió lentamente y advirtió que ella inclinaba la cara porque no quería que Bergman viese las lágrimas que le habían empañado los ojos desde que él recibiera por primera vez la invitación de Alemania.

-Quizá no debería ir -propuso Bergman, abrazando a Magda. Pero ella le apartó y se volvió hacia la cama, donde la maleta de Bergman ya estaba medio llena.

-Tienen mi trabajo. Mis escritos -insistió-. ¿Qué más necesitan?

-Es lo que tú necesitas -le recordó ella por centésima vez en la última semana-. Necesitas la oportunidad de demostrar tus teorías. Mereces esa oportunidad. -Tomó el grueso suéter de lana de la pila de ropa depositada sobre la mesa y lo introdujo en la maleta-. Este es todo el uniforme que necesitas.

El suéter era su bata de laboratorio. Cuando trabajaba en el laboratorio se lo ponía sobre un par de gruesos pantalones de pana. Cuando trabajaba en casa -que era la mayoría de las veces- generalmente lo usaba sobre el pantalón del pijama. Muchos cuadernos. Unos pocos lápices afilados. Y su suéter. Ese era todo el equipo de laboratorio que él había necesitado siempre. Pero con esos pocos instrumentos había formulado una teoría de la fisión nuclear en los metales pesados -una teoría demostrada matemáticamente por Lise

Meitner antes de que ella huyera de Alemania. Con seis páginas de ecuaciones garabateadas había calculado la velocidad de un neutrón y demostrado la imposibilidad de que los neutrones chocasen con un número suficiente de núcleos como para provocar una reacción en cadena. Y después, había teorizado las características de los materiales moderadores ideales, que aminorarían la velocidad de los neutrones y aumentarían las posibilidades de una reacción en cadena.

Nominalmente era profesor de física teórica de la Universidad de Estocolmo. Pero no se había acercado a la facultad en casi cinco años. En cambio, trabajaba en el "laboratorio", una pequeña oficina que la universidad le había asignado en un edificio próximo a su residencia, con la ayuda de una secretaria cuyo sueldo pagaba la propia universidad.

Desde el punto de vista profesional era miembro de una comunidad internacional de matemáticos y físicos que comenzaban a develar los secretos de la materia. Pero jamás había visto a la mayoría de sus miembros. Como los demás, trabajaba solo, publicaba sus ideas en oscuros periódicos que eran inteligibles sólo para una reducida fraternidad, y leía las críticas de sus teorías en las ediciones de los meses siguientes. Los científicos eran todos colegas en la búsqueda de la verdad. Pero al mismo tiempo eran ásperos rivales por el prestigio profesional.

Había oído decir que los alemanes estaban avanzando más allá de la teoría. Cuando invadieron Bélgica, se habían apoderado de la mitad del suministro mundial de uranio, recién llegado de la colonia belga en el Congo. Y cuando Noruega se rindió, había caído en sus manos la única fuente mundial de agua pesada. En consecuencia, disponían del material fisionable, y contaban con una importante sustancia moderadora. De acuerdo con los físicos

judíos que habían huido del país, los alemanes en efecto ahora se proponían construir el reactor que demostraría las teorías que Bergman había elaborado con lápiz y papel. Nils Bergman se sentía rezagado.

Y entonces, apenas un mes antes, había recibido una carta de Kurt Diebner invitándolo a colaborar en el esfuerzo. Bergman nunca había oído hablar de Diebner. Ciertamente, el nuevo ministro nazi de Ciencias no era miembro de la fraternidad. La carta había mencionado la participación de Werner Heisenberg en el equipo alemán, y Bergman conocía a Heisenberg. Nunca se había encontrado con el genio alemán; aunque había leído sus trabajos y admirado sus

percepciones. Si alguien podía demostrar una reacción en cadena, era precisamente él. Pero, ¿por qué Bergman debía permitir que otro -aunque fuese tan brillante como Heisenberg- cosechase el mérito correspondiente a la demostración de sus teorías? Los alemanes estaban ofreciéndole la oportunidad de demostrarlas él mismo.

-¿Qué hora es? -preguntó, olvidando que acababa de poner en hora su reloj.

Magda rió mientras ajustaba las correas de la maleta.

-Dispones de mucho tiempo. Birgit no llegará antes de quince minutos. Incluso si se retrasa, como de costumbre, alcanzarás tu tren.

Bergman tomó la maleta y siguió a Magda escaleras abajo, en dirección a la salila cuyo mueble principal era el escritorio de tapa corrediza. No tenía sentido excusar el retraso de Birgit. Magda criticaba a todas las mujeres que se acercaban a Nils, y como Birgit era su secretaria, se había convertido también en la acompañante permanente de Nils.

-Tal vez debieras acompañarme en este viaje -propuso Bergman. Era un gesto amable. El y Magda habían hablado del asunto muchas veces y convenido en que, cuando él creyera que había llegado el momento de reunirse en Alemania, mandaría buscarla. Pero ahora se separarían por primera vez en los cuatro años desde que ella había ido a compartir el hogar del científico. Era un momento triste para Magda, y él pensó que su ofrecimiento facilitaría la separación.

-Iré cuando lo creas conveniente -contestó Magda. Después, trató de sonreír y abrió los brazos para recibir a Nils. El sonido de la bocina del Volvo en el sendero interrumpió el beso de despedida.

Birgit metió la maleta en el portaequipaje mientras Magda y Nils hablaban en la escalera del frente. Ella mantuvo abierta la puerta mientras el profesor ascendía al asiento delantero, e hizo un gesto a Magda mientras el auto comenzaba a avanzar por el sendero. Después, Birgit se volvió hacia Nils y comenzó a hablar de los arreglos.

-El tren sale a mediodía -dijo, mientras le entregaba los billetes que descansaban sobre el panel-. Llega a Halsingborg a las nueve. Un automóvil le recibirá en la estación y le llevará al trasbordador. Herr Diebner se encontrará con usted cuando desembarque del trasbordador en Dinamarca.

Sin apartar los ojos del camino, Birgit metió una mano en su

bolso, que estaba entre los dos asientos.

-Aquí tiene las reservas del trasbordador. -De nuevo metió la mano en el bolso.- Y estas son las reservas del hotel en Berlín. Se alojará allí unas pocas noches mientras Diebner le muestra algunas de las casas disponibles cerca del Instituto Kaiser Guillermo. Ahora, con respecto a su cuenta bancaria...

-Birgit, si no reduce la velocidad, no viviré lo suficiente para llegar al tren, y mucho menos a Berlín.

La joven vio que la aguja del velocímetro rozaba los 120 kilómetros, una velocidad excesiva para un camino rural salpicado de hielo. Rió, y retiró el pie del acelerador.

Bergman apenas prestó atención a los detalles de las cuentas bancarias personales que ella le había abierto en Berlín. En cambio, se preguntó cómo se las arreglaría sin su secretaria. Atendía todos los detalles profesionales de su vida. Tenía tanta energía, y la administraba tan eficazmente. Parecía que las cosas se resolvían antes siquiera de que él hubiese decidido considerarlas. Si hubiera podido llevarlas a ambas. Birgit no se habría opuesto. Parecía aceptar su papel de ayudante y secretaria sin contemplar la posibilidad de una relación más personal. Pero Magda nunca lo toleraría. Consideraba que Birgit era su rival en la disputa por el tiempo y la atención de Bergman. El había concebido la posibilidad de una relación romántica con Birgit. Era una fantasía que Bergman podía alimentar fácilmente. Birgit era varios años más joven que Magda, probablemente no tenía más de treinta y cinco años, y poseía una sorprendente belleza, por lo menos para el gusto de Bergman. Los largos cabellos rubios y los ojos muy azules atestiguaban su linaje nórdico. Tenía la figura esbelta y atléti-ca, que irradiaba esa energía tan evidente en su trabajo. Y su boca pequeña y graciosa parecía invitar al beso.

También era inteligente, una matemática diplomada que podía comprender la mayor parte del trabajo de Bergman. Sin duda, podía ocupar partes de la vida de Bergman que estaban fuera del alcance del Magda, quien no tenía la más mínima idea de lo que podía significar el lenguaje de los símbolos y los números. Birgit había viajado. Varios años en Alemania, un año en Estados Unidos, y después dos años en Inglaterra. Había visitado la Universidad de Columbia, donde Fermi había trasladado su trabajo después de salir de Italia. Y también había asistido a una serie de conferencias de Lindemann en la Universidad de Londres. Podía compartir el entusiasmo de Bergman por ideas que nadie más lograba siquiera comenzar a entender.

A veces Bergman se había preguntado por qué él mismo vacilaba. Era un soltero que tenía todo el derecho del mundo a cambiar de amantes en función del cambio de sus propias necesidades y deseos. Pero la respuesta se manifestaba con claridad casi en el mismo momento de formular el interrogante. Amaba a Magda. Y ella le amaba, como lo demostraba en cada una de sus actitudes, en los cuidados que dispensaba a Bergman y a su hogar. La belleza y el brillo de Birgit carecía de importancia. Era una excelente ayudante. Pero nunca podría ser Magda.

Percibió que el automóvil aminoraba la marcha y miró a través del parabrisas sucio. Un automóvil -parecía un Mercedes estaba incruzado en el camino, la parte delantera aprisionada contra un árbol. Dos hombres protegidos por gruesos abrigos hacían señales.

-Maldición -dijo Birgit, apretando el freno-. No disponemos de tiempo para detenernos.

Nils Bergman se encogió de hombros. No tenían alternativa. Había que ayudar a mover el coche de manera que ellos pudieran pasar.

Descendió el cristal de la ventanilla mientras el automóvil se detenía cerca de los dos hombres. Pero antes de que pudiese decir una palabra, una mano enguantada se deslizó en el interior del coche y soltó la cerradura de la puerta, y esta se abrió completamente. Se volvió desconcertado hacia Birgit y vio que otra mano entraba por la ventanilla de la joven y apagaba el encendido. Cuando volvió a mirar hacia su costado vio el cañón de una pistola.

Todo sucedió sin que nadie dijese una palabra. Birgit fue retirada del automóvil y llevada hacia el Mercedes que estaba cruzado en el camino. Su lugar fue ocupado por un tercer hombre que se puso detrás del volante del Volvo y encendió el motor. La puerta del lado de Bergman fue cerrada con un fuerte golpe y el pistolero que le había amenazado se instaló de prisa en el asiento trasero. El Volvo se desvió hacia un lado, ejecutó una maniobra en U y aceleró en la dirección por la cual había venido.

Bergman se volvió y miró más allá del hombre que estaba en el asiento trasero, sin hacer caso de la pistola que aún le apuntaba la cara. Vio cómo el Mercedes se apartaba del árbol y después viraba para seguirlos.

-Me llamo Thomas Haller, y soy mayor de la Primera Brigada

Británica Aerotransportada. Nuestro chófer es el sargento Towers, que también pertenece al cuerpo de los Demonios Rojos.

El conductor asintió como reconociendo la presentación.

-¿Ingleses? -preguntó Bergman, con evidente confusión. ¿Cómo sabían que él hablaba inglés?

Haller hizo un gesto con la pistola.

-Estos malditos artefactos me ponen nervioso. De buena gana lo guardaré si usted promete... me da su palabra...

Sus ojos se volvieron hacia la portezuela.

Bergman miró hacia el camino, que pasaba veloz a más de 100 kilómetros por hora.

-No me propongo saltar, si se refiere a eso.

-Bien -dijo Haller con sincero alivio. Abrió la chaqueta y deslizó la pistola en una cartuchera que tenía bajo la prenda.

-Sé que todo esto es inquietante para usted. Trataremos de que no sea demasiado desagradable. -Vio que los ojos de Bergman se volvían hacia la ventanilla trasera y se fijaban en el automóvil que los seguía.- No tiene nada que temer -dijo-. Su ayudanta está en buenas manos. Estoy seguro de que mi gente hace todo lo posible para evitar que se atemorice.

Bergman aún estaba demasiado asombrado para protestar, y se sentía intimidado por la corpulencia física del hombre que se había acomodado despreocupadamente en el asiento que estaba detrás. El mayor hacía todos los esfuerzos posibles para mostrarse cortés. Pero tenía las manos fuertes y duras, e incluso el fragmento de antebrazo que aparecía bajo sus mangas era grueso y musculoso. Los ojos tenían una expresión cordial y la sonrisa era completamente sincera. Las arrugas de las comisuras de los ojos sugerían la costumbre de mirar el sol más que el comienzo de la vejez, y su cuello formaba una línea recta hacia abajo y ocupaba todo el ancho de la mandíbula. Era un hombre agradable, probablemente simpático en el curso de la conversación. Pero era también un hombre poderoso, que ciertamente podía mostrarse brutal cuando quería imponer su voluntad.

-No entiendo. ¿De qué se trata?

Haller extrajo un arrugado paquete de cigarrillos del bolsillo de su chaqueta y ofreció uno a Bergman. El profesor meneó la cabeza.

-No quiero entrar en los detalles -dijo Haller mientras buscaba un fósforo en sus bolsillos-. Algunos de los nuestros quieren hablar con usted antes de que vaya a Berlín. Me pidieron que lo llevase.

-¿Soldados ingleses? ¿Aquí en Suecia? ¿Dónde?

El mayor encontró sus fósforos y con uno encendió su cigarrillo.

-No, no aquí en Suecia. Están en Inglaterra. Sospecho que en Londres.

-¿En Inglaterra? -Bergman sabía que parecía tonto al limitarse a repetir las palabras de Haller. Pero estaba demasiado confundido para extraer conclusiones lógicas.

-Vamos hasta el lugar donde hay un avión -explicó Haller, mientras miraba con aire distraído hacia la campiña-. Esta noche se encontrará en Londres.

Bergman organizó los fragmentos que ahora comenzaba a entender. Había sido detenido por agentes británicos, secuestrado, y lo llevaban a un avión que lo trasladaría a Inglaterra. Y todo esto lo hacía un oficial británico cuya actitud parecía sugerir que era cosa rutinaria.

-No -balbuceó finalmente tratando de dominar la cólera que comenzaba a acentuarse-. No, no voy a Inglaterra. Soy ciudadano sueco y somos un país neutral. No tienen derecho a detenerme. No tienen derecho a llevarme a dónde no deseo ir. Y no quiero ir a Inglaterra.

-Por supuesto, tiene razón -coincidió Haller.

-Entonces, ordene que este automóvil dé la vuelta y lléveme de regreso. Necesito estar en Estocolmo antes de una hora. -Trató de controlarse y de ponerse en el mismo nivel que la arrogante calma de su secuestrador.- Quizás otra vez. Pero en este momento no puedo intercalar un viaje a Inglaterra.

-Profesor Bergman -contestó Haller, inclinándose hacia adelante en su asiento y clavando los ojos en su interlocutor-, a pesar de su neutralidad, está librándose una gran guerra. Soy soldado, y en

tiempo de guerra no discuto las órdenes. Las obedezco. Me ordenaron llevarle a un avión, y es exactamente lo que haré. Estoy seguro de que nuestros gobiernos tendrán mucho qué decirse acerca de esta insultante violación de sus derechos. Pero en este momento no me importan en absoluto sus privilegios como neutral. Lo que me importa es llevarle a Inglaterra. Ojalá que cómodamente. Pero a puntapiés en el trasero si eso es necesario.

Bergman se encogió, intimidado por el cambio que veía en Haller, cuyo tono súbitamente amenazador era más apremiante que la pistola que había esgrimido antes. No tenía más alternativa que obedecer. Tenía un hombre armado detrás y un soldado veterano al costado, de modo que no había esperanza de huir del automóvil. Y aunque hubiera podido hacerlo, ciertamente no estaba dispuesto a abandonar a Birgit. Estaba reducido a la impotencia, un prisionero de los británicos transportado hacia el oeste, al lugar de la cita con un avión inglés.

"¿Cómo lo habían capturado? ¿Cómo sabían el camino que seguirían y la hora exacta a la cual debía pasar? Y para el caso, ¿cómo sabían lo de Berlín?" No había hablado de sus planes ni siquiera con la gente de la universidad; sólo había dicho que se tomaría un breve descanso. Sabía que el mundo estaba dividido en dos bandos en guerra. Personalmente, la guerra le importaba un comino. La ciencia no tomaba partido y el desarrollo de sus teorías nada sabía de la política. Pero comprendía que la universidad tenía que ser parte de la neutralidad de su país. De modo que nunca les había informado del lugar al que se dirigía. O de sus motivos.

Sin embargo, los ingleses lo sabían. Y al parecer, para ellos era importante que los alemanes no fuesen los primeros en realizar la fisión de los metales pesados. ¿Por qué? ¿Por qué, en nombre de Dios, su rivalidad con los restantes físicos se relacionaba con la guerra absurda que los ingleses y los alemanes estaban librando?

-¿Pueden darme ese cigarrillo? -preguntó, volviéndose sumisamente hacia el oficial británico.

-Por supuesto -contestó Haller, y su actitud amable se restableció. Le ofreció el paquete, y encendió un fósforo. Bergman apenas pudo sostener el cigarrillo con la firmeza necesaria para acercarlo a la llama.

Esperaron en una pequeña finca que estaba sobre el borde de un campo helado, Bergman y Birgit solos frente a una mesa de cocina

cubierta de linóleo, mientras los británicos se paseaban nerviosamente en la sala. El científico repasó todos sus interrogantes, y el silencio de Birgit confirmó su sensación de desconcierto. Al parecer, ella no sabía de qué modo los ingleses habían conocido los planes de Bergman, o por qué les preocupaba la invitación que él había recibido para ir a Berlín.

-A menos que crean esa tontería acerca de la bomba de uranio -dijo finalmente Bergman. Meneó la cabeza, desesperado. Algunos de sus colegas habían expresado la posibilidad de que la rápida fisión del uranio pudiera producir una explosión de enorme energía. Pero se necesitarían miles de toneladas del material.

Albert Einstein había calculado que el transporte de una bomba de uranio exigía por lo menos un acorazado.

-Dios mío -comprendió de pronto, y de un salto se puso de pie-. Si eso es lo que creen, jamás me permitirán ir a Alemania. Ni siquiera me permitirán regresar a Suecia. Me mantendrán escondido toda la guerra.

Birgit no dijo palabra.

-Y a usted -razonó, paseándose en un estrecho círculo alrededor de la mesa-. Tampoco le permitirán volver. Querrán que mi desaparición se mantenga en secreto. No la dejarán en libertad para que diga a nuestra gente dónde estuve y lo que me sucedió.

Continuó caminando, imaginando posibilidades cada vez peores, a medida que la penumbra del anochecer ensombrecía la habitación.

-Seguramente quieren algo de nosotros. Si solamente deseaban evitar que trabajase con los alemanes, podrían haberme matado cuando detuvieron el automóvil. Si me llevan a Inglaterra, es porque quieren que trabaje en ese país. ¿Usted cree que los ingleses están tratando de construir una bomba de uranio?

Pero Birgit no agregó nada a esa búsqueda de explicaciones. Permaneció sentada, inmóvil, frente a la mesa, la cara hundida en las manos.

Se irguió bruscamente cuando oyó por primera vez el sonido de los motores, y se volvió para mirar a Bergman, que había corrido hacia la ventana. Los ingleses habían instalado unas pequeñas luces, marcando las esquinas del campo, y los motores del avión parecían

describir círculos, y zumbar más ruidosamente a medida que se acercaban al lugar de aterrizaje. Bergman vio la forma del avión que relucía sobre las copas de los árboles.

-Mire -gritó, tratando de atraer la atención de Birgit. Pero ella volvió la cabeza, y de nuevo la hundió en sus manos.

-Tenemos que huir -exclamó Bergman, corriendo hacia la puerta. Pero esta se abrió en su cara y en la abertura apareció el mayor Haller.

-Hora de salir, profesor -dijo amablemente. Deslizó el brazo bajo el de Bergman, y el sargento se puso al otro lado del científico.

Bergman se volvió y vio a Birgit sentada frente a la mesa, la cara todavía oculta. Y entonces comprendió.

-Usted es uno de ellos -dijo Bergman, con una voz que era apenas un murmullo. Pero Birgit lo oyó como si hubiese estado esperando esas palabras. Le miró, y tenía la cara cubierta de lágrimas. Asintió una sola vez.

Bergman desprendió su brazo del apretón del sargento y se acercó a ella.

-Usted ha planeado esto. Usted les dijo dónde iba y dónde encontrarme. -Aún no había encontrado su propia cólera. Todavía se debatía para creer en sus propias palabras.- ¿Por qué? ¿Por qué me ha hecho esto?

Birgit se levantó de un salto, como si quisiera correr hacia los brazos de Bergman. Pero se detuvo cerca de la mesa.

-Tuve que hacerlo -rogó-. No tuve alternativa.

-¿Por qué? -preguntó Bergman.

Ella meneó lentamente la cabeza, en un gesto de impotencia.

-Querido, querido amigo. Usted todavía no entiende. Todavía no sabe lo que ellos quieren, ¿verdad?

-¿Por qué? -gritó él, tratando de desprenderse del apretón de Haller.

-Porque los alemanes quieren que usted les fabrique su bomba -gritó Birgit, y ahora emergía su propia cólera contenida-. Porque no

les importa nada de sus teorías atómicas. Lo que desean es la bomba atómica, y usted va a ayudarles a fabricarla.

Bergman retrocedió como si lo hubiesen abofeteado.

-No... no -comenzó a explicar. Miró a Haller, y después de nuevo a Birgit-. No tengo nada que ver con esta guerra. La odio. Jamás construiría una bomba.

-Usted cree que son científicos, como usted mismo -dijo Birgit con simpatía-. Pero no los conoce. Son asesinos. Asesinos enloquecidos. Necesitan que les construyan su bomba para continuar matando.

Bergman meneó la cabeza, incrédulo. ¿De dónde extraía ella tales ideas? El jamás intervendría en la matanza. Era un hombre de ciencia.

Ella extendió los dedos hacia la mejilla de Bergman.

-Usted no comprende lo que es el mal, ¿verdad? Ni siquiera puede creer que existe.

Bergman le apartó bruscamente la mano.

-No me toque -siseó.

-Por favor -rogó Birgit-. Por favor, comprenda. No tenía alternativa.

Se abalanzó sobre ella, y la habría golpeado si el sargento no le aferra del brazo y se lo retuerce sobre la espalda.

-Por favor -murmuró Birgit.

-Usted me traicionó -gritó Bergman, apartándose de ella. Desprendió sus brazos de sus captores, y comenzó a caminar por propia voluntad entre ellos.

-Por favor -le gritó Birgit-. No tenía alternativa. -Pero Bergman ni siquiera se volvió para mirarla.

Los tres hombres avanzaron rápidamente hacia el avión, un pequeño bombardero Blenheim de dos motores, con sus hélices que aún giraban y el depósito de bombas ya abierto.

-Disculpe las comodidades -bromeó Haller mientras ayudaba a

Bergman a meterse en el depósito, y le empujaba hacia el vientre del avión. Había un pequeño asiento fijado al extremo delantero del depósito de bombas. El sargento sujetó las correas de seguridad, y después entregó al científico un casco de cuero con una máscara de oxígeno.

-Póngasela cuando el piloto se lo diga -explicó Haller-. Si tiene que elevarse mucho, usted necesitará el oxígeno.

Bergman vio que el mayor y el sargento inclinaban la cabeza y desaparecían detrás de una de las puertas del depósito de bombas. Un segundo después oyó el movimiento del motor y vio cómo las puertas se cerraban bajo sus pies.

La voz del piloto llegó por los auriculares, para decirle que se pusiese el casco y asegurase la máscara. Después, los motores rugieron y el avión comenzó a temblar.

El Blenheim rodó hasta el extremo del campo, aceleró los motores y se lanzó hacia adelante. La cola se elevó y la máquina cobró velocidad al abalanzarse hacia los árboles. En el último instante se elevó en el aire y planeó sobre las copas de los árboles. Birgit observó desde la ventana mientras la máquina viraba hacia el oeste.

El piloto ascendió a 1.400 metros, después niveló el curso y puso los motores a la velocidad máxima. El curso trazado sobre el mapa que el navegante sostenía sobre sus rodillas era una línea recta a través de Suecia, y después sobre el Skagerrak, a media distancia entre los aeródromos alemanes de la costa meridional de Noruega y el extremo norte de Dinamarca. El Blenheim sin lastre podía alcanzar una velocidad de casi 500 kilómetros por hora, mucho más que los hidroaviones y los anticuados Stukas asignados por la Luftwaffe a las patrullas de los sectores marinos septentrionales.

Llegaron a la línea de la costa. Había un dosel alto de nubes dispersas, y se filtraba luz lunar en la medida suficiente para que la situación fuese peligrosa. El piloto sabía que era fácil verles. Pero dada la velocidad del Blenheim, sería imposible alcanzarles.

El cabo Skagen pasó frente al extremo del ala izquierda, y a gran distancia, hacia el norte, sobre el extremo del ala derecha, pudieron ver el perfil oscuro de la línea costera de Kristiansand.

En pocos minutos más la tierra firme cedería el lugar al Mar del Norte, y desde allí tendrían paso seguro hasta el aeródromo de Blyth, cerca de la frontera con Escocia. El navegante manipuló los

controles de la radio, y comenzó a buscar la frecuencia de Blyth.

De pronto, hubo un relámpago a la izquierda. Antes de que el piloto pudiese volver la cabeza, sintió el golpe contra el fuselaje. Un instante después, una forma alada pasó frente a la cabina, con el escape del motor claramente visible.

-Santo Dios. -El navegante se agachó instintivamente. Hubo un segundo relámpago, y otra forma pasó rugiendo, a pocos metros sobre el Blenheim.- ¿Qué demonios son?

-Uno-noventa -contestó el piloto, que ya estaba manipulando los reguladores y accionando el control.

Bergman había estado debatiéndose para encontrar una posición cómoda en el asiento cuando un martillo gigante golpeó la pared metálica que había detrás. La explosión pareció conmover el mundo entero, y el chasquido cayó sobre su cuerpo como un latigazo. Ahora se vio empujado hacia atrás, hacia la cola del avión, colgando de las correas de seguridad, mientras la máquina comenzaba a ascender. Llamó por el micrófono que estaba unido a su casco de cuero. Pero no hubo respuesta; ni siquiera el sonido de su propia voz recorriendo la línea.

-¡Qué hacen aquí, malditos sean, los uno-noventa! -gritó el navegante, moviendo la cabeza para seguir al par de cazas alemanes que hacían un viraje cerrado para descargar otro ataque.

-Sospecho que están buscándonos -dijo con voz neutra el piloto-. Seguramente nos vieron llegar, y llamaron a los uno-noventa para que nos encontrasen en el camino de regreso. Será mejor que entremos en esa nube antes de que ellos ganen su Cruz de Hierro.

El navegante casi había abandonado su asiento, y observaba a los dos aviones que se ponían en línea detrás.

-¿Podemos trepar más alto que ellos? -preguntó.

-Es poco probable -contestó el piloto, moviendo los controles de las hélices para alcanzar la máxima potencia. El Focke-Wulf 190 había sido una desagradable sorpresa para los británicos cuando apareció sobre el Canal. El caza alemán, pequeño y rechoncho, era sobrado rival para los Spitfire de la RAF, y para los Thunderbolt y los Lightning norteamericanos. El Blenheim de dos motores no tenía la más mínima posibilidad.

-Aquí vienen -advirtió el navegante.

-Compruebe que nuestro amigo tiene oxígeno -contestó el piloto.

El navegante pronunció el nombre de Bergman.

-La condenada línea está muerta -informó.

Los Focke-Wulf alcanzaron rápidamente al Blenheim, que trataba de cobrar altura, y comenzaron a disparar. Las salvas de cañón alcanzaron el costado de la máquina. Varios pedazos del ala izquierda explotaron y desaparecieron en la noche. La cubierta de vidrio sobre la cabina de pronto quedó destrozada, y envió agujas de vidrio sobre la asustada tripulación, y al mismo tiempo permitió la entrada del frío aire nocturno. Los dos cazas pasaron rugiendo, y después iniciaron un ascenso, preparándose para el próximo ataque.

-Esos bastardos realmente están gozando -gritó el piloto.

-¿Dónde demonios están esas nubes? -preguntó el navegante.

Bergman no advirtió siquiera el segundo ataque hasta que las granadas explotaron contra el costado de su cárcel. El ruido era ensordecedor, y de pronto la luz relampagueó todo alrededor. Cerró con fuerza los ojos, esperando el sufrimiento que le recorrería el cuerpo. En cambio, recibió un fuerte golpe de aire frío. Miró, y lo sobresaltó ver la forma del ala. Había dos grandes orificios en el costado del fuselaje. El depósito de bombas estaba lleno de humo, pero el movimiento del aire estaba disipándolo rápidamente. Se revisó el pecho y las largas piernas, extendidas hacia adelante. Casi se echó a reír cuando comprobó que no había sufrido un solo rasguño.

Estaban alcanzando los 3.400 metros, pero no parecía que la cubierta de nubes estuviese más cerca. Y los cazas alemanes estaban preparándose para descargar otro ataque. Cuando ya se acercaban por la izquierda, el piloto viró el Blenheim en un giro brusco, en dirección a los alemanes, y bajó la nariz de la máquina para aumentar su velocidad. Los cañones relampaguearon en las alas de los cazas, pero la súbita maniobra del Blenheim los había sorprendido. Los proyectiles pasaron a ambos lados del avión británico sin tocarlo. Inmediatamente el Blenheim reinició el ascenso, buscando de nuevo la protección de las nubes.

La súbita maniobra golpeó la espalda de Bergman contra el mamparo.

-¡Qué está sucediendo! -gritó al micrófono, y después comprendió que la conexión había sido destruida. Se apretó contra la estructura del avión y esperó, tratando de recuperar el aliento, aterrorizado ante lo desconocido.

Habían llegado a los 4.200 metros cuando los primeros rastros de nubes cubrieron las alas. El piloto aminoró la velocidad.

Era una débil protección, y tenía que poner cuidado para evitar la intensa luz de la luna sobre la capa superior de nubes.

-¿Los hemos perdido?

El piloto meneó la cabeza.

-Todavía están ahí. Y el motor izquierdo está perdiendo fuerza. Creo que lo han alcanzado.

Los dos aviadores vieron caer la aguja que indicaba la presión de aceite del motor izquierdo, mientras la temperatura comenzaba a elevarse. El piloto manipuló los controles para detener el motor. Ahora que funcionaba un solo motor, la velocidad del bombardero disminuyó, y el altímetro comenzó a bajar.

-Si salimos de estas nubes estamos acabados -dijo el piloto, tratando de mantener alta la nariz de la máquina sin sacrificar la velocidad que el avión necesitaba para volar.

Bergman no podía respirar. Tragaba con todas sus fuerzas, tratando de extraer oxígeno de la máscara, pero el dolor agudo en el pecho no se le aliviaba. Encontró el tubo, comprobó que estaba conectado a la máscara, y siguió su recorrido hasta el tanque de oxígeno que colgaba arriba. Pero su mente de pronto comenzó a enturbiarse. No podía mover bien los ojos. Parpadeaba torpemente, tratando de concentrar la vista en el tubo. Y entonces descubrió lo que sucedía. El tubo estaba atrapado en una estructura de hierros retorcidos, sobre su cabeza. El depósito de oxígeno había sido destrozado por los disparos.

Durante varios minutos el Blenheim saltó y se balanceó, dentro de la envoltura turbulenta formada por las nubes. Pero después salió de nuevo a cielo abierto, a la débil luz de la luna.

-¿Dónde están? -gritó el navegante, su cabeza girando hacia todas las direcciones del compás-. No puedo verlos.

-Quizás encima de las nubes, buscándonos -gritó el piloto. Pero no estaba buscando a los alemanes. Concentraba su atención en los controles, mientras trataba de adaptar el avión al vuelo con un solo motor.

Bergman se arrancó la máscara de la cara, y trató de acercar la cabeza a la corriente de aire que entraba con fuerza. Absorbió el aire, obligando a su pecho a realizar la mecánica de la respiración. Pero el ardor en los pulmones se agravó, y el aturdimiento era más y más intenso. Se aferró a las estructuras de la máquina, y trató de acercarse al techo del depósito de bombas. Gritó al muro que lo separaba del piloto. Pero su voz carecía de fuerza. Estaba rogando por su vida en un murmullo.

-No los veo -repitió el navegante. El piloto no contestó. Había nivelado el Blenheim a 3.900 metros de altura, pero el avión desarrollaba sólo la mitad de su velocidad. Estaban a cielo abierto, y la máquina carecía de fuerza suficiente para ascender o maniobrar.

-Ruegue a Dios que no les vea. Si usted puede verles, seguro que ellos también nos ven. Y esto será como un tiro al blanco.

Bergman descargó puñetazos sobre el mamparo. Pero su puño ya no tenía fuerza. Gritó pidiendo ayuda. Pero no emitió ningún sonido. Tenía las piernas pesadas, y parecía que su cabeza caía hacia atrás. El torbellino de su cerebro le impedía pensar. Sintió que se debilitaba su propia mano. Cuando dirigió la mano libre hacia el mamparo, no alcanzó a llegar. Empezaba a deslizarse, y trató de hundir las uñas en el metal. Pero era inútil. Caía hacia atrás.

Dejó en blanco su mente. Era el único modo de suavizar el dolor que se difundía por su pecho.

Exploraron los cielos con la mirada, pero los alemanes parecían haberse alejado. La costa noruega había desaparecido al mismo tiempo.

-Abra la escotilla -ordenó el piloto al navegante-. Será mejor ver qué sucede con nuestro pasajero.

El navegante dirigió otra mirada cautelosa al cielo, y después aflojó el cinturón de seguridad y abandonó su asiento. Abrió la tapa que separaba el compartimiento de la tripulación del reducido espacio que había sobre el depósito de bombas. Después, se inclinó hacia la abertura.

Abajo, vio a Nils Bergman balanceándose suavemente en el espacio, el cuerpo colgando de la correa de seguridad. La mente más grande del mundo en el dominio de la física de los metales pesados había muerto por falta de oxígeno.

Londres -12 de enero

Por encima de sus anteojos el primer ministro miró hacia el reloj de pared con su péndulo que se balanceaba, y después desvió su atención hacia los papeles que esperaban bajo su pluma. Los tres visitantes comprendieron. Era el modo de decirles que su tiempo era valioso, y que disponían apenas de unos pocos segundos para atraer su interés.

-Gracias, primer, ministro -dijo el mariscal del aire Peter Ward-. Por supuesto, usted conoce a Lord Cherwell. -Hizo un gesto hacia Fredertck Lindemann, el principal físico nuclear del imperio, que había permanecido de pie a pesar del título que su trabajo le había conferido.- Y le presento a la capitana Emma Lloyd, que dirige nuestra sección de reconocimiento fotográfico.

Churchill hizo un gesto de asentimiento hacia Lindemann, y dirigió una mirada a la mujer regordeta de rasgos de querube que vestía el uniforme de la RAF. Parecía más una criada que la jefa del servicio de reconocimiento fotográfico de la RAF. Volvió los ojos hacia sus papeles.

-Me temo que tenemos información inquietante acerca del desarrollo alemán de un arma de uranio. Creí que usted debía ser informada inmediatamente.

El primer ministro se demoró cerrando su estilográfica. Con ese gesto les autorizaba para que continuaran. Pero nada hizo para modificar la mueca de desagrado que se dibujaba en las comisuras de sus labios. Cuando el mariscal del aire Ward había llevado a Lindemann a su oficina pocos días antes, lo hizo para explicar el fracasado rescate de un físico nuclear sueco. El rescate se había convertido en un secuestro con consecuencias diplomáticas posiblemente desastrosas.

La capitana Lloyd había desplegado una fotografía aérea de varias partes sobre un caballete, y al lado del artefacto tenía la postura de una profesora.

-Estas son fotografías tomadas desde dos mil ochocientos metros sobre un aeródromo alemán de la costa norte -dijo el mariscal

del aire. Hizo un gesto de asentimiento a Emma Lloyd, que señaló con un lápiz mientras hablaba.

-Desde dos mil ochocientos metros pudimos distinguir dos formas que al principio parecían los carritos de un parque de atracciones, con las vías sostenidas por un andamio. Ampliando diez veces la foto descubrimos esto:- Retiró la primera foto, y reveló otro ensamble de tomas. Mostraba dos rampas, que comenzaban a nivel del suelo y después se elevaban en graciosas curvas, para terminar bruscamente.- Sin duda, son rampas de lanzamiento, destinadas a guiar cierto tipo de proyectil, en el momento de lanzarlo al aire, en un ángulo de treinta y cinco grados. Y aquí-dijo, señalando con el lápiz un rincón oscuro de la fotografía- vimos lo que parecían ser pequeños aviones. Pero como usted puede advertir, sin detalles. Con nuevas ampliaciones, la imagen se desintegró, de modo que no pudimos saber nada.

-Fueron tomadas hace dos semanas -interrumpió Ward. Miró a Emma Lloyd, que asintió.

-Queríamos saber si las máquinas aéreas tenían cierta relación con las rampas de lanzamiento -continuó diciendo la mujer-de modo que ordenamos un reconocimiento fotográfico a mil metros de altura. Conseguimos esta imagen precisamente ayer.

Mostró la segunda fotografía, que era una toma descolorida y granulosa de dos artefactos aéreos, estacionados uno al lado del otro. Tres ñguras pequeñas rodeaban uno de los aparatos, y tiraban de cuerdas que parecían perderse en el follaje circundante. Churchill miró la foto, su expresión inmutable.

-Usted advertirá ciertas características inusuales en estas máquinas -continuó diciendo Emma Lloyd-. Primero, no tienen hélice. Parecería tratarse de planeadores. Pero además, aquí, en el extremo superior, verá lo que parece el tubo de una estufa. Hemos analizado la forma de este tubo y llegamos a la conclusión de que es un motor de turbina, un tipo muy sencillo de instalación productora de energía con la cual nuestros propios ingenieros están experimentando. Utiliza como compresor el flujo de aire que ingresa. Por eso mismo, tiene que desplazarse a más de setecientos kilómetros para operar.

El primer ministro asintió. Sin duda, la señora Lloyd no era una criada.

-Y usted advertirá también que no tiene cabina. No hay lugar

para el piloto o la tripulación. Lo que estamos viendo es un avión de reacción sin piloto, que puede ser disparado desde una de estas rampas de lanzamiento hasta que se eleva en el aire, y después avanza, guiado por control remoto o por un sistema interno de guía, hacia un blanco a una velocidad superior a los setecientos kilómetros.

-¿Por qué? -interrumpió el primer ministro.

-Para transportar una carga explosiva -respondió inmediatamente la capitana Lloyd-. Hemos realizado un análisis completo del artefacto sobre la base de objetos de dimensiones conocidas. Por ejemplo, estamos suponiendo que los hombres que intentan desplegar una red de camuflaje sobre el artefacto tienen mediana estatura. Esto nos permite contar con una guía muy exacta acerca del tamaño de la máquina. También podemos medir la longitud de las sombras, y ese dato, unido al ángulo del sol a determinada hora del día, indica la magnitud de los objetos que proyectan las sombras. De modo que conocemos las dimensiones y la capacidad volumétrica de la nave. Esa información nos dice cuánto combustible puede llevar, y con el coeficiente de consumo conocido de este tipo de motor, podemos calcular el alcance del avión. Hemos llegado a la conclusión de que esta nave puede llevar una tonelada métrica de explosivos desde una rampa de lanzamiento en Francia occidental hasta un blanco cualquiera de Inglaterra o de Escocia meridional. Se desplazaría a más de tres mil metros de altura y a una velocidad superior a los setecientos kilómetros.

Churchill volvió los ojos hacia el mariscal del aire.

-Parece mucho ruido y pocas nueces -sugirió.

-Precisamente, primer ministro -dijo el mariscal del aire Ward-. Nosotros nos formulamos el mismo interrogante. Qué necesidad tenían de realizar el esfuerzo que demanda un aparato de esta clase... la construcción de rampas de lanzamiento... sólo para dejar caer una bomba. Estoy seguro de que nuestro amigo Goering no se siente repentinamente preocupado por la vida de sus pilotos. Todo esto no tuvo sentido, hasta que...

Miró inquieto a Lindemann.

El científico se aclaró la voz.

-Sucede que mi gente estuvo reuniendo información acerca de los científicos familiarizados con los principales físicos alemanes. Varios factores provocaron nuestra curiosidad.

-Uno fue el interés de los alemanes por un físico sueco. Usted recordará el infortunado incidente cuando nosotros...

El primer ministro alzó la mano.

-Sí, por supuesto -reconoció Lindemann-. Bien, sucede que la especialidad del hombre estaba en las reacciones en cadena. Había trabajado mucho en los subproductos de las reacciones en cadena y postulado la posibilidad de utilizar un reactor para producir tipos de uranio menos estables... más fisionables. Pensamos que si estas variantes del uranio podían ser separadas del material básico, se llegaría a un factor explosivo mucho más volátil. Después, comprobamos que los alemanes estaban construyendo una planta de difusión de gases bastante importante. Creemos que los trabajos se realizan bajo tierra en las proximidades de Celle. Por supuesto, podría usarse la planta de difusión para separar los isótopos más fisionables del uranio.

Churchil comenzó a desenroscar la tapa de su pluma. Lindemann ya no atraía toda su atención.

-Los científicos llegaron a la conclusión -interrumpió el mariscal del aire-, de que utilizando estas variantes del uranio sería posible construir una bomba de enorme poder de proporciones mucho menores que lo que se había pensado antes. Me informaron que sería posible construir una bomba de uranio de las proporciones de nuestras actuales bombas de 500 kilogramos.

-Ayer mismo entregamos un documento al mariscal del aire Ward -agregó Lindemann- formulando conjeturas acerca del posible efecto de bombas de diferentes tamaños. Uno de los tamaños que habíamos contemplado era un arma que pesaba una tonelada métrica.

-La coincidencia es pavorosa -dijo el mariscal del aire, reanudando la explicación-. Mientras estábamos preguntándonos por qué los alemanes estaban consagrando tanto esfuerzo a un avión sin piloto que podía transportar una tonelada métrica, Cherwell descubre, a partir de fuentes completamente distintas, que es posible construir una bomba de uranio de una tonelada métrica. Un arma de esa potencia ciertamente justificaría la construcción de un avión especializado. Con un explosivo de uranio, uno de esos minúsculos aviones valdría lo mismo que todos los bombarderos que nosotros podríamos construir en un año.

-¿Cuánto? -preguntó el primer ministro. Advirtió que no

entendían la pregunta-. ¿Qué poder tendría esa bomba?

-No estamos seguros -comenzó a decir lord Cherwell, como introducción a una de sus interminables disertaciones.

-De diez mil a cincuenta mil toneladas -respondió sin ambages el mariscal del aire-. Afirmaron que tendría una fuerza equivalente a entre diez mil y cincuenta mil toneladas de dinamita. Lo cual significa que este avión solo sería el equivalente de una incursión aérea de cuatro mil bombarderos Lancaster. Cada uno de esos pequeños aviones sin piloto sería más letal que todos los aparatos de comando de bombardeo.

Churchill depositó sobre la mesa la pluma estilográfica.

-¿Cuándo? ¿Cuándo estaría lista ese arma?

-No tenemos idea -respondió Cherwell.

El primer ministro clavó los ojos en el mariscal del aire.

-Nuestra única pista -dijo Ward- es el avión sin piloto. Al parecer, se trata de modelos de prueba, de modo que es perfectamente posible que la máquina definitiva tenga distinta forma o diferentes dimensiones. Pero si están cerca del producto definitivo, sería lógico que lo hubiesen diseñado teniendo en cuenta determinada arma. No cabe duda de que los dos programas -el avión y el explosivo- están íntimamente coordinados. De modo que debemos suponer que las armas de uranio estarán listas aproximadamente al mismo tiempo que el artefacto aéreo esté listo para el lanzamiento.

-¿Y cuándo será eso? -preguntó Churchill, comenzando a manifestar su impaciencia ante las interminables conjeturas.

-Dado el estado actual del avión y las instalaciones de lanzamiento, calculamos aproximadamente un año.

-¿No tenemos nada más preciso? ¿No hay fuentes en el marco del programa alemán?

-Me temo que no, primer ministro -reconoció el mariscal del aire.

Abrigábamos la esperanza de recibir cierta ayuda del físico sueco pero... -Hizo una pausa, como deferencia a sus dolorosos recuerdos del incidente.- Me temo que hasta ahora no hemos

considerado la posibilidad de un arma de uranio con la gravedad que merecía.

-La comunidad científica todavía está muy dividida acerca de la posibilidad real de un arma de uranio -agregó Lindemann-. Los cálculos que presentamos al mariscal del aire todavía tienen un carácter muy teórico.

Churchill miró las tres caras que tenía enfrente. No expresaban nada teórico. Estaban realmente atemorizadas.

-Propongo que comiencen a tomar muy en serio este asunto -dijo al mariscal del aire-. Para empezar, podemos realizar esfuerzos adicionales con el fin de infiltrar el programa alemán. Sería conveniente saber dónde están las instalaciones de investigación y producción, para informar al comando de bombardeo. O quizá, con los agentes apropiados, incluso podríamos sabotear el esfuerzo alemán.

-Ya hemos estado buscando agentes -dijo Ward-. De hecho, hemos identificado a un hombre que parece muy capacitado.

Con un gesto indicó a la capitana Lloyd que recogiera sus fotografías.

-Bien -dijo el primer ministro, mientras retomaba su pluma estilográfica-. Manténganme informado.

Churchill observó los torpes esfuerzos de sus tres visitantes para abrir la puerta de la oficina. Emma Lloyd llevaba las fotografías de gran tamaño, de modo que no podía llegar al picaporte. Ward y Lindemann estaban acostumbrados a que otros les abriesen la puerta, y por eso se mantenían pasivos. El científico fue quien finalmente analizó el problema, abrió la puerta y después retrocedió y pisó a Ward mientras trataba de dejar espacio libre a la capitana Lloyd con sus fotografías.

El primer ministro los miró irritado, hasta que la experta en reconocimiento fotográfico y Lindemann salieron de la habitación.

-Mariscal del aire -ordenó, y Ward regresó al escritorio-.

Asigne a esto un grupo pequeño y de mucha confianza. Desearía mantener el número de personas en un mínimo absoluto. -El mariscal del aire se mostró desconcertado.- No conviene que todo el personal superior comience a preocuparse por una superarma que los alemanes quizá ni siquiera están fabricando -dijo Churchill. Volvió la

cara hacia los papeles que tenía sobre el escritorio.

Trató de reanudar su trabajo, pero unos momentos después el primer ministro apartó los documentos. Diez mil, veinte mil, incluso cincuenta mil toneladas de dinamita en una sola bomba. Una bomba que los alemanes quizá podrían lanzar al cabo de un año. Lindemann se sentía avergonzado porque no estaba en condiciones de ser más preciso. Pero Churchill podía. Sabía que los norteamericanos abrigaban la esperanza de obtener una bomba de uranio en dos años, y sus ministros estaban sugiriendo que tal vez los alemanes llegasen primero. Estaban diciéndole que, con un solo golpe de conocimiento científico, los nazis lograrían arruinar la victoria que Churchill sólo ahora comenzaba a entrever.

Los largos años de retiradas dolorosas y humillantes finalmente habían cesado. Por primera vez, la victoria parecía más una posibilidad que un mero lema patriótico. Pero ninguna alianza de naciones podría afrontar el arma que acababan de mencionarle. Sería imposible detener a un pequeño bombardero muy veloz enviado en una misión sin retorno. Y una carga explosiva con el poder de 20.000 toneladas de dinamita, destruiría todo el West End, matando quizás a un millón de ingleses en un solo microsegundo de infierno. Media docena de estos aviones pondrían de rodillas a Inglaterra.

Madison - 20 de enero

Mientras remontaba la colina que se levantaba frente a su casita, Karl Anders vio el sedán negro enmarcado por los bancos de nieve que se levantaban a ambos lados del sendero. Apretó el freno y detuvo el viejo Ford. Durante un instante jugó con la idea de virar en redondo y volver a su oficina de la Universidad de Wisconsin, o lo que era todavía mejor, podía limitarse a seguir por el camino, pasar frente a su casa, y recorrer la región de los lagos que se extendía al norte. Probablemente lograría recorrer centenares de kilómetros antes de que comprendiesen que había escapado. Pero sabía que era inútil. Se había negado anteriormente, pero los sedanes negros insistían en volver. El ejército norteamericano necesitaba su cooperación en un proyecto extremadamente secreto, y no podían entender que un norteamericano patriota se negase.

-La bomba atómica puede salvar a decenas de miles de nuestros muchachos -habían dicho-. Puede acortar la guerra un año entero.

-También puede darnos el poder necesario para destruir el

planeta -había respondido Karl Anders-. No creo que sepamos convivir con un poder semejante.

Habían apelado a su vanidad. El Proyecto Manhattan era la iniciativa científica más importante desde la construcción de las pirámides. Si se marginaba, quedaría irremediablemente rezagado respecto de sus colegas. Anders respondió que no deseaba estar a la vanguardia de una comunidad que construía armas de asesinato masivo. Después, habían recurrido a las amenazas. Podían reclutarlo y enviarlo directamente a la primera línea.

-¿De veras? -había respondido tranquilamente Anders-. Dos veces me he presentado voluntario, y me dicen que soy demasiado viejo.

Para los militares la bomba era sencillamente un explosivo más poderoso y eficaz. Pero Anders la concebía como el límite de una nueva era que estaría dominada por la amenaza de la destrucción total. Y era una frontera que en repetidas ocasiones él se había negado a traspasar.

Y ahora volvían. El coronel Hamilton le había llamado a la universidad para pedirle una entrevista. Anders había replicado que esa reunión no tenía sentido. El coronel se mostró dispuesto a pasar por su oficina para mantener una charla muy breve. Anders contestó que su programa de actividades estaba sobrecargado. Pero el ejército no aceptaba negativas. El sedán negro había regresado.

Puso el cambio y dirigió el automóvil por el sendero, pasando al lado del vehículo estacionado. Un súbito movimiento en una de las cortinas de la sala le indicó que sus huéspedes sabían que había llegado.

-Profesor Anders -dijo el coronel del ejército, levantándose del sofá y dándole un cordial apretón de manos. El coronel Hamilton exhibía la insignia del cuerpo de ingenieros. Su vientre redondo y las anchas asentaderas eran la prueba de que no se trataba de un oficial de combate. Un joven capitán de mejillas sonrosadas estaba de pie al lado del coronel, pero Hamilton no le pre-sentó. Sin duda era un ayudante, y tenía la función de permanecer en segundo plano. Un civil de traje arrugado y acentuados rasgos semíticos movió en un gesto de saludo el sombrero medio aplastado que mantenía sobre las rodillas, pero no trató de ponerse de pie.

-Abrigo la esperanza de que no le haya molestado que

entrásemos -se disculpó el coronel-. Pero hacía mucho frío *en* el automóvil, con el motor apagado. Y nuestra gasolina también está racionada.

-¿Han preparado café? -preguntó Anders. Parecieron avergonzados ante la sugerencia de que hubieran podido tomarse esas libertades en casa ajena, de modo que Anders entró en la cocina y puso una cafetera a calentar. Cuando regresó, el coronel estaba de nuevo en su lugar del sofá. El ayudante estaba de pie junto a la ventana.

-Le presentaré al doctor Simón Roth. Salvo que ya se conozcan.

Anders sonrió, y cruzó la habitación para ofrecer la mano al civil.

-No, no nos conocemos. Pero leí sus trabajos, profesor Roth. Es un honor.

-Gracias -dijo Roth, con una sonrisa rápida y tímida.

-Lamento que el cuerpo de ingenieros lo haya traído aquí para persuadirme -continuó Anders-. Ojalá no haya tenido que afrontar demasiadas molestias, porque el coronel Hamilton y el general Groves y todo el resto del grupo Manhattan ya conocen mi respuesta. -Se volvió hacia el coronel.- ¿Cuántas veces hemos sostenido esta conversación?

-Es una conversación distinta -dijo Hamilton-. Se ha suscitado un problema durante las últimas semanas, y creemos que usted está en una posición que le permite ayudarnos.

-¿Un problema? -Anders miró a Roth y después de nuevo al coronel-. Ahora que Fermi y Roth trabajan para ustedes, ¿me necesitan? Lo que el profesor Roth ha olvidado en relación con la física nuclear es más de lo que yo jamás sabré. Si él no puede resolver el problema, seguramente yo tampoco.

Estaba sonriendo ante la idea de que Enrico Fermi y Simón Roth necesitaban su ayuda cuando oyó el silbido de la cafetera.

Anders vertió el agua sobre el café, y se detuvo en el vestíbulo para colgar su chaqueta en una percha. Cuando regresó a la sala, tenía puesta una camisa a cuadros, separada de los pantalones marrones por un grueso cinturón de cuero. Parecía más un agricultor que un físico nuclear, y eso era parcialmente cierto. Se había criado en una finca

rural. Las manos fuertes y los músculos largos y tensos de los brazos y los hombros eran producto del intenso trabajo físico. La piel pecosa de las mejillas y la frente eran el resultado de los días pasados al aire libre. Aún continuaría siendo agricultor, de no haber sido por su afición a las máquinas y su capacidad para reparar el equipo de la finca de su familia o de los vecinos. Esa capacidad le había llevado a estudiar ciencias, y esto a su vez le había permitido conquistar un lugar en el cuadro de honor de física de la universidad. Había pasado los últimos veinte años de su vida en colegios y universidades, estudiando fenómenos tan complejos que su conocimiento pertinente se limitaba a pocos centenares de personas en todo el mundo. Pero incluso ahora, su concepto del ocio era ir a la finca de su hermano y desarmar el motor diesel del tractor.

-Profesor Anders. -Era la voz tranquila de Roth.- ¿Ha visto alguna vez al profesor Nils Bergman... de Estocolmo?

-No -dijo Anders, después de hacer una pausa, extrañado ante la falta de pertinencia de la pregunta-. Leí sus trabajos... o por lo menos comentarios acerca de su trabajo. Pero creo que no le he visto nunca. Por lo menos, no lo recuerdo.

-Debería recordarlo -dijo Roth, parpadeando como si de pronto estuviera pensando en algo divertido-. No le olvidaría nunca, porque creería que está viéndose usted mismo en un espejo.

Anders no pudo entender el sesgo de la conversación.

-Ambos son altos... tienen los mismos cabellos claros... los ojos grises... la misma coloración nórdica... todo... los pómulos acentuados... los labios finos... incluso el modo de mostrar los dientes cuando sonríen. Son idénticos. -Paseó la mirada por la habitación.- Incluso viven en el mismo tipo de casa. Y la campiña. Es como el campo alrededor de Estocolmo.

-Bergman es mayor que yo -recordó Anders al profesor-. Tengo cuarenta años.

Roth se encogió de hombros.

-Yo lo vi hace varios años. Entonces tenía cuarenta años.

Karl Anders rió ante el absurdo de esa lógica, y Roth le acompañó con una sonrisa. Pero un instante después la cara morena de Roth se mostró solemne.

-¿Usted entiende el trabajo de Bergman?

-Bien, creo que sí. No lo he estudiado. Y seguramente no he leído sus últimos trabajos. Pero entendí lo que he leído.

Vio que el coronel lo examinaba atentamente.

-Vea coronel, si necesita un experto sobre una teoría de Bergman, ciertamente no soy su hombre. Leí algunos de sus escritos, pero estoy seguro de que hay otras personas que están exactamente al tanto de sus ideas. Quizá sus colaboradores en Estocolmo. O el propio Bergman.

-Por supuesto -dijo el coronel Hamilton-. Pero el problema que afrontamos es un poco distinto. Se trata de algo más complicado que comprender la obra de Bergman.

Anders reaccionó a tiempo para evitar que su propia curiosidad le dominase.

-Bien, para ser sincero, no deseo conocer cuál es su problema. Ya hemos hablado antes de este asunto, y creo que ustedes saben exactamente lo que pienso acerca del Proyecto Manhattan. No soy experto en Bergman. Pero aunque lo fuese, no me uniría a su equipo. -Se volvió a Roth.- Con todo respeto por sus propias opiniones, profesor Roth, no puedo ayudar en este proyecto. No creo ni por un momento que yo posea un sentido ético más elevado que usted o cualquiera de sus colegas. Pero esto es algo en lo que no deseo comprometerme.

-Nadie desea comprometerse en una guerra -convino el coronel Hamilton.

-Esto significa muchísimo más que comprometerse en una guerra -le corrigió Anders. De pronto atrajo su atención el sonido de la cafetera sobre el fuego, cuando el café comenzó a hervir-. ¿Café? -preguntó a sus huéspedes.

-Por supuesto -contestó el coronel. Roth rechazó el ofrecimiento con un movimiento del sombrero. El capitán se limitó a menear la cabeza.

Anders retomó el hilo de sus pensamientos cuando regresó con dos tazas de café y depositó una frente a Hamilton.

-La guerra ya es bastante horrible. Pero por lo menos llegará el

día en que concluya. Lo que ustedes están haciendo no tiene fin. Están iniciando una reacción de locura en cadena, y no tienen idea del modo de controlarla.

Hamilton clavó los ojos en su café.

-No soy combatiente. Jamás disparé ni siquiera un arma. Pero estuve en Pearl Harbor, reconstruyendo algunas defensas. He visto el daño que las bombas comunes pueden infligir a los edificios... y los barcos... y la gente. No sé muy bien si lo que podemos producir realmente es mucho peor.

-Puede ser muchísimo peor -replicó Anders-. Crea en mi palabra. Usted no tiene idea de cuánto peor puede ser.

-Peor será si los nazis la tienen antes que nosotros -intervino Roth.

Anders meneó la cabeza.

-Peor quienquiera que la tenga. No importa quién la tenga, puede destruirnos a todos.

Bebió su café, y después trató de poner fin a la conversación.

-Lo siento, caballeros. No cuestiono los principios que ustedes afirman. Pero no puedo ceder en los míos. No quiero oír hablar de su problema. Sencillamente porque no quiero tener nada que ver con su trabajo. Nada de lo que ustedes puedan decirme logrará que yo les ayude a construir la bomba.

Hamilton depositó sobre la mesa la taza de café.

-Profesor Anders, no deseamos que usted nos ayude a construir la bomba atómica.

-Entonces, ¿qué quieren? -preguntó Karl Anders.

-Queremos que nos ayude a destruirla.

Oxford - 25 de enero

Se reunieron en un apartamento de la universidad, un lugar apropiado para un profesor norteamericano visitante, y un destino verosímil para una ayudanta de la Universidad de Estocolmo. Haller vestía una gruesa chaqueta de tweed, con parches en los codos, sobre una corbata rayada; era un académico, excepto los fuertes brazos y los

anchos hombros que sin duda no se habían desarrollado entre los estantes de una biblioteca. Birgit tenía un raído suéter sobre una informe falda de lana, y Anders vestía una camisa deportiva de cuello abierto, que era un toque específico del Nuevo Mundo. Reunidos alrededor de un servicio de té, en un cuarto cuyas paredes estaban revestidas con libros encuadernados, el encuentro era invisible en el conjunto de las actividades universitarias normales de la ciudad.

Las presentaciones, realizadas por Haller, fueron breves. Identificó a Birgit como una "científica muy familiarizada con el trabajo de Nils Bergman", y dijo que el título de Anders era el de profesor de física teórica de la Universidad de Wisconsin. Su propia presentación fue sencilla:- Mayor, de la primera brigada aerotransportada, en misión especial una fórmula discreta que provocó una rápida sonrisa en Birgit.

Pero incluso antes de finalizar las presentaciones, Haller sabía que había posibilidades. Apenas Birgit entró en la habitación, clavó los ojos en Anders, y todavía ahora le miraba con asombro.

-Podrían ser hermanos, casi mellizos -dijo a Anders-. Hay cierta diferencia de edad -reconoció, dirigiéndose a Haller-, pero podría ser Nils hace cinco años. Es asombroso.

Anders se encogió de hombros ante el cumplido. La única de sus credenciales que parecía interesar a alguien era su asombrosa semejanza física con una persona a quien nunca había visto.

Haller sirvió el té, pasó la crema y el azúcar, y se instaló en su silla, de modo que él y Birgit estaban frente al invitado. Perdió apenas unos segundos en comentarios intrascendentes acerca del peculiar viaje de Anders como pasajero de un bombardero enviado a Inglaterra, y después pasó a su tema -la lucha entre Alemania y los aliados para conseguir la ayuda del profesor Bergman.

-¿Se reunirá con nosotros? -interrumpió Anders durante una pausa en el monólogo de Haller-. Me agradaría conocer a este hermano mellizo de quien todos me hablan.

La mirada fija de Haller vaciló, y revolvió innecesariamente su té.

-Nils Bergman está muerto -reconoció finalmente-, una tragedia de la guerra por la cual me temo soy totalmente responsable.

No hubo una reacción conmovida de Anders, que conocía a

Bergman sólo a través de los libros y los trabajos propios del científico. En cambio, miró con curiosidad a Haller y después a Birgit, como preguntando de qué modo la muerte del hombre podía interesarle.

-Ambos somos responsables -agregó Birgit en voz baja.

Haller contradijo la confesión de Birgit ofreciendo una versión detallada del secuestro, y la inverosímil casualidad de una bala que había perforado un tubo de oxígeno.

-Sencillamente, no podíamos permitir que se incorporase al programa alemán de la fisión del átomo -concluyó-. En realidad, si no hubiera aceptado trabajar en Estados Unidos, lo habríamos mantenido bajo arresto domiciliario por el resto de la guerra. -Se volvió hacia Birgit. Ese era un aspecto del plan británico que nunca había compartido con ella. Le habían dicho únicamente que intentarían convencer a Bergman para que trabajase para ellos.- No teníamos alternativa -le dijo, y aceptó la cólera que vio relampaguear en los ojos de la mujer-. Bergman habría ahorrado un año de tiempo a los alemanes.

Volvió los ojos hacia Anders.

-Es absolutamente esencial que introduzcamos un hombre en el programa alemán. Necesitamos saber exactamente hasta dónde llegaron. También, dónde están sus instalaciones, y si es posible, tenemos que frustrar sus esfuerzos. -Terminó su té, y se inclinó hacia adelante para servirse otra taza.- Por supuesto, el problema es que no hay agentes a quienes podamos infiltrar en el programa. Se necesitan credenciales impecables en física nuclear nada más que para franquear la puerta. Y después, incluso si pudiéramos introducir a alguien, no hay agentes que puedan siquiera empezar a entender lo que allí se hace. Estoy seguro de que usted entiende el problema. Quiero decir que para nosotros es fácil introducir un hombre en una fábrica de municiones o en un centro ferroviario. Cualquiera puede parecer auténtico en un papel semejante. Pero, ¿en física nuclear? ¿En el mundo cuántas personas hay que por lo menos entiendan el vocabulario? ¿Quizás unas pocas docenas?

Anders comenzaba a comprender.

-¿Ustedes desean que entrene a uno de sus agentes? -propuso.

Haller contempló la sugerencia.

-Eso podría ser útil -admitió-. Pero en realidad, tenemos una oportunidad mucho más ventajosa. Vea, los alemanes no tienen idea de que Nils Bergman está muerto. Saben que, por alguna razón, en el último momento decidió suspender el viaje a Alemania. Pero parecen haber aceptado la información, suministrada por la Universidad de Estocolmo, en el sentido de que tuvo que viajar apresuradamente para asistir a una conferencia en Londres. Una información que Birgit suministró a la universidad. Esperan que regrese a Suecia en un mes o cosa así.

La expresión de Anders reveló a Haller que aún no sabía adonde llevaba la conversación.

-Los alemanes quieren atraerlo. En realidad, lo necesitan. Es el único científico que comprende el funcionamiento de los reactores de grafito que no se ha incorporado a los aliados. El programa de agua pesada de los alemanes está retrasándose porque no disponen de suficiente agua pesada. Y el programa del grafito necesita un director. Por eso todos sus agentes londinenses están buscando a Nils Bergman.

-Ustedes desean que yo personifique a Bergman -dijo Anders, sonriendo ante la trama que comenzaba a entender.

-Sí -reconoció Haller.

-Me trajeron aquí para que yo sea visto con las personas apropiadas que están en Londres. Quieren que los alemanes crean que Bergman está vivo. Y que puede ir a ayudarles.

—Sí, al menos provisionalmente -convino Haller-. Preferimos que esperen a Bergman y no que busquen a otra persona, alguien que los saque del aprieto.

Anders asintió.

-Y después, cuando usted esté preparado -continuó Haller como de pasada-, deseamos que acepte la invitación y vaya a Alemania para dirigir el programa del grafito.

La taza de Anders se detuvo un centímetro antes de llegar a los labios.

-Vea, usted es el agente absolutamente perfecto. Se parece a Bergman. Es físico. Habla sueco, alemán e inglés, es decir, los idiomas de Bergman.

-Es imposible -comenzó a protestar Anders. Pero Haller no estaba dispuesto a permitir que se interrumpiese su propuesta.

-Lo que hace viable la idea es que en Alemania nadie ha visto jamás a Bergman. Oh, quizás hace varios años, unas pocas horas durante una convención científica. Pero Bergman era en cierto modo un recluso. Ni siquiera trabajaba en la universidad que le pagaba el sueldo. Fuera de unas pocas personas en Suecia, no mantenía relaciones estrechas con nadie.

-Pero su trabajo. Su correspondencia. Seguramente docenas de personas intercambiaron cartas con él. Y sin duda hay centenares de detalles personales de los que nada sé. Dos minutos de conversación es todo lo que se necesita para fracasar. Yo diría algo que Bergman jamás habría dicho. U omitiría algo que Bergman sin duda sabría.

Haller asentía mientras Anders desarrollaba su argumento.

-Por supuesto, pero Birgit ha pasado dos años trabajando con ese hombre. Tiene todas sus cartas y documentos. Sabe lo que dijo a todas las personas con las cuales mantuvo contacto, y lo que ellas le dijeron. Sabe cómo piensa Bergman, cómo habla. Incluso lo que le agrada comer. Con su ayuda, usted podría saber de Nils Bergman más que ninguna otra persona viviente. En todo caso, lo suficiente para convencer a la gente que jamás lo conoció.

Anders depositó la taza sobre la mesita, se puso de pie y caminó hacia la ventana. Durante un minuto entero miró a través de las cortinas de encaje, los ojos fijos en la actividad desordenada de la calle.

-No será posible -fue su conclusión. Se volvió para mirar a Birgit y a Haller-. Un científico... sobre todo un científico teórico... tiene conceptos e intuiciones que son únicos. Un modo de abordar los problemas. Casi una personalidad. -Vio el gesto de asentimiento de Haller.- Todo lo que sé acerca de Bergman es lo que escribió en un libro y en una docena de artículos y trabajos.

-Eso es lo que todos saben -agregó Haller.

-Los alemanes esperan al principal pensador mundial en la tecnología del grafito. Ciertamente, ese no soy yo. ¿Cuánto tiempo necesitarán sus hombres de ciencia para comprender que no sé del tema ni siquiera lo que ellos saben?

-Pueden advertirlo inmediatamente. O puede llevarles un año.

Cuanto más comprenda usted la obra de Bergman, más tiempo necesitarán para llegar a eso. Pero incluso en un breve lapso, puede conocer cosas que nosotros necesitamos saber. Y si usted puede encaminarlos en una dirección equivocada, aunque sea sólo unos pocos meses, serían los pocos meses que necesitamos desesperadamente.

Anders miró en silencio a Haller. Después desvió los ojos hacia Birgit, que tenía una expresión vacía en el rostro, como si se hubiese apartado de la conversación. Al parecer, ella no quería intervenir en la decisión de Anders.

-Señorita Zorn, ¿usted cree que yo podría convencerla de que soy Nils Bergman?

Ella meneó lentamente la cabeza.

-No.

-Entonces, ¿usted no está de acuerdo con este plan?

-Usted no podría engañarme, porque yo convivía diariamente con el profesor Bergman. Tal vez usted pudiera engañar a un grupo de científicos que se han limitado a leer sus trabajos. No lo sé. -Levantó los ojos y los clavó directamente en los de Anders.- No soy espía, profesor Anders. Lo único que yo acepté fue vigilar de cerca a un oscuro científico que según creían los aliados podía llegar a ser importante. Ese era supuestamente mi aporte a la derrota de los nazis.

La atención de Birgit se volvió hacia Haller.

-Por ciertas razones importantes acepté colaborar en la trampa que puso a Nils Bergman en manos de los británicos. Al actuar así, ayudé a asesinar a un hombre totalmente inocente que no tenía el más mínimo interés en la guerra.

Volvió a mirar a Anders.

-Pero no volveré a hacer lo mismo. No me comprometeré con la vida de otra persona. Acepté trabajar con usted para ayudarle a que conozca todo lo que sé acerca del profesor Bergman. Para ayudarle a pensar como él. A hablar como él. Dios sabe que usted ya se le parece. Pero si acepta, su vida correrá grave peligro. No quiero tener nada que ver con su decisión.

Anders asintió.

-Gracias -dijo Birgit.

-No negaré el peligro -dijo Haller-. Pero no creo que deba explicarle lo que está en juego. Acerca del poder de esta bomba, usted sabe más que yo. Nada podría ser más peligroso que permitir que los nazis llegasen primero.

Anders volvió a sentarse, pero esta vez en el borde mismo de su silla.

-¿Los alemanes me invitarán a ir a Alemania y dirigir uno de sus programas de investigación? -preguntó.

-Invitarán al profesor Bergman. Ya lo han invitado.

-De ese modo entro. Y bien, ¿cómo salgo?

-En el momento apropiado lo secuestraremos -contestó Haller. Se sonrojó al comprender lo que acababa de decir-. En general, no echamos a perder las cosas como hicimos con Bergman -se disculpó-. Pero convendremos con usted el envío de una carta. Algo completamente inocente. Será la carta en que usted nos pida que organicemos la salida. Si usted la envía, actuaremos para sacarlo de allí.

-¿Y mientras esté en Alemania?

-Necesitamos saber dónde se construyen los reactores. Y también su cálculo más exacto acerca del momento en que los reactores entrarán en la fase crítica. Le enseñaremos un sencillo código de sustitución de letras, de modo que usted pueda enviarnos información básica con la correspondencia que remitirá a su oficina de Estocolmo.

-¿Me permitirán enviar cartas fuera del país?

Haller asintió.

-Suecia es un país neutral. Mantiene relaciones normales con Alemania. La gente va y viene constantemente. Pero leerán su correspondencia. Y mantendrán sobre usted vigilancia las veinticuatro horas. De modo que no debe exagerar. Lo único que podrá hacer es enviarnos información básica acerca de los lugares y las fechas.

-Y hacer todo lo que pueda para orientar mal su programa de construcción de reactores -agregó Anders.

-Exactamente. Todo lo que pueda hacer sin correr riesgos. Sus ideas y directrices tendrán que ser perfectamente creíbles. Tendrán que parecer lógicas a los individuos más inteligentes del grupo alemán. Y esa gente es muy buena. Pero quizá puedan exigir pruebas suplementarias. O insistir en que se alcancen niveles muy altos. Eso los retrasará. O tal vez pueda inducirles a seguir un camino equivocado y logre que pierdan tiempo aplicando enfoques poco probables. Usted sabrá mejor que yo lo que puede hacer. Pero no queremos que se dedique a destruir fórmulas o quemar laboratorios. Nadie pide que usted sea un saboteador. Si pierden la fe en usted, le expulsarán. Pero si sospechan de usted...

Anders no necesitaba que le explicasen las consecuencias. Comenzó a servirse otra taza de té, pero después devolvió la tetera a la bandeja.

-Por casualidad, ¿no tienen un poco de whisky? -preguntó.

Haller se acercó a uno de los estantes de libros.

-Me han dicho que está detrás de la Biblia del rey Jacobo -recordó. Retiró el libro del estante y extrajo una botella de escocés. Buscó un vaso, y después decidió servir una porción generosa en una de las tazas de té.

Anders brindó con la taza y después bebió un sorbo.

-¿Cómo se pondrán en contacto conmigo?

Haller meneó la cabeza.

-No lo haremos. Profesor Anders, no deseamos que usted represente el papel de agente secreto. Probablemente no sería bueno. De modo que no habrá envío de mensajes, ni nada por el estilo. Se limitará a informarnos dónde y cuándo con un código sencillo. Y por lo demás, será un físico que quizá se muestra un poco demasiado prudente o un poco demasiado descuidado.

-¿Estaré completamente abandonado a mis propios recursos? -preguntó Anders.

-Tiene que ser así -dijo Haller-. Si usted se pusiera en contacto con una persona de quien ellos sospecharan que está de nuestro lado, o si nosotros nos comunicamos con usted, podría encontrarse en dificultades muy graves.

Anders bebió otro sorbo de whisky.

-¿Cuándo necesitan recibir la información? -preguntó.

-Cuando usted lo crea conveniente. Por supuesto, el tiempo es el enemigo. Cuanto antes llegue a Alemania, mayores son nuestras posibilidades.

-Un día o dos -propuso Anders.

-Ciertamente -dijo Haller. Sirvió un poco de whisky en su propia taza y ofreció la botella a Birgit, que meneó la cabeza. Después, Haller alzó su taza.

-Por Siegfried.

-¿Siegfried? -preguntó Anders.

-Así hemos denominado a nuestra operación. Un personaje de la mitología alemana.

Anders sonrió al percibir el simbolismo.

-Aquel que fue criado por los dioses para evitar que el poder del anillo cayese en manos del enano perverso.

-Salvo que la bomba de uranio es mucho más poderosa que el anillo -le corrigió Haller-, y cuando se trata de perversidad, Hitler no cede el primer lugar a ningún enano.

Birgit observó mientras los dos hombres brindaban.

Londres - 28 de enero

-Siegfried respondió afirmativamente.

Era la voz de Haller por el teléfono, tres días después del encuentro, y era evidente que él estaba complacido con la noticia.

-Lo necesitaremos aquí, en Inglaterra, durante una semana o cosa así. Un poco de cosmética, y algunos arreglos. Y varias clases con nuestros especialistas en idiomas y en códigos.

Esperó la respuesta de Birgit, pero no hubo ninguna.

-Parece muy entusiasmado. Creo que lo hará perfectamente.

-Le prepararé -dijo Birgit, con una voz fatigada que de ningún modo reflejaba el entusiasmo de Haller.

-Sabía que podía contar con usted -dijo Haller, interpretando muy mal el tono de las palabras de Birgit. Había interpretado la respuesta de la mujer como una promesa de cooperación total. Pero ella quería decir que limitaba su compromiso exclusivamente a la ayuda que podía prestar con el fin de que Anders se convirtiese en Bergman. Haller cortó la comunicación antes de que ella pudiese corregir esa impresión.

-Bastardo —dijo Birgit a la línea muerta antes de devolver el auricular a su lugar.

Fue a su cuarto de baño y abrió totalmente los grifos de la bañera, después se quitó el suéter y lo arrojó a través de la puerta, sobre el suelo del dormitorio. Siguió su falda, y después la ropa interior. Se estremeció al sentir el calor y se hundió en la bañera, y después se estiró para permitir que el agua caliente envolviese su cuerpo. Los baños se habían convertido en su depuración emocional. Había pasado noche tras noche en la pequeña bañera de su apartamento de Estocolmo después de saber que había enviado a su muerte a Nils Bergman. Y años antes había pasado la última semana en Berlín entre la cama y el cuarto de baño, después de ver lo que le había sucedido a Gunther.

Ella y Gunther se habían conocido en Berlín, cuando todavía era un centro intelectual que atraía a estudiantes de Europa entera, y a artistas de todos los rincones del mundo. Hitler había conquistado el poder, pero aún parecía el payaso convertido en canciller gracias a los absurdos de la democracia de Weimar. Sus únicos partidarios reales eran los matones de las cervecerías que afirmaban su lamentable identidad usando uniformes ridículos y llevando banderines romanos. La política de las calles aún no había llegado a las universidades, donde las clases de filosofía y ciencias perseguían una ciencia pura que estaba muy por encima de los desvarios lunáticos de los generales y los políticos.

Gunther, que era un berlinés nativo, estudiaba filosofía y se especializaba en los realistas, un tema que parecía contradecirse con sus cualidades musicales y su infalible sentido del humor. Birgit pasaba su tiempo encerrada en los laboratorios de ciencias, un ambiente desusado para una mujer en una época en que la mayoría se dedicaba a la poesía y las letras. Se habían conocido en una fiesta estudiantil, donde Gunther tocaba el piano y entonaba canciones

atrevidas. Birgit se había reído cuando supuestamente hubiera debido sentirse escandalizada, y esa reacción la convirtió provisionalmente en la favorita de los hombres. Gunther la había acompañado a su casa al fin de la velada y cuando Birgit abrió la puerta por la mañana, él cayó en el interior de la habitación, todavía dormido, al mismo tiempo que las dos botellas dejadas por el lechero. Permaneció en la casa el día entero, y por la noche salió sólo el tiempo necesario para reunir sus ropas y sus libros.

Durante casi un año estuvieron siempre juntos, de modo que los amigos nunca se referían a Birgit, o a Gunther, sino siempre a Birgit y Gunther. El se sentaba con las piernas cruzadas en el suelo, frente a los laboratorios de la universidad, y leía sus materiales mientras ella concluía los experimentos. Comían juntos, generalmente salchichas con bollos, en los cafés con mesas en la vereda que había alrededor de la universidad. Y dormían juntos, y comenzaban a hacer el amor apenas uno de ellos cerraba un libro de texto sobre las tareas del día, y a menudo continuaban hasta que el primer atisbo de luz grisácea agitaba a los pájaros que estaban dormidos en los árboles. Estaban consagrados tan totalmente a su trabajo y uno al otro que no veían las riñas nocturnas que estallaban en los portales y los callejones de Berlín central. Ni siquiera se alarmaron cuando uno de los profesores fue interceptado a la entrada de su aula y llevado a responder acusaciones en el sentido de que estaba haciendo propaganda contra el gobierno. Después, llegó la aprobación de las leyes raciales.

Comenzaron a advertir lo que sucedía cuando un condiscípulo que fue a sentarse con ellos frente a la mesa de un café, les anunció que se retiraba de la universidad.

-Nos marchamos -murmuró, volviendo la cabeza para inspeccionar las calles-. Mi familia se va a Holanda... con los colaboradores comerciales de mi padre.

-¿Por qué? -preguntó Gunther, sinceramente desconcertado.

-Somos judíos -dijo el estudiante.

Gunther y Birgit se miraron como si nada hubiera podido ser más absurdo.

Pero las pruebas comenzaron a acumularse rápidamente. Más estudiantes se fueron, y la mayoría simplemente desaparecía de la ciudad durante una noche o un fin de semana. La población

estudiantil de polacos, eslavos y judíos disminuyó de manera dramática. Algunos profesores desaparecieron. La mayoría sencillamente fue destituida, pero un profesor de filosofía que intentó volver a su aula fue golpeado severamente por la policía llamada para expulsarlo.

El cuerpo de estudiantes, antes unido en una fraternidad contra el claustro y los administradores, contra los taberneros y los recaudadores de impuestos, de pronto se dividió violentamente. De la noche a la mañana, o por lo menos eso parecía, la mitad de los estudiantes comenzó a repetir los absurdos que los camisas pardas cantaban a la luz de sus antorchas. "Las razas superiores... el derecho a los territorios para permitir la expansión nacional... la traición del frente interior que había derrotado a los ejércitos alemanes." Incluso un condiscípulo aseguró a Gunther que su relación con Birgit era patriótica, porque también ella pertenecía a la raza aria.

-Creo que tenemos que salir de aquí -le dijo Birgit una noche, mientras yacía en los brazos de su amante. Pero él era berlinés. Le faltaba un año para diplomarse, y nadie lo amenazaba.

-Todo esto es pura tontería -afirmó Gunther-. En Alemania, las ideas absurdas vienen y van como las estaciones.

El había deseado permanecer neutral, lo cual probablemente le habría salvado la vida. Pero Birgit intentó ayudar a una frágil y joven estudiante de música que se había convertido en víctima de una broma de los nazis, y ese sencillo acto de consideración significó la muerte para Gunther.

Sara era una violinista de talento no muy destacado, que soportaba la carga de un cuerpo menudo y sin forma, y carecía de amigos a causa de la timidez que le paralizaba. Había llegado de Holanda para estudiar en un conservatorio berlinés donde su tío era miembro del cuerpo de profesores. A causa del arresto de ese pariente ella descubrió la parte judía de su familia, y con sus visitas reveló que era medio judía. Los camisas pardas que estaban juzgando a su tío le dijeron que saliese del país, y ella se preparaba para abandonar Alemania al fin del semestre.

Birgit la conocía gracias a un encuentro casual en una oficina de la Universidad y una mesa compartida en una cafetería pública. Se sorprendió cuando Sara le regaló dos billetes para su recital y afirmó que la consideraba una buena amiga. Birgit fue con Gunther, que halló de su agrado el recital, y ambos asistieron a la recepción, después del

concierto. Era la única vez que Gunther había hablado con Sara.

Pero recordó a la joven cuando Birgit le dijo que los estudiantes nazis planeaban expulsarla de la universidad. Había oído hablar a tres de los patriotas más ruidosos proclamando a los cuatro vientos sus planes que contemplaban la humillación de la muchacha la noche siguiente, y después había conocido los detalles por un condiscípulo que la invitó a participar de la diversión.

-Consiguieron un bonete de burro y una túnica blanca con la estrella de David delante y atrás. La sacarán de su cuarto, la vestirán con esa túnica, y la pasearán por los cafés. Incluso han concedido a dos de los jefes nazis del distrito el honor de encabezar el desfile.

Gunther había meneado la cabeza, en un gesto desesperado, y convino en que los estudiantes estaban yendo demasiado lejos.

-Tenemos que ayudarla -había insistido Birgit. Tocó la cara de Gunther, y le obligó a apartar la mirada de las páginas que él estaba leyendo-. Es necesario detenerlos. Podrían matarla.

-No le lastimarán -la consoló Gunther-. No es más que otro de esos estúpidos juegos.

-Pero ella se sentirá aterrorizada. Los bastardos se proponen encerrarla en un círculo hasta que toque el violín para ellos. Sara se derrumbará. Es tan tímida que ni siquiera le mira a uno a !os ojos cuando habla.

Gunther suspiró y apartó su libro.

-¿Qué deseas que haga?

No había mucho que pudieran hacer, excepto poner a Sara en un tren con destino a Holanda antes de que los jefes nazis y sus serviles estudiantes lograran atraparla. Gunther fue al conservatorio la mañana siguiente y consiguió la dirección de Sara. Birgit se dirigió a la estación ferroviaria y reservó un asiento en un expreso a Amberes, con conexión a Amsterdam. Trajo los billetes cuando volvió a encontrarse con Gunther, y los dos fueron a la casa de Sara. Pero cuando llamaron a la puerta no obtuvieron respuesta.

La buscaron en el conservatorio, las residencias estudiantiles y el apartamento de Sara, tratando de hallarla. Podrían haber simplificado la búsqueda dejando mensajes, pero temían despertar sospechas. Bien entrada la tarde la vieron, ascendiendo los peldaños

que conducían a la puerta principal de su casa.

Al principio, ella no les creyó. No era ciudadana alemana, y jamás había pronunciado una palabra acerca de la política alemana. Sabía que los nazis odiaban a los judíos, pero en realidad ella no era judía; no tenía ninguna religión. Incluso jamás había estado en una sinagoga. Además, abandonaba el país al final del semestre. Y jamás había hecho nada ˆue ofendiera a sus condiscípulos. Ni siquiera conocía a la mayoría.

Birgit trató de que entendiese que su lógica no correspondía a la locura que parecía crecer en el suelo alemán. Los estudiantes se habían incorporado al juego nacional de persecución de judíos, sin advertir que no era un juego para los camisas pardas a quienes invitaban a engrosar sus filas. Y no permitirían que el hecho de que ella no era judía les echase a perder la diversión. Y los camisas pardas no permitirían que su disposición a abandonar el país les impidiese cumplir con su deber.

Pero no hubo tiempo para discutir. Gunther retiró del desván la maleta de Sara, y Birgit comenzó a empacar a pesar de las protestas de Sara. Gunther cerró la maleta y bajó con ella a la calle para conseguir un taxi. Sara apretó su violín contra el pecho y Birgit casi la empujó, peldaño por peldaño, escaleras abajo.

Los estudiantes ya estaban reuniéndose enfrente cuando Gunther llegó a la puerta principal. El taxi le ocultó momentáneamente de la vista de la turba, y le dio tiempo para introducir la maleta, pero se levantó un clamor cuando apareció Sara. Gunther empujó a Birgit y a Sara al interior del coche y arrancó la portezuela del taxi de las garras de los estudiantes que se acercaban. Ni siquiera tuvo tiempo de recoger el violín que Sara había perdido en el desorden, y apenas tuvieron tiempo de despedirse cuando la pusieron en el tren.

Privados de su víctima, los estudiantes se consolaron destrozando el violín y empalándolo sobre el extremo superior de una bomba de incendios. Después, irrumpieron en la habitación de Sara y arrojaron sus hojas de música, por la ventana del apartamento, a la calle. Pero estos gestos no satisficieron a los dos camisas pardas sedientos de sangre. Si la judía había escapado, dijeron incitando a los estudiantes, estaban obligados a encontrar a los amantes de los judíos que habían ayudado en la fuga, para enseñarles una lección. Hacia el fin de la noche, el puñado de estudiantes que continuaba bebiendo en la cervecería coincidió con ellos en que realmente era una obligación.

Birgit y Gunther estaban durmiendo cuando una pesada bota abrió bruscamente la puerta y una turba aullante irrumpió en el cuarto. Fueron arrancados desnudos de su cama y empujados hacia adelante y hacia atrás en el centro de un círculo de estudiantes, mientras los esbirros nazis rompían los libros, destrozaban los muebles y pintaban una rezumante estrella judía en la pared, sobre la cama. Después, les inmovilizaron, y la pintura restante fue usada para dibujar esvásticas sobre el pecho de Gunther y, con alaridos de placer, sobre las curvas de los pechos de Birgit.

Rodeados por una docena de estudiantes, nada pudieron hacer para resistir. Pero incluso mientras soportaban la humillación, pudieron ver que no corrían grave peligro. Sus capturadores atiborrados de cerveza estaban cansándose de la travesura en el momento de ejecutarla.

Ya casi había terminado todo cuando uno de los camisas pardas decidió que se necesitaba una crueldad más. Entró en el círculo, se apoderó de Birgit, y la puso sobre sus rodillas. Después, levantó su bastón y lo descargó sobre las nalgas. El grito de dolor de Birgit provocó el atónito silencio de los estudiantes. Los únicos sonidos eran la áspera risa del nazi y el silbido del bastón en el aire cuando él descargó otro golpe.

Gunther se liberó del flojo apretón de sus condiscípulos, y avanzó rápidamente dos pasos hacia el camisa parda, descargando el puño en el mismo momento de adelantarse, con toda la fuerza que le daba el impulso de su cuerpo. Alcanzó de lleno el costado de la cara del hombre, y le envió al suelo a los pies de los estudiantes. Gunther se arrojó encima del individuo, y sus manos se cerraron sobre el cuello sudoroso. Comenzó a estrangular al ombre, gritándole a la cara, que ya estaba sangrando por un ancho corte en el pómulo. Los estudiantes gritaron, pero nadie intentó detenerle.

Entonces intervino el otro camisa parda. Aferrando la pata rota de una silla, apartó a los estudiantes hasta que quedó directamente sobre Gunther. Después, levantó la pata de la silla como el mango de un hacha y la descargó en el centro del cráneo de Gun-ther. Durante un instante pareció que Gunther se incorporaba, y sus ojos recorrieron las caras horrorizadas que le rodeaban, hasta que giraron en sus órbitas. Cayó hacia adelante, un peso muerto tendido sobre la cara del nazi.

Hubo una exclamación ahogada, y después los estudiantes retrocedieron lentamente. Algunos ya habían pasado la puerta y

estaban en el vestíbulo cuando el camisa parda apartó a Gunther de su camarada y ayudó a incorporarse al hombre ensangrentado. Después, los dos nazis se alejaron de su víctima, se volvieron y se unieron a la fuga escaleras abajo hacia la calle.

Birgit tomó su bata y corrió al vestíbulo pidiendo a gritos ayuda. Algunos vecinos vacilaron, al ver la estrella de David en la pared, temerosos de comprometerse en la ayuda a un judío. Finalmente, uno usó su teléfono para llamar a una ambulancia, y desapareció en el interior de su apartamento cuando llegó la policía.

Gunther vivió esa noche. Birgit estuvo a su lado hasta que llegaron los padres, pero después se vio apartada a un segundo plano. Los padres parecían creer que ella, una extranjera, era más responsable de la muerte de Gunther que los nazis que lo habían destruido. Caminó por los corredores hasta que un médico le dijo que Gunther había muerto. Después, volvió a su casa a la pálida luz de la madrugada, llenó su bañera, y trató de limpiar la roña que sentía sobre el cuerpo. Durante la semana que pasó antes de que ella saliese de Alemania, estuvo horas en esa bañera, cepillando la esvástica que ya no era visible.

Había sentido la misma terrible culpa cuando supo que Nils Bergman había muerto asfixiado antes de llegar a Inglaterra. Había ayudado a planear su secuestro, e incluso le había entregado a sus verdugos.

Ahora, el hedor de la culpa la acompañaba nuevamente. Pero se prometió que esta vez no permitiría que la comprometiese. Nada haría para enviar a Karl Anders al encuentro del peligro. Sencillamente le enseñaría todo lo que sabía acerca de Nils Bergman. Pero no se implicaría en la vida de ambos.

Berlín -14 de febrero

Los científicos de bata blanca trataban a ese tambor de acero como si hubiera sido el Arca de la Alianza, como si casi temieran tocarlo no fuese que contaminase la preciosa agua pesada que el artefacto contenía.

-Inclínelo un poco más -ordenó Werner Heisenberg. Estaba vigilando el extremo de una manguera de goma que llegaba del

tambor a una gran esfera de metal que dominaba el centro del laboratorio-. Muy bien -fue su sarcástico elogio, la cara larga y el mechón de cabellos rubios, asintiendo en un gesto de aprobación cuando el líquido incoloro e inodoro comenzó a fluir otra vez-. Unos segundos más, caballeros. Casi está bien.

El gorgoteo se acentuó, hasta que de pronto el agua pesada se desbordó y salió por la abertura. Heisenberg cerró la manguera y la retiró de la esfera. Después, atornilló una tapa sobre la abertura de su reactor experimental.

La esfera tenía sólo un metro de diámetro, y su carga de combustible era apenas de unos pocos gramos de uranio enriquecido, dividido en un centenar de minúsculas esferas suspendidas en todo el interior. Pero ese laboratorio en miniatura incluía todos los elementos del reactor gigante que Heisenberg ya estaba construyendo en el sur de Alemania. Un reactor que convertiría varias toneladas de uranio en unos pocos kilogramos de plutonio, el material destinado a la bomba atómica alemana.

Estaba el recipiente esférico, cuya forma determinaba que los neutrones que volaban en direcciones al azar, partiendo de las bolitas de uranio del centro, tuvieran la máxima oportunidad de chocar contra otras bolitas de uranio.

Estaba el combustible propiamente dicho. El uranio, como otros metales pesados, tenía un núcleo complejo con una distribución inestable de protones y neutrones. Cuando lo golpeaba una partícula subatómica, el núcleo tendía a desintegrarse, liberando neutrones que atravesaban el campo de electrones del átomo. En las teorías que habían sido demostradas matemáticamente, cada neutrón podía chocar contra otro núcleo, determinando la liberación de más neutrones. La consiguiente reacción en cadena debía liberar una energía tremenda en forma de calor.

Estaba la varilla de control de cadmio, que se proyectaba Por una envoltura de goma, cerca del extremo superior de la esfera de cadmio absorbía neutrones, lo cual sugería que una reacción en cadena podía suspenderse introduciéndose la barra de cadmio en el centro de la actividad.

Finalmente, estaba la sustancia moderadora: el agua pesada que acababa de ser introducida en la esfera. Las posibilidades de que un neutrón chocase contra otro núcleo aumentaban cuando se reducía la velocidad del neutrón. Los neutrones que se desplazaban a través

del agua pesada disminuían su velocidad sin ser absorbidos, y por lo tanto aumentaban las probabilidades de su propia participación en una reacción en cadena.

La esfera sellada descansaba en el centro de una ancha artesa revestida con láminas de plomo batido. Werner Heisenberg abrió el grifo y dejó llegar agua común a la artesa. Observó mientras el agua rodeaba rápidamente la esfera y se cerraba sobre el extremo superior. La inmersión de la esfera era la última medida de seguridad. Había una docena de válvulas de presión incorporadas a la superficie del recipiente. Si la varilla de cadmio no controlaba la reacción, el agua pesada herviría, elevándose la presión. La presión determinaría que las válvulas de seguridad saltaran, dejando escapar el vapor y permitiendo que la artesa entrase en la esfera y enfriase el uranio.

Heisenberg se acercó con movimientos rápidos a los instrumentos que registrarían la actividad de los neutrones en el interior de la esfera. Los restantes científicos se agruparon inmediatamente detrás de él, rodeando a Kurt Diebner, que llegó de su oficina, con su traje oscuro y el brazalete rojo tan pronto se completaron los preparativos. Los científicos no necesitaban explicaciones acerca de los pasos siguientes o de las lecturas que debían buscar en los medidores. Lo único que todos tenían en común era su confianza en la posibilidad de una reacción en cadena.

Esa confianza era lo que les permitía cooperar. Sin el reactor, Heisenberg, que consideraba locos a los nazis, no podría haber compartido el mismo laboratorio con Diebner, que creía que Hitler y sus secuaces eran los salvadores del mundo. Lauderba'ch, que había encabezado la depuración de profesores judíos de un claustro universitario, no habría podido hablar con Fichter, que había obtenido cargos en facultades extranjeras para varios profesores judíos.

Para algunos de estos hombres, el reactor había sido el modo de salvarse de los campos de concentración. El propio Heisenberg había sido denunciado. En el curso de una gira mundial, había ridiculizado la teoría nazi de la física aria, que sostenía que era necesario ignorar a todos los autores especializados que no eran arios. Nada menos que Himmler había llegado finalmente a la conclusión de que el genio de Heisenberg era esencial, y había aceptado sus disculpas.

Fichter había sido rescatado de un camión que debía llevarlo a los vagones de carga. Había intentado proteger a un tendero del vecindario que estaba siendo golpeado por los matones nazis. El

propio Fichter fue agredido, y arrojado a la misma celda que el tendero. Sólo su conocimiento de la fisión del uranio le había salvado. El tendero no tenía ninguna capacidad similar que ofrecer al Estado.

Para otros, el reactor había significado la conquista de un poder instantáneo. Diebner se había elevado a los más altos círculos del partido, porque prometió poner la espada atómica en manos del superhombre que era su jefe. El ascenso de Lauderbach había sido meteórico tan pronto se posesionó de la obra de los científicos no arios a quienes había depurado.

Pero para todos el reactor había creado un lenguaje común. Los símbolos y las formas que predecían sus operaciones eran un puente que salvaba las distancias políticas y religiosas, y la diferencia social. No se entendían unos a otros. Pero todos comprendían la teoría del reactor.

Heisenberg movió la llave, enviando energía al emisor de neutrones que estaba en el centro de la esfera. Los instrumentos detectaron inmediatamente la actividad neutrónica, y las agujas se movieron en los medidores. Pero se estabilizaron rápidamente, y mostraron sólo la producción de la fuente emisora. No hubo neutrones que se desprendiesen de los átomos de uranio incluidos en las minúsculas bolitas de combustible.

Aumentó la potencia del emisor, y observó el movimiento lento de las agujas indicadoras. Los neutrones golpeaban la pared interior de la esfera, pero no suscitaban ningún efecto en el combustible de uranio.

Hubo murmullos detrás cuando los científicos expresaron su decepción. Todos ansiaban probar su teoría. Sin embargo, Heisenberg sabía que algunos de los suspiros eran falsos. Muchos de sus colegas no tenían la confianza de Heisenberg en el agua pesada como moderador que permitía una reacción en cadena sostenida. Se sentirían complacidos si esa parte de su labor quedaba desacreditada. Otros, sencillamente, envidiaban su posición de liderazgo en la comunidad internacional de físicos. No se sentirían apesadumbrados si Werner Heisenberg descendía un peldaño o dos en la escala. Incluso Kurt Diebner tenía sentimientos contradictorios. Necesitaba el éxito de Heisenberg y deseaba entregar el reactor que había prometido al Reichsführer Himmler. Pero Heisenberg ridiculizaba públicamente la capacidad y la actitud política de Diebner. Diebner ciertamente prefería que el mérito del resultado correspondiese a un miembro del partido que hubiese aprendido a manifestar un poco de respeto.

Las agujas saltaron. En un lugar del interior de la esfera, los censores habían detectado un flujo de neutrones que provenían de una fuente distinta. Volvieron a saltar, y después oscilaron de ün lado a otro, indicando súbitas variaciones en el nivel de la actividad neutrónica.

-Miren -dijo una voz, y un dedo que asomó sobre el hombro de Heisenberg apuntó a los medidores-. Están subiendo.

Las oscilaciones comenzaban a atenuarse. Las agujas ascendían constantemente.

-El maíz frito comienza a reventar -dijo riéndose Heisenberg. Advirtió que las flechas cobraban velocidad en su movimiento hacia la derecha. Aquí, Heisenberg comenzó a disminuir la energía aplicada al emisor de neutrones. Las agujas inmediatamente comenzaron a estabilizarse, con lo cual indicaban que la reacción en la esfera aún dependía de una fuente artificial de energía neutrónica. Aún no se mantenía por sí misma.

Heisenberg advirtió que el grupo contenía la respiración cuando él continuó disminuyendo la energía trasmitida al emisor. Los anteriores experimentos de laboratorio en media docena de países habían llegado hasta aquí, y demostrado que el uranio disparaba neutrones de su propio núcleo cuando soportaba el bombardeo de otros neutrones. Pero se utilizaba más energía en mantener la reacción que la que esta podía producir. La energía teóricamente ilimitada que unía las partes de los elementos permanecía encerrada en el núcleo de uranio.

Las agujas se estabilizaron, lo cual indicaba un nivel constante de actividad neutrónica. Heisenberg continuó reduciendo la energía suministrada al emisor.

-Se mantiene por sí misma -murmuró Diebner.

Heisenberg asintió enérgicamente, y los cabellos le cayeron sobre los ojos.

-El emisor está apagado -dijo-. La reacción se mantiene por sí misma.

El anuncio fue saludado con un momento de asombrado silencio mientras los científicos trataban de abarcar el milagro que estaban presenciando. Millones de años atrás, en los primeros microsegundos del universo, la energía de la Gran Explosión había

sido absorbida por el núcleo de los elementos que estaban siendo creados. Ahora, se liberaba esa energía.

Uno de los físicos comenzó a aplaudir, y después se le unió otro. Diebner emitió una risita espontánea, y después rugió de placer. En el instante siguiente, hombres que tenían motivos para odiarse comenzaron a estrecharse las manos y después a caer unos en los brazos de otros. Durante un momento la alegría de la realización fue compartida por todos. Se desecharon los resentimientos y los celos.

-Está subiendo -advirtió uno de los científicos. Heisenberg examinó sus medidores y confirmó que las agujas se desplazaban lentamente. Calculó el ritmo de incremento, y lo comparó instantáneamente con las conclusiones de las fórmulas que llenaban su cuaderno.

-Demasiado rápido -dijo-. Mucho más rápido.

Movió una llave que accionó un sencillo motor aplicado a un tornillo sin fin, y que determinó que la barra de cadmio se introdujese en la esfera. El resultado fue que las agujas vacilaron, descendieron un momento y después volvieron a elevarse. Heisenberg de nuevo accionó el motor, enviando la barra de control más hacia el centro de la reacción. De nuevo los medidores indicaron una disminución, pero después de unos pocos segundos reanudaron su movimiento acelerado de ascenso.

-No puedo controlarlo -dijo Heisenberg.

-¿Qué sucede? -preguntó Diebner con algo más que un atisbo de temor. Señaló los medidores de temperatura. El agua pesada que había dentro de la esfera estaba aproximándose al punto de ebullición. Un instante después, la aguja del medidor de presión comenzó a desplazarse.

-Hay exceso de energía. Exceso de calor. ¡Mucho más que lo que calculamos! -gritó Diebner. Heisenberg registró las lecturas en su cuaderno-. Tal vez convenga que todos salgan. Puede escaparse un poco de calor. Quizá sea peligroso.

Diebner y los científicos salieron de prisa, pero Heisenberg se retrasó un poco. Pensó: Menos combustible. O quizá varias barras de cadmio. Era evidente que había sobreestimado mucho la capacidad del cadmio para absorber neutrones. Esa era el área a la que en adelante debía dirigir su atención.

Alcanzó a ver una capa de burbujas que comenzaba a formarse en la superficie externa de la esfera. El agua de la artesa comenzaba a calentarse, y de pronto Heisenberg sintió miedo. La -nergía liberada dentro de la esfera era enorme, excesiva para los toscos recipientes que él había ideado. ¿Qué sucedería si el flujo hacia adentro del agua fría de la artesa no tenía fuerza suficiente para dispersar las partículas de combustible? ¿Qué sucedería si la

reacción continuaba, y llevaba el agua al punto de ebullición con la misma rapidez que el líquido entraba en la cámara? ¿Habría un modo de detener la reacción que él había desencadenado?

Un tapón de seguridad voló, y un chorro de vapor calentó el agua de la artesa. Heisenberg pegó un salto hacia atrás, pasó por la puerta y la cerró detrás de sí. A través de la ventana cruzada con alambres vio cómo otro chorro de vapor irrumpía en la superficie, y enviaba un surtidor de agua fuera de la artesa. Y después, pareció que toda la habitación desaparecía envuelta en vapor.

-¿Se detendrá? -preguntó Diebner, expresando el temor que Heisenberg trataba de controlar.

-Por supuesto, se detendrá -replicó ásperamente, con voz mucho más segura que sus verdaderos sentimientos. Sus cálculos ya habían sido desbordados por la furiosa energía del minúsculo reactor. ¿Qué sucedería si también había calculado mal los límites de esa energía?

El vapor comenzó a disiparse, y cuando el agua de la artesa fue visible, su superficie estaba completamente serena. Aparecieron los medidores, y las flechas habían descendido al límite inferior. Al parecer, la temperatura y la presión habían disminuido. No había signos de actividad neutrónica. Pero quizá los sensores que estaban en la esfera habían sido fundidos por el calor intenso. O tal vez la avalancha de vapor había destruido los medidores.

Heisenberg abrió la puerta y entró cautelosamente en la habitación, acercándose al reactor como si fuese un dragón dormido al que temía despertar. Volvió los ojos hacia el agua turbia y descubridlos restos de la esfera destruida. La presión había abierto las costuras del extremo superior, y las bolitas de combustible caliente habían perforado el fondo.

-Santo Dios -murmuró. El calor había sido tan intenso que el uranio se había quemado como astillas de madera. Se sintió

desconcertado por la realidad del metal ardiendo a pesar de que estaba sumergido en agua-. Dios nos ampare.

-Un desastre -dijo la voz de Kurt Diebner en el umbral-. ¿Qué diré al Reichsführer Himmler? ¿Cómo le explico esto?

-Dígale que usted acaba de presenciar la primera reacción nuclear sostenida en la historia del mundo -sugirió Heisenberg-. Dígale que la energía liberada fue por lo menos el doble de la que los científicos habían calculado. Dígale que se desarrolló calor suficiente para lograr que el acero ardiese como papel.

Diebner dirigió una larga mirada a Heisenberg, y comprendió que hablaba completamente en serio. Volvió los ojos hacia las ruinas del reactor.

-Entonces, ¿fue un éxito? -preguntó.

-Un éxito total, Herr Director. Un éxito que supera todo lo que podríamos haber imaginado. Y dígale a Himmler que cuando examinemos esas bolitas de combustible descubriremos metales que nunca existieron antes. Metales mucho más volátiles que el uranio con que comenzamos. Metales que se fisionarán con una rapidez mucho mayor, desprendiendo energía superior en una docena de magnitudes.

Diebner tomó la mano de Heisenberg entre las suyas y la estrechó enérgicamente.

-Felicitaciones, profesor Heisenberg. Una realización monumental. Sé que el Führer enviará su agradecimiento personal así como la gratitud de toda la nación.

Heisenberg retiró la mano.

-Quizás el Führer envíe otros cien galones de agua pesada junto con su gratitud, y así podremos construir un nuevo reactor experimental.

Diebner ya se dirigía a la puerta, en busca de un teléfono para informar la buena noticia.

-Y para el reactor en gran escala -continuó diciendo Heisenberg-, quizás otros diez mil galones de agua pesada. De manera que podamos procesar unas pocas toneladas de uranio y no unos pocos kilos.

-Estoy seguro de que no habrá problemas -dijo Diebner desde el umbral-. El Reichsführer Himmler se sentirá complacido.

Desapareció alejándose por el corredor.

-No lo dudo -comentó Heisenberg-. No tiene cerebro suficiente para asustarse.

Permaneció unos pocos segundos, la mirada fija en el hueco vacío de la puerta. Después se volvió hacia sus colegas. Algunos se alejaban en dirección a sus oficinas, para no comprometerse con esos comentarios que ridiculizaban a Himmler. Otros compartían las bromas de Heisenberg. El vínculo común creado por el trabajo estaba destruido tanto como el reactor.

-Esos idiotas que calzan botas nunca entenderán lo que hemos obtenido -dijo Heisenberg al reducido círculo de amigos que permanecía allí-, Pero nosotros lo sabemos. Y un día podremos compartir nuestro éxito con los físicos de todo el mundo. Comprenderán, y sus felicitaciones significarán algo. Algo más imporante que todo lo que probablemente recibiremos de nuestro burocrático Führer.

Los científicos se unieron a las risas hasta que vieron la expresión sombría en la cara redonda de Otto Hahn.

-Quizá nadie vea eso -dijo Hahn, tratando de explicar el terror que de pronto le dominaba-. Quizás esa basura burocrática nos destruya a todos.

Estocolmo - 27 de febrero

-Doctor Bergman, cuando usted propuso el grafito como moderador, se mostró muy impreciso acerca del efecto de las impurezas. ¿No tienen importancia?

El apartó los ojos del arenque frío que había estado cortando con el borde de su tenedor.

¿Cuándo? ¿Cuándo escribió por primera vez acerca del grafito? ¿Con destino a la asamblea de Bruselas? No, fue en París, un año antes. Y aún no había estudiado el efecto de las impurezas.

-Al principio no -contestó, imprimiendo a las palabras suecas una cadencia canturreada que aún era extraña a su dicción-. Por esa época apenas comenzábamos a pensar en los moderadores. Estábamos

explorándolo todo. Pero en Bruselas cuando presenté mi análisis del comportamiento de los neutrones, sobre la base de la teoría de los juegos...

-París -le interrumpió Birgit.

-No, Bruselas -dijo él.

Birgit meneó la cabeza.

-Bruselas fue antes que París. Su trabajo basado en la teoría de los juegos fue presentado en la asamblea de París.

-¿Está segura? ¿Acaso el trabajo llevado a París...? -De pronto se detuvo y la miró, horrorizado, pues advirtió que había respondido en inglés.

-Cristo -maldijo, dejando caer el tenedor sobre el plato-. Esto no puede funcionar.

-Está haciéndolo muy bien -dijo Birgit-. Estuvo hablando de este trabajo durante media hora. Hubo momentos en que incluso creí que usted era Nils Bergman.

-Momentos -se burló Karl Anders-. No puedo sostener la presión media hora, y presuntamente conviviré con esos condenados nazis un par de meses. Es absurdo. No hay la más mínima posibilidad de engañarles.

-Ahora no -replicó Birgit-. Todavía no está preparado. Aún tenemos mucho que hacer.

Anders se levantó de un salto y aferró su chaqueta colgada del perchero que estaba cerca de la puerta de salida.

-Nos llevará una vida entera -dijo a Birgit-. Eso es lo que se necesita para convertirse en otra persona. Una vida entera.

Cerró con fuerte golpe la puerta tras de sí y caminó irritado entre los árboles cubiertos de nieve, en dirección a los lagos. Las caminatas irritadas a merced de los vientos helados se habían convertido en su técnica de fuga. Eran los únicos momentos en que podía preservar su propia identidad de la persona en la cual supuestamente tenía que convertirse.

¿Cómo podía convertirse en otra persona, aunque fuese un

individuo cuya apariencia era casi idéntica a la suya propia? En Inglaterra los médicos se habían ocupado de la diferencia de edad, raleando sus cabellos y formando arruguitas en las esquinas de los ojos. Los sastres le habían confeccionado trajes apretados en la cintura y cerrados en los hombros, para aliviar todo lo posible su físico atlético, y un director de teatro le había obligado a ensayar su postura con el cuerpo un poco encorvado y el mentón avanzado, hasta que el parecido con Bergman fue sobrecogedor.

Después, un profesor de dicción había comenzado a trabajar sobre la lengua sueca que Anders hablaba fluidamente, ensayando la cadencia que era típica de Estocolmo, y eliminando las equivocaciones propias de los inmigrantes de Estados Unidos, hasta que en efecto habló como Bergman.

Ahora, en una casa de campo que se levantaba a orillas de los lagos de Estocolmo, la secretaria de Bergman le estaba ejercitando página por página en toda la obra del físico, para conseguir que él incluso pensara como Bergman. Las dos personalidades estaban reuniéndose en un mismo cuerpo. Pero, a semejanza del aceite y el agua, a cada momento trataban de separarse.

Había millones de características, incorporadas en el curso de una vida, que definían a una persona. Las ironías que provocaban una sonrisa y las incongruencias que originaban rechazo. Los sentimientos que podían ser compartidos y los que no se expresaban nunca. Las reacciones frente a los colores y los aromas. El placer experimentado por las armonías sonoras. Las reacciones frente al frío y el calor. El goce ante la perspectiva de la comida; incluso el movimiento de los dedos que sostenían el cuchillo o alzaban una copa de vino. Cada característica de Bergman asimilada por Anders sugería otras

miles que eran completamente desconocidas. Cuanto más se excitaban sus maestros ante cada uno de los ademanes que acercaban a los dos hombres, más desalentado se sentía An-ders en vista de los ademanes que los separaban.

Cuando Haller sugirió por primera vez la posibilidad de que él sustituyera al renombrado científico, Anders había sentido curiosidad. Y después de una semana en Inglaterra, al mirarse en el espejo y comprobar cómo desaparecían las diferencias de aspecto, se había sentido excitado. Incluso en Suecia, cuando comenzó a trabajar con Birgit y a revisar la obra de Bergman en su propio idioma, la personificación había parecido completamente posible. Pero ahora, a medida que se acercaba más y más al hombre en quien debía

convertirse, las diferencias se magnificaban y desembocaban en un abismo infranqueable. Estaba desalentado, y a medida que se aproximaba el día de su viaje a Alemania incluso atemorizado.

Había comenzado a cuestionar todos los aspectos del plan.

-¿Cómo puede estar tan condenadamente segura de que Bergman no tenía un solo amigo íntimo en Alemania que sepa que yo no soy Bergman?

-Fui su secretaria -le recordó ella-. Escribía sus cartas. Me ocupaba de sus llamadas telefónicas. He revisado todos sus archivos. No existe esa persona que mantuviese con él una relación íntima.

-¿Y la gente que yo conozco? -había preguntado Anders en otro momento de desesperación-. Mis alumnos. He trabajado con centenares de personas que pueden aparecer aquí o allá. Gente que sabría en un instante quién soy exactamente.

-Hemos cubierto ese aspecto -contestó fríamente Birgit-. Cuatro de sus alumnos estuvieron con las fuerzas armadas norteamericanas en el teatro europeo. Todos fueron remitidos nuevamente a Estados Unidos. Sólo resta un profesor que trabajó con usted y que vive en Europa, y está en Italia. Ambos jamás se acercarán a menos de mil kilómetros uno del otro.

Estaban todos tan seguros de que el asunto funcionaría, de que él podía remplazar a otra persona y de que nadie cuestionaría su nueva identidad. Sin embargo, cada vez que se convertía en Bergman, cometía errores garrafales al cabo de pocos minutos. Como esa mañana, en que había confundido dos de los trabajos enviados a la fraternidad científica. Incluso las personas que nunca habían visto a Nils Bergman debían saber cuándo había propuesto por primera vez el problema de los moderadores de grafito. Y después, en su confusión, la recaída momentánea en el inglés. ¿Cómo habría sonado eso durante una cena con sus anfitriones alemanes?

-Es absurdo -gritó al viento que le golpeaba la cara-. ¡No puede funcionar!

Pero en el mismo instante en que proclamaba a voz en grito sus temores, sabía que debía arreglárselas para que funcionara. Sabía mejor que cualquiera de los profesionales que estaban entrenándole, cuáles serían exactamente las consecuencias si la cosa no marchaba bien.

-Sabemos que están construyendo una planta de difusión para separar el plutonio del combustible del reactor -habían sido las palabras del profesor Lindemann mientras bebía una taza de té, durante una de las sesiones en Inglaterra-. La construyen en un lugar subterráneo, en algún rincón de Alemania septentrional. Y creemos haber identificado el vehículo que transportará la bomba.

Lindemann le había mostrado las fotos de la pequeña aeronave sin piloto tomadas en el campo alemán de pruebas en Peenemünde.

-Este artefacto no puede tener otro propósito que transportar un explosivo muy poderoso. De modo que si pueden construir el reactor para producir el plutonio...

Anders sabía que si lo lograba la guerra estaba terminada. Que Inglaterra realizara la experiencia de la energía obtenida con la fisión atómica instantánea, y pediría de rodillas la paz. Fermi había calculado que una tonelada de uranio fisionado sería más poderosa que todos los explosivos químicos detonados en el curso de la historia. Teller había formulado la conjetura que aún podía provocar la explosión de la atmósfera.

Pero los alemanes no perdían tiempo en conjeturas científicas. Heisenberg ya estaba trabajando de firme en un reactor de agua pesada. O eso suponían los británicos, juzgando por la guardia militar que los alemanes habían apostado alrededor de su planta de agua pesada en Noruega. Y sólo para asegurar el resultado, habían estado a un paso de inducir a Nils Bergman a viajar a Alemania, con el propósito de que comenzara su trabajo en un reactor de grafito. Si los alemanes tenían el firme propósito de construir una bomba de plutonio, los aliados debían mostrarse seriamente dispuestos a impedirlo. Si los alemanes estaban dispuestos a correr riesgos con el peligro de una reacción en cadena, los aliados debían hacer lo mismo. La personificación de Bergman podía ser un tiro en la oscuridad. Pero era una de las pocas oportunidades que se les ofrecía.

Anders estaba dispuesto a retornar al trabajo cuando ascendió briosamente los peldaños que llevaban al porche y abrió la puerta principal de la casa de campo. Pero Birgit se había puesto la chaqueta y el gorro de lana tejida le cubría la cabeza hasta las orejas. Estaba recogiendo las carpetas que había traído de la oficina de Bergman como material de la lección del día.

-Lo siento —dijo Anders en su mejor sueco. Ella lo ignoró, mientras continuaba metiendo las carpetas en su portafolios-.

Irritarme fue una actitud infantil. Discúlpeme.

-Tiene razón -contestó finalmente Birgit, utilizando el idioma de Anders por primera vez desde que él había llegado a Suecia-. Esta no es su línea de trabajo. Y Dios sabe que no es la mía.

Birgit echó a andar hacia la puerta, pero él le cerró el paso.

-Vamos a intentarlo otra vez -propuso Anders. Pero cuando ella se volvió para mirarle, Anders vio otra persona. Ya no era la profesora amable y alentadora con quien había estado trabajando antes.

-¿Qué cree que es esto? ¿Uno de sus cursos para graduados? -preguntó Birgit-. ¿Tiene idea de lo que está en juego?

-Por supuesto, tengo idea -replicó ásperamente Anders-. Sucede sencillamente que toda la idea es muy arriesgada. Las probabilidades son tan escasas...

-¿Arriesgada? -replicó ella-. Permítame decirle lo que es arriesgado. En los próximos días un equipo de comandos británicos saltará de un avión y se enfrentará con un regimiento entero de alemanes con el propósito de llegar a la planta de agua pesada. Eso es arriesgado. ¿Y las probabilidades? Incluso si consiguen sobrevivir a los alemanes, no tienen muchas posibilidades, pues los ingleses no están en condiciones de recogerlos y traerlos de vuelta a Inglaterra. De modo que si sobreviven a la batalla, tendrán que abrirse paso hasta la Resistencia noruega y abrigar la esperanza de que ella pueda acercarlos a un puerto noruego. Esa sí es una empresa con muy pocas posibilidades.

-¿De qué está hablando? -preguntó Anders.

-De cosas que yo no debería mencionar. De cosas que ni siquiera deseo saber. Ya he visto morir a mucha gente, Dios mío, incluso ayudé a matarlos.

-¿Bergman? -preguntó Anders, que deseaba recordar a Birgit que ella no podía atribuirse la culpa de su inverosímil muerte.

-Sí, Bergman. Y otro antes que él.

Anders pensó que Birgit estaba al borde de las lágrimas. Extendió una mano para reconfortarla, pero ella la apartó.

-Pero nunca más -dijo Birgit, mirándole con gesto desafiante-.

No volveré a jugar con la vida de otra gente. Haller conoce los riesgos del intento de acercarse a la planta de agua pesada de Noruega. Es su tarea.

-¿Haller? -Anders estaba asombrado. Sabía que el atuendo académico era un disfraz, pero había imaginado que Haller era un oficial de escritorio.

-Y usted conoce los riesgos de su intento de convencer a los alemanes de que es Nils Bergman. Es su decisión, y no intentaré convencerle. No deseo saber si algo le sucede a Haller. Y no deseo sentirme culpable si a usted le sucede algo.

Pasó frente a Anders y abrió la puerta. Pero él cruzó el brazo para impedirle salir.

-Iré a Alemania -dijo con voz neutra-. Iré porque debo hacerlo. Porque tengo más motivos para ir que Haller y sus soldados. Sé algo que ninguno de esos comandos puede saber.

Ella se detuvo en el umbral y se volvió para mirarle.

-Sé cómo será si alguien detona una bomba de fisión. He calculado la posible fuerza del impacto. Y el calor. Esos comandos ni siquiera podrían imaginar lo que significan los números. No puedo permitir que suceda eso, por mucho que me afecte. Y no creo que usted pueda permitirlo, no importa lo que ya le haya costado.

Birgit entrecerró los ojos en un gesto de sospecha. Después volvió a la habitación y cerró la puerta.

-Y yo sé algo que usted no puede saber. Conozco a los nazis. Conozco el horror que pueden infligir nada más que con un garrote y un cubo de pintura, de modo que puedo imaginar lo que harían con la bomba. Sé cuánto les agradaría arrojarla sobre el centro de Londres. De modo que tal vez somos un equipo perfecto.

Anders se quitó la chaqueta y la depositó sobre una silla.

-Vamos a trabajar -dijo, volviendo a su mejor sueco.

-Sus probabilidades no son mejores que antes -le recordó Birgit, hablando todavía en inglés y vacilando junto a la puerta.

-Tampoco las suyas -contestó Anders con un gesto de picardía-. Tendrá que correr el riesgo de ayudarme a buscar mi propia muerte.

Ella le miró fijamente durante un momento, y después volvió al comedor y depositó otra vez las carpetas sobre la mesa. Se quitó el gorro de lana y la chaqueta y los colgó del perchero que estaba junto a la puerta.

-Le prometeré una cosa -dijo Birgit, todavía en inglés, mientras se acomodaba en la silla que estaba frente a Anders, y abría las carpetas-. Cuando crea que usted está preparado, le someteré a una prueba.

Birgit percibió el interrogante en los ojos de Anders.

-Le reuniré con alguien que conoció a Nils Bergman. Alguien que le conoció mejor que cualquiera de los alemanes con quienes usted se reunirá.

El la miró con los ojos muy abiertos.

-Si usted no pasa por Bergman, anularé todo el asunto.

El la miró reflexivamente, y después asintió.

-Esa prueba podría salvarme la vida -reconoció.

-También la mía -dijo ella. Después, pasó al sueco-. Doctor Bergman, cuando usted propuso al grafito como moderador…- Reanudaron el entrenamiento en el lugar en que el error de Anders lo había interrumpido.

Rjukan - 2 de marzo

El Halifax de cuatro motores que los remolcaba, fácilmente hubiera podido evitar la turbulencia del tiempo elevándose a mayor altura. Pero el planeador Horsa no estaba equipado con oxígeno. Si ascendía todavía más, los Demonios Rojos que estaban apretados a lo largo del cuerpo del planeador, sobre los improvisados asientos, pronto se sentirían desorientados, a causa de la falta de oxígeno en el cerebro. Y necesitarían toda su lucidez y su astucia para la misión que comenzaba pocos minutos después.

Los hombres habían salido de la pista de tierra de Escocia casi tres horas antes, empujados hacia delante con un movimiento brusco cuando el Halifax extendió toda la longitud de la cuerda de remolque. Casi inmediatamente estuvieron en el aire, y el liviano planeador de madera se elevó incluso antes de que la máquina que los remolcaba abandonase el suelo. Y casi inmediatamente sintieron un frío intenso,

cuando el aire invernal penetró en la atestada cabina.

Les transportaron en un suave arco sobre el Mar del Norte, encerrados en una tumba sin luz, donde el crujido de las alas y la fuerza de su propia respiración eran los únicos sonidos. Después, subieron hacia el norte, sin apuntar a su blanco en la cadena montañosa de Noruega meridional, sino al mar barrido por los vientos en la costa occidental del país.

No podían acercarse en línea recta a la planta hidroeléctrica de Rjukan. Eso los hubiera obligado a pasar sobre el Skagerrak, donde las patrullas aéreas alemanas surcaban el cielo, y tierra adentro sobre la costa meridional de Noruega, donde los alemanes habían emplazado cañones antiaéreos. En cambio, permanecerían sobre las aguas del Mar del Norte, y virarían hacia tierra al norte de Bergen. Seguirían un fiordo hasta el corazón de las montañas centrales, y después se desviarían hacia el sur. Un río de aguas torrenciales les guiaría hacia la empinada pendiente de la montaña que descendía hasta la estación hidroeléctrica.

Pero cuando llegaron a la costa, encontraron espesas nubes que originaban una ventisca de nieve lanzada contra las montañas. Ahora, la fuerza del vendaval les sacudía implacablemente. El mayor Haller observó las dos líneas de caras inquietas, y comprendió que su misión afrontaba dificultades. Había previsto la tormenta de nieve apenas vio los pronósticos meteorológicos de la jornada, pero había pensado que los problemas que esa turbulencia podía provocar se compensaban con la protección del cielo sin luna -una ventaja a la que tendrían que renunciar si retrasaban la incursión. Ahora, no estaba seguro de que el canje fuera beneficioso. No había previsto los efectos del frío entumecedor que convertía el aliento de sus soldados en hielo que se adhería a la cara. No había contado con los efectos del mareo, que llenaba el aire con el hedor del vómito. Y ciertamente, había subestimado el maltrato físico que soportaban cuando los movimientos propios del vuelo en esas condiciones les golpeaba contra los costados del planeador. Ya estaban casi agotados.

- todavía faltaba el aterrizaje, que en terreno carente depreparación, se parecía más a una caída. En los ejercicios de entrenamiento, los peñascos del suelo atravesaban el vientre de losplaneadores Horsa, y las ramas de los árboles perforaban los costados como lanzas. ¿Cuántos de sus dos docenas de hombres saldrían más o menos ilesos del desastre?

Y después, estaba la marcha forzada, pendiente abajo, en

dirección a la planta. En las sesiones de planeamiento habían denominado a esa parte "descender la pendiente esquiando", y cada uno de sus soldados había practicado con un par de esquíes cortos. Pero tenían que seguir el curso del río, con sus caídas y sus curvas. Era la guía que aseguraba la orientación. Haller sabía que los esquíes no servirían de mucho cuando tuviesen que descender por el borde de una cascada. Se preguntaba cuántos hombres continuarían acompañándole al fin de la jornada de tres kilómetros.

Y después, tendrían que abrirse paso a través de un regimiento de defensores alemanes para llegar a la planta. Necesitaban retener los edificios el tiempo que permitiera a los zapadores aplicar las cargas explosivas a los electrodos que reunían las moléculas de agua pesada, y a los tanques de almacenamiento que guardaban el producto.

Finalmente, una vez hecho todo eso, necesitaban abrirse paso luchando, en busca de la salvación.

Era una misión que exigía tropas selectas en las mejores condiciones posibles. En cambio, los hombres ya estaban muy golpeados. Probablemente un poco de luz de luna habría sido menos peligroso que el tiempo.

-Ahora estamos cruzando la cumbre. -Era la voz del piloto del planeador que llegaba por el teléfono. Haller acusó recibo, se inclinó hacia adelante y apoyó las manos en el piso.

-Lo logramos -dijo a sus hombres—. Cinco minutos para tocar tierra. Prepárense.

Hubo sonrisas de alivio. Nada de lo que los alemanes podían presentar sería tan malo como el vuelo que acababa de terminar. Aseguraron las correas del equipo a los cinturones y las mochilas.

El piloto se inclinó hacia adelante, limpiando el hielo que cubría el parabrisas con la palma de su guante, y clavando los ojos en el cielo oscuro para ver la tenue luz de cola del Halifax, en línea recta. El avión remolcador estaba virando hacia el sur, y el piloto no podía permitir que el planeador derivase por propia cuenta y se alineara llevado por la tracción de la máquina que lo remolcaba. Tenía que describir su propio giro, siguiendo exactamente el arco dibujado por el Halifax. El remolcador también comenzaba a descender, y el piloto tenía que responder a la maniobra, utilizando los toscos frenos de aire de madera para mantener tensa la línea.

-¡Dios mío! -exclamó Haller cuando la cabina se elevó

bruscamente. El planeador había recibido un golpe de viento y casi perdió el equilibrio, y durante un instante se sostuvo sobre el extremo del ala. En lugar de mirar de frente a su sargento, le veía debajo. Los cascos se desprendieron de la cabeza de los hombres de un lado del planeador, y golpearon la cara de los que estaban del lado opuesto.

-¡Aterrice este condenado artefacto! -gritó Haller por el teléfono.

-En eso estamos, amigo -dijo la voz del piloto-. Un minuto más.

El Halifax encendió una sola luz blanca. El piloto movió la mano hacia el costado de su asiento y accionó un anillo de metal. La cuerda de remolque se soltó, y el planeador comenzó a descender silenciosamente hacia la ladera cubierta de nieve.

Podían volar un largo trecho. Con la nariz inclinada apenas unos grados, la velocidad del aire superaba los 160 kilómetros por hora. A esa velocidad, podían recorrer varios kilómetros antes de salvar los mil seiscientos metros que los separaban del suelo. Pero el tiempo apremiaba. A lo sumo, podían permanecer en el aire cinco o seis minutos. Era todo el tiempo utilizable para encontrar el río.

Si el punto de separación era exacto, debían volar hacia el sur, que era el rumbo que el piloto trataba de mantener en su compás. Debían llegar al río en tres minutos, a una altura aproximada de 600 metros, y después seguir el curso hacia el sureste, en dirección a la planta hidroeléctrica. Descenderían sin ruido, aterrizando a orillas del río, a unos tres kilómetros de la planta, fuera de las pantallas que los alemanes mantenían constantemente sobre el perímetro.

El piloto se acercó más al parabrisas. El cielo oscuro que impedía verlo también imposibilitaba que él viese el terreno. Contó los segundos que habían pasado desde el momento de la separación, comparó el tiempo con la altura y después viró a ciegas, suponiendo que había llegado al río.

El altímetro descendió: quinientos metros, después trescientos. Aún no había signos del suelo.

-La línea de los árboles -dijo el copiloto, señalando hacia la derecha. El piloto miró en esa dirección, e instantáneamente inició un viraje. Estaban sobre una espesa arboleda que podía destrozar el frágil planeador. El límite del bosque, que según creían era el lecho del río, estaba mucho más a la derecha.

-Demasiado bajo -contestó el piloto. Elevó la nariz, tratando de usar la velocidad del planeador para ganar un poco de altura. Cuando la velocidad disminuyó, empujó la palanca de la nariz, tratando de extraer unos pocos centímetros suplementarios del impulso del planeador.

-¡Asegúrense! -gritó por el teléfono para avisar a los soldados-. ¡Vamos a tocar tierra!

Podía sentir las puntas de las ramas castigando el vientre del planeador. El Horsa se elevó sobre la copa de un árbol, y durante un instante pareció que ascendía. Después, comenzó a caer.

Pero en ese momento cruzaron el límite del bosque, y salieron a la orilla helada del río.

El piloto descendió la nariz, y cuando el avión aumentó su velocidad las alas comenzaron a elevarse. Desvió el planeador bruscamente hacia la izquierda, en un giro destinado a evitar el río helado. Después, con el extremo del ala izquierda que casi tocaba el suelo, viró bruscamente a la derecha. El planeador se estabilizó, disminuyó su velocidad y vaciló un momento hasta detenerse. Descendió bruscamente, y sus apoyos de madera golpearon contra el hielo.

Brotaron gritos de la cabina cuando el planeador rebotó hacia el aire. Pero pronto golpeó otra vez, ahora más suavemente. Y después se deslizó con suavidad sobre el río helado, y su vientre avanzó como un trineo.

El piloto trató de reducir la velocidad con los frenos de aire, y usó los pedales del timón para mantener el artefacto en una línea recta. Poco a poco, la velocidad disminuyó y el Horsa se detuvo suavemente.

Los ojos que se habían cerrado con fuerza, como consecuencia del terror, se abrieron lentamente. Los comandos se miraron, comprendieron que habían aterrizado y ahora los labios helados esbozaron sonrisas.

-En marcha -ordenó Haller, desprendiéndose del cinturón de seguridad y manipulando la puerta de la cabina. Los soldados bajaron al hielo.

-Depositen el equipo a orillas del río -indicó el mayor. Los comandos formaron una fila entre el avión y el borde del río, y

trasladaron el equipo a lugar seguro.

Haller sostuvo su mapa frente al piloto. No sabían muy bien si habían sobrepasado el área de aterrizaje, o si se habían quedado cortos. Pero no importaba. Lo único que tenían que hacer era seguir el curso del río hacia el sureste, y así llegarían a las válvulas de entrada de la planta hidroeléctrica de Rjukan.

Los hombres no tenían idea de la naturaleza del objetivo. Ciertamente, sabían que era una planta de energía, pero había millares de plantas iguales en los territorios ocupados por los alemanes, y ninguna había merecido una visita personal de los Diablos Rojos. Durante el entrenamiento, Haller había respondido a las preguntas diciéndoles que la planta producía sustancias químicas especiales que los alemanes necesitaban desesperadamente, y que esos productos eran procesados a gran profundidad bajo tierra, en los viaductos que alimentaban las turbinas, de modo que estaban protegidos de los bombardeos aéreos. Sabía que su respuesta era sólo una verdad a medias. Pero era imposible pedir a los hombres que arriesgaran la vida sólo para derramar unos pocos miles de galones de agua en el río. A menos que lograra hacerles entender la importancia del agua, y eso era imposible.

¿Cómo podía explicar el papel de una extraña molécula de agua que tenía un neutrón suplementario caprichosamente agregado a cada uno de los átomos de hidrógeno? Una molécula cuyo único valor era su extraña capacidad de aminorar la velocidad de desplazamiento de una partícula atómica que, en sí misma, no tenía más función que aumentar el peso de un núcleo. Y todo esto sucedía en el corazón de un metal tan raro que ciertamente nunca lo habían sostenido en sus manos, o para el caso jamás lo habían visto.

Sin embargo, si el agua pesada llegaba a Alemania, la guerra estaba perdida. Con ella, podían crear una bomba que vaporizaría a Londres en una sola explosión. Una segunda bomba arrasaría a Liverpool un instante más tarde. A la hora de lanzar la décima bomba, habrían destruido a la mitad de la población inglesa.

-¿A partir del agua?

Jamás podrían entenderlo.

Era mejor mentir. El mayor Haller sabía que sus hombres de buena gana arriesgarían la vida para privar a los alemanes aunque fuese de una ventaja momentánea, para destruir un producto químico

que podía aportar energía a unos pocos aviones. Pero, ¿morir por el agua? Eso era pedir demasiado.

Llegaron a una ladera larga y suave, y probaron los esquíes, y se deslizaron en silencio a lo largo de varios centenares de metros. Pero uno por uno se hundieron en la oscuridad, y la línea cerrada comenzó a alargarse. Haller ordenó que abandonasen los esquíes.

Al frente, oyeron el estrépito de un rápido que les advirtió la presencia de un desnivel empinado y rocoso. Descendieron lentamente, pisando con mucho cuidado la cara congelada de las rocas, y después pasando de mano en mano los rollos de cable y las cajas de dinamita. Estaban agotados cuando llegaron al fondo, pero Haller ya estaba retrasado, de modo que ordenó que avanzaran inmediatamente, ingresando en un bosque denso que se extendía a la derecha del peñasco que estaba en el borde del río. Ahora, la oscuridad protectora aportó un nuevo riesgo, mientras tropezaban en la maraña del suelo, y las ramas invisibles les castigaban las manos y las caras. Cada metro que avanzaban era doloroso, y el frío y la fatiga estaban cobrándose su precio. Haller los obligó a avanzar más de prisa, temeroso de que el bosque pudiera tragarse su fuerza de ataque antes de que hubiese llegado a la meta.

Estaban a pocos centenares de metros de la planta cuando la vieron: un edificio de ladrillo grande y cuadrado, con varias construcciones anexas de menores proporciones, construidas sobre una ladera, a cierta altura sobre el río. Al lado del complejo había una central eléctrica, y los primeros sostenes de la línea de energía que llevaba electricidad hacia el este, a Drammen y después a Oslo. La empalizada de alambre que protegía la propiedad estaba a pocos centenares de metros. Los soldados alemanes se paseaban del lado interior de la empalizada.

Al ver al enemigo, la fatiga de los hombres se disipó. Se prepararon instantáneamente para iniciar el ataque que habían ensayado muchísimas veces con una maqueta de madera que representaba el edificio. Los tres zapadores, con seis fusileros, descendieron sigilosamente por la ladera en dirección al río. Cuatro comandos comenzaron a instalar dos morteros sobre el borde del bosque. Los fusileros restantes, mandados por el sargento, describieron un círculo a cierta altura sobre el edificio. Haller observó el despliegue, y después descendió de prisa a la orilla del río para unirse a los zapadores.

El grupo de Haller llegó a la isla de hormigón construida al

borde del agua. Las compuertas de acero de la isla desviaban la corriente hacia el viaducto que alimentaba las turbinas. Siguieron la dirección del canal hasta que desapareció en los cimientos del edificio. Después, ascendieron los peldaños que llevaban a las puertas de acero, el acceso a la sala del generador. Uno de los zapadores aplicó una carga de dinamita a los grandes goznes. Después, se agazaparon y esperaron.

Unos segundos más tarde oyeron el lejano "pop" cuando el primer disparo de mortero inició su empinada trayectoria. Un instante después, disparó el otro mortero.

Oyeron gritos, órdenes en alemán cuando los guardias se volvieron hacia el ruido. Después, la noche quieta y nevada se vio conmovida por una explosión ensordecedora; era el primer disparo de mortero que había estallado cerca de la central eléctrica.

El zapador encendió la mecha de la carga de dinamita.

Haller alcanzó a oír los gritos de los guardias que estaban más arriba, y después los disparos de sus armas, apuntadas ciegamente a la noche.

La segunda granada de mortero explotó, y un instante después otra. Imaginó a los guardias corriendo enloquecidos en círculo, tratando de protegerse de las granadas y del fuego de fusilería que llegaba de la oscuridad vacía. Sabía que sus hombres tenían todas las ventajas posibles, pues disparaban sobre blancos fijos desde la protección de un amplio vacío. Pero la ventaja duraría poco. En unos segundos más los soldados alemanes de la guarnición acudirían. Verían los relámpagos que brotaban del cañón de las armas británicas, y comenzarían a devolver el fuego. Bastarían unos minutos, y su superioridad numérica desbordaría a la pequeña fuerza atacante.

La carga explotó, y la puerta de acero cayó hacia el interior del edificio. Haller se incorporó de un salto y entró por la abertura con su pequeña fuerza. Atravesaron la sala del generador, intensamente iluminada, y rodearon las bóvedas macizas de los generadores eléctricos, accionados por las turbinas subterráneas.

Un solo guardia apostado a la puerta de edificio de procesamiento del agua reaccionó a tiempo después del resplandor de la explosión, y vio entrar a los comandos y alzó su fusil. Pero cuando vio las armas de los ingleses vueltas hacia él, huyó a través de la puerta. Estaba apenas a mitad de camino hacia la puerta siguiente que

llevaba al exterior cuando una andanada de fuego de uno de los invasores le derribó. Cayó hacia adelante, boca abajo, sobre el inmaculado piso de mosaico, manchando todo alrededor con su propia sangre.

Haller ignoró los estertores del herido.

-Allí -dijo, indicando a los zapadores la hilera de altos tanques de metal que hubieran podido ser parte del equipo de una bodega-. Después, esos electrodos.

Los enormes electrodos, de una altura de casi dos pisos, emergían del extremo superior de un tanque de procesamiento, donde la corriente que ellos creaban dividía el agua común en sus correspondientes gases. Varios conductos galvanizados retiraban el hidrógeno y el oxígeno, dejando agua que tenía más elevada concentración de los caprichosos átomos de hidrógeno. Mediante un proceso lento y paciente de reducción del agua a un cienmilésimo de su volumen original, se separaba el agua pesada.

Haller apostó a sus fusileros en las dos puertas de la sala, una que llevaba al salón del generador que acababa de cruzar, la otra que se abría sobre un tramo de peldaños de concreto y comunicaba con el exterior. Ahora, el combate se había invertido. En lugar de ser los atacantes, los comandos se habían convertido en los defensores. Su tarea era mantener a los alemanes fuera de la zona hasta que los zapadores hubiesen ejecutado su trabajo.

Al principio, la dispersión del fuego de morteros atrajo a los alemanes hacia el campo abierto. Pero los oficiales comprendieron enseguida qué era lo que debían proteger. Detuvieron a una compañía de soldados que se abalanzaba sobre la empalizada del perímetro, y la condujeron escaleras abajo, hacia la sala de procesamiento del agua pesada.

Los hombres de Haller les dispararon cuando llegaron al final de la escalera, y eliminaron a la primera con fuego de armas automáticas. La segunda fila de alemanes se protegió y comenzó a disparar hacia la puerta, obligando a los comandos a refugiarse en la sala de procesamiento. Haller comprendió que disponía de pocos segundos. Volvió los ojos hacia los expertos en explosivos.

Habían aplicado cargas a cada uno de los tanques de almacenamiento. Uno de los hombres desenrollaba los cables, avanzando hacia la puerta por donde habían entrado. Los otros dos

fijaban paquetes de dinamita del extremo superior del tanque de electrólisis. Haller quiso gritarles. Se les acababa el tiempo. Pero nunca tendrían otra oportunidad en la planta de Rjukan. Necesitaba concederles todo el tiempo que fuera posible.

Llegó una ráfaga de disparos del exterior. Los alemanes habían apostado una ametralladora en la escalera. El fuego sostenido destrozó los bordes de la puerta, de modo que los comandos no podían devolver el fuego. Dos soldados británicos fueron alcanzados, y uno se volvió hacia Haller y tenía sólo la mitad de la cara. Los otros comandos fueron expulsados de los lugares que los protegían a nuevas posiciones detrás de los tanques de procesamiento.

Los alemanes tenían que atacar pasando por una puerta estrecha, y la pequeña fuerza británica incluso podía cubrir esa vía de acceso. Cuando el primero de los guardias apareció en el hueco, fue derribado por una serie de balas, y girando sobre sí mismo desapareció de la vista. Apareció otro soldado, pero una lluvia de fuego proveniente del interior le obligó a cubrirse. Los soldados británicos tenían la impresión de que podían retener indefinidamente la sala. Pero Haller sabía que los alemanes necesitarían a lo sumo un minuto para trasladar la ametralladora, de manera que disparase directamente hacia el interior de la sala de procesamiento. Sabía también que el comandante alemán no necesitaría mucho tiempo para enviar tropas alrededor del edificio y cortarles la retirada.

-Vamos -ordenó Haller. Los zapadores dejaron caer las cargas restantes sobre el extremo superior del tanque de procesamiento y comenzaron a retirarse, desenrollando al mismo tiempo los cables.

Oyeron disparos que venían de atrás. Los soldados alemanes habían entrado en la sala del generador y ahora tenían cubiertas las dos puertas.

-¡Salgan! -gritó Haller. Tomó el detonador con su clavija de madera, sostenida por el zapador-. Por ahí-dijo a los soldados, señalando la puerta de la sala del generador. Los hombres atacaron nuevamente el interior de la sala, disparando a los alemanes que habían conseguido entrar. Ahora, Haller comenzó a retroceder en la misma dirección, el detonador bajo un brazo, el fusil automático bajo el otro. Disparó constantemente hacia la puerta que estaba al fondo, evitando el avance de los atacantes alemanes. Cuando llegó a la puerta por donde quería fugar, se arrodilló y accionó el detonador.

Hubo un relámpago, un estallido ensordecedor, y después un

golpe de aire que le arrojó hacia atrás, a través de la puerta, y le golpeó contra el suelo de la sala del generador.

Las luces se amortiguaron, sumiéndolo en la oscuridad. El único sonido que alcanzaba a oír era la resonancia en su cabeza provocada por el estrépito de la explosión. Hubo relámpagos cuando los comandos y los soldados alemanes se disparaban unos a otros. Después, cuando volvieron a parpadear las luces, vio la cascada de agua que caía sobre la puerta, y fluía como una marea cubriendo el piso de la sala del generador. Trató de incorporarse, y avanzó vacilante hacia la abertura que habían practicado inicialmente en la pared exterior. Pero su vía de salida estaba bloqueada por alemanes de uniformes oscuros. Los británicos que querían fugar se veían atrapados a campo abierto y masacrados por los disparos. Varios alemanes habían apuntado al mismo comando, y el cuerpo del inglés se sacudía como una marioneta cuando un disparo tras otro se le hundía en el cuerpo.

Una luz intensa relampagueó detrás de Haller, seguida por una lluvia de chispas. Hubo un chisporroteo cuando el agua derramada cayó sobre uno de los generadores. Un instante después, las luces del techo se apagaron, y así los británicos que huían tuvieron una momentánea ayuda.

Después, la ola golpeó las piernas de Haller, y le arrojó al suelo. Le llevó más allá de los cañones de las armas alemanas, que disparaban ciegamente hacia la oscuridad. Pero cuando el agua avanzó todavía más, los alemanes se volvieron y trataron de esquivarla. La ola les golpeó y les empujó hacia la pendiente, y después hacia el río mismo.

Haller se golpeó contra sus propios hombres que se deslizaban hacia adelante. Aferró el borde de la puerta, pero la fuerza del agua le obligó a soltarse. Se unió a la corriente de cuerpos, algunos vivos y otros muertos, que descendían hacia la orilla.

Los hombres que salvaron toda la distancia hasta el río desaparecieron en el hielo delgado que no se consolidaba a causa del movimiento del agua que entraba por el viaducto. Un hombre -Haller no pudo saber si era inglés o alemán- cayó en el viaducto, trató de aferrarse un instante al borde, y después se hundió gritando en la corriente furiosa que le llevó bajo tierra, hacia las hojas móviles de las turbinas. El mayor Haller se deslizó sobre un peñasco que estaba a poca altura sobre el viaducto, y se sostuvo mientras el agua corría alrededor. Sintió que los dedos se le deslizaban sobre la roca húmeda,

y se sostuvo desesperadamente, pues sabía el destino que le esperaba abajo. No había modo de fuga si uno caía en los rápidos del viaducto. Si tenía suerte, se ahogaría antes de ser chupado por las gigantescas paletas de acero que giraban bajo el orificio, y que lo destrozarían en mil pedazos.

La cascada se detuvo milagrosamente. Escupió el agua que tenía en la boca y sacudió la cabeza para aclararse la visión. Después, con mucho cuidado, trató de hacer pie, y comenzó a retroceder hacia el borde del peñasco afilado, dejando huellas sangrientas que marcaban su doloroso avance.

Consiguió salir del agua, y con paso lento caminó por el borde del canal, hasta que llegó al punto de reunión, en la isla de concreto. Le esperaban dos de sus comandos, y uno sangraba de una herida en el pecho que burbujeaba y silbaba cada vez que el hombre respiraba. Se acurrucaron en la oscuridad hasta que se les reunió uno de los zapadores, la cara cortada a causa de la caída.

—Era agua... nada más que agua -gimió el zapador con gesto extraviado-. Equivocamos los tanques.

-Eran los tanques verdaderos -replicó Haller-. Para eso vinimos.

-¿A buscar agua? -exclamó el zapador-. ¿Todos nuestros compañeros muertos por un par de tanques de asquerosa agua?

Iniciaron la retirada a lo largo de la orilla del río, de regreso al punto en que habían abandonado el planeador. Allí se reunirían con lo que pudiera restar de la otra mitad de la fuerza, e iniciarían la marcha a través de las montañas heladas, con la esperanza de encontrar a los agentes de la Resistencia noruega.

Pero, basándose en su propio agotamiento y en el estado de deterioro de los tres hombres que lo acompañaban, Haller comprendió que no tenían muchas esperanzas, sobre todo porque ya podía sentir sus ropas, empapadas en el precioso líquido, congelándose contra la piel.

Estocolmo - 21 de marzo

-Los ingleses no tienen programa -explicó Anders hablando en sueco, una lengua que ahora le parecía absolutamente natural-. Hablan, pero no hay nada serio. ¿Cómo pueden abrigar la esperanza de demostrar la fisión del uranio si no tienen uranio?

-Pero usted pasó varios meses en Inglaterra -insistió Birgit, que representaba el papel de un interrogador alemán.

-Londres es una ciudad interesante, incluso en tiempo de guerra -contestó Anders-. Y allí trabajan algunos hombres excelentes. ¿Usted sabe que Otto Frisch está en Londres? Y Samuel Goudsmit.

-Judíos -siseó Birgit.

-Pensadores brillantes -replicó Anders-. Aunque yo soy ario, me veo en graves dificultades para entender la física aria que ustedes proponen. ¿Cómo pueden desentenderse del trabajo de los físicos judíos? Tuve varias discusiones interesantes con Goudsmit. Discusiones que serán muy útiles en mi trabajo.

-Pero usted no quiso quedarse allí. ¿Tal vez se siente más cómodo con la causa alemana?

-Me siento cómodo con el progreso -contestó Anders-. Los científicos deben buscar la verdad, no las causas nacionales. Si queremos llegar a comprender el átomo, necesitamos reactores que modifiquen las estructuras atómicas y aislen las partículas atómicas. Los británicos nunca tendrán un reactor. ¿Sabe que enviaron todo el material de sus investigaciones a los norteamericanos? Han encargado a los norteamericanos la construcción de su reactor.

-¿Los norteamericanos? -Birgit trató de mostrarse sorprendida, aunque estaba segura de que los alemanes sabían de los esfuerzos de los Aliados en Estados Unidos. Pero ambos habían convenido contar a los científicos alemanes y los funcionarios nazis todo lo que probablemente ya sabían, aunque fuera sólo para fortalecer la credibilidad de Anders.

-Sí. Con uranio canadiense. Los ingleses creen que están trabajando con grafito. Enrico Fermi está allí, y él y yo nos hemos escrito cartas acerca del grafito. Comprende sus posibilidades. ¿Qué les parece? Un italiano que dirige un programa inglés en Estados Unidos.

-¿No le ofrecieron la oportunidad de trabajar en Estados Unidos?

-Hubo sugerencias -contestó Anders-. Nadie lo dijo muy explícitamente, pero hubo muchas sugerencias. Imagino que Fermi nunca me impresionó demasiado. Ciertamente, no era posible que yo trabajase para su programa. Si yo iba a Estados Unidos, debía quedar

perfectamente aclarado que dirigiría el programa.

-Entonces, ¿por qué cree que le invitaron a ir a Inglaterra? Usted mismo dice que no tienen programa propio, y que no intentaron llevarle a América.

Anders movió su copa de vino, y se tocó la cabeza en un gesto ensayado muchas veces.

-Creo que probablemente lo hicieron para evitar que viniese aquí, a Alemania. Como bien saben, ustedes son enemigos. No creo que los ingleses puedan entender que la ciencia pura nada tiene que ver con la guerra. Y no pueden soportar que nosotros los suecos seamos neutrales.

Birgit sonrió y alzó su copa en un brindis.

-Dios mío, usted es realmente bueno. Casi me llego a olvidar que no estoy hablando con Nils Bergman.

Anders la acompañó en el brindis, y sorbió el delicioso vino blanco alemán.

-Bien, ¿probamos en alemán? -propuso Birgit.

Anders gimió.

-¿No podemos pedir primero la cena?

La cena había sido idea de Birgit, y estaban en un restaurante que ella había elegido porque gozaba de la preferencia de Nils Bergman. Habían permanecido encerrados muchos días en la pequeña casa de campo, estudiando los escritos y las notas de Bergman, revisando sus correspondencias y los álbumes de fotos, y sosteniendo interminables conversaciones acerca de su vida social así como de sus intereses profesionales. Anders intuía que su representación era cada vez más convincente, y a medida que tomaba confianza se mostraba más audaz. Sus progresos las últimas dos semanas habían sido sorprendentes, incluso para su propio oído, siempre dispuesto a la crítica. La mañana de su llegada, Birgit había sugerido que Anders regresara a Estocolmo con ella para participar de una pequeña celebración y una cena. Anders había reprimido su momentáneo terror y había aceptado.

El camarero llegó con su libreta y tomó el pedido. Ambos eligieron el salmón blanco con ensalada de patatas frías, Birgit porque

le agradaba, y Anders porque recordó que era el favorito de Bergman.

-Quizá podamos usar nuestro alemán para hablar de usted -propuso Anders-. Ambos sabemos todo lo que hay que saber acerca de Nils Bergman, y estoy seguro de que usted sabía muchas cosas de mí incluso antes de conocerme. Pero estoy en desventaja respecto de usted. ¿Guarda algún secreto?

Inclinó la botella de vino sobre la copa de Birgit.

-Nada que el vino pueda obligarme a revelar -dijo Birgit en actitud suspicaz.

Birgit siempre había esquivado las preguntas acerca de su propia persona. Anders deducía que ella era sueca por su dominio del idioma y sus ocasionales recuerdos del hogar y la niñez. Sin duda, estaba trabajando para los británicos, y a juzgar por sus comentarios sobre la correspondencia que mantenía con Inglaterra, era muy importante para ellos y gozaba de la confianza de las más altas jerarquías. Había reconocido que era diplomada en los programas universitarios superiores de matemática y física, y demostraba grandes cualidades en ambas disciplinas. Su alemán y su inglés eran excelentes, y ella atribuía ese saber al hecho de que había pasado algunos años en ambos países. La expresión de su cara cada vez que se aventuraban en la política alemana, le convencían de su odio a los nazis. Pero todas estas cosas no eran más que la agenda de su vida. A decir verdad, sabía muy poco de su persona.

-Su trabajo sin duda es peligroso -insistió Anders-. ¿Fue eso lo que la llevó a colaborar con los británicos? ¿Le gusta el peligro?

Ella se echó a reír.

-De ningún modo. Creo que jamás iría a un país peligroso, aunque me lo pidieran. En realidad, mi función es la de consejera. Por así decirlo una especialista.

-Pero usted no está comprometida... quiero decir, en la guerra. Si fuera inglesa, podría entenderlo. Pero, ¿por qué una sueca juega a la conspiración con la Inteligencia Militar Británica?

-No era un trabajo de conspiración —dijo Birgit, meneando la cabeza ante el absurdo de la idea-. Sólo me ofrecí voluntaria para actuar como vigía. Sabía por mis estudios la potencia increíble encerrada en el atómo. Fui a Inglaterra a trabajar con Lindemann. Estaba con él y Otto Frisch cuando formularon por primera vez la

posibilidad de una bomba atómica. Después, estalló la guerra... los nazis invadieron Polonia... y Lindemann comenzó a hablar del empleo de una bomba atómica en la contienda. Me sentía horrorizada. Pero llegué a la conclusión de que todos estaríamos más seguros si la tenían los ingleses y no los alemanes. De modo que pregunté a los ingleses si podía ayudar. Y finalmente me encomendaron una misión.

-¿Con Bergman?

-Sí. Debía trabajar con él, que es exactamente lo que de todos modos habría deseado hacer, y mantenerles informados de las personas con quienes se comunicaba y de los trabajos que estaba realizando.

-¿Sin que él supiera que sus ideas eran transmitidas a Inglaterra? -aventuró Anders.

-En realidad, no habría importado. Nils Bergman tenía pocos secretos. Publicaba todo lo que creía útil. De manera que en realidad yo no era muy importante. Pero la guerra dividió a la comunidad especializada en física. No tanto con arreglo a criterios políticos sino como por cuestiones personales. Fermi fue a Estados Unidos porque su esposa es judía y él temía por sus seguridad. Frisch y Goudsmit fueron expulsados de Alemania porque eran judíos. Heisenberg permaneció en Alemania porque su esposa no deseaba marcharse. De modo que teníamos a un grupo de los mejores especialistas trabajando para los norteamericanos y los británicos y un grupo trabajando para los alemanes. La mayoría de ellos no creía en ninguna causa. ¡Oh, algunos alemanes se sentían complacidos de saber que pertenecían a la raza dominante! Pero la mayoría de los científicos de ambos bandos no se preocupaban por la política. Se limitaban a ir donde tenían que ir y a ejecutar el tipo de trabajo que debían realizar.

Pero Bergman estaba en el punto medio. Y era una figura importante. Tan importante como Heisenberg o Fermi. Habría representado una ayuda tremenda para los que consiguieran atraerle. Por eso los ingleses deseaban que les avisara si parecía que Bergman tomaba partido.

-¿Lo hizo? -preguntó Anders.

Se acercó el camarero, acomodó los platos de los dos comensales y se entretuvo un momento con el arreglo de la mesa. Después, se inclinó y de nuevo los dejó solos.

-¿Si tomó partido? -recomenzó Birgit-. No. En realidad no le

importaba la guerra. No deseaba saber lo que estaba sucediendo en Alemania. Pero los alemanes lo tenían todo. El uranio. Toda el agua pesada del mundo, después de que invadieran Noruega. Y las fábricas Krupp producen el grafito más puro del mundo. Cuando le invitaron a demostrar sus teorías acerca de la fisión no pudo resistir. Era la obra de su vida.

-Y usted no le permitió ir -sugirió Karl Anders.

Birgit meneó la cabeza.

-Fui estudiante en Alemania durante más de un año. Estaba allí cuando comenzaron a rodar los trenes llevando vagones de carga colmados de personas decentes, transportadas a los campos de concentración. Los camisas pardas recorrían las calles, humillando y torturando a la gente que discrepaba con ellos. Viejos y mujeres. Niños. Inválidos. Les agradaba golpear a los débiles y los impotentes porque no podían contestarles. Estaban locos. Era como si el mundo se hubiese vuelto del revés. Como si se hubieran vaciado los asilos y los brutos irreflexivos ahora estuviesen a cargo de todo. La persona más loca del país había sido elegida líder, porque en una nación de locos nadie reunía mejores condiciones para el mando. Escuché a Hitler hablar sobre su destino de gobernar el mundo entero, y me sentí absolutamente aterrorizada. Después vi cómo mataron a alguien... un condiscípulo... Se le secó la boca y la voz se le ahogó. -Alguien a quien usted apreciaba -dijo Anders. Birgit asintió.

-Créame, los nazis no son peligrosos porque sean fascistas. Son peligrosos porque están locos. No pude permitir que Berg-man les ayudase. Sabía muy bien lo que harían con su trabajo. Tenía que detenerle. No me quedaba alternativa.

Se volvió avergonzada, como si acabase de confesar un grave pecado. Era evidente que se odiaba a sí misma porque había traicionado a su mentor.

Anders probó abordar otro tema.

-¿Su nombre es realmente Birgit Zorn? ¿O es una especie de seudónimo?

A Birgit se le agrandaron los ojos, y de pronto se echó a reír. Intentó sofocar la risa, y se le derramó comida por la comisura de los labios; se cubrió rápidamente los labios con la servilleta. -Por supuesto, es mi verdadero nombre -finalmente consiguió decir, y con la risa, el sentimiento de culpa que enturbiaba sus ojos se disipó.

-Profesor Bergman.

La voz vino de atrás, y sorprendió a los dos. Anders se volvió y vio a un hombre de cuerpo redondo ataviado con un grueso traje de lana. Tenía las manos cruzadas delante del vientre abultado, y se inclinaba un poco sobre sus propias manos.

Se enderezó cuando Anders se volvió y le miró directamente a los ojos. Su cara manifestaba confusión. -Discúlpeme. Creí que...

Anders dejó caer su servilleta mientras se ponía de pie para ganar un instante que le permitiese recordar. Había visto a ese nombre en varias fotos. El propietario del restaurante que estaba inclinado sobre sus huéspedes en una foto de Bergman y su amante- ¿Cómo se llamaba?

-¿Profesor Bergman? -dijo el dueño del restaurante. Esta vez era una pregunta.

El nombre vino a la mente de Anders.

-Por supuesto, Mats. Me alegro de verle otra vez.

Aun así, Mats parecía desconcertado.

-Usted parece... -Las manos describieron círculos para indicar su confusión.- ...muy bien. Quizá más delgado. ¿Ha perdido peso? ¿Cuánto tiempo hace que no nos vemos?

-Estuve viajando -contestó Anders. Se dio una palmada en el estómago-. Y perdí mucho peso. Por eso he venido directamente aquí, para tomar una comida decente.

Señaló su plato.

-¡Ah! -La cara de Mats se iluminó al comprender.- Su plato favorito, el salmón blanco. Siempre tengo algo para usted.

Y después se relajó, sintiéndose cómodo con un viejo amigo. El ambiente, la comida, todo identificaba a Nils Bergman, aunque la cara había cambiado un poco.

-¿Conoce a mi ayudanta, la señorita Zorn?

-Es un placer -dijo el hombre, inclinándose formalmente hacia Birgit. Después dirigió a Anders una mirada interrogadora.

-Magda está fuera de la ciudad, con su familia -explicó Anders-. La señorita Zorn tuvo la bondad de hacerme compañía.

Mats sonrió, y la sospecha fue remplazada por un guiño astuto.

-Espero volver a verla con frecuencia, señorita Zorn. -Después, con un gesto indicó a Anders que volviese a ocupar su silla.— Por favor, no deseo interrumpir.

Se inclinó, y continuó caminando para saludar a los comensales de la mesa contigua.

Anders extendió la mano hacia su copa de vino, pero la retiró al advertir que estaba temblando.

-Dios mío, estuvimos cerca -murmuró a Birgit-. ¿Cree que él sospecha?

-De ningún modo -sonrió Birgit-. Sospecha que soy su nueva amante, y creo que incluso se sintió complacido de la elección que usted ha hecho. Pero no sospecha que usted no es Nils Bergman. Lo hizo muy bien.

Anders meneó la cabeza aliviado, y consiguió dominar el temblor de su mano, por lo menos en la medida necesaria para beber un trago de vino. Cuando observó de nuevo a Birgit, ella le miraba directamente a los ojos.

-Está preparado para ir a Alemania -se limitó a decir.

El sintió que la impresión se manifestaba en su propia cara.

-Mañana escribiremos al ministro alemán de física. Sospecho que querrá que usted viaje inmediatamente.

Anders miró impotente al dueño del restaurante, y después volvió los ojos hacia Birgit.

-Todavía no estoy preparado -dijo, y su gesto sugería que apenas había sobrevivido al encuentro con un desconocido total-. No creo que esté preparado siquiera para la prueba que usted me prometió.

-Esa fue la prueba -dijo ella.

Anders la miró, después volvió los ojos hacia Mats, y más tarde se volvió otra vez hacia Birgit.

-¿El? -preguntó.

-El profesor Bergman comía aquí dos o tres veces por mes. Mats siempre saluda a sus huéspedes. Cierta vez incluso se hizo una fotografía con Bergman.

-Pero, ¿el dueño de un restaurante...?

-Conoce a Bergman mejor que cualquiera de las personas que usted verá en Alemania. Karl, nunca esperamos que usted engañase a la amante de Bergman. Pero los alemanes no conocen a Nils Bergman tanto como lo conoce Mats. De manera que si usted puede convencer a Mats, no existe una sola persona en Alemania que no pueda ser convencida.

El apetito de Anders había desaparecido. Apartó su plato y concentró la atención en la copa de vino.

-¿Por eso usted propuso la celebración? ¿Para probarme?

-Tenía que asegurarme -contestó Birgit.

-Para proteger la misión.

-No -replicó Birgit con aspereza-. Para protegerle a usted mismo... y para protegerme yo.

—¿Usted? Usted no viaja a Alemania.

Birgit aceptó la agria réplica.

Anders permaneció sumido en un silencio pétreo hasta que sintió el dedo de Birgit que le tocaba la mano apoyada en la copa de vino.

-Dije que yo no era profesional -le recordó Birgit-. No lo soy. Si esta fuese mi línea de trabajo, lo único que me interesaría sería la misión. Pero me interesa usted y mi propio equilibrio mental.

La mirada de desconcierto de Anders le decía a Birgit que él no entendía.

-Yo maté a Nils Bergman -dijo Birgit. Anders empezó a protestar, pero ella alzó una mano para silenciarle-. No con mis propias manos. Pero hice todos los arreglos, y después lo envié a su muerte.

-Ahora, he arreglado todos los detalles para usted. Pero tengo que estar segura de que no le envío a la muerte. No importa lo que suceda, no quiero comprometerme en la liquidación de otra persona. ¿Puede comprender esta actitud?

El asintió, para indicar que podía.

-Lo siento. Sé que usted no se limita a despacharme a Alemania. Sé que le preocupa lo que pueda sucederme.

-Me preocupa mucho -contestó Birgit. Durante un momento se miraron, y el color claro del vino se reflejó en la cara de cada uno.

-No es necesario que vaya -murmuró Birgit-. Que usted sea capaz de hacer esto, no significa que deba hacerlo. Continúa siendo peligroso, y no es el tipo de trabajo que usted ejecuta, del mismo modo que no es el mío.

El sonrió irónicamente.

-Adoptamos esa decisión en la casa de campo. ¿Lo recuerda? Yo sabía lo que la bomba podía hacer, y usted sabía lo que los nazis podían hacer. Por eso formamos un equipo.

Alzó la copa en un brindis. Durante un momento Birgit se limitó a mirarle. Después, sonrió y elevó su propia copa.

-Por Alemania -dijo Anders.

PRIMAVERA DE 1944

A medida que se fundieron las nieves invernales, el avance ruso se detuvo, bloqueado por la crecida de los ríos y atascado en kilómetros y kilómetros de lodo. Polonia entera separaba al Ejército Rojo de Alemania, y ¡os alemanes aprovechaban el respiro para recomponer sus reservas. Nadie sabía cómo avanzaría el frente cuando el suelo comenzara a secarse. En Italia, el general Kesselring había rodeado las playas deAnzio, amenazando arrojar de vuelta al mar a los aliados. Los ejércitos aliados unidos intentaban romper el frente alemán. Pero eran masacrados sistemáticamente por los soldados alemanes que disparaban desde las ruinas de un monasterio medieval llamado Monte Casino. En Inglaterra, continuaba la preparación de Overlord. El general Eisenhower, que aún carecía de dos de los cinco ejércitos que necesitaba para la invasión, contemplaba la posibilidad de nuevas postergaciones. Pero los rusos insistían en que el segundo frente no se retrasase más allá de la primavera. Y los científicos norteamericanos y británicos advertían que los alemanes debían ser derrotados antes de que pudiesen utilizar sus fantásticas armas secretas. La más temible de las nuevas armas era una bomba de uranio.

Helsinger -13 de abril

Le aterrorizaba el sonido de su propia voz. Cada gesto implicaba el peligro de traicionarse. Y las palabras alemanas que había hablado desde la niñez parecían decirle que él era una falsificación.

Kurt Diebner, con su abrigo oscuro y cubierto con un sombrero flexible, le había recibido en el transbordador y escoltado a través del control danés de pasaportes. Después, le había llevado a una limusina negra e intercambiado cortesías acerca del tiempo, mientras se dirigían al hotel que era el cuartel general de la comisión nazi que administraba Dinamarca.

-Le hemos reservado la habitación más espaciosa -explicó Diebner, mientras atravesaba el vestíbulo con su huésped para acercarse al pequeño ascensor abierto-. Nuestro vuelo a Berlín ha sido retrasado un día o dos, de modo que permaneceremos aquí hasta que llegue el avión. Entretanto, varios funcionarios de mi gobierno tienen mucho interés en conocerle.

Anders comprendió la intención. Los nazis deseaban asegurarse de la identidad del distinguido huésped antes de incorporarle a su programa de investigación más secreto. Los funcionarios que ansiaban

conocerle probablemente pertenecían a la Gestapo.

Apenas Diebner le dejó, Anders fue directamente al cuarto de baño, se salpicó la cara con agua fría y enjugó las gotas de transpiración nerviosa que habían aparecido en la raya del cabello y sobre el labio superior. Acomodó el traje de lana gruesa, asegurándose que el chaleco estuviese bien abotonado sobre el estómago, y volvió a ensayar la postura encorvada que tendía a disimular su estructura física. Después se miró al espejo, vocalizando frases alemanas hasta que consideró que parecían naturales.

Diebner le había creído, y eso le alentaba. El alemán había aceptado su presentación, así como sus pocas palabras de conversación, considerándolas auténticas. No había observado ni un atisbo de duda en los ojos del hombre. Pero Diebner no era el peligro. Era el patrocinador de Bergman, ansioso de acrecentar su propio prestigio asociándose con un físico de renombre mundial.

El peligro estaba en los oficiales nazis a quienes conocería unos minutos después. Hombres que se preguntaban por qué los extranjeros tenían que agregar algo al brillo del pensamiento alemán, y a quienes se había enseñado a abrigar sospechas frente a todos los que no pertenecían a su círculo cerrado de fanáticos. Les agradaría mucho descubrirle.

Caminó hacia la puerta, pero se detuvo cuando ya tenía la mano sobre el picaporte. La angustia provocada por el miedo parecía elevarse desde su estómago ahora que se acercaba el momento del encuentro. Respiró hondo. Después abrió la puerta y caminó hacia el ascensor.

Mientras el artefacto descendía lentamente hacia el vestíbulo, Anders descubrió que hasta cierto punto esperaba fracasar. Sería mucho más fácil abordar el transbordador para regresar a Suecia que subirse en un avión que se dirigía a Alemania. "Lo intenté", podría decir a Birgit en la seguridad de la casa de campo donde ella lo había entrenado. "Fue una buena idea, y casi funcionó." Y después, cuando regresara a Estados Unidos, podría decir a la gente del Proyecto Manhattan: "Hice todo lo posible. ¿Qué más puede exigirse?" Pero si sobrevivía al examen, el terror continuaría. Se acrecentaría con cada día que pasara, con cada nueva persona que le presentaran y con cada conversación de la cual participara. Y si le descubrían después que le habían incorporado al programa y que le habían revelado sus secretos, ciertamente no le devolverían al transbordador. Probablemente desaparecería tan bruscamente como le había sucedido al hombre a

quien personificaba.

Diebner esperaba en el vestíbulo, y dio a Anders todo tipo de información mientras le conducía a un pequeño comedor donde estaba preparado un buffet.

-Herr Goetz trabaja directamente para Goebbels en el Ministerio de Información -dijo, reseñando la identidad de los dignatarios que habían acudido a saludar a Bergman-. Querrá preparar una historia de su persona para nuestros servicios de información. Y el coronel Hartmann pertenece al personal del Reichsfürer Himmler. El Reichsfürer lamenta no poder estar aquí para saludarle personalmente.

Ahora estaba sentado con ellos, mientras un camarero servía vino y cerveza con trozos de carne fría y salchichas. Y mientras respondía a las preguntas formuladas como de pasada, las palabras se le pegaban en la boca. Sus movimientos eran duros y sus gestos forzados.

Los papeles que representaban esos hombres eran evidentes. El hombre de Goebbels dirigía el interrogatorio, y disfrazaba las preguntas en forma de una educada conversación alrededor de la mesa- Diebner trataba de evaluar el contenido científico de los comentarios de Anders, mientras el coronel con su uniforme impecable trataba de juzgar su fidelidad.

Sus comentarios acerca de las posibilidades científicas comenzaron a fortalecer la confianza de Anders. Podía hablar cómodamente de física nuclear, a menudo utilizando las palabras y las frases exactas que había recogido en los escritos de Bergman. La angustia comenzó a calmarse cuando comprendió que Diebner entendía muy poco, y jamás se atrevería a cuestionar las opiniones que escuchaba.

-Creemos que el átomo puede liberar una gran masa de energía -dijo Herr Goetz-. Energía que nos servirá eficazmente en la guerra, pues aportará a nuestros submarinos una fuente ilimitada de fuerza. Pero energía que también satisfará las necesidades humanitarias una vez concluida la guerra.

Anders asintió, como habría asentido Bergman, y comenzó a explicar teorías relacionadas con el control de las reacciones en cadena. Advirtió la confusión de Diebner cuando comenzó a analizar la importancia de las mediciones cruzadas exactas del carbono, y cuando tomó un lápiz y comenzó a garabatear ecuaciones sobre el

mantel.

Diebner y Goetz sonrieron cuando Anders empezó a calcular los voltios de energía que podían liberarse mediante el proceso de fisión, y los convirtió en libras de vapor para la generación de electricidad. El advirtió que la mano con que sostenía el lápiz se movía certera y segura, como habría sucedido en el caso de Bergman.

Después, sus ojos se encontraron con los ojos angostos del coronel Hartmann, y en ellos leyó lo que había estado temiendo. El oficial no tenía interés en las teorías. Sus ojos ni una sola vez habían descendido a los números y los diagramas escritos en el mantel, permaneciendo fijos en la cara de Anders.

-¿Usted cree en la posibilidad de una bomba de uranio? -le interrumpió súbitamente Hartmann.

Goetz dejó de adoptar la postura de líder de la discusión, y Diebner se separó nerviosamente de la mesa.

Anders se encogió de hombros, gesto de indiferencia propio de Bergman, que él había ensayado muchas veces.

-Posible... ciertamente, todo es posible. ¿Pero práctico? Tal vez sea demasiado pesada para transportarla. -Miró directamente a su adversario y ofreció la respuesta que Bergman había formulado con frecuencia a Birgit.- No he pensado mucho en ella. Las bombas no me interesan.

-Usted estuvo en Inglaterra -dijo Hartmann-. ¿Las bombas les interesan a los ingleses?

Anders sonrió, y después hizo un gesto al coronel.

-Como usted, los militares están interesados. -Miró a Diebner.- Los científicos no.

-¿Por qué no se quedó en Inglaterra? -continuó Hartmann, sin prestar mayor atención a la respuesta precedente.

Anders desarrolló los argumentos que había ensayado con Birgit en el restaurante. Los ingleses no tenían uranio. Habían encomendado la investigación a los norteamericanos. Y él no deseaba trabajar con Enrico Fermi.

-Entonces, ¿a usted no le importa de qué lado estar? -le desafió

Hartmann.

Era el momento de la verdad previsto por Birgit. Anders adoptó una expresión grave.

-Si usted pregunta si creo en la raza superior... la respuesta es no. Soy sueco, no alemán. Si la lealtad a Alemania es una condición para unirme con ustedes, lamentablemente tendré que rechazar la invitación del doctor Diebner.

Los ojos de Hartmann se agrandaron un poco cuando intentó dominar su sorpresa. No estaba acostumbrado a la gente que no manifestaba profusamente su fidelidad al Führer.

-Soy científico -dijo Anders-. Mi lealtad tiene que ver con los hechos y con la verdad. Estoy aquí porque este es el lugar donde la ciencia está realizando sus principales progresos. Por lo tanto, no estoy del lado de nadie. Si la investigación inglesa estuviera por delante de la alemana, habría permanecido en Inglaterra.

-Sin duda, esa es la actitud propia de un científico... -comenzó a decir Diebner. Pero Hartmann le interrumpió levantando simplemente la mano de la mesa.

-Y sabiendo esto, ¿los ingleses le permitieron venir a Alemania? -preguntó Hartmann.

-Mi estimado coronel, los ingleses no podían hacer otra cosa. Soy un ciudadano sueco, protegido por el gobierno sueco. Tengo todo el derecho del mundo para volver de Inglaterra a mi país. Y todo el derecho a abandonar mi país y venir de visita a Alemania. Naturalmente, en el supuesto de que aquí sea bienvenido.

Miró a Diebner, buscando la respuesta.

-Más que bienvenido -dijo Diebner-. Estamos complacidos.

Miró al coronel, como pidiendo su conformidad. Pero los ojos de Hartmann continuaron fijos en Anders.

Goetz rompió el incómodo silencio con una pregunta trivial acerca de las aficiones personales de Bergman y la conversación pronto siguió una dirección menos desabrida. Pero incluso en el marco de la conversación intrascendente continuó la exploración.

Hubo referencias a la correspondencia de Bergman con algunos

científicos alemanes. Anders se acordaba de las cartas. Eran recuerdos de reuniones científicas a las que Bergman había asistido. Anders no había olvidado los detalles. Su alemán no era suficientemente preciso. Y cuando no podía encontrar la palabra alemana pasaba fácilmente al sueco, tal y como había hecho en el curso de sus conversaciones con Birgit.

Se mostró convincente. Y cuanto mejor reaccionaba, más tendía a confiar en su capacidad para abordar la pregunta siguiente. El terror que antes sentía desapareció, y la angustia se calmó a la vez que volvía su apetito. Recordó las palabras de Birgit: "Dios mío, lo hace muy bien", cuando comprendió que ahora Diebner y Goetz estaban más interesados en la comida y el vino que en lo que él decía. Incluso advirtió cierto cambio en la expresión de Hartmann. El coronel se había hundido en un sombrío silencio, decepcionado porque no podía encontrar blancos para su ataque.

Diebner le acompañó hasta el ascensor, y repitió que se sentía muy complacido por tener como colega a Bergman.

-Confío en que nos encontrarán un avión, para que podamos viajar a Alemania y comenzar nuestro trabajo. Estoy seguro de que sabremos algo por la mañana.

Apenas se cerró la puerta de la habitación, Anders respiró hondo. Eso había terminado. ¿O apenas comenzaba? Al menos por el momento no le importaba mucho.

Se quitó la chaqueta y se acercó al armario. Apenas abrió la puerta del armario, supo que habían revisado su habitación.-

Había dejado la manga de una chaqueta metida en el bolsillo de otra. Ahora, colgaba libremente. El cierre de su portafolios había quedado abierto uno o dos centímetros. Ahora estaba totalmente cerrado. En el cuarto de baño la hoja de su maquinilla de afeitar había quedado un poco floja. Ahora estaba fuertemente apretada. "La gente que tiene prisa", le había explicado uno de sus instructores ingleses, "nunca deja las cosas exactamente como las encuentra. De modo que el truco consiste en recordar exactamente cómo las dejó uno. Las cosas no cambian solas."

Lo habían interrogado, y ahora probablemente estaban verificando todo lo que él les había dicho. Habían revisado sus cosas, y sin duda estaban analizando sus papeles, sus prendas de vestir, incluso la pasta dentífrica y el jabón de afeitar con algún espía

profesional de Berlín. Todo lo que él podía hacer era esperar que examinasen los indicios.

A él le tocaba decidir si regresaba a Suecia o continuaba hacia Alemania. Y mientras se acostaba en la cama de matrimonio, Anders sólo pudo preguntarse qué deseaban más los alemanes: otro servil dispuesto a venerar al Führer, o la bomba atómica.

Berlín -15 de abril

El trimotor Junker ascendió sobre el Báltico y enfiló hacia el sur, y Suecia desapareció rápidamente en el extremo del ala izquierda y la costa de Dinamarca era una referencia constante a la derecha. El sol de la mañana, que todavía estaba bastante bajo, convertía el agua grisácea en plata y teñía las millares de islas de Jutlandia. En ese marco de increíble belleza, podía pensarse que todo el mundo estaba en paz. Pero el aeródromo próximo a Berlín podría haber sido la puerta del infierno. El aire estaba cargado de humo negro que provenía del incendio de un hangar bombardeado. Y allí se elevaba una ensordecedora cacofonía de voces de mando y sirenas de alarma mientras los soldados de uniformes grises corrían a combatir las llamas.

-Un blanco infortunado -dijo Kurt Diebner, desentendiéndose del caos mientras caminaba de prisa con Anders hacia el automóvil que les esperaba-. Derribamos centenares de bombarderos, pero imagino que es inevitable que uno o dos consigan atravesar nuestras defensas.

El entorno contradecía la jactancia. La pista que atravesaba el campo estaba salpicada con cráteres provocados por las bombas. Había varias pilas de restos ennegrecidos que tenían forma de aviones. Detrás, el esqueleto de acero retorcido de lo que había sido otrora un edificio. Era evidente que los bombarderos aliados realizaban visitas regulares.

Dos motociclistas ocuparon sus posiciones delante de los guardabarros del automóvil, y después el grupo salió rápidamente del aeropuerto y avanzó hacia el perfil de la ciudad. Diebner reanudó la conversación que había iniciado en el avión, y enunció todos los preparativos que se habían realizado en previsión de la llegada de Bergman. Pero Anders no escuchaba. Estaba tratando de controlar el miedo que de nuevo le mordía las entrañas, y de ocul-el temblor que parecía evidente en sus manos.

Era su primera percepción de una terrible soledad. Estaba completamente abandonado a su suerte, alejándose cada vez más de cualquier posibilidad de ayuda con cada kilómetro que el automóvil recorría. Antes, las personas que lo habían criticado, que habían trabajado hora tras hora en el intento de probarlo y revelar el fraude, habían sido sus amigos, hombres y mujeres que necesitaban que él tuviese éxito. Pero ahora que se internaba en el corazón de Alemania, era como si sus amigos le hubiesen vuelto la espalda y lo hubieran abandonado. Ahora cada cara, cada voz correspondía a un posible enemigo.

En la ciudad le esperaban más cosas que podían inspirarle temor. Salieron de una calle residencial bordeada de árboles y pasaron frente a un bloque de edificios de apartamentos que habían sido alcanzados por las bombas. A la izquierda, los edificios se elevaban majestuosos, y sólo los agujeros vacíos de las ventanas destrozadas sugerían el horror. Pero a la derecha, los muros maltratados se elevaban como espectros sobre una montaña de ladrillos pulverizados y maderas astilladas. Podia ver los perfiles de las construcciones destruidas grabadas como un recuerdo sobre los restos. Estaba entrando en una ciudad condenada, arrasada con precisión matemática por las fuerzas aéreas aliadas. Los aliados que él había dejado atrás estaban penetrando en este país al que había llegado Anders, y amenazaban destruirlo.

-Bastardos ingleses -oyó decir a Diebner, que de pronto interrumpió su monólogo acerca de los preparativos y los arreglos-. Nada pueden hacer contra nuestros ejércitos, y por eso atacan a las mujeres y los niños.

-Estuve en Londres -respondió Anders, que intentó reafirmar su neutralidad y recordar a su anfitrión que no todos los bastardos estaban del lado de los aliados. Le complació la confianza que inspiraba su propia voz, y se sintió aliviado porque su alemán parecía convincente.

Viraron hacia el suroeste, y entraron en un suburbio de Dahlem, y Anders se sorprendió ante su súbita excitación. Estaban acercándose al Instituto Kaiser Guillermo, la morada de los dioses de la química nuclear y el santuario de la ciega fe alemana en la ciencia. El propio Guillermo había fundado el instituto en las tierras rurales, demostrando así su intención de inventar cosas en lugar de cultivarlas. Lo que él había deseado inventar eran los aceros y los combustibles que convertirían a su país en una enorme máquina. No había tenido modo de saber que su producto más importante serían unas pocas

ecuaciones garabateadas en un papel que marcarían el principio de la era atómica.

Pero esas ecuaciones eran precisamente las que habían dado renombre mundial al instituto. La judía austríaca Lise Meitner había trabajado aquí en el desarrollo de la teoría de la fisión. Sus ideas habían creado la disciplina de la física nuclear, y habían atraído al suburbio berlinés a prometedores alumnos de todo el mundo. La mitad de los maestros de Anders habían aprendido su oficio en el Instituto, y la mayoría de los libros y los papeles que él estudiaba habían sido escritos aquí.

Gracias a los grabados incluidos en los libros de texto, Anders identificó los edificios apenas los vio. Tres pisos de piedra bajo tejados con aleros rodeaban una cúpula única, que tenía la forma del ridículo casco con punta que, según se decía, Guillermo usaba incluso en la cama. El instituto carecía de señales de identificación. Cuando doblaron hacia los portones de entrada, Anders se sintió reconfortado por los signos exteriores de vida académica, un oasis en un desierto de locura, al parecer perdonado de la destrucción por los aliados como un gesto humanitario. Pero la ilusión se esfumó instantáneamente. Se detuvieron frente a una entrada vigilada por soldados, y después del intercambio de saludos al Führer, continuaron en el automóvil hasta una puerta de acero. Entraron en un corredor de hormigón iluminado por lamparillas protegidas con alambre, y descendieron las escaleras de hierro hasta los bunkers del subsuelo.

Los científicos esperaban en una sala de conferencias, y se pusieron de pie cuando entró Anders, moviéndose alrededor de la mesa para saludarle. Los tres primeros hombres presentados a Anders eran desconocidos, a quienes ni siquiera se mencionaba en las notas de Bergman. Reconoció el nombre de Otto Fichter, que correspondía a un individuo rechoncho y de baja estatura.

-Escuché su disertación en París -dijo Fichter, a modo de cumplido.

-Y yo recuerdo su trabajo acerca de la dispersión de los gases -contestó Anders en un alemán defectuoso.

-Lo he consultado con frecuencia —sonrió Fichter.

-El profesor Fritz Lauderbach -graznó Diebner, presentando a un alemán que había conquistado reputación mundial por sus estudios acerca de la función de la masa en las reacciones del tipo de la fisión.

Lauderbach chocó los talones, orgulloso de haberse adaptado fácilmente a la mentalidad militar de su país.

Anders saludó a un hombre tras otro, agregando algunas palabras cuando recordaba el nombre o el trabajo de un individuo, gracias a la correspondencia de Bergman. Su actitud desenvuelta disimuló el temor que sentía a medida que uno tras otro se presentaba ante él, Anders le clavaba los ojos buscando un atisbo de duda, los ojos entrecerrados o la súbita negación de una mano. Pero el desfile continuó sin incidentes. Birgit tenía razón. Los científicos alemanes no conocían a Nils Bergman.

-¿Y dónde está Werner? -preguntó Diebner, paseando la mirada por el grupo-. ¿El profesor Bergman seguramente conoce a Werner Heisenberg?

Anders endureció el cuerpo. Le esperaba la más difícil de las pruebas. Heisenberg era mundialmente famoso, ganador del Premio Nobel cuando apenas había cumplido treinta años. Dos veces había compartido el estrado en seminarios de física con Nils Bergman.

-En su oficina -explicó uno de los científicos-. Pidió que le llamaran cuando llegase el profesor Bergman.

-No le molesten -pidió Anders, pero Diebner ya le había aferrado el codo y le sacaba de la sala de conferencias al corredor.

-Tonterías. Se ofendería si no está presente en este momento. Usted y él seguramente tienen mucho que hablar -dijo Diebner mientras se aproximaba a la puerta cerrada.

Heisenberg estaba sentado frente a su escritorio cubierto de papeles cuando entraron en la oficina; un Concierto de Brandeburgo giraba en el fonógrafo que había detrás. Se puso lentamente de pie, sin hacer caso de la complicada presentación de Diebner, y mirando a Anders directamente a los ojos.

-Déjenos -dijo a Diebner sin dirigirle siquiera una mirada. Sus ojos continuaron clavados en Anders.

Diebner se erizó ante la afrenta a su cargo. Pero si deseaba obtener la reacción en cadena que había prometido a Himmler, esos eran los dos hombres que lo conseguirían.

-¿Se reunirán con nosotros en la sala de conferencias? -preguntó.

-En unos instantes -contestó Heisenberg-. El profesor Bergman llega del mundo exterior. Hay muchos viejos amigos de los cuales nada sé. Tal vez pueda explicarme qué hacen.

Después de salir, Diebner cerró con cuidado la puerta.

-Asno -dijo Heisenberg. Su expresión severa se suavizó y meneó la cabeza en un gesto de desesperación, mientras señalaba una silla a su visitante-. Antes de la guerra ni siquiera le habríamos permitido afilar nuestros lápices.

-¿Qué escribió? -preguntó Anders, que de pronto advirtió que Heisenberg sonreía en una actitud de sincera aceptación.

-Nada más profundo que avisos a su lechero.

Werner Heisenberg sacó una botella de vino del Rhin del cajón de su escritorio.

-¿Bebemos una copa?

Anders advirtió que el vaso medio lleno de Heisenberg estaba sepultado bajo los papeles que cubrían el escritorio.

-Antes de la comida no bebo -dijo Anders. Heisenberg asintió en un gesto aprobador.

-¿Le agrada Bach? -preguntó el genio alemán.

Anders se encogió de hombros y meneó la cabeza con un ademán que había aprendido de Birgit. Heisenberg comprendió lo que quería decir. El profesor Bergman no se interesaba mucho por la música.

-Es un matemático increíble -continuó diciendo Heisenberg-. Escribí una fórmula para una de sus fugas. Asigné un valor a cada nota. Después, pude disponer diez notas en una secuencia, y la fórmula me permitía pronosticar la nota siguiente. Acerté casi el noventa por ciento de las veces. Todo ordenado. Todo muy exacto. Un matemático perfecto. Habría sido maravilloso en el campo de la física teórica,

-Tal vez usted pueda prestarme algunos discos -dijo Anders-. Mientras estemos cooperando, quizá podamos hallar una fórmula que nos permita componer una fuga entera.

Heisenberg no contestó. Su mente ya había pasado a otros temas. En cambio, miró por encima del borde de su vaso de vino, analizando a su visitante como había analizado las progresiones de Bach. Parecía que estaba sopesando una pregunta, y Anders sintió que se le secaba la boca mientras intentaba conseguir un millar de respuestas posibles. Pero los pensamientos de Heisenberg de nuevo pasaron a otro tema, y ahora el científico de nuevo volvió a la conversación cortés.

-¿Su viaje fue agradable?

-Dinamarca es un bello país -dijo Anders, aliviado porque ahora pisaba terreno seguro-. Permanecimos sólo un día, mientras esperábamos el avión. Pero el vuelo fue... -Buscó la expresión alemana, y después la remplazó por otra...- no tan cómodo. Era un avión militar. Mucho viento y mucho ruido.

-¿Y el recorrido a través de Berlín? -preguntó Heisenberg con malevolencia.

-Terrible -dijo Anders-. Hay tanta destrucción. Tantos bombardeos.

Heisenberg se llevó un dedo a los labios.

-No hable en voz tan alta. Supuestamente no vemos la destrucción provocada por las bombas. Tenemos que fingir que todos los edificios están en su lugar.

Anders no entendió.

-Para evitar que Goering se ofenda. Nos ha asegurado que la Luftwaffe domina los cielos. De modo que todos fingimos que los aviones aliados no vuelan sobre nuestras ciudades. Es el juego nacional del “Traje Nuevo del Emperador". Como el reactor de agua pesada que hemos construido. Himmler dice que todavía tenemos agua pesada, y entonces fingimos que el reactor funcionará.

-¿No hay agua pesada? -dijo Anders, tratando de mostrarse impresionado.

-Ni una taza -dijo Heisenberg riendo cínicamente-. Pero evitamos prestar atención a eso. Himmler se ofendería.

-Pero... su trabajo. ¿Cómo puede obtener una reacción en cadena?

-No puedo -dijo el científico alemán. Vació su copa de vino-. Pero tenemos mucho grafito. Alemania está fabricada con grafito. De modo que el reactor que usted construya alcanzará la fase crítica. No el mío.

-Pero ni siquiera he comenzado -protestó Anders.

Heisenberg rechazó la objeción.

-He empezado por usted, profesor Bergman. Ordené que ampliaran la cueva, de modo que usted pueda construir su reactor junto al mío. El agua de enfriamiento que traigamos del río irá a su reactor sencillamente con la ayuda de unas pocas válvulas. Los obreros encargados de la construcción están esperando los planes que usted trace.

-Se construirá en una cueva -presionó Anders. De nuevo Heisenberg se llevó el dedo a los labios.

-Todo es muy secreto. No deberíamos hablar de esto. Se le llama la Iglesia del Castillo. Pero en efecto, es una cueva. En Alemania nada es lo que parece.

El alemán se acercó al tocadiscos y movió el brazo con la púa para colocarlo al comienzo del disco. Esperó que comenzara la música antes de continuar hablando.

-¿Conoció a Hartmann, el asesor científico de Himmler?

-Sí, en Dinamarca. Pero no parecía interesado en nuestra conversación. No pensé que era un científico.

-¿Científico? -se burló Heisenberg-. Ese hombre se enreda con su propio pene cuando se cierra el pantalón. Pero si habló con él, sabe de qué se trata. Es evidente que estos idiotas no se han interesado repentinamente en la física teórica pura. Le trajeron aquí porque quieren que les ayude a fabricar su bomba nuclear.

Anders se encogió de hombros y meneó la cabeza. Dio a entender que Bergman no estaba más interesado en las bombas que en la física clásica.

-No estoy seguro siquiera de que sea posible una bomba -explicó-. Estoy interesado en un reactor. Si los generales pueden convertir un reactor en una bomba, eso sólo a ellos les concierne. Al parecer, son capaces de convertir casi todos los descubrimientos

científicos en armas. Los científicos inventaron la palanca para aliviar el trabajo de la humanidad. Pero los generales la convirtieron en una catapulta que les permitía lanzar piedras más grandes. A decir verdad, nada podemos hacer para evitar que apliquen los frutos de nuestro trabajo.

-La bomba es posible -dijo Heisenberg en voz baja-. En realidad, el asunto es bastante sencillo. Utilizan un explosivo para comprimir el metal pesado hasta alcanzar una masa crítica, y un disparador de neutrones actúa como mecha. Lo único que necesitan es el plutonio. Y para fabricar el plutonio, todo lo que necesitan es el reactor que usted construirá.

Anders fingió indiferencia.

-Quizás en teoría -admitió-. Pero, ¿la bomba encerrará energía suficiente para justificar el esfuerzo? En realidad, a lo sumo estamos conjeturando la posible energía de la fisión. Incluso con una fisión muy rápida. Y quizás, incluso si eso funciona, el resultado no sea más que un petardo.

-He visto la energía -dijo Heisenberg-. Aquí mismo, en el sótano del instituto. Iniciamos una pequeña reacción en cadena hace dos meses...

-Lo lograron -le interrumpió Anders-. Consiguieron sostener una reacción en cadena.

Su sorpresa era sincera. Se había hablado del éxito de Fermi en Chicago, pero nadie relacionado con el programa norteamericano le había confirmado que se había comprobado en la práctica la idea de Bergman acerca de una reacción en cadena autosostenida. En Inglaterra parecía que nadie ni siquiera sabía hasta dónde había llegado Fermi.

-Sí -dijo Heisenberg, sin el más mínimo atisbo de satisfacción-. Pero fueron sólo unos momentos. No pudimos controlarla, y hubo que destruirla. Pero durante esos momentos... -Meneó lentamente la cabeza.- Santo Dios, durante esos instantes la energía liberada fue enorme. Increíble. Y con unos pocos kilogramos de uranio. A lo sumo lo que usted podría sostener en su mano. En unos instantes la energía provocó la ebullici6n de cuatrocientos cincuenta litros de agua. El metal mismo se quemó. Y era nada más que uranio apenas enriquecido- Si hubiera sido plutonio, ese puñado de metal hubiera destruido la universidad entera. Piense en eso. Un arma que no es más

grande que una granada de mano con el poder de una bomba de quinientos kilogramos. En manos de locos que pueden afirmar que no hay aviones volando sobre sus cabezas.

Ahora le tocó a Anders, que miraba desde su lado del escritorio, el turno de hallar las palabras necesarias para formular una pregunta.

-En ese caso, ¿por qué les ayuda? -preguntó finalmente.

Los cabellos largos y rubios de Heisenberg cayeron hacia adelante, sobre los ojos, mientras el científico hundía la cabeza en las manos.

-Porque esta vez no habrá armisticio. Esta es una lucha a muerte. Un bando destruirá totalmente al otro. -Sus ojos irritados miraron deseosos el narcótico contenido del vaso.- Con los nazis o sin ellos, soy alemán. No deseo que destruyan mi país.

Lentamente volvió los ojos hacia Anders.

-Esa es la pregunta que necesito formularle. Estoy aquí porque soy alemán. Pero, profesor Bergman, ¿por qué está aquí? Usted no es alemán. O inglés. ¿Por qué está dispuesto a construir un reactor de fisión?

-Porque soy científico -dijo Anders. Las palabras surgieron con mucha dificultad, porque no eran sus palabras, pero era la respuesta que Bergman habría suministrado.

Permanecieron sentados, sin hablar, el silencio ocupado por la precisión matemática de la música de Bach. Werner Heisenberg miró fijamente el vaso de vino. Anders miró a Heisenberg. Ninguno de los dos tenía solución para el enigma que los aprisionaba.

Londres - 24 de abril

El mayor Haller abrió más el grifo de agua caliente, y elevó la temperatura del agua de su ducha hasta que casi le quemó, y llenó de vapor el cuarto de baño. Buscó a tientas el jabón, y después acercó a la nariz la pastilla de color rosa e inhaló la fragancia.

-¡Realmente maravilloso! -gritó al dormitorio-. ¿Por qué te retrasas?

La puerta de vidrio se deslizó cautelosamente, y apareció la figura de Eleanor, cubierta con una toalla.

-Ven aquí -ordenó Haller-. Veamos cuánto tiempo necesitas para conseguir que tu trasero de marfil enrojezca.

Ella trató sin lograrlo de disipar las nubes de vapor caliente, y después sacó la cabeza del cuarto de baño convertida en un caldero.

-Mayor, ¿perdiste tu brújula? -gritó para dominar el ruido del agua-. Esto está tan caliente que podrían cocerse unas patatas. No me quedaría un centímetro de piel.

-Quiero tu cuerpo apretado contra el mío -reclamó Haller.

-En ese caso, ven a la cama como un caballero -contestó Eleanor-. No puedo hacer el amor mientras hiervo como un pedazo de carne.

Cerró con fuerza la puerta del cuarto de baño y Haller resopló encantado. Eleanor era maravillosa. La ducha era maravillosa. El hotel era maravilloso. Sus sentidos se avivaban porque comprendía que estaba vivo.

Sólo cuatro habían sobrevivido. De los veinticinco hombres que habían ascendido al planeador Horsa para atacar la planta hidroeléctrica, sólo cuatro habían regresado a Inglaterra; el propio Haller, su zapador, uno de sus fusileros, y uno de los soldados que estaban con el grupo del sargento Towers. El sargento también estaba vivo cuando los supervivientes del grupo atacante llegaron al lugar de cita, cerca del planeador destrozado. Había salido del bosque cargando a un herido, sin advertir que el hombre estaba muerto, hasta que intentó acomodarlo cerca del moribundo que Haller había traído del río. Towers fue quien cavó una fosa poco profunda en la nieve, la sepultura de los dos hombres.

Más avanzada la mañana, cuando trepaban un prado en pendiente, un avión patrullero alemán los había sorprendido a campo abierto. Con los sombreros de lana encasquetados hasta las orejas, y ensordecidos por el sonido de su propia respiración, ninguno oyó el motor hasta que las balas comenzaron a hundirse en la nieve, alrededor del grupo. Se apresuraron a buscar protección, vieron el giro del avión, y después se incorporaron lentamente. Pe-ro el sargento

Towers no se movió. Yacía perfectamente inmóvil en la nieve, que estaba manchándose de rojo bajo su cuerpo. No tenian tiempo ni siquiera para cavar una tumba poco profunda. El avión volvía para atacarlos otra vez.

Caminaron el día entero, y treparon a mayor altura que la cadena montañosa sobre la cual habían volado con el planeador.

Por la noche cavaban en la nieve para protegerse del viento y usaban las bengalas para descongelar algunas maderas y hacer fuego. Al dia siguiente llegaron a la cumbre de la línea de montañas, y comenzaron a descender por la ladera occidental, y dos veces tuvieron que correr a protegerse en los bosques, ante la aproximación de patrullas aéreas alemanas. Esa noche vieron el parpadeo de una señal luminosa en una finca rural que había sido descrita en las instrucciones referidas a la huida. Avanzaron cautelosamente y cayeron en brazos de un grupo de la resistencia noruega.

Los hombres se ocultaron tres días en un sótano bajo la finca, mientras las patrullas enemigas recorrían el campo. Los alemanes, que conocían el número de hombres del grupo incursor, gracias a dos prisioneros a quienes habían mantenido desnudos en el río helado, decían buscar a siete ingleses. Hallaron la tumba cerca del planeador, y redujeron la búsqueda a cinco. El comandante SS local había apresado como rehenes a veinticinco civiles, y prometía matarlos a todos si los comandos ingleses no se entregaban. Haller y sus hombres dijeron al jefe de la resistencia que se entregarían para salvar a los rehenes, pero el noruego no quiso saber nada. -Todos combatimos contra los alemanes -explicó, y después cargó a los atacantes en camiones y les cubrió con leña cortada. Fueron llevados hacia el norte, lejos del sector patrullado por los alemanes.

Durante dos semanas fueron llevados de una casa a otra, entregados cada mañana a los cuidados de un agricultor o un artesano de rostro pétreo, que gruñía al recibir sus instrucciones, y sin hablar les mostraba un sótano o un desván. Pasaban los días como prisioneros, acurrucados para defenderse del frío entumecedor, y esperando el tazón de sopa caliente, y quizás algunos bizcochos que les suministraban, generalmente por mano de una anciana arrugada, pero en ocasiones por intermedio de un niño de rostro sonrosado. Por la noche los trasladaban otra vez.

-Estos noruegos no son muy cordiales -dijo el zapador mientras les sacaban de una casa y les metían en un camión que esperaba en medio de una noche heladora.

-Somos su certificado de defunción -recordó Haller a su raída banda de supervivientes-. La única razón por la cual nos aceptan es que temen más a la Resistencia que a los nazis.

Tres semanas después de la incursión fueron entregados a un pescador de piel curtida, que les asignó un lugar alrededor de su mesa junto a un cálido hogar.

-Ustedes sin duda son importantes -dijo el pescador en excelente inglés, mientras les servía un festín de pescado frito-. Los alemanes vinieron anteayer y volvieron del revés la aldea. Incluso se metieron en la bodega de los barcos, y se hundieron en pescado hasta las rodillas.

-Sólo un grupo incursor -había explicado Haller, pero el dueño de casa sabía que la cosa era más importante. Los alemanes realmente estaban deseando atrapar a esos hombres. Habían obligado a los veinticinco rehenes -diez eran mujeres- a cavar una tumba colectiva. Después les habían dejado de pie, sobre el borde de la tumba, un día entero, esperando que los soldados ingleses se entregaran. Al fin del día les ejecutaron metódicamente, uno tras otro, con una bala en la nuca.

La noche siguiente los cuatro hombres abordaron un pesquero y se internaron en el fiordo, encendiendo una luz que apuntaba al cielo cada cinco minutos. Haller fue el primero que oyó el sonido de los motores del avión.

-Un Sunderland -dijo al resto, y sus labios esbozaron una sonrisa a través de la barba crecida, cuando identificó el sonido peculiar de los cuatro motores radiales del hidroavión. Los soldados salieron a cubierta, y exploraron el cielo en la dirección del sonido que se aproximaba, y gritaron de entusiasmo cuando vieron los destellos de la lámpara de señales del avión.

El Sunderland acuatizó y se acercó al pesquero. Fueron trasladados a una lancha de caucho, y cuatro horas más tarde descansaban en las camas del hospital de una base naval en las islas Orkney.

Haller perdió dos dedos del pie por congelación, y esa era la única lesión permanente sufrida por alguno de los cuatro hombres. Las cicatrices eran la tercera condecoración en combate incorporada a su cuerpo desde el comienzo de la guerra, y se unía a la marca redonda en el hombro izquierdo como consecuencia de una bala en Dunkerke,

y a la piel incolora en los antebrazos como consecuencia de una granada de fósforo que él había apagado durante la incursión a Dieppe. Fue enviado a un hospital de Gales para descansar y recuperarse.

Pero Haller determinó su propia receta con vista a la recuperación, sobre la base menos del descanso que de los frecuentes tragos de ginebra y la compañía constante de mujeres atractivas. Había comenzado con una simpática enfermera del hospital que se metió en su cama la noche de la llegada, y con quien se veía diariamente, incluso después que le dieron de baja. Hubo también una empleada del servicio naval de cifrado, una mujer de carnes abundantes, que tuvo la dudosa suerte de que le asignaran asiento en el mismo compartimiento de Haller, del tren en que regresaba a Londres. Ella había alargado el plazo de su permiso durante una noche en la pequeña aldea donde el tren finalmente se detuvo. Y ahora estaba Eleanor, la hija del propietario de la primera taberna visitada por Haller después de su regreso a la ciudad. Estaban comenzando el tercer día en uno de los más costosos hoteles de Park Lane. Haller no tenía idea acerca del modo de pagar la cuenta.

-¿Qué te retiene, querido? -Era la voz de Eleanor, que ahora estaba envuelta en la bata de retazos.- No habrás encontrado a alguien ahí, ¿verdad?

Haller se echó a reír.

-Nada parecido a ti -canturreó-. Enseguida voy.

Y se volvió para permitir que el agua caliente le bañase por última vez la espalda.

El calor suavizaba la tortura del frío, que aún ahora lograba que sintiera como hielo la médula de los huesos. El jabón parecía limpiar la mancha persistente de la sangre de sus camaradas muertos. El contacto con las mujeres avivaba todos los sentidos que él había reprimido durante las semanas en Noruega. ¿Y la ginebra? A veces le ayudaba a olvidar la imagen de los rehenes noruegos en su tumba colectiva.

-¿Qué sucede? -se quejó Eleanor cuando Haller pasó de prisa frente a la cama, el cuerpo desnudo todavía empapado. Abrió bruscamente la puerta del armario y retiró de una percha el uniforme recién planchado.

-Tardaré a lo sumo una hora -prometió Haller-. Quizá dos. Es

una reunión muy importante.

-¿Te marchas? ¿Ahora?

-No puedo evitarlo -dijo, mientras saltaba en círculos, tratando de introducir un pie en la pernera de sus pantalones. Hizo una pausa, sosteniéndose sobre una pierna como un flamenco, cuando ella quitó la manta que le cubría el busto.

-Realmente tengo que irme -insistió.

-Imagino que el primer ministro está esperándote -se burló Eleanor.

-No. Es el general Eisenhower -dijo Haller, mientras retiraba la cartulina de los pliegues de su camisa.

Eleanor se echó a reír histéricamente.

-El general Eisenhower-se burló-. ¿Qué tiene que ver con gente como tú?

-Me necesita porque yo le diré cuándo atacar a los alemanes -contestó Haller. Eleanor continuaba riéndose cuando él cerró la puerta tras de sí.

El general Bedell Smith se disculpó por la ausencia de Eisenhower, mencionando los súbitos cambios que eran inevitables en su programa. Las palabras eran corteses, pero el significado parecía evidente. Cierta información sencillamente no alcanzaba los límites del interés del comandante supremo. Las discusiones acerca de las armas secretas alemanas correspondían a esa categoría.

El mariscal del aire Ward comunicó los últimos datos de inteligencia acerca de los cohetes alemanes sin piloto. Frederick Lindemann mencionó la posible destrucción provocada por un explosivo de uranio. Después, Haller suministró la mejor información que poseía acerca de los progresos de la bomba de uranio alemana.

-Creemos que su producción de agua pesada está paralizada. Contaban con la producción de la planta de Rjukan, pero eso no estará disponible durante un tiempo.

-Un buen trabajo -dijo Bedell Smith, que de pronto recordó dónde había escuchado el nombre de Thomas Haller-. Eso fue cosa suya, ¿verdad?

-Fuimos varios -dijo Haller-, pero lo que importa es que el agua pesada representa sólo la mitad de su esfuerzo. Están ocupándose muy seriamente del grafito, el material que según creo ustedes los norteamericanos están tratando. Tienen excelentes especialistas y disponen de todo el uranio y el grafito necesarios. De modo que no podemos excluir la posibilidad de una bomba alemana de uranio.

-¡Terrible! -concedió el general Smith-. ¿Usted cree que es una posibilidad real?

-En efecto -contestó Haller-. Es sencillamente cuestión de tiempo.

Smith garabateó unas palabras y luego cerró su libreta.

-¿Debo comunicar algo más al comandante supremo? -preguntó, mientras se ponía de pie y deslizaba la estilográfica en el bolsillo.

De pronto Haller comprendió que las armas secretas tampoco superaban los límites del interés del general Smith. Casi podía oír a Smith recitando a su jefe los detalles de la jornada con un comentario jocoso acerca de "esos británicos", y más comentarios a propósito de "la estupidez de la gran bomba".

-Bien -propuso Haller-, podía decirle que hay un límite de tiempo si quiere ganar la guerra. El tiempo está del lado de los alemanes.

Los ojos de Smith centellearon. Se había contemplado la invasión de Europa para 1943, y después se la había remitido a la primavera del año en curso. Pero incluso ahora Eisenhower y Montgomery no estaban seguros de tener todos los soldados y los barcos de suministros que necesitaban. Se hablaba de nuevas postergaciones, y llegaban críticas desde todos los ángulos.

-El general Eisenhower tiene perfecta conciencia de la necesidad de actuar rápidamente -contestó Smith con voz helada-. Y si así no fuera, sin duda hay mucha gente que se lo recordaría. -Hizo una pausa, la mirada fija en Haller.- Pero también se da perfecta cuenta de lo que se necesita para trasladar un ejército de Inglaterra a la costa de Francia. Y lo que se requiere para mantener una cabeza de playa. Creo que esa tiene que ser su principal preocupación, ¿no le parece?

El mariscal del aire Ward y Frederick Lindemann asintieron. Pero Haller no.

-General Smith -dijo, sin parpadear un instante bajo la mirada del oficial superior-, quizás el comandante supremo debiera saber que cuando los alemanes tengan su bomba de uranio, no habrá una Inglaterra que sirva de base a un ejército. Los muchachos de nuestro ejército que para esa fecha no estén en el Continente, no llegarán nunca. No tengo la más mínima idea de cuántos barcos o cuántos soldados cree necesitar el general Eisenhower. Pero si no logra que alguno de nuestros hombres llegue a los reactores alemanes antes de que estos empiecen a funcionar, no quedará un número suficiente de hombres en el mundo.

Smith fue quien desvió la mirada. Volvió los ojos hacia cada uno de sus visitantes. Después, volvió a sentarse en su sillón y abrió de nuevo la libreta.

-¿Cuánto tiempo? -preguntó.

No hubo respuesta.

-¿Cuánto tiempo nos queda y adonde tenemos que llegar?

-Menos de un año -se apresuró a responder Haller-. Demostrarán la eficacia de un reactor de grafito en tres meses. Les llevará seis más construirlo. Después otro mes, tal vez dos, para fabricar una bomba a partir del metal procesado.

-¿Dónde? -insistió Bedell Smith.

-No estamos seguros. El trabajo de investigación se realiza en Berlín. Sabemos que la planta de separación se construye bajo tierra, cerca de Celle. Pero no sabemos dónde está el reactor.

-¿Podemos averiguarlo?

-Tenemos un hombre dentro -dijo Haller-. Por eso estamos informados del calendario. Nos suministró el nombre en código del reactor, "Iglesia del Castillo", pero él mismo no sabe lo que significa. Buscaremos esa denominación en el movimiento de las radios alemanas. Tal vez así tengamos una pista. Y más tarde o más temprano nuestra gente podrá descubrir dónde está.

-Confiemos en que sea antes que después -contestó Smith. Cerró de nuevo su libreta-. Hablaré con el general Eisenhower apenas él disponga de un momento. -Se puso la libreta en la mano.- Esto no facilitará su trabajo, pero creo que debe considerarlo. Y por favor, manténganos informados en todo momento de lo que sepan.

Todos se pusieron de pie, y Haller se cuadró mientras los dos oficiales superiores se estrechaban las manos. Después, Bedell Smith se volvió hacia Haller.

-Imagino que usted regresará para comunicarse con su agente.

-Apenas él tenga tiempo de saber algo -contestó el mayor.

-No apresure las cosas -aconsejó Smith-. Usted ya ha tenido guerra suficiente para una vida entera.

Haller asintió, en un gesto de apreciación de la inquietud del general.

-Estoy volviendo lentamente al servicio -dijo-. En realidad, ahora que hemos terminado me voy derecho a la cama.

Berlín -10 de mayo

Para huir de la terrible soledad, Anders se zambullía en su trabajo. De día trabajaba en las cavernas que estaban bajo el Instituto Kaiser Guillermo, iniciando el desarrollo del reactor de grafito. Cubría los pizarrones asegurados a los bloques encalados de las paredes de su oficina con las ecuaciones que describían la reacción en cadena. Después, convertía esas ecuaciones extraídas de la teoría especulativa en gramos de uranio, toneladas de grafito, y miles de litros de agua por hora.

Sacaba estas cifras de su oficina y por los corredores de comunicación llegaba a una sala atestada de comptómetros, donde una docena de actuarios trabajaban noche y día trazando las curvas de probabilidades. Entraba y salía presuroso del laboratorio de química, donde los técnicos de bata blanca analizaban constantemente la pureza de las muestras de grafito y la composición del mineral de uranio. Participaba en reuniones donde sus colegas explicaban los resultados de su propio trabajo y armonizaban sus esfuerzos como otras tantas piezas del gigantesco rompecabezas.

Siempre estaba atareado, y rodeado por personas que de buena gana habrían compartido sus temores. Pero aun así se sentía solo, aislado no tanto por la barrera ideológica o la distancia cultural como por el temor de que su próxima conversación, por leve que fuese, se convirtiera en el episodio delator.

De noche guardaba su trabajo en un grueso portafolios, asegurado por una pesada cerradura, y lo llevaba a su casa para

combatir el vacío de su residencia. Diebner había propuesto asignarle un apartamento en el instituto. Era un ambiente universitario que a él le parecería conocido, y estaba cerca del lugar de trabajo.

Pero Anders eligió una casita que estaba a pocas calles del instituto, y que se había convertido en propiedad oficial después de expulsar a una familia judía. "Me agrada trabajar hasta tarde", explicó. Eso era cierto, aunque en realidad la causa era que temía las conversaciones amistosas entre los científicos al fin de la jornada, y temía incluso lo que podía decir en sueños. Era agotador mantener alerta sus defensas durante el día entero. No podía prolongar la ficción hasta la noche.

Aun estando en su casa temía ser él mismo. Los hombres a quienes veía entrando y saliendo del apartamento contiguo tenían un aire amenazadoramente oficial. Dos veces halló signos de que habían revisado sus habitaciones: un libro que había quedado abierto en la página equivocada, y algunos papeles apilados con excesiva pulcritud en el rincón de su escritorio. De modo que cuidaba los detalles exteriores de su mentira. Sintonizaba las emisoras suecas en su receptor de radio, y las mantenía como música de fondo mientras trabajaba. Dejaba a la vista la correspondencia enviada de Estocolmo, y borradores de los artículos que Bergman había estado escribiendo. Incluso el frigorífico estaba ocupado por alimentos que según le había dicho Birgit eran los favoritos de Bergman.

Los únicos momentos realmente libres de Anders eran los breves paseos que daba por la mañana, antes de que el automóvil oficial llegase a su puerta. La primavera había llegado rápidamente después de un cruel invierno de frío, y parecía que todos los berlineses habían salido simultáneamente de sus apartamentos. Los hombres caminaban con paso rápido, pero saludaban alegremente a los extraños con quienes se cruzaban. Las mujeres charlaban mientras formaban filas disciplinadas a las puertas de las tiendas que aún no habían abierto. De un modo o de otro los berlineses se las ingeniaban para apartar los ojos de las sombrías cicatrices que los bombarderos habían infligido a toda la ciudad. De un modo o de otro habían descubierto el coraje necesario para ignorar a los soldados que estaban apostados en todas las esquinas, y que mantenían sitiado su propio país.

En las tibias mañanas de primavera había una atmósfera de normalidad, cierto placer de vivir a pesar del triunfo de la muerte que amenazaba por doquier. Anders podía respirar hondo y permitía que su mente vagase libremente.

Podía complacerse en sus propios pensamientos, sus propios recuerdos, a salvo de las miradas suspicaces. Podía contestar a los saludos de sus vecinos sin medir las palabras y los gestos, y sin buscar expresiones de desconcierto que serían el primer indicio de duda. Podía olvidar por el momento los horrores que sus colegas estaban concibiendo en los bunkers del subsuelo, y los planes que él trazaba para aminorar el ritmo de su progreso y frustrar sus esfuerzos.

Su primer paso había sido ordenar la reconsideración del trabajo que ya se había ejecutado con vistas a un reactor de grafito. Hubo algunos murmullos de protesta, pero en general se llegó a la conclusión de que implicaba una prudente inversión de tiempo. ¿Cómo era posible que el profesor Bergman aportase su genio a un programa si no lo comprendía totalmente? ¿Por qué avanzar atropelladamente para descubrir después que el maestro les demostraba que la labor que habían realizado tenía fallos fundamentales? Preveían la posible pérdida de una semana. Pero Anders había extendido la revisión a tres semanas, cuestionando incluso las conclusiones más sencillas y exigiendo que se realizaran nuevas demostraciones.

Después, propuso un análisis más detallado de los materiales que serían utilizados. De acuerdo con su razonamiento, todas las conclusiones se fundaban en las cualidades de los materiales. Tenían que saber con absoluta seguridad cuáles eran exactamente esas cualidades.

Asignaba a cada momento de retraso del programa el carácter de una victoria importante. Y usaba el tiempo para su propia educación. Como en el caso de Bergman, toda la obra de Anders había sido teórica. Había trabajado en un mundo imaginario donde una ecuación que simulaba un hecho era tan importante como el hecho mismo. Nunca había construido nada sobre la base de la teoría. Pero los científicos alemanes habían sobrepasado el límite de la teoría. Al resolver los problemas prácticos de material y densidad, de peso y magnitud, habían traspasado fronteras a las que el propio Bergman aún no había llegado. Se le habían adelantado, e incluso se habían adelantado al trabajo de Bergman que él conocía de memoria. Tenía que ponerse a la altura del resto antes de dirigir. Y necesitaba que le aceptaran como el jefe del programa si deseaba encaminarlo en una dirección equivocada.

Y ahora se preparaba para presentar otro obstáculo al desarrollo de la iniciativa, y de ese modo retrasaría el reactor ciertamente durante varias semanas, o incluso meses. Había

convocado a los expertos de las fábricas Krupp que suministraban el grafito y se disponían a informarles que todo lo que hacían era defectuoso. Se proponía exigirles que volvieran a empezar. Podía imaginar la irritación que inflamaría las caras de Diebner, Lauderbach y Heisenberg. Podía oír los gritos de protesta de la gente de Krupp. Su propuesta uniría a todos los alemanes contra la soberbia de este» académico extranjero. Habría un momento muy difícil, en que unirían fuerzas para luchar contra él. Sería un combate, y él no podía permitirse el lujo de resultar vencido.

Estaban todos esperando cuando él entró en la sala de conferencias contigua a su oficina. Los científicos con sus suéteres y sus batas, en un lado de una gran mesa; los empresarios vestidos de negro del lado opuesto. Werner Heisenberg estaba sentado como un juez al final de la mesa encendiendo un cigarrillo cuando el anterior aún ardía en el cenicero, a pocos centímetros de su codo. Heisenberg era la persona a quien Anders tendría que convencer.

-Tenemos que remplazar el grafito -dijo, meneando la cabeza con un gesto de resignación. Después, esperó el clamor de protesta que sus palabras debían provocar. En cambio, su anuncio fue recibido en una atmósfera de asombrado silencio.

-Es una cuestión de uniformidad -continuó Anders, llenando el vacío-. Podemos tolerar casi cualquier grado conocido de impureza. Pero necesitamos uniformidad absoluta. Si no es así, no podemos predecir el resultado. Y si no podemos predecirlo...

Movió las manos para indicar confusión, mientras buscaba las frases en alemán que indicaban que no era posible controlar una reacción.

-Pero eso es imposible -dijo finalmente uno de los representantes de Krupp-. No puede haber homogeneidad total. Incluso en la misma veta de mineral de coque hay grandes variaciones...

-Y es innecesario -agregó Lauderbach, golpeando la superficie de la mesa con un dedo-. En sus propios escritos, profesor Bergman, usted no atribuye importancia a la uniformidad.

Los industriales asintieron, coincidiendo con los argumentos científicos que no entendían, y los científicos de pronto simpatizaron con las dificultades planteadas por los industriales. Todos comenzaron a hablar a la vez, y desde los dos lados de la mesa las caras hostiles se

volvieron hacia Anders.

Anders cerró los oídos a las furiosas réplicas, se acercó al pizarrón y quebró un pedazo de tiza al dibujar un círculo alrededor de una de las ecuaciones.

-¿Y qué valor atribuiremos a esto? -gritó a sus adversarios-. ¿Qué valor utilizaremos para representar el efecto moderador? -Volvió a la mesa, levantó los informes de las pruebas de laboratorio uno por uno y arrojó las páginas a su público.- ¿Este? ¿O quizás este? -cada muestra de grafito había revelado propiedades levemente distintas en las pruebas.

-¡Utilice un promedio! -gritó Fichter, y después se acercó con paso rápido al pizarrón y comenzó a asignar valores a los cálculos de probabilidades-. ¿Acaso modificará el resultado? -concluyó-. Estamos considerando las probabilidades de los choques de neutrones en todo el reactor, no en cada molécula. Es exactamente como usted lo escribió hace cinco años, profesor Bergman. ¿Qué ha cambiado?

Anders volvió al pizarrón y continuó la discusión, borrando figuras y símbolos y remplazándolos por otras figuras y otros símbolos.

-¿Y de qué sirve un valor promedio aquí, en la barra de control, si el valor real es este?

Hubo gritos de desaprobación de los científicos, que proclamaron su discrepancia y señalaron las ecuaciones que les parecían inaceptables. Pero Anders continuó luchando, adulterando las teorías de Bergman, con las cuales estaba más familiarizado que cualquiera de los que se encontraban en la sala, para llegar a una conclusión que Bergman jamás habría apoyado.

Los industriales contemplaban sobrecogidos el encuentro de tenis, y sus rostros que inspiraban incomprensión pasaban de Anders a sus oponentes y después de nuevo a Anders, a medida que cada uno esgrimía la tiza. Miraban las ecuaciones como si hubieran sido las anotaciones de una partida de ajedrez, carente de sentido para los que no podían captar el concepto general del tablero. Kurt Diebner también volvía la mirada a un lado y al otro, y observaba a Anders y después a sus propios científicos, y más tarde a Heisenberg, para ver hacia qué lado se inclinaba el maestro.

Sólo Heisenberg permanecía inmóvil, los suaves ojos azules fijos en Anders. Evaluaba los argumentos, no según su perfección

matemática, sino de acuerdo con la influencia que cada punto parecía producir en la expresión de Anders. Las ecuaciones podían suministrarle hechos, pero él buscaba la verdad en los ojos de Anders, y éste sentía la mirada de Heisenberg. Desde la posición que ocupaba a la cabecera de la mesa, Anders podía ver a todos los alemanes como si fueran los personajes de un teatro. Heisenberg atraía su atención porque, en ese marco de histeria y griterío, era la única persona serena y silenciosa.

-Esto es un fraude -oyó decir Anders, y desvió su atención hacia Lauderbach, cuya cara estaba tiñéndose de rojo mientras él apoyaba el dedo en una de las fórmulas.

-Profesor Bergman, eso no es lo que usted escribió. Se contradice totalmente con sus trabajos. ¿Por qué ha modificado sus teorías?

-Es un perfeccionamiento -se defendió Anders, que advirtió que su posición comenzaba a resquebrajarse como yeso viejo.

-Más que un perfeccionamiento -dijo una voz del grupo.

-Mucho más -presionó Lauderbach, que sintió que había hallado un punto de reagrupamiento para los restantes alemanes-. Es la negación completa de todo su enfoque de los moderadores de grafito. Usted no nos aporta claridad o percepción. Si seguimos este camino, lo único que conseguiremos es una serie interminable de retrasos.

Toda pretensión de debate académico había desaparecido. Los alemanes habían quebrado las defensas de Anders y estaban organizando una guerra relámpago. Las esperanzas de Anders acerca de la posibilidad de retrasar la construcción del reactor alemán iban camino del fracaso. Desesperado, elevó las manos y gritó para imponerse al clamor.

-Caballeros... caballeros... el programa les pertenece. Lo mismo que el reactor. A ustedes les toca decidir.

Lauderbach pareció sorprendido por esa súbita rendición.

-Vine aquí en la condición de invitado -continuó Anders-. He estudiado el enfoque que ustedes aplicaron, y les he dado mi opinión.

-Una opinión errónea -insistió Fichter.

-Una opinión honesta -le rectificó Anders-. Pero a ustedes les toca elegir. Pueden ignorar mi advertencia y construir el reactor con el material disponible. Será totalmente incontrolable. Tendrán que detenerlo apenas llegue al punto crítico. Y entonces tendrán que volver a empezar todo otra vez, quizá después de perder un año.

-O pueden invertir más tiempo ahora para asegurar el éxito. Recomiendo esto último porque entiendo que es el camino más prudente. Pero si deciden seguir adelante con los materiales ahora disponibles, les deseo la mejor suerte. Regresaré inmediatamente a Suecia, y no seré un obstáculo en su camino.

-No será necesario.

Era la voz de Heisenberg, que finalmente había quebrado su helado silencio. Aplastó su cigarrillo en el cenicero que ya desbordaba, se puso de pie y se alejó de los pizarrones que habían sido el centro de la discusión, para acercarse a otros pizarrones que colgaban de las paredes en el fondo de la sala, y que hasta ese momento habían pasado inadvertidos. Tocó con los nudillos una de las ecuaciones.

-Aquí. Usted modificó sus teorías acerca de las secciones transversales, ¿no es así, profesor Bergman?

Anders intuyó una trampa a punto de cerrarse.

-¿Las modifiqué comparadas con qué?

-Con lo que sostenía hace cuatro o cinco años.

-Por supuesto, mis ideas han cambiado. ¿Acaso nuestro conocimiento no se desarrolla?

Heisenberg hizo un gesto burlón.

-No en Alemania, donde hemos quemado todos los libros -dijo, volviendo los ojos hacia sus colegas-. Creo que estamos discutiendo lo que el profesor Bergman sabía hace cinco años en contraposición coa lo que sabe ahora. Prefiero su pensamiento actual.

-Pero la pérdida de tiempo -alegó Kurt Diebner.

Heisenberg de nuevo golpeó el pizarrón con los nudillos, y después señaló, sobre el extremo opuesto de la sala, las ecuaciones que habían provocado tan caluroso debate.

-El profesor Bergman nos ha demostrado que lo que estamos haciendo ahora no será eficaz. No tenemos alternativa.

-¿Qué dirá el Reichsführer Himmler? -inquirió inquieto Diebner.

-Himmler tampoco tiene alternativa. Tendrá su reactor mucho antes si lo construimos bien que si perdemos un año equivocándonos.

-Pero esta ecuación está equivocada -insistió Lauderbach tratando de recuperar la ventaja que había desaparecido a causa de los comentarios de Heisenberg.

-Está equivocada si usted parte de allí -reconoció Heisenberg, señalando el pizarrón tan apreciado por Lauderbach-. Pero ese es el lugar en que nuestro huésped estaba hace cinco años. -Heisenberg tocó el pizarrón que tenía al lado.- Este es el punto en que el profesor Bergman está ahora. Si parte de aquí, comprobará que él está en lo cierto.

Diebner trató de crear cierto consenso. Bergman y Heisenberg parecían seguros de su posición. El resto de los científicos, tan agresivos pocos momentos antes, ahora se mostraban inseguros. Miró a los representantes de Krupp, que estaban visiblemente asombrados por el súbito cambio que acababa de manifestarse en la situación. -¿Cuánto tiempo llevará? -preguntó.

El principal ejecutivo se pasó por el cuello un pañuelo de gran tamaño, mientras calculaba.

-¿Devolver todo el grafito, molerlo y después procesarlo otra vez en pequeñas tandas... después de mezclar totalmente las tandas y reprocesarlos, hasta alcanzar, por ejemplo, una variación máxima de una décima parte del uno por ciento?

Miró a Anders, buscando confirmación.

-Una centésima parte del uno por ciento -contestó Anders.

El hombre de Krupp pareció impresionado, mientras formaba una pelota con el pañuelo y se. pasaba esta por las palmas de las manos.

-Dos meses -propuso.

Diebner contuvo una exclamación.

-Quizá menos -contestó el ejecutivo, si se le asignaba más fuerza de trabajo, con el consiguiente costo suplementario.

-Lo que sea necesario -prometió Diebner.

-Entonces, tal vez un mes -admitió el funcionario de Krupp, que ya calculaba la enorme ganancia que obtendría procesando de nuevo el mismo material.

Berlín -13 de mayo

Las puertas dobles se abrieron de par en par sobre una oficina en penumbra, apenas iluminada por un solo punto de luz a lo lejos. Diebner miró fijamente un momento, y después alcanzó a ver las manos cruzadas sobre el escritorio. Con movimientos prudentes entró en el espacio silencioso y tuvo conciencia inmediata de las explosiones que sus tacos de cuero provocaban en el suelo de madera. Desplazó el peso hacia los dedos de los pies y caminó suavemente, por temor a turbar la cara pálida que apenas era visible a causa del resplandor amarillo de la lámpara puesta sobre el escritorio.

Heinrich Himmler levantó la cabeza y la luz se reflejó en sus anteojos sin montura. Pero aun así era imposible distinguir bien los rasgos. Diebner alcanzaba a ver las manos y un mentón suave que parecía carecer de boca, y tan solo las dos lámparas eléctricas encendidas donde debían estar los ojos.

Comenzó a pisar la alfombra, y después dio la última docena de pasos hacia el escritorio, su temor se acentuaba con cada movimiento. Pudo ver los puños de tela blanca sobre las manos cruzadas, las mismas que podían enviar a la muerte con un movimiento. Vio los reflejos de los cuervos y la insignia del relámpago que distinguían a los uniformes de los torturadores y los asesinos. Pero incluso cuando llegó al borde del escritorio, tampoco pudo ver la cara.

Diebner chocó los talones y elevó rígidamente el brazo derecho en saludo romano.

-Heil Hitler!

No hubo respuesta. Sólo el sonido de la respiración.

-Buenas tardes, Reichsführer Himmler -dijo-. Le agradezco que me haya recibido.

-Llega con retraso. -La voz que provenía de la oscuridad

carecía de sentimientos, era un sonido metálico, como si llegase reproducida por un altavoz barato.

-Lamentablemente así es, Reichsführer. Pero felizmente por buenas razones. -Le respondió el silencio, de modo que continuó:- El profesor Bergman nos ha pedido una pausa, para corregir... ciertos fallos. En general, en su propuesta nos promete un enorme ahorro de tiempo.

-¿Ahorro? -La palabra parecía expresar curiosidad más que crítica.- ¿No estamos reprocesando parte del grafito?

-Sí, Reichsführer.

-¿Qué proporción estamos reprocesando?

Diebner temió disfrazar la verdad.

-Todo -reconoció.

-¿Ahorro? -La voz sonó más alta.- ¿Y el tiempo?

-Un mes -dijo Diebner audazmente, y después con menos firmeza:- A lo sumo dos.

-Y este es el segundo plazo -recordó la voz-. El primero también llevó un retraso de varios meses, por lo que recuerdo.

-Está esperando la llegada del agua pesada -dijo Diebner, que así recitaba la posición oficial.

Las manos se movieron, y los arreglados dedos llevaron una carpeta al círculo de luz de la lámpara. Pero la cara continuó en la oscuridad, animada sólo por los reflejos parpadeantes sobre la superficie de los vidrios.

-¿Usted está de acuerdo con este... reprocesamiento?

-Totalmente, Reichsführer.

-Pero sus colegas discrepan. Lauderbach... Fichter.

Diebner se asombró al advertir que Himmler se había infiltrado entre su personal. ¿Lo sabía todo? La abierta irrespetuosidad de algunos científicos. La burla de las doctrinas nazis. Diebner abrigó la esperanza de que el temblor de sus rodillas no fuese muy evidente a los ojos del Reichsführer.

-Heisenberg coincide conmigo -argumentó.

Himmler ignoró ese prestigioso nombre.

-Lauderbach está ofendido -replicó-. Ni siquiera se siente seguro de que este hombre sea realmente el profesor Bergman.

-Absurdo -replicó Diebner.

-Entonces, usted está seguro -le aguijoneó la voz de Himmler.

-Por supuesto, Reichsführer.

De pronto, la cara entró en el círculo de luz, una cara pequeña y blanda, con una boca que hubiera sido casi invisible si no se hubiese visto marcada por un bigote. Los ojos pequeños aparecieron sobre el borde de los lentes.

-Entonces, ciertamente no tendrá nada que temer si realizamos una pequeña prueba.

-¿Una prueba? -Diebner oyó que su voz se quebraba a causa de la aprensión.

-Sí. Una prueba de la identidad de Bergman. Y por lo tanto, también una prueba de la capacidad de juicio que usted posee.

Diebner dominó la angustia que comenzaba a burbujear en su estómago.

-Me temo que no entiendo.

-Un científico desconocido para nuestra gente viene aquí después de una visita a Inglaterra. La primera decisión que adopta nos retrasa varios meses. Y después, uno de nuestros científicos sugiere que el trabajo de este hombre no es auténtico. Que quizás es un sustituto del profesor Bergman enviado por los británicos. Creo que usted podrá entender mi preocupación.

-Pero, Reichsführer... -Las palabras de Diebner fueron interrumpidas por el movimiento de una de las manos, que se elevó desde la superficie del escritorio.

-El Führer cuenta con este programa. Creo que usted puede imaginar, doctor Diebner, hasta dónde llegaría mi decepción si usted le fallara a nuestro Führer.

Diebner temió mojarse los pantalones.

-Lo que usted sugiera, Reichsführer Himmler.

La cara volvió a hundirse en las sombras dejando sólo las manos apoyadas sobre la carpeta.

-Propongo que nos aseguremos de la identidad de este hombre. Más aun, tengo en mente una prueba adecuada. Y supongo que a usted le complacerá... en el supuesto de que su protegido la afronte con éxito.

-Seguramente -dijo Diebner-. ¿Y puedo preguntar cuándo se realizará esta prueba?

-Muy pronto -dijo la voz. Y después, en voz apenas audible:- Heil Hitler!

Diebner golpeó los talones y se volvió ágilmente. Su paso se aceleró a medida que se acercaba a la puerta.

Nordhausen - 20 de mayo

El día había comenzado mal. Salieron de Berlín por la mañana temprano; Kurt Diebner manejaba el sedán Mercedes, Anders estaba a su lado, y Werner Heisenberg descansaba en el asiento trasero. Poco después de salir de la ciudad, encontraron los restos humeantes provocados por el bombardeo nocturno. Los Lancaster, que volaban a ciegas en la oscuridad, se habían desviado mucho de su blanco, y se habían limitado a descargar más de 100 toneladas de explosivos de gran potencia. Durmiendo bajo los aviones había un conjunto de casitas, alrededor de una iglesia de piedra. Las piedras de la iglesia y los ladrillos de las casas sembraban el camino.

Diebner había detenido la marcha obedeciendo la orden de un soldado, y mientras maldecía el retraso examinaba ostentosamente su reloj. Pidió ver al oficial a cargo, y después insistió en que le suministraran una escolta que les permitiera rodear la ciudad por caminos laterales. Pero cuando la motocicleta ocupó su lugar delante del automóvil, Diebner advirtió que el asiento de su acompañante estaba vacío.

Anders había descendido del automóvil como en un trance, se hubiera dicho que hipnotizado por el humo gris que se elevaba

perezosamente de los escombros. Estaba alejándose del camino, y caminaba entre las pilas de ladrillos rotos que señalaban los lugares que pocas horas antes eran calles. Al frente, la gente cavaba frenéticamente, retirando vigas y arrojando ladrillos a un lado, mientras intentaban llegar a un ruido que alguien creía podía ser una voz. Pero Anders no había venido para ayudar. Por el contrario, caminaba con el paso lento típico de una procesión fúnebre, volviendo la cabeza como si deseara examinar las vidrieras de las tiendas que ya no existían.

-¿Adonde va? -dijo bruscamente Diebner, dirigiéndose a Heisenberg. El científico no respondió. En cambio, abrió la puerta trasera del sedán y salió en busca de Anders.

Había sido una calle, y allí había tiendas. Anders pudo distinguir el marco calcinado de una ventana, que se había desplomado sobre los fragmentos de lo que antes era un juego de porcelana exhibido al público. Había artículos de ferretería detrás del marco de madera de otro escaparate. Y también apartamentos sobre las tiendas. Los armazones de las camas y los armarios, las mesas y las sillas, habían caído sobre las tiendas que estaban debajo, y después las vigas y las tejas de los techos habían formado una nueva capa de escombros.

Las construcciones habían sido arrasadas, hasta que los techos quedaron a la altura de la cintura de Anders; las fachadas de ladrillos habían explotado y los fragmentos llenaban los cráteres que un instante antes habían sido una calle pavimentada. Y después, el incendio. Probablemente resultado de la combustión espontánea provocada por el calor de la explosión y alimentada por el gas que salía de las cocinas y los calefactores. Aún se veían llamas descoloridas bailoteando alrededor de algunas de las vigas quebradas, y columnas de humo como consecuencia de las llamas que ardían bajo los escombros.

-Ayúdeme -rogó una mujer de cuerpo menudo, pero Anders pasaba al lado, al parecer sin verla. La mujer trataba de levantar una viga apretada por toneladas de fragmentos de argamasa. No había indicios de vida en el montón.

-Profesor Bergman.

Anders se volvió y miró a Heisenberg, que estaba al lado.

-¿Dónde está la gente? -preguntó.

Heisenberg cerró los ojos y meneó la cabeza.

-No mire. No hay nada que salvar. La carne se quema más rápidamente que la piedra.

-¿No hay personas?

-Sólo los muertos. No tiene sentido desenterrarlos para volver a sepultarlos.

Anders se volvió lentamente, mirando a un lado y al otro.

-¿Qué fue esto? -preguntó.

-Un pueblo. No recuerdo el nombre. La mayoría de la gente trabajaba en la ciudad. Imagino que eran empleados del gobierno.

-Dios mío -fue todo lo que Anders consiguió decir con un gesto de incredulidad.

-No comprendieron lo que sucedía -dijo Werner Heisenberg-. Terminó apenas había comenzado. Los ingleses sueltan sus bombas simultáneamente. La última sale del avión apenas unos segundos después de la primera. De modo que nadie tuvo tiempo de tener miedo. El lugar entero... sencillamente voló.

Anders asintió. Sintió la mano de Heisenberg en su brazo, y permitió que el otro le llevase de regreso al automóvil en que Diebner agitaba frenéticamente los brazos.

Diebner comenzó a maldecir a los británicos apenas el automóvil reanudó la marcha.

-Barbarie -zumbó, e imaginó la salvaje alegría de los bombarderos ingleses mientras apuntaban sus bombas a la aldea dormida-. No se enfrentan con la Luftwaffe. No intentan abrirse paso hacia los blancos militares. En cambio, masacran las aldeas indefensas.

Pero Anders no le escuchaba. Sus sentidos todavía estaban saturados por el olor del humo y los gritos de los equipos de salvamento que se movían sin esperanzas entre las piedras destrozadas para recuperar fragmentos de muebles y otras reliquias de la vida humana. Y percibía cómo la destrucción se extendía en todas direcciones. ¿Y eso qué era? ¿Cien toneladas de nitratos? Esa carga lamentablemente reducida había provocado un shock que convertía en polvo edificios centenarios. Había generado un calor que encendía las

maderas como si fuesen astillas, y consumía el oxígeno hasta que no quedaba viva una sola célula.

La carga que él estaba preparando englobaría miles de toneladas de destrucción en un solo explosivo. Su onda expansiva se abatiría como una tormenta en una extensión de centenares de kilómetros. ¡Y el calor! En la tierra no había instrumentos que pudiesen medir siquiera su intensidad.

-Lo pagarán -prometió Diebner-. Por cada alemán, mataremos a cien de ellos. Por esta aldea, arrasaremos una ciudad... todo su país.

-Por favor, Herr Diebner, ¡cállese! -Era la voz de Heisenberg desde el asiento trasero, una voz que hablaba suavemente e inspiraba más disgusto que cólera. Diebner miró hostil por el espejo retrovisor.

-Nuestro huésped viene de un país que no se dedica a matar -explicó Heisenberg-. Creo que ya ha soportado toda la masacre que puede tolerar en el curso de un día.

Continuaron en silencio, y después de unos pocos instantes, en la frescura de la campiña primaveral, la horrible carnicería quedó atrás. Anders sintió que se le aclaraba la cabeza, y poco a poco cobró conciencia de la bendita quietud y el frío olor del aire fresco y puro.

Aminoraban la marcha al atravesar las aldeas, pequeños núcleos de casas con techos inclinados que miraban a la carretera, con anchos campos que se alejaban ondulantes hacia las colinas que estaban detrás. La gente se detenía y miraba con curiosidad el automóvil, y después volvía a sus tareas.

-Es un hermoso país -dijo Anders con expresión distraída.

-Un gran país -le corrigió Diebner, como si la belleza no fuese suficiente-. En pocos minutos más usted verá cuan grande será Alemania.

Las señales a los lados de la carretera anunciaban que habían llegado a Nordhausen, pero antes de alcanzar la ciudad Diebner salió de la carretera principal y siguió un estrecho camino de macadán que llevaba hacia el norte. Aminoró la marcha cuando se acercaban a una empalizada de alambre que cortaba como una cicatriz los campos recién cultivados, y se detuvo frente a una garita. Un oficial de uniforme negro salió a recibirlos, examinó los documentos presentados por Diebner y les permitió pasar. Avanzaron con cuidado frente a una barricada de sacos de arena, coronada por otra defensa de

alambre. Y después entraron en un sector de estacionamiento que estaba cubierto con una red de follaje. Una casita de hormigón era la única estructura que podían ver hasta donde alcanzaba la vista.

-¿Dónde estamos? -preguntó Anders.

Diebner sonrió ampliamente.

-En el futuro, profesor Bergman. En el presente, usted ve a los ingleses y a los norteamericanos asolando nuestro país. Ahora quiero que vea el futuro.

-¿En esa casita? -preguntó Heisenberg con expresión cínica.

Diebner asintió, todavía sonriendo al pensar en su maravilloso secreto.

-Síganme, caballeros. Ya verán.

La casita cubría el extremo superior de un pozo y albergaba la maquinaria que subía y bajaba un ascensor del tipo que se utiliza en las minas. Mientras Anders y Heisenberg se inclinaban sobre la baranda para espiar el interior del insondable pozo, otro oficial SS volvió para revisar los documentos de Diebner. Después, entraron en el artefacto rodeado con alambre tejido y comenzaron su descenso hacia el centro de la tierra.

Diebner gritó para imponerse al traqueteo y el sonido del viento alrededor del artefacto que descendía.

-Esta es la entrada para el personal. Hay una entrada ferroviaria a unos tres kilómetros de aquí. Y otra entrada para los equipos, en Nordhausen. La ciudad subterránea es más grande que la que está en la superficie.

Se mostraba tan orgulloso de la hazaña como si él mismo hubiese construido la planta.

-¿Una ciudad subterránea? -preguntó Heisenberg, los ojos fijos en el punto luminoso que se empequeñecía poco a poco allá arriba.

-Una ciudad industrial -le corrigió Diebner-. Un nuevo Ruhr, construido bajo tierra, totalmente a salvo de los ataques aéreos. Aunque los aliados pudiesen descubrirlo, nada podrían hacer. El Führer ordenó su construcción en 1941. Opera desde hace casi seis meses, fabricando armas que los aliados ni siquiera imaginan.

-¿A qué profundidad llegaremos? -preguntó Heisenberg, que advirtió que llevaban casi un minuto de descenso.

-Aquí, a cien metros. En el otro ascensor, a cuarenta metros. Bajo nuestros pies trabajan más de un millar de hombres, sin contar a los administradores y los ingenieros. -El ascensor disminuyó la velocidad y entró en un pozo de luz. Cuando la puerta de alambre se abrió, pasaron a una oficina de hormigón, totalmente hermética, salvo por el silbido del aire que entraba por los respiraderos colocados a bastante altura en las paredes. Diebner presentó nuevamente sus credenciales a un guardia SS, que realizó una llamada telefónica de confirmación, y después les abrió una puerta de acero.

Fueron recibidos por un torrente de luz eléctrica azul, y el chirrido del metal cortado por máquinas herramienta. Después, entraron en el futuro de Diebner, una fábrica subterránea de unos ochocientos metros de ancho, que se perdía en un horizonte que al parecer estaba a varios kilómetros de distancia.

El piso y las paredes eran de hormigón blanco, y el techo, a unos doce metros de altura, exhibía el gris irregular de la roca recién cortada. Las luces protegidas por tela de alambre se distribuían en hileras perfectamente regulares a lo largo del techo, separadas por los rieles de las grúas colgadas del techo, que se entrecruzaban como las pistas de un campo de maniobras.

Empezaron a caminar, y con cada paso que daban los productos del futuro comenzaban a cobrar forma. Las láminas de metal reluciente pasaban frente a equipos de soldadores y emergían de las lluvias de chispas móviles con la forma de alas y colas. Las remachadoras, que producían un ruido ensordecedor, unían las delgadas láminas de acero con las estructuras de gráciles curvas, y obtenían así las formas cilindricas del cuerpo de las aeronaves. Los finos cables de colores se unían en líneas eléctricas centrales, conectando los huecos que albergarían las válvulas de las radios y los instrumentos. Se conectaban pequeñas bombas a los sistemas hidráulicos, y se unían los servos a los brazos de las superficies de control.

Por doquier la actividad era frenética, dirigida por voces que hablaban en las docenas de lenguas de todos los pueblos europeos. Los trabajadores, que desarrollaban esfuerzos intensos eran los esclavos reclutados en las naciones conquistadas que se extendían del Atlántico a los Urales. La supervisión de cada grupo estaba a cargo de un militar del pueblo conquistado, armado con los instrumentos de la autoridad:

el garrote y la cachiporra.

Diebner se detenía en cada sector, desbordante de orgullo, para explicar cada paso del proceso. Los controles de guía eran los más exactos jamás concebidos; tan precisos, que podían conducir a un avión hasta determinada esquina de una ciudad. Los radares eran increíbles, y podían percibir los movimientos de un avión enemigo con una posibilidad de error por debajo de un nudo de velocidad y un grado de dirección, y calcular instantáneamente los ángulos de tiro. Todo el conocimiento científico europeo estaba reunido en un lugar y concentraba la atención en una sola dirección, la destrucción de los aliados.

Bajo la luz cegadora que venía del techo, los temerosos trabajadores de pronto parecían sombras, y el ruido ensordecedor se convertía en un coro de yunques. Habían descendido a un Nibelheim, donde una raza de esclavos estaba creando, con los materiales de la tierra, las riquezas que conferirían poder al enano perverso. La locura había sobrepasado los límites de la leyenda para convertirse en realidad.

Llegaron al final de una línea de producción, donde docenas de pequeños artefactos alados formaban una fila, como buitres encaramados juntos sobre una rama seca.

-¿Oyeron hablar de la propulsión de chorro? -preguntó Diebner, señalando el caño largo y delgado instalado sobre el timón del avión. Sí, sabían que era un tipo futurista de motor, que no exigía hélice ni otros mecanismos de impulsión.

-Lo hemos perfeccionado. Estos aviones vuelan tan velozmente que ninguno de los aparatos de los aliados pueden alcanzarlos. Vuelan hacia un blanco determinado, y de pronto se tiran en picado para descargar su bomba.

-No hay piloto -agregó Heisenberg, que advirtió la falta de cabina. Diebner se limitó a reír.

-Atacarán a Inglaterra en pocos días. Sin embargo, antes de lanzarlos ya los convertimos en máquinas anticuadas. ¡Miren aquí!

Los llevó a otro sector, donde había enormes artefactos aéreos, en forma de proyectiles, puestos de costado.

-Cohetes -anunció Diebner, con acento casi reverente-. Se elevan a una altura de cien kilómetros. Después, descienden

atravesando la atmósfera a una velocidad de casi tres mil doscientos kilómetros por hora. Es imposible defenderse. El enemigo quedará reducido a la impotencia.

Anders encogió los hombros, con la conocida actitud de indiferencia de Bergman.

-Y después los aliados inventarán uno que caiga a cinco mil kilómetros, y frente a eso ustedes no tendrán defensa. Es un juego de desequilibrados. No puede terminar jamás.

-Acabará -le contradijo Diebner-, y muy pronto. Estas armas pronto estarán en manos de nuestros soldados. Y entonces pasaremos a la ofensiva.

La mirada de Heisenberg describió un movimiento lento, para abarcar la extensión de la fábrica subterránea. Era una cueva enorme, con una actividad frenética en todos los sectores. Pero de todas formas, la producción no era suficiente, ni mucho menos, como para modificar el resultado de la guerra. Heisenberg podía contar el número de bombarderos y cohetes sin piloto, y alcanzaba a ver apenas algunas hileras de cazas plateados con los motores de reacción bajo las alas.

-Quizá no sea suficiente -murmuró.

-No es necesario -sonrió Diebner. Le complacía la confusión que se leía en las caras de los dos físicos-. Hay más fábricas como esta. Tres más, que trabajan día y noche, y otra casi terminada. Y todas producen armas increíbles.

Advirtió que Anders parecía asombrado por las noticias, y que observaba desconcertado la magnitud de la ciudad subterránea.

-Un gran país, profesor Bergman -dijo, recordando a los hombres su propio comentario durante el viaje-. Un país victorioso. Deseaba que usted viese esto, para que no dudase acerca de quién será el triunfador en esta guerra. Quería que usted supiera que está del lado de los vencedores.

Diebner pasó los brazos sobre los hombros de sus acompañantes y comenzó a volver hacia el ascensor, destacando de nuevo las maravillas que les circundaban. Pero Anders se sentía angustiado por lo que ya había escuchado. Todos los científicos y todos los ingenieros de Alemania se habían sepultado bajo tierra, dejando la luz del sol a los aviones aliados. Bajo la tierra, estaban

creando una nueva generación de armas, que serían fabricadas por un caudal interminable de esclavos. Lejos de sentirse derrotados, se inclinaban atentos sobre esos productos de su cerebro, y ansiaban arrojarlos para enfrentarse a las mejores producciones de los científicos aliados. La guerra no estaba terminada, ni mucho menos. En todo caso, estaba entrando en una nueva fase, que prometía ser infinitamente más destructiva que la guerra que él había presenciado pocas horas antes en la aldea que se levantaba cerca de Berlín.

-Felicitaciones, profesor Bergman -se burló Heisenberg-. Usted ha elegido el bando ganador.

Anders meneó la cabeza.

-No puede haber ganadores. Cuando los científicos trabajan para los generales, todo lo que se consigue es más destrucción.

Estocolmo -10 de junio

De pronto, Birgit advirtió que de nuevo la vigilaban. Y cuando comprendió esto, le acometió el temor terrible de que algo andaba muy mal en Alemania.

Meses antes, cuando había enviado a Kurt Diebner la expresión del renovado interés de Bergman, los alemanes se habían dedicado a vigilarla de cerca. Un hombre calvo de largo abrigo de cuero la había seguido desde el laboratorio de Bergman, y había reaparecido la mañana siguiente en el pequeño café que ella solía visitar. Había aparecido en distintos momentos de su itinerario cotidiano, y al cabo de pocos días era su compañero constante. Después, cuando Anders ya estaba en Dinamarca, hubo un torpe intento de confirmar que Bergman realmente había salido del país. Un joven que se presentó como director de una revista científica apareció en la oficina de Birgit mostrando un manuscrito que según afirmaba pertenecía a Bergman.

-Si el profesor pudiese concederme unos pocos minutos de su tiempo, estoy seguro de que podríamos aclarar unos cuantos pasajes confusos -dijo el joven.

Birgit sabía que Bergman no tenía interés en el tema del artículo, ni respeto por el periódico.

-Lo siento, pero el profesor no está en el país, de modo que no podrá hablar con él -contestó Birgit sin faltar a la verdad. Pero aunque

le complacía haber descubierto la trampa, le atemorizaban sus consecuencias. Alguien no se sentía muy seguro de que el Bergman que se había presentado en Dinamarca fuese auténtico.

El teléfono de su oficina estaba intervenido, y el hecho fue descubierto por un técnico de la compañía telefónica que acudió en respuesta a la queja de Birgit, que afirmaba que había ruidos en la línea. En vista de esta experiencia, Birgit sospechó de los ruidos que oía en el teléfono de su casa, y así pudo encontrar un aparato de grabación; no lo tocó, y suministró a sus oyentes una dieta regular de conversaciones técnicas y los pedidos que solía realizar a su tendero.

Después, el hombre del abrigo de cuero desapareció. Birgit no supo muy bien cuándo. Solamente tuvo conciencia de que no le veía desde hacía varios días. El grabador desapareció de su teléfono. Pasaron semanas sin que recibiera preguntas imprevistas acerca del paradero del doctor Bergman. En la intimidad de su apartamento, ella sonreía ante la idea de que Anders había sido aceptado en el papel de Bergman. Y ese triunfo se vio confirmado en su oficina por la correspondencia regular que ella comenzó a recibir de Alemania, autentificada por la firma cuidadosa de Bergman.

Ellos habían previsto que los alemanes interceptarían toda la correspondencia de Bergman; y las cartas que Birgit recibía, a través de un intermediario danés designado por los alemanes, ciertamente habían sido escudriñadas. El cabello que ella había enseñado a Anders a fijar bajo el cierre del sobre, faltaba en todas las cartas que ella recibía. Pero no había nada en el visitante o en sus cartas que pareciera haber despertado las sospechas de los alemanes. Los números arreglados de acuerdo con el código demostraban que no se retenía ninguna carta, ni siquiera la que le informó que los científicos alemanes trabajaban en Berlín, y reveló que el nombre del reactor en código era "Iglesia del Castillo".

Cabía suponer que los alemanes también leían la correspondencia que Birgit enviaba a través del mismo puesto de recepción. De modo que ella le remitía las cartas dirigidas a Bergman por colegas del mundo entero, así como las enormes pilas de periódicos que él recibía regularmente. Cuando llevaba cada paquete a la oficina de correos, Birgit sonreía, pues imaginaba la frustración de los oficiales de seguridad alemanes que debían zambullirse en centenares de páginas de material cuyo contenido ni siquiera podían comenzar a entender. Y en el marco de su propia actitud despectiva ante las elementales precauciones de los nazis, Birgit comprendió que ella y Anders habían alcanzado un éxito total.

Mas de pronto, sin advertencia previa, comenzaron a vigilarla de nuevo.

Dos mañanas consecutivas Birgit tropezó con un hombrecito de gafas junto a los canastos abiertos que hacían la función de buzones para los inquilinos del edificio de oficinas. Birgit le había saludado amistosamente, y le sobresaltó la respuesta formal y esquiva. Después, advirtió que el mismo hombre se paraba frente a las vidrieras de las tiendas que había enfrente. Birgit le observó atentamente mientras él esperaba la llegada del cartero y le seguía al interior del edificio.

Birgit depositó su propio montón de cartas profesionales y personales en el canasto correspondiente al laboratorio. La figura menuda del hombre siguió al cartero, y cuando se retiró, las cartas de Birgit habían sido puestas en un orden distinto.

El asunto no tenía sentido para ella. Los alemanes ejercían el control total de la correspondencia entre Bergman y el instituto, cuando pasaba por el centro de recepción en Dinamarca. ¿Qué buscaban? ¿Qué esperaban hallar en la restante correspondencia de Bergman?

Cuando ella fue a la casa de Bergman para retirar algunos papeles, descubrió más pruebas de la presencia de los alemanes. El escritorio de tapa corrediza se atascaba constantemente, de modo que ella había adquirido la costumbre de dejarlo entreabierto. Cuando quiso levantar la tapa, advirtió que alguien la había cerrado totalmente. Investigó atentamente la habitación y descubrió que el cajón donde Bergman guardaba su correspondencia personal estaba muy desordenado. Al parecer, no les interesaba Bergman el científico, sino más bien Bergman el hombre. Por cierta razón, los alemanes de pronto estaban interesados en su vida personal.

Después, cuando salió de la casa, un automóvil comenzó a seguirla. Birgit dio algunos rodeos, los necesarios para comprobar que el automóvil continuaba siguiéndola, pero nada tan llamativo que sugiriese que ella sabía a qué atenerse. La siguieron de regreso a la ciudad, hasta la puerta principal de su propio apartamento.

¿Por qué? Tal era la pregunta que Birgit se formulaba. Podían encontrarla todos los días en el laboratorio. ¿Por qué la seguían precisamente el día que había ido a la casa de Bergman?

De pronto, quiso recibir ayuda. Necesitaba hablar con Haller, o con uno de sus hombres que supiera descifrar el enigma. Necesitaba

saber por qué la vigilaban. Pero precisamente porque la vigilaban, no podía pedir ayuda. El más mínimo vínculo, por frágil que fuese, entre la oficina de Bergman y los agentes británicos, acusaría a Anders y revelaría rápidamente el engaño. De modo que dejó las persianas de la ventana de su oficina en la posición convenida, que advertía a la gente de Haller que no debían tratar de comunicarse con ella.

Y entonces llegó la respuesta.

Birgit recordó el nombre de Paul Rasmussen apenas lo oyó por teléfono. Era un físico alemán, una luminaria de segundo orden a quien Bergman había escrito cierta vez como un hombre "talentoso para analizar lo obvio". Se habían carteado varios años antes, la misiva de Rasmussen había sido unas líneas de felicitación con frases lisonjeras acerca de uno de los artículos de Bergman. Y la respuesta de Bergman un mero acuse de recibo.

Llamó por la mañana y explicó que acababa de llegar de Alemania para arreglar ciertos asuntos en Estocolmo.

-Estuve trabajando con el profesor Bergman. Un gran honor. Sus ideas son asombrosas.

Después, pasó al asunto de su llamada. Tenía que entregar ciertos mensajes. ¿Podía pasar por el laboratorio?

Birgit se sintió desconcertada. En el plan que ambos habían trazado no se contemplaba un contacto de Anders con ella. Por el contrario, todos habían coincidido en que ese intento sería ridiculamente peligroso. Rasmussen era un impostor. O si era auténtico, en Alemania estaba sucediendo algo importante que Anders había decidido poner en riesgo toda su misión para transmitirle la información.

Rasmussen vestía un traje casi negro de tres botones, con un alto cuello almidonado que había pasado de moda hacía mucho tiempo. Eligió una silla de respaldo recto y se sentó en el borde, las rodillas juntas y el sombrero apoyado sobre el regazo. Birgit preparó café, e hizo algunos comentarios intrascendentes acerca de las dificultades de trabajar con un genio como Bergman, mientras esperaba que Rasmussen encontrase el modo de abordar su tema.

-El profesor Bergman al principio deseaba traer cierta mujer a Alemania -dijo Rasmussen en un brusco cambio de tema. Hizo una pausa, con la esperanza de que Birgit le suministrara el nombre.

-Deseamos vivamente encontrarla e invitarla -continuó Rasmussen-. El profesor Bergman habla a menudo de ella.

Estaba revelando su propia mentira. En el curso de las sesiones de instrucción, Haller, Anders y Birgit habían convenido en que Anders no mencionaría a Magda. Si le preguntaban, se limitaría a decir que el asunto desgraciadamente había terminado mal. Con el fin de cubrir la desaparición de Bergman, Birgit había dicho a Magda que Nils estaba trabajando en Inglaterra. Y cuando sus cartas no tuvieron respuesta, Magda, sumida en la tristeza, recogió sus cosas y regresó al hogar de su familia en el campo. No era posible incorporarla a la nueva vida del supuesto Bergman.

-Como usted trabaja tan cerca del profesor Bergman -insistió Rasmussen, cuando vio que su pregunta no tenía respuesta-, pensamos que quizá supiera dónde hallarla. Naturalmente, podríamos pedir al profesor que enviase directamente la invitación. Pero como mis asuntos me obligaban a visitar Estocolmo, pensamos en la posibilidad de darle una sorpresa.

En la mente de Birgit las piezas del rompecabezas empezaron a encajar. Los nazis comenzaban a dudar acerca del genio extranjero a quien habían invitado para que participara en su programa más secreto. Necesitaban hallar a alguien que pudiera identificar positivamente a Nils Bergman. Esa era la causa de la vigilancia sobre la correspondencia que llegaba al instituto, y de la inspección a la que habían sometido la correspondencia privada de Bergman. Intentaban identificar a Magda, y por eso habían seguido a Birgit. Vigilaban la casa de Bergman, esperando la aparición de su amante. Las personas situadas frente a la casa no eran las mismas que vigilaban el laboratorio, y por eso no habían identificado a la ayudanta de Bergman. Les interesaban todas las mujeres que tuviesen libre acceso a la residencia.

-Quizás el asunto le parezca infantil -dijo Rasmussen, que se había ruborizado.

-¿Dónde está el profesor Bergman? -preguntó Birgit, poniendo a prueba a su adversario.

Rasmussen movió inquieto el sombrero que estaba descansando sobre sus rodillas.

-Por supuesto, en Alemania. Pero no puedo ofrecerle información más concreta. Estoy seguro de que usted comprenderá. La

guerra... el secreto.

Ella comprendió. No podían limitarse a indicar una dirección a Magda y pedirle que pasara por ahí. Habría que llevarla a Alemania. Y tampoco podrían permitir que una persona que conociera el centro de investigaciones atómicas saliera de Alemania. No podían correr el riesgo de que esa información cayese en manos de los aliados. Por lo tanto, Rasmussen no era más que un mensajero; un hombre a quien se había encomendado la misión de entregar a la amante de Bergman en manos de las personas que sabían dónde trabajaba el profesor. Su problema era que los agentes alemanes enviados antes no habían podido hallarla. En realidad, si Rasmussen no tenía más preguntas que formular, podía llegarse a la conclusión de que ni siquiera conocían el nombre de la mujer.

Pero lo sabrían, y probablemente muy pronto. Cuando desesperasen en hallar datos en la residencia y el lugar de trabajo de Bergman, ampliarían el área de su investigación. Bergman solía comprar en ciertas tiendas. Estaban su médico y su dentista. Había operarios que acudían a la casa para realizar reparaciones.

Y centenares de personas como Mats, el dueño de su restaurante
favorito, que había visto juntos a Bergman y Magda y que la co
nocía por su nombre.

Por supuesto, la descubrirían. Era sólo cuestión de tiempo.

Y cuando la hallasen, se apresurarían a llevarla a Alemania para
que respondiese a la única pregunta que había determinado el via
je de varios espías a Suecia y la visita de Paul Rasmussen. "¿Ese
hombre era realmente Nils Bergman?"

Magda era la única persona en la tierra que podía conocer la respuesta en un instante. Birgit comprendió que tenía que arreglárselas para evitar que los alemanes la hallasen.

-Tal vez yo pueda ayudar -dijo finalmente.

Rasmussen buscó el portafolios que había colocado junto a sus pies.

Después, ella agregó: -Quizás usted pueda volver a verme mañana.

El pareció confundido, la mano apoyada sobre el portafolios abierto, sin saber muy bien si debía continuar buscando una pluma y una hoja de papel.

-Tengo que averiguar si la dama desea que la identifiquen.

Rasmussen asintió.

-Sí, completamente de acuerdo. Eso sería lo propio. -Puso el portafolios bajo un brazo y apoyó el sombrero en el hueco del otro.- Usted ha sido muy amable. -Se inclinó rígidamente a partir de la cintura.- Mañana la veré nuevamente, y le agradezco su preocupación.

Birgit acompañó a Rasmussen hasta la puerta y después se acercó a la ventana para observarle mientras se alejaba en dirección a la esquina. Después que desapareció, Birgit examinó con mucho cuidado las tiendas que había enfrente. No había señales del hombre que esperaba diariamente la llegada del correo.

Extendió la mano hacia la persiana de la ventana, pero después se contuvo. Era demasiado peligroso comunicarse con los británicos cuando los agentes alemanes vigilaban sus movimientos. Pero era incluso más peligroso no hacer nada. Si los nazis hallaban a Magda, Anders podía darse por muerto. Caminó por la habitación sopesando las posibilidades. Y mientras examinaba las pocas alternativas que le restaban, Birgit comprendió que los muros que ella había levantado para protegerse de todo lo que significaba un compromiso estaban derrumbándose alrededor de su persona.

Se había atribuido ella misma la culpa del destino de Gunther. Si ella no se hubiese enredado con Sara, Gunther no habría muerto. Pero, ¿ella podía proteger su propia serenidad ignorando el sufrimiento ajeno? Y en ese caso, ¿qué clase de paz habría estado protegiendo?

Se consideraba culpable de la muerte de Nils Bergman. El aún estaría vivo si ella le hubiese permitido unirse a los alemanes. Pero, ¿podía haber ignorado los millones de vidas que su trabajo habría amenazado?

Después, había decidido ser nada más que la instructora y la corresponsal de Karl Anders, un mero vehículo de información entre él y sus supervisores británicos. Pero ahora afrontaba alternativas que determinarían si él viviría o moriría.

Ansiaba huir, no de un peligro que quizá la amenazaba, sino de

la responsabilidad del compromiso. Si adoptaba la decisión, la vida de Anders estaba en sus manos. Con el propósito de reforzar sus defensas, deseaba poner las persianas en la posición convenida. Quería llamar a Haller y a su gente, y que ellos decidieran cómo evitarían que los alemanes se apoderasen de Magda. Y si adoptaban una decisión equivocada, ellos y no Birgit serían los responsables de la suerte que corriera Anders.

Pero no podía llamarles. Era suficiente que la viesen con ellos para revelar al enemigo que el supuesto Bergman era un impostor; y eso significaba una sentencia de muerte. No podía solicitar la ayuda que deseaba desesperadamente. No podía evitar la posibilidad de cometer otro error fatal.

Cuando Paul Rasmussen la visitó al día siguiente, por propia decisión ella desencadenó las fuerzas que salvarían o destruirían a Anders.

Birgit dejó las persianas como estaban cuando cerró la oficina y se fue a su casa.

Londres -12 de junio

Haller estaba en la segunda fila, y era uno de los oficiales sentados detrás del mariscal del aire Ward. A los dos lados de Ward, en sillas que habían acercado a la gran mesa de conferencias, había oficiales de alto rango de otros servicios británicos así como los principales comandantes de las fuerzas norteamericanas, canadienses, francesas y polacas. Al lado de Haller, en un segundo círculo que rodeaba la mesa, estaban los ayudantes, tan numerosos que casi formaban un regimiento. Todos escuchaban las palabras de un coronel norteamericano del elenco de Eisenhower, que estaba de pie frente a un gigantesco mapa de Normandía. Todos comenzaban a advertir que la gran invasión a la que denominaban Overlord afrontaba problemas graves.

Habían llevado con ellos a la sala la euforia de los comunicados de prensa de Eisenhower. Dos veces por día, el Cuartel General Supremo de las Fuerzas Expedicionarias Aliadas había publicado cifras acerca del número de soldados y las toneladas de material desembarcados en Normandía. Los comunicados de prensa indicaban el número de tanques en tierra y de aviones en el aire, el

equivalente en explosivos de las salvas de artillería disparadas y las bombas arrojadas, los litros de combustible consumidos por los transportes de tropas y los cargueros que formaban una fila interminable desde el sur de Inglaterra hasta el norte de Francia. Todo eso producía la impresión de una ola gigantesca que partía del Atlántico y avanzaba furiosa hasta los Alpes. Ahora, siguiendo el movimiento del puntero que usaba el coronel norteamericano, podían ver exactamente qué parte de la fortaleza Europa habían conseguido conquistar los aliados.

-Caen -dijo el norteamericano, señalando un punto en el extremo oriental de las playas de invasión-, continúa en manos alemanas. Sin esa ciudad, no podemos avanzar con nuestras fuerzas desde la cabeza de playa en dirección al este. -El puntero se desplazó.- Aún falta tomar Saint Lo. Continúa siendo una amenaza sobre el flanco de la fuerza Utah, que se desplaza hacia Cherburgo. Y aquí, en el centro, todavía soportamos grandes dificultades para salir de las playas.

El mapa intimidaba. Los británicos y los canadienses se habían internado tierra adentro en el extremo oriental de la invasión, pero habían sido frenados bruscamente en Caen. Los norteamericanos del extremo oriental también se habían internado, y marchaban hacia el oeste, en dirección al puerto de Cherburgo.

Pero con cada kilómetro que avanzaban, la fuerza alemana que operaba sobre su flanco izquierdo era cada vez más poderosa. En el centro, los invasores apenas habían conseguido desembarcar. En ciertos puntos, la faja de tierra que ocupaban tenía menos de un kilómetro y medio.

-Si los alemanes irrumpen por el centro... -Era el comienzo de una pregunta formulada por el alto oficial naval británico.

-Continuaremos desembarcando tropas y material en ambos flancos -contestó el norteamericano.

-¿Y si los alemanes atacan desde Caen? -preguntó un contraalmirante norteamericano.

-Creemos que podremos mantener nuestra posición -dijo confiadamente el coronel. Y después, en voz más baja:- O bien podremos trasladar tropas al lado de Utah, para consolidar nuestro dominio en Cherburgo; la Fuerza Expedicionaria Aliada entiende que capturar y retener Cherburgo es lo mínimo para la invasión.

Necesitamos un puerto importante para acrecentar nuestras fuerzas.

Hubo una exclamación irreverente de un oficial polaco, pero se perdió en el silencio solemne de la sala. La invasión ya había desembarcado fuerzas enormes en una cabeza de playa que quizá los aliados no pudiesen retener. Si abandonaban esas playas, ¿qué fuerzas quedarían para incorporarlas a través del puerto de Cherburgo?

-¿Qué reservas tienen los alemanes? -preguntó un coronel de la fuerza aérea norteamericana. Era la pregunta más inquietante. Las fuerzas aliadas y alemanas en Normandía habían llegado a un punto de equilibrio. Ahora que los aliados desembarcaban constantemente hombres y material, parecía que la batalla inevitablemente se resolvería a su favor. Pero si los alemanes podían traer rápidamente fuerzas de reserva, lograrían controlar la situación.

El coronel norteamericano acercó el extremo de su puntero a un área que estaba exactamente al norte de París.

-La mejor información disponible nos indica que aquí hay dos divisiones motorizadas... están a medio camino entre Normandía y el paso de Calais.

-¿A quién pertenecen esas divisiones? -preguntó un oficial inglés.

El norteamericano recibió la pregunta con un gesto de asentimiento.

-A Rommel -contestó.

Haller percibió el sabor de su propia bilis. El temor enfermizo que había estado acentuándose durante todo el informe de pronto desbordó. Los aliados todavía tenían los talones en el canal, y Rommel contaba con dos divisiones motorizadas a menos de ciento cincuenta kilómetros de distancia. Los tanques del general alemán habían recorrido en cinco horas la misma distancia en las arenas africanas. Dado que podían usar los caminos franceses, estaban en condiciones de atacar a los británicos en Caen durante las primeras horas de la mañana siguiente. O a los norteamericanos en Saint-Ló, a la hora de comer del día siguiente.

En su mente, transformó el gigantesco mapa de la pared en un calendario: Normandía era junio, París era agosto; el Rhin era el otoño. Si pasaban la línea del Rhin antes del comienzo del invierno, Alemania quedaría fuera de combate hacia el mes de marzo. Existía

además la posibilidad de que hacia diciembre no tuvieran funcionando el reactor, lo cual significaba que probablemente no lograrían fabricar la bomba en marzo. Por lo tanto, de acuerdo con el calendario los aliados sobrevivirían a la guerra.

Pero el coronel norteamericano estaba modificando las fechas. En el mejor de los casos, la conquista de Normandía llegaría en agosto. Lo cual significaba París en el otoño, y ninguna posibilidad de llegar al Rhin antes del invierno. Alemania podía durar un año más. O en el peor de los casos, el ataque a Normandía fracasaba, lo cual significaba una segunda invasión, probablemente sobre Bretaña meridional, a fines del otoño. En cualquiera de los dos casos, las bombas atómicas caerían sobre Inglaterra mucho antes de que los nazis se rindieran. Y tan pronto tuviesen la bomba, ¿por qué necesitarían los nazis pensar en la rendición?

Retiró su silla, se puso lentamente de pie y salió al corredor, y las playas de Normandía quedaron en silencio detrás de él. Haller no necesitaba oír nada más. No tenía mucha paciencia para los informes en que se identificaban las unidades militares con números, y las líneas del frente recibían nombres tomados de los pueblos y las ciudades por donde pasaban. Haller había estado en las líneas del frente, y sabía exactamente qué les sucedía a los hombres.

Estaban pegados al suelo, a cielo abierto, protegiéndose con los cascos, con las ropas todavía húmedas a causa del agua de mar. Frente a ellos se levantaban bunkers de hormigón, llenos de cañones y ametralladoras que apuntaban a través de las rendijas. Había hileras de alambre de púas desplegados sobre campos sembrados de minas. Había fortificaciones reforzadas día tras día durante cinco largos años. Era suicida pensar ni siquiera en el ataque.

Pero eso era exactamente lo que debían hacer. A pesar de la masacre que era inevitable, Haller les habría ordenado incorporarse y atacar si él hubiera sido el comandante. No podía explicarles la razón. Ellos ni siquiera habrían empezado a entenderlo. Pero tenían que atacar porque no había tiempo para retrasos. Ciertamente, no disponía de tiempo para organizar una segunda invasión. Tenían que atacar porque necesitaban cruzar el Rhin en invierno. De lo contrario, se enfrentarían a un desastre mucho más terrible que todo lo que podía caer sobre ellos por la acción de los alemanes que guarnecían los bunkers.

Salió al tibio aire primaveral, y el sol del atardecer apenas comenzaba a declinar tras los contornos de los ediñcios. En el mundo

civil del West End era casi imposible olvidar la guerra. Las bolsas de arena apiladas en las intersecciones y las bocacalles eran más un obstáculo que una defensa. Nadie consideraba seriamente la posibilidad de una incursión alemana a través del Canal. Y los puestos de vigía en las azoteas de los edificios sé habían convertido en curiosidad. Los alemanes no habían intentado siquiera una incursión aérea seria durante más de un año. Las tiendas estaban abiertas y las calles eran el escenario de una actividad intensa pero tranquila. Todo lo que quedaba del terror inicial de la guerra estaba representado por los faros oscurecidos de los automóviles, y por los guardias uniformados que iniciaban la búsqueda de ventanas desprotegidas. Las caras francas y sonrientes que pasaban no presentaban indicios de temor.

Cuando Haller oyó el sonido, este estaba detrás de él, y volvió la mirada hacia el cielo, buscando la causa. Sabía que era un avión y por el ruido desigual del motor, comprendió que la máquina estaba en dificultades. El aumento del volumen le indicó que se acercaba, pero no alcanzaba a verlo más allá del perfil de los tejados.

-No parece que sea uno de los nuestros. -Era un guardia, que había oído el sonido y se había detenido en la calle al lado de Haller.

Haller meneó la cabeza.

-Tampoco suena como un avión alemán.

El guardia lo vio primero y apuntó con el dedo al cielo.

-¡Está incendiándose! -gritó.

Apareció en el cielo, sobre los edificios; era un caza pequeño, de alas cuadradas, que se desplazaba a gran velocidad, dejando detrás de sí hilos de humo.

-Tiene que ser alemán -dijo serenamente Haller. No había campo de aterrizaje en el West End, y él sabía que un piloto aliado jamás habría volado sobre la ciudad con un avión que estaba en dificultades.

Los hombres se volvieron lentamente mientras seguían el curso de la máquina en el cielo abierto.

-¿Qué es? -preguntó el guardia.

Haller de nuevo respondió con un movimiento negativo de la

cabeza. Conocía la mayoría de los aviones alemanes por el sonido de los motores. No había uno solo al que no pudiese identificar de una ojeada. Pero antes nunca había visto nada como eso. Pareció que el motor fallaba, y era evidente que del artefacto se desprendía una estela de humo. Sin embargo, no parecía que el avión estuviese en dificultades.

-Dios mío -dijo cuando de pronto comprendió-. Es un aparato de reacción. Un aparato alemán de reacción.

El guardia pareció desconcertado, pero Haller no se molestó en explicarle. Había oído informes de los nuevos cazas alemanes de reacción que habían aparecido sobre el continente, y que eran mucho más veloces que los mejores cazas aliados. Dos de ellos habían irrumpido en una formación de bombarderos norteamericanos derribando tres Fortalezas, y describiendo círculos alrededor de sus escoltas. Pero por Dios, ¿qué hacía uno de ellos volando sobre Londres?

El sonido cesó, y casi en el mismo instante desapareció la estela de humo.

-Le dieron -dijo el guardia con voz neutra. Pero el avión continuó volando varios segundos, siempre a la misma altura. Después, la nariz comenzó a hundirse, de modo que el aparato inició un picado. Cuando el picado se acentuó, las alas comenzaron a girar, de modo que la forma que caía entró en una pirueta fatal.

En ese instante Haller comprendió lo que estaba viendo. Recordó los pequeños bombarderos sin pilotos fotografiados junto a las rampas de lanzamiento en Peenemünde. Recordó los detallados análisis de su alcance, su posible velocidad y la carga de una tonelada de explosivos. También recordó la inexorable conclusión acerca de la bomba que había determinado su fabricación.

Haller permaneció inmóvil, como paralizado. Deseaba lanzar un grito de advertencia a los centenares de personas de las calles, muchas de las cuales se habían detenido y miraban con curiosidad la caída de la bomba. Ansiaba activar las sirenas que sonarían sobre toda la ciudad y lograrían que Londres entera se protegiese. Pero era demasiado tarde. Faltaban pocos segundos para que la bomba llegase a destino, e incluso con varias horas de preparación no hubiera habido modo de escapar.

Sabía que tenía que arrojarse al suelo para evitar el choque

brutal. Desviar la mirada para evitar que se le quemasen los ojos en las cuencas a causa del relámpago incandescente. Pero se sentía atraído como una mariposa nocturna por la fatal fascinación que ejercía la energía abrumadora que unos instantes después debía manifestarse.

La bomba alada aún era claramente visible, y su movimiento giratorio se aceleró al caer. Y después desapareció, quizás a unos ochocientos metros de distancia, detrás de los tejados de los edificios. Haller esperó una eternidad. Y después vio el relámpago-

Fue como el parpadeo del rayo. Una brevísima luminosidad en el cielo, que comenzó a atenuarse tan pronto como se hizo visible. Provocó un grito en los que estaban alrededor, pero el aire que surgió de su propio pecho era un suspiro de alivio. Había visto centenares de estallidos de bombas semejantes a este. La ciudad sobreviviría.

La onda expansiva le alcanzó. Fue un leve temblor del suelo, la sensación de inseguridad en las piernas que confirmó lo que sus ojos acababan de decirle. Una bomba enorme con una gran capacidad destructiva. Pero una bomba común y corriente.

Oyó el ruido de la explosión, seguida por el estrépito de los edificios que se derrumbaban, y vio la columna de humo negro que ascendía sobre los tejados de las casas, y que reflejaba el amarillo y el naranja de los incendios que habían comenzado repentinamente.

El guardia corrió en dirección a la explosión, acompañado por los hombres y mujeres que estaban en la calle, los cuales en el curso de los años habían aprendido a acercarse al peligro para ayudar. Pero Haller se volvió lentamente, y la angustia que había experimentado durante el informe acerca de Normandía de nuevo le afectó a la garganta.

Los alemanes tenían sus misiles. El pequeño artefacto de reacción, incluso con su débil explosivo, lo demostraba. Podía partir del refugio del continente ocupado por Alemania. Podía atravesar el Canal, volando a tal velocidad que nadie conseguiría interceptarlo, orientándose por sí mismo hacia el centro de Londres. Y precisamente en el momento justo, podía detener su motor y arrojarse sobre el blanco.

Lo único que necesitaban era la bomba de uranio. Eso llevaría tiempo; pero los alemanes disponían de tiempo. Tiempo más que suficiente, si la invasión Overlord no podía acelerar su calendario.

Berlín - 21 de junio

Los rumores acerca de la invasión habían circulado en el instituto durante varios días, e inducido a los científicos a consultar sus mapas. Comprobaron que Normandía era una costa remota que estaba casi 200 kilómetros al sur del paso de Calais, donde se preveía la invasión, separado del lugar más cercano de Inglaterra por 150 kilómetros de mar abierto.

Coincidieron en que era una maniobra de distracción, mientras bebían su café. Sin duda, los aliados no intentarían un ataque importante en un lugar que les obligaba a atravesar un espejo de agua tan extenso, para poder acceder a una playa tan distante de Paris.

-Desde allí se duplica la distancia que los separa del Rhin -señaló Lauderbach, mientras sostenía que no podía ser una invasión importante-. Ni siquiera los ingleses son tan estúpidos.

Diebner rechazó por completo la idea del ataque. Argüyó con voz firme que la Luftwaffe jamás permitiría que los ingleses y los norteamericanos desembarcaran en las playas. Y los submarinos diezmarían la flota que se aproximase al continente. Uno de los químicos del laboratorio lo refutó cortésmente. El oficial SS que mandaba a los guardias le había dicho que en efecto las tropas inglesas y norteamericanas habían desembarcado en Normandía.

-Pero las divisiones motorizadas van a enfrentarse con ellos -había asegurado a los científicos-. Ya están haciéndoles retroceder hacia el mar.

El ánimo de Anders mejoraba y decaía con cada variación del tema. Si se trataba de la invasión, y si esta tenía éxito, existía la posibilidad de que los aliados llegasen a Alemania antes de que se completara el reactor. Pero si era nada más que una maniobra de distracción, o peor aún si fracasaba, el reactor produciría plutonio antes de que los aliados pudiesen atravesar Francia.

Tenía la evidencia delante de sus ojos. Estaba estudiando los análisis de laboratorio del nuevo grafito que, de acuerdo con las pruebas, superaba las previsiones del propio Anders. Y tenía las

ecuaciones sobre una pila atómica que, una vez que se construyera con grafito puro, seguramente determinaría una reacción en cadena. Poco podía hacer para evitar que los alemanes construyesen su bomba.

Les había retrasado. Su revisión inicial les había costado unas pocas semanas, y su insistencia en el nuevo grafito había detenido el programa más de un mes. Pero ahora, en lugar de estorbarles, estaba colaborando con los esfuerzos de los científicos y los técnicos alemanes.

Los aplazamientos impuestos por Anders habían despertado las sospechas de sus colegas alemanes. Mientras él elaboraba las ecuaciones relacionadas con el diseño del reactor, los otros le miraban cuidadosamente por encima de su hombro, sin permitirle el más mínimo desvío. No había modo de engañarles. Aunque quizá no eran tan imaginativos ni tan capacitados como Nils Berg-man, ciertamente estaban a la altura de Karl Anders. El no había podido incorporar ningún fallo esencial que no hubiera sido descubierto inmediatamente por ellos.

Por el contrario, se había visto obligado a aportar su mejor trabajo. Y mientras ellos seguían con la mirada la elegancia de sus ecuaciones, los gestos hostiles se habían convertido en sonrisas de apreciación. La distancia que había separado a este equipo del inquietante extranjero se había reducido. Las revisiones rígidas y formales que ellos practicaban con cada una de las propuestas de Anders se habían convertido en reuniones de cooperación cordial. Incluso la decisión agriamente criticada de reprocesar el grafito había beneficiado a los alemanes. Lauderbach, que era el crítico más estridente, percibió que con el nuevo material las fórmulas de control eran mucho más sencillas.

-Profesor Bergman -había dicho una mañana, mientras bebían una taza de café-, espero que acepte mis disculpas. Por supuesto, tenía razón. A la larga, creo que su idea nos permitirá ahorrar tiempo.

Su credibilidad estaba elevándose. Se acentuaba el entusiasmo por el reactor que él diseñaba. Pero entretanto su propio propósito se veía destruido. Para evitar que lo descubriesen tenía que realizar avances. Y sus avances acercaban la bomba atómica alemana al nivel de la realización. No podía retrasarles si ellos no depositaban confianza total en sus ideas. Pero para conquistar esa confianza, tenía que ayudarles a triunfar.

Necesitaba ayuda. Alguien que tuviese una visión clara del plan de invasión de los aliados debía estudiar el dilema y decidir qué tendría él que hacer. ¿Tenía que arriesgarse a que lo descubriesen proponiendo un error catastrófico? ¿O debía ganar tiempo, en espera de una oportunidad más clara que le permitiese destruir el programa? Necesitaba saber de cuánto tiempo disponía. Si la invasión a Normandía era real... si los norteamericanos y los británicos en efecto estaban internándose en Francia... en ese caso, hasta el retraso de un mes podía ser todo lo que se necesitara para hacer fracasar a los alemanes. En tal caso, debía llevarles al error incluso con el riesgo de que le descubriesen. Pero si Normandía no era más que una maniobra de distracción, o si los alemanes contenían el ataque, Anders necesitaría retrasar a los científicos nazis mucho más de un mes. En tal caso, tenía que hacer todo lo posible para permanecer en el centro de los trabajos. Pero nadie estaba en condiciones de aclararle el dilema. Se hallaba solo, encerrado en un país hostil, sin modo de llegar al mundo exterior. Lo único que podía hacer era utilizar los sencillos mensajes cifrados, para decir a Birgit dónde estaba y cómo avanzaba el programa.

Probablemente no debía correr el riesgo de que le descubriesen por lo menos hasta que supiera dónde estaban construyendo el reactor. Heisenberg había mencionado la "Iglesia del Castillo", pero eso no le había dicho nada.

Su soledad era terrorífica. Mas no temía por su propia seguridad, como le había sucedido durante las primeras semanas en Berlín. Ahora, el temor que le paralizaba era el de cometer un error de cálculo. Tenía que encontrar el modo de destruir la bomba atómica alemana. Necesitaba decidir eso por sí mismo. Y cada una de las alternativas que sopesaba tenía tantas probabilidades de garantizar el éxito de los alemanes como de destruir su superarma. Había llegado a Alemania con una misión sencilla. Ahora, esa misión se había complicado irremediablemente.

-Profesor Bergman.

Anders levantó la mirada y vio la cara sonriente de Kurt Diebner. Vestía un traje gris oscuro, con la banda roja y la esvástica negra sobre la manga. Sostenía con ambas manos un cartapacio donde estaban las ecuaciones preliminares de Anders.

-Un trabajo brillante -dijo-. Sencillamente brillante. Y sus cálculos acerca del rendimiento del plutonio son espectaculares. Jamás concebimos la posibilidad de convertir una proporción tan

elevada de uranio.

-Son sólo conjeturas -previno Anders, pese a que confiaba en que sus cifras optimistas acerca de la producción del reactor fueran válidas-. Y suponen condiciones ideales. Es improbable que podamos alcanzar esas cifras en el funcionamiento real.

Diebner desechó la evidente modestia.

-Incluso si obtenemos sólo la mitad de estos cálculos, alcanzaremos las metas de producción. -Se inclinó hacia adelante y murmuró en voz baja:- ¿Sabe adonde voy esta tarde?

Anders meneó la cabeza.

-Tengo una cita con el Reichsführer Himmler. Le dije que estábamos preparados, y él desea ver inmediatamente el trabajo.

Y ha telefoneado al Führer. ¡Al propio Führer! -Su mente evocó imágenes de múltiples medallas.- Profesor Bergman, usted ha honrado a todos sus colegas. Estoy seguro de que Himmler querrá agradecerle esto personalmente. ¡Quizás incluso lo haga el Führer!

-Esas son sólo teorías -lo corrigió Anders, señalando el cartapacio-. Todavía hay mucho que hacer.

Diebner sonrió ante esa manifestación de modestia.

-Por supuesto. Pero ahora sabemos que puede hacerse. —Señaló los papeles.- Lo que usted nos ha aportado es un camino claro que lleva al éxito. El resto está formado por meros detalles.

-Deberíamos controlar de nuevo todo -dijo Anders-. Deberíamos estar absolutamente seguros antes de alimentar falsas esperanzas.

Diebner se echó a reír.

-Profesor Bergman, usted es demasiado prudente. Todos sus colegas coinciden en estos cálculos. Incluso el doctor Heisenberg dice que es brillante. "Supera mis propias posibilidades." Estas fueron sus palabras exactas. No, nuestro esfuerzo teórico ha terminado. Ahora estamos preparados para construir un prototipo.

Anders desechó sus protestas.

-¿Y dónde será? Supongo que todos nos trasladaremos al lugar

de la construcción.

Contuvo la respiración, mientras esperaba la respuesta.

-A su debido tiempo -dijo Diebner-. Por el momento, usted supervisará la construcción del modelo, aquí en Berlín. El reactor destinado a la producción será sencillamente una versión en escala de su modelo.

Anders se alarmó. Nunca había contemplado siquiera la posibilidad de que él mismo no fuese miembro del equipo del reactor.

-Herr Diebner -exclamó-, todavía nos esperan grandes dificultades. Creo que mi lugar está en el sitio en que se realice la construcción. Debemos construir nuestro modelo de prueba allí donde se levante el reactor definitivo.

-Sí, eso es lo natural en tiempos de paz -replicó Diebner, explicando la posición oficial exactamente como se la había explicado el propio Himmler-. Pero en guería se necesita el secreto. ¿Cómo podemos evitar que la gente sienta curiosidad si la mitad de los científicos alemanes de pronto llegan a un pueblito? No, lamento decirle que eso ya está decidido. Usted permanecerá aquí, como miembro de nuestro principal equipo de diseño. Otros serán responsables del comienzo de la construcción del reactor definitivo.

Anders se puso de pie para protestar.

-Quiero recordarle, Herr Diebner, a quién pertenece el diseño que ustedes ejecutarán. Tengo el derecho de estar allí.

Diebner levantó una mano, en un gesto defensivo.

-Por supuesto. Y estará. Apenas su modelo haya sido terminado y probado le trasladaremos al lugar. No tema, profesor Bergman. Nadie salvo usted llevará el reactor a la fase crítica. Suyo será el honor.

-No me importa el honor -replicó Anders-. Me preocupan los resultados. Creo que sé mejor que nadie dónde exactamente debo estar mientras se construye mi modelo.

-Eso es inaceptable -dijo Diebner, meneando la cabeza en un gesto de desafío-. Ya ha sido decidido.

Anders jugó la única carta que le quedaba.

-No tengo interés en jugar con un modelo mientras se construye en otro lado el reactor auténtico -dijo fríamente-. Si esa es la decisión, no tengo nada más que aportar a sus esfuerzos. -Levantó una mano.- ¿Pueden devolverme mi trabajo?

Los ojos de Diebner se abrieron mucho a causa de la impresión, y el alemán apretó el cartapacio contra su pecho. No tenía la más mínima intención de devolver el trabajo. Pero, ¿cómo explicaría a Himmler que el hombre cuyo talento el propio Himmler había elogiado tanto, ya no contribuiría a la labor de los alemanes? Como reacción ante las sospechas de Himmler y la crítica tácita a su propio criterio, Diebner había presentado la participación de Bergman como un factor más esencial de lo que era realmente. Ahora no podía decir a Himmler que la partida de Bergman tenía escasa importancia.

Retrocedió hacia la puerta y la cerró con el codo.

-Por supuesto, coincido con usted, profesor Bergman. Como hombre de ciencia, comprendo perfectamente su posición. Haré todo lo que esté a mi alcance para lograr que le trasladen al lugar donde se levantará el reactor con la mayor brevedad posible. Pero usted tiene que comprender la necesidad de prudencia.

-No me preocupan los secretos militares -continuó Anders, aprovechando la ventaja, que parecía más valiosa de lo que él había previsto-. Me preocupan los resultados.

Su mano continuaba extendida en un gesto de reclamo para obtener la devolución de los papeles.

Los ojos de Diebner recorrieron la habitación, como si deseara asegurarse de que allí no había nadie más.

-Por favor, haré todo lo posible -prometió de nuevo-. Además, vamos a traer a Berlín a cierta persona con el propósito de que se reúna con usted. Alguien que es muy importante para usted. Estamos haciendo todo lo posible, de manera que la estancia aquí le parezca mucho más agradable.

Anders contuvo el aliento. Habían descubierto a alguien que conocía a Nils Bergman.

-Por favor, confíe en mí -dijo Diebner.

-¿Quién es? -preguntó Anders.

-No debería decírselo -replicó Diebner-. Ya dije demasiado. Pero es alguien que le aprecia muchísimo. La traemos aquí a Alemania, para que participe de su triunfo. Le acompañará mientras usted trabaja en el modelo. Y después, en cuanto sea posible, podrá reunirse con usted en el lugar en que construiremos el reactor definitivo.

Anders comprendió que se refería a Magda. Habían descubierto a Magda, y la traían a Berlín. La única persona en el mundo entero que sabría inmediatamente que él era un impostor ahora venía a reunirse con él.

Diebner insistió en sus ruegos, y explicó a Anders que todo funcionaría perfectamente si él cooperaba. Pero Anders ya no le escuchaba. En cambio, se hundió lentamente en su silla, y sus peores temores se convirtieron lisa y llanamente en pánico.

¿Cuándo llegaría ella? Quizá dentro de una semana. A lo sumo en pocas semanas. No tardaría mucho. Y ese era todo el tiempo de que disponía para realizar su tarea y enviar el mensaje que determinaría que le sacaran de Alemania. No estaban dispuestos a decirle dónde se encontraba la "Iglesia del Castillo". Por lo tanto, él tenía que lograr que, al margen del lugar en que construyesen el reactor, este nunca produjese el plutonio que ellos necesitaban desesperadamente. Y después tenía que huir. Todo en el plazo de pocas semanas.

Pero, ¿cómo podía destruir el reactor si los mejores cerebros de la física nuclear vigilaban cada uno de sus movimientos?

VERANO DE 1944

La victoria parecía asegurada. Los aliados habían avanzado tierra adentro a partir de las playas de Normandía, pese a los contraataques alemanes. Detrás, la más grande flota jamás reunida desembarcaba más tanques y cañones que todos los que los alemanes habían podido construir desde el comienzo de la guerra. En el sur, Kesselring retrocedió hasta otra línea defensiva, y las tropas norteamericanas entraron en Roma. Al este, el Ejército Rojo quebró las defensas alemanas y cayó sobre Varsovia. Era sólo cuestión de tiempo. Pero el tiempo continuaba siendo el enemigo más peligroso. Las jactancias alemanas acerca de las armas secretas estaban convirtiéndose en realidad. Los nuevos cazas a reacción volaban en círculos alrededor de los aviones aliados, de pronto convertidos en máquinas anticuadas, y los interceptores impulsados por cohetes se zambullían libremente entre los bombarderos británicos y norteamericanos. Los aviones sin piloto comenzaban a caer como gotas de lluvia en Inglaterra, llevando cargas de explosivos. Si podían construirse en número suficiente, modificarían el resultado de la guerra. Pero lo que era más importante, cada nueva arma confería mayor credibilidad al arma secreta que aún no había aparecido. La única arma que podía dar la victoria a Alemania.

Berlín -12 de julio

Werner Heisenberg había suministrado la respuesta.

-Es el maldito calor -dijo a Anders-. Ni siquiera podemos calcularlo. Pero si usted no tiene un modo de controlarlo, el reactor generará calor suficiente para destruirse a sí mismo.

Estaba acomodado detrás de su escritorio, y el cenicero cargado de colillas y el vaso de vino blanco estaban sepultados bajo una montaña de papeles. Las precisas escalas de un concierto de Brandeburgo llegaban desde un fonógrafo que estaba detrás. Heisenberg buscó la copia encuadernada de los cálculos de Anders sobre el reactor y la sacó del desorden de sus propias notas.

-Su trabajo es muy hermoso. Pero duplique el flujo del agua de enfriamiento. Demonios, triplíquelo. Incluso eso quizá no sea suficiente.

Anders había incluido en el plan sus cálculos del calor que se generaría durante la reacción.

-He revisado repetidas veces las ecuaciones... -comenzó a explicar.

—Olvídese de las ecuaciones —dijo Heisenberg con un movimiento de la mano-. Yo también tenía ecuaciones. -Abrió un cajón del escritorio y revolvió a través de sus cuadernos.- Están por aquí -murmuró, y finalmente encontró una lámina con tapas negras, y la arrojó indiferente a Anders-. Son tan nuevas como las suyas. E igualmente inútiles. El problema es que no tenemos la más mínima idea de a lo que nos enfrentamos. Estamos componiendo ecuaciones cuando en realidad desconocemos todos los valores pertinentes.

Anders comenzó a pasar las páginas de cálculos que describían el reactor experimental de agua pesada de Heisenberg.

-Estúdielas atentamente -propuso Heisenberg-. Le dirán que la temperatura del agua alrededor del reactor hubiera debido elevarse apenas unos grados. Pero el maldito tanque hirvió en menos de un minuto. Ignoro cuál fue la producción exacta de calor. Todos los instrumentos que utilicé se fundieron en pocos segundos.

Extendió la mano hacia el vaso de vino y acercó este a sus labios, sus palabras cobraron cierta resonancia a hueco sobre el borde del vaso.

-Estamos jugando un juego peligroso, y vamos tan de prisa que ni siquiera nos molestamos en aprender las reglas.

Anders se puso de pie, recogiendo las notas de Heisenberg al mismo tiempo que su propio plan.

-Haré lo que usted sugiere. Estudiaré atentamente este material.

Heisenberg asintió y después movió su sillón, para poder dar la vuelta al disco. Anders caminó hacia la puerta.

-Profesor Bergman.

Cuando se volvió, Heisenberg aún le daba la espalda, mientras aplicaba la aguja exactamente al surco. La música comenzó de nuevo, y entonces Heisenberg se volvió hacia su colega.

-Tal vez deberíamos detenernos. Quizá no estamos preparados para construir un reactor.

Anders se asombró ante la sugerencia.

-¿Nos permitirán detener esto? -preguntó-. ¿No estamos disputando una carrera?

-¿Una carrera hacia dónde? -preguntó Heisenberg.

Anders se acomodó en su sillón.

-Imagine que no puede controlar el calor. ¿Qué sucede con su grafito?

Anders no tenía respuesta para esa pregunta.

-He visto el uranio ardiendo como papel -continuó Heisenberg-. Quizá todo su grafito se consuma en llamas. Y en ese caso, ¿qué sucede con el uranio que usted está procesando? ¿No se fundirá agrupándose en una masa más densa, y acelerando la reacción en cadena?

Anders asintió ante la posibilidad.

-Lo cual, por supuesto, aumentará todavía más el calor. Y esto, a su vez, acentuará la reacción. El proceso continuará alimentándose de sí mismo. ¿Cómo podría detenerlo?

Anders miró a Heisenberg con ojos inexpresivos. Nada podía detenerlo.

-Por eso creo que quizá no deberíamos comenzarla -propuso Heisenberg-, por lo menos hasta que conozcamos todas las reglas.

Dejó la idea flotando en el aire, apoyó el cuerpo en el respaldo de su sillón y se sometió en silencio a la magia de su música.

Anders comenzó a estudiar los cálculos de Heisenberg apenas había cerrado la puerta de su propia oficina. Era la respuesta que estaba buscando. El modo seguro de destruir la bomba alemana de uranio antes de fabricarla. Diseñaría un reactor que se autodestruyese.

A medida que iba estudiando las notas, su plan comenzó a cobrar forma. Utilizaría los cálculos de Heisenberg para crear un sistema de enfriamiento que ninguno de los científicos alemanes pudiese cuestionar. Un diseño que era válido matemáticamente, pero inapropiado para la experiencia que Heisenberg había realizado con su reactor de prueba. Y como Diebner le había explicado, los alemanes

consagrarían sus recursos a la construcción de un reactor de producción según los diseños de laboratorio de Anders. Cuando su prototipo se autodestruyese, quedarían con una pila de grafito en la cual incluso la más simple manipulación sería excesivamente peligrosa.

Pero, ¿disponía de tiempo? Necesitaba huir antes de que Magda fuese traída al país para acompañarle. Cuando ella denunciara el fraude, todo el trabajo de Anders quedaría desacreditado. Y necesitaba completar sus planes acerca del prototipo antes de desaparecer, con el fin de que llevasen a los científicos alemanes a su propia autodestrucción.

Su huida estaba en manos de los británicos. Haller le había asegurado que siempre estarían cerca. Solamente necesitaba enviar a Birgit el mensaje establecido previamente: una carta de queja, en el sentido de que un periódico científico suizo no había publicado un artículo que a él le parecía importante. La gente de Haller le secuestraría y le sacaría de Alemania, dejando la impresión de que su obra era tan valiosa que los ingleses habían realizado los mayores esfuerzos para silenciarle. Pero tenía que sincronizar exactamente el mensaje. Tan pronto lo enviase, su secuestro se produciría en poco tiempo. Necesitaba disponer de tiempo suficiente para complicar el plan del prototipo.

Había trabajado día y noche, y vivía en el bunker. Tomaba sus comidas, generalmente un bizcocho y un jarro de café, en su escritorio, y se desplomaba en su sofá cuando ya no podía pensar.

-Usted necesita descanso -le había dicho Lauderbach con sincera preocupación cuando revisaron las especificaciones de las varillas de combustible. Anders respondió con un gesto de conformidad, mientras se pasaba los dedos por los ojos, que ya no enfocaban bien los objetos.

-Sí, pronto. Estamos tan cerca.

-Demasiado cerca para perderlo ahora -dijo Lauderbach—. No podemos permitirnos el lujo de que usted enferme.

Diebner estaba aturdido por la velocidad de los progresos realizados, y salía presuroso de cada reunión para entregar sus informes a Himmler.

-Nuestro reactor de prueba funcionará en pocos meses -prometió-. Y pasaremos al reactor de producción al principio del

otoño. -La única nube en su infantil optimismo era el temor que sentía respecto de la salud de Bergman.- Un esfuerzo heroico -había dicho a Himmler-. El profesor Bergman está consiguiendo en semanas lo que nos habría llevado meses. Pero no sé si podrá continuar mucho más tiempo.

-Todos estamos haciendo sacrificios -había recordado Himmler a Diebner con voz fría.

Habían pasado tres semanas desde el día en que Diebner sugirió que Magda llegaría a Alemania cuando Anders al fin estuviese en condiciones de completar los planos del prototipo. Todas sus teorías y todos sus cálculos habían sido convertidos mágicamente por los ingenieros y los proyectistas en el esquema de un reactor. Se habían especificado las formas y los tamaños de los bloques de grafito. Los lugares correspondientes a las varillas de combustible y las láminas de control habían sido determinados con precisión. Se había definido el recorrido sinuoso de las tuberías de acero inoxidable que llevarían el agua de enfriamiento. Ahora, Anders bebió una última taza de café negro antes de incorporarse a la reunión definitiva con los físicos y los ingenieros que construirían el reactor.

Fue más una celebración que un encuentro. Cada uno de los científicos sentados a los lados de la enorme mesa de conferencias presentó el sector del reactor cuya responsabilidad asumía, enorgulleciéndose de la exactitud con que la teoría se había convertido en realidad. Cada exposición fue coronada con seguridades absolutas, y mereció los aplausos colectivos del grupo. Diebner trasmitió las bendiciones del Führer a cada uno de los equipos a medida que concluía su informe, y después, presentaba al científico que encabezaba el siguiente equipo con palabras de elogio y gratitud. Durante los mil años siguientes los ciudadanos del Reich rendirían homenaje a sus realizaciones.

Pero Anders no escuchaba nada. Su atención estaba clavada en Werner Heisenberg, que ocupaba un lugar en el extremo más alejado de la mesa, y que parecía autoexcluirse de la celebración. En cambio, reunía las páginas de los planos a medida que se las presentaban, las depositaba junto a su cenicero cargado de colillas, y las estudiaba con el rabillo del ojo. No decía nada y no aplaudía a nadie.

Anders estudiaba su cara, esperando hallar un indicio acerca de la reacción de Heisenberg. Pero la cara del científico mantenía su máscara de hastío y neutralidad. Seguramente no se oponía al sistema de combustible y al moderador de grafito. Los planes sencillamente

confirmaban los cálculos que él ya había aprobado y elogiado. Y no criticaría la mecánica de la construcción. Esos eran temas pedestres que estaban muy por debajo de su interés. Pero ahora sus ojos se paseaban sobre los planos relacionados con el sistema de enfriamiento. Sin duda calculaba mentalmente la cantidad de agua del reactor y el ritmo del flujo hidráulico posibilitado por las bombas que se utilizarían. Su mente debía estar sumando las calorías que el sistema de enfriamiento podía absorber.

Advertiría instantáneamente que el sistema era más que suficiente para la producción de calor prevista en el reactor. Pero recordaría los cálculos que él había realizado para su propio reactor, y estaría realizando sus propias previsiones acerca del calor que Anders tendría que afrontar. "Es el maldito calor", había dicho a Anders. "Duplique el flujo del agua de enfriamiento." ¿Cuánto tiempo necesitaría para advertir que si bien se había aumentado el flujo, de ningún modo lo había duplicado? Y cuando lo comprendiese, ¿qué opinaría de los resultados ilógicos que había presenciado en su propio laboratorio, contra la elegante lógica de los cálculos de Anders?

-Entonces, todos coincidimos -anunció súbitamente la voz de Diebner, que vino a interrumpir la concentración de Anders en Heisenberg. Pero incluso al afirmar que había llegado el momento de la victoria, Diebner miró inseguro hacia aquel monje silencioso sentado al extremo de la mesa.

-¿Profesor Heisenberg?

Heisenberg no lo dijo, pero continuó mirando los planos. Anders sintió que su propio cuerpo se levantaba lentamente de la silla.

-¿No hay problemas? -preguntó esperanzado Diebner.

Heisenberg aplastó su cigarrillo. Después, miró a Anders.

-Muy bonito -dijo con un gesto de felicitación. Levantó los planos.- ¿Puedo tenerlos unas pocas horas? Me agradaría pasar un rato con ellos en mi oficina, donde estoy tranquilo y puedo pensar.

La cabeza de Diebner se volvió hacia Anders.

-¿Profesor Bergman?

-Con mucho gusto -dijo Anders directamente a Heisenberg.

-Bien, estoy seguro de que podemos perder unas pocas horas...

-empezó a decir Diebner. Pero Werner Heisenberg ya estaba saliendo por la puerta con los planos bajo el brazo.

No importaba. Anders ya nada más podía hacer. Si Heisenberg aceptaba los planos, los alemanes comenzarían a construir un reactor que destruiría su programa de la bomba de uranio. Si se oponía a los planes, los científicos comenzarían a disputar entre ellos y perderían semanas, quizás incluso meses mientras defendían sus respectivos egos y revisaban los planos. Pero su propio tiempo había terminado. Tenía que salir de Alemania antes de que llegase Magda, porque de lo contrario todos sus esfuerzos de nada habrían servido. Era hora de enviar su mensaje a Birgit. Regresó a su oficina y comenzó a escribir la carta.

Diebner llamó, pero abrió la puerta sin esperar la respuesta.

-Magnífico -dijo mientras atravesaba de prisa la habitación. Estrechó con fuerza la mano de Anders-. Profesor Bergman, no hay palabras para expresar nuestra gratitud. Toda la raza aria ha contraído con usted una deuda enorme.

Anders trató de recuperar la mano que Diebner sacudía como el manubrio de una bomba.

-Y yo debo manifestarle mi gratitud, Herr Diebner, por haberme ofrecido la oportunidad de demostrar mi trabajo. Pero ahora necesito dormir. -Hizo un gesto hacia la carta escrita a medias que descansaba sobre su escritorio.- Tengo que completar unos pocos detalles, y después volveré a mi apartamento.

-No hay tiempo -dijo dulcemente Diebner. Tomó la estilográfica del escritorio de Anders y la cerró. Debemos ir inmediatamente. El Reichsführer Himmler nos espera.

-¿Ahora? -preguntó Anders-. Pero no puedo...

Diebner dio varios pasos en la habitación y tomó la chaqueta de Anders que colgaba de una percha. La sostuvo como un ayuda de cámara, lista para deslizaría sobre los brazos de Anders.

-Por supuesto, ahora. El Reichsfuhrer espera este momento desde hace un año. Desea expresarle personalmente el agradecimiento del pueblo alemán.

Anders meneó la cabeza.

-Ahora no. Estoy agotado. Explíquele que le agradezco muchísimo el detalle.

Pero Diebner se había acercado y trataba de deslizar la manga de la chaqueta sobre el brazo de Anders, que protestaba.

-Y hay más. Le reservamos una sorpresa. Algo que logrará que sus merecidas vacaciones sean mucho más gratas.

Su sonrisa era conspiradora, y de pronto Anders comprendió. Había esperado demasiado tiempo. Se había excedido algunos días en la ejecución de su tarea.

-¿Ella está aquí? -murmuró en voz baja.

Diebner asintió.

-Aquí, en Berlín. Esperando verle.

-¿Está con Himmler?

-Por supuesto. El desea presenciar el momento en que ustedes dos se reúnan.

Anders enmudeció. Permaneció de pie, como una muñeca de trapo, mientras Diebner le ponía la chaqueta sobre los hombros y le obligaba a volverse para alisar las solapas.

-Se reunirán en menos de una hora -sonrió Diebner-. Y después ambos pasarán unos días juntos antes de que volvamos al trabajo.

Anders se sintió empujado hacia la puerta antes de que su mente pudiese volver a funcionar. Y cuando comenzaron a descender por el corredor, en dirección a la escalera del bunker, trató desesperadamente de idear un modo de fugarse.

No podía permitir que le llevasen frente a Magda. Quizás ella sonriera al principio, y comenzara a atravesar la habitación para saludarle. Pero a medida que se aproximara, su paso vacilaría, y el gesto de asombro arruinaría todo el plan británico. O si llegaba a él, el primer contacto la induciría a retroceder horrorizada. El podía ver el momento de confusión, y sus gestos cuando Magda se volviese hacia Himmler murmurando: "Pero... este hombre no es..."

Los alemanes no necesitarían más explicaciones. Si él no era Bergman, poco importaba quién era. Su trabajo se vería desacreditado

inmediatamente. El y Diebner colgarían de ganchos de carne en el plazo de una hora, y el resto de los científicos irían a compartir la misma suerte antes de la caída de la noche.

Cuando comenzó a subir los peldaños de la escalera, su pie se quedó como paralizado en el primero. Al final de la escalera había dos guardias SS con sus uniformes negros; estaban esperando allí para escoltarle. Sabía que una vez que estuviese caminando entre ellos no podría escapar. Durante un instante sopesó las posibilidades de distanciarse bruscamente de Diebner y volver al laberinto de túneles del bunker. ¿Pero adonde? Había guardias en todas las entradas, y apenas necesitarían unos minutos para recorrer el bunker. Subió cansadamente los peldaños, seguido a poca distancia por Diebner.

Un guardia mantuvo abierta la puerta del sedán Mercedes, y después se acomodó en el asiento trasero, de modo que Anders quedó aprisionado entre el soldado y Diebner. El otro guardia subió al asiento delantero, junto al conductor. Los soldados que estaban a la entrada del Instituto Kaiser Guillermo se cuadraron cuando el automóvil pasó frente a ellos y salió a las calles de Berlín.

El único milagro que Karl Anders podía esperar era su propia muerte. La evidencia de los bombardeos aparecía por doquier, desde los cráteres en las calles, los mismos que el automóvil trataba de esquivar, a los esqueletos de los edificios que aparecían en todos los bloques de construcciones. Si por lo menos los aviones aliados hubiesen aparecido ahora. Si por lo menos, por casualidad, hubieran soltado sus rosarios de letales explosivos en el centro de la calle por la que ahora viajaban, para pulverizar al automóvil con todos sus pasajeros. En ese caso, el engaño nunca sería descubierto. Pero había un cielo claro, y la ciudad descansaba en la paz de un cálido día estival. No habría milagros. Anders viviría para conocer al todopoderoso Himmler. Viviría para ser presentado a Magda.

Werner Heisenberg desplegó los planos del reactor sobre la superficie de su escritorio, y aseguró una esquina con un pesado cenicero de cristal, y otra con el vaso que llenó inmediatamente con el Mosela incoloro. Después, se inclinó sobre su colección de discos, encontró una selección de Bach para clavicordio, y la puso en el tocadiscos. Encendió otro cigarrillo en el mismo momento en que los compases iniciales comenzaron a oírse en la pequeña oficina. Después, se hundió en su sillón y dirigió a los planos a lo sumo una mirada casual.

Sabía lo que decían los planos. Si todo lo que se necesitaba era una evaluación técnica, Heisenberg podía suministrarla en un instante. Pero estaba en juego mucho más. Con una bomba de uranio, los alemanes podían ganar la guerra en un relámpago. Sin ella, Alemania sería aplastada por una tenaza, entre los aliados que venían por el oeste y los bolcheviques que se acercaban por el este. Un dios absurdo estaba concediéndole el poder de decidir cuál de las alternativas prefería.

Heisenberg sabía lo que diría su familia. Su madre era una aristócrata, que había gozado de prosperidad incluso durante los terribles períodos de inflación de principios de los años 30. Ciertamente, no era nazi. Criticaba sin rodeos a la chusma vestida con uniformes de escaso gusto por los nazis y soltada a las calles. Pero había que reconocer ciertos méritos de ese ridículo pintor de brocha gorda. Había restablecido el orgullo, se declaraba en favor de la moneda estable, y había conseguido que los trenes anduviesen de acuerdo con el horario previsto. Ciertamente, le impresionaba la terrible destrucción que la guerra había provocado en su país. Pero eso eran cosas de los británicos. ¿Por qué no podían permanecer recluidos en su condenada isla, y no cesaban de entrometerse en los asuntos del continente?

La esposa de Heisenberg no sabía una palabra de la guerra. Vivía en su modesta casa de Baviera, en las colinas boscosas de los Alpes. El aire era limpio, los arroyos fríos como diamantes y los árboles altos y fuertes. Por supuesto, ¡Alemania tenía que sobrevivir! ¿Dónde podía hallarse un país más hermoso o un pueblo de más elevado espíritu? No le inquietaban los acontecimientos que se sucedían alrededor de ella. Lo único que necesitaba era tener la certeza de que su agradable vida pastoril nunca cambiaría.

Pero todo había cambiado. Incluso la naturaleza misma del saber, que era el único interés fundamental de Heisenberg. Había estudiado la estructura de la materia sólo para entenderla, sin la más mínima intención de modiñcarla jamás. Sus sistemas originales de lógica matemática eran casi un juguete, un modo de llegar a conclusiones sólidas en temas que carecían de importancia especial. En la enrarecida atmósfera académica que a él le agradaba respirar, un enigma interesante era mucho más importante que una respuesta definitiva. El movimiento internacional de ideas que había enfrentado a los científicos norteamericanos con los pensadores rusos, y a los matemáticos alemanes con los físicos suecos era sugestivo, un tipo de Olimpíada mental en que los premios provenían de los periódicos eruditos y de las acaudaladas fundaciones. Un hombre razonable no

podía tomar muy en serio todo eso.

Pero esos tiempos habían desaparecido definitivamente. Ahora, el conocimiento era una máquina. Cada pensamiento debía conducir a cierta conclusión. Y cada conclusión debía llevar a un producto. Nadie preguntaba: ¿Qué significa eso? El único interrogante era: ¿Qué podemos construir con eso? O en tiempo de guerra: ¿A cuántas personas podemos matar con eso? Los científicos ya no eran pensadores. Eran fabricantes. Ya no se compartían las ideas. Se las desarrollaban en los bunkers, y su existencia constituía un secreto nacional.

Se aproximaba una nueva era, en la cual se construiría todo lo que fuese concebible. Poco importaba si era necesario o no. ¿Para qué inquietarse por las consecuencias? Había que fabricar, en cantidades ilimitadas, antes de que lo hiciera otro. Las ideas cubrirían la tierra, se amontonarían sobre los árboles, contaminarían los océanos, ensombrecerían el cielo. Las ideas matarían. La mayoría lenta y casi imperceptiblemente. Algunas, como la que aparecía desarrollada sobre el escritorio, ante él, instantánea y brutalmente.

No deseaba ver la era futura, en que los científicos y los pensadores serían rehenes de los generales y los industriales. Allí no habría lugar para él, y ciertamente tampoco para su esposa. A lo sumo, podía abrigar la esperanza de que la nación que controlara el mundo enloquecido que ahora estaba perfilándose recobrase prontamente el buen sentido. ¿Y en quién podía depositar esa esperanza? ¿En los bolcheviques? ¿En los nazis? ¿En los imperialistas británicos? ¿Quién tenía más probabilidades de ahorrar al mundo los horrores secretos que las mejores mentes podían evocar? ¿Había motivos para concebir esperanzas? ¿Había razones para preocuparse?

Heisenberg sintió el calor del cigarrillo que le quemaba los dedos. Oyó la aguja del fonógrafo que giraba monótona en el centro del disco.

Volvió los ojos hacia los planos, tomó un lápiz y garabateó: "Aprobado - Heisenberg" en el centro de cada página.

No era una decisión alentadora. Pero Heisenberg se había decidido.

Spreewald -12 de julio

Habían dejado atrás los suburbios de Berlín, y ya se habían internado bastante en el campo abierto, hacia el sur, un sector que

todavía no estaba afectado por la guerra. Las fincas rurales que se extendían a orillas del Spree mostraban el verdor maduro del verano, y las espaciosas casas que se levantaban en la campiña eran construcciones altas y orgullosas. Los frentes de batalla hacia el este y el oeste aún estaban a centenares de kilómetros de distancia. Sólo de tanto en tanto los aviones describían círculos en el cielo, al regreso de sus ataques a blancos lejanos. Y los únicos soldados a quienes podía verse eran los pocos guardias uniformados que vigilaban distraídamente las intersecciones de los caminos.

Diebner charlaba como un guía turístico, e identificaba cada casa por los nombres de los importantes líderes nazis o el trabajo de las oficinas gubernamentales importantes que las ocupaban.

-Personal de la Luftwaffe -dijo, mientras pasaban frente a una mansión de madera que otrora había sido el centro de una gran propiedad agrícola-. El propio Goering tiene apartamentos ahí. -Señaló otro largo edificio, una reunión de estructuras que parecía haberse formado a lo largo de un siglo.- Ministerio de Información -explicó, y después enunció todos los servicios de noticias y editoriales que habían sido retirados de Berlín para salvaguardar su trabajo esencial del peligro de una bomba casual.

Pero Anders estaba examinando el campo abierto. Si podía arreglárselas para salir del automóvil y desaparecer en los campos, tal vez nunca le hallasen. Como hablaba fluidamente el alemán, si se cambiaba de ropa podía confundirse con los obreros agrícolas que engrosaban la población de los pueblos y las aldeas durante el verano.

Tenía que actuar ahora, antes de llegar a su encuentro con Magda. En este momento no estaban vigilándole. Los oficiales que le acompañaban parecían tranquilos, interesados únicamente en llevar una persona importante a la presencia de un líder nacional. Pero cuando se convirtiera en prisionero de esos hombres, no apartarían los ojos de él ni siquiera un instante.

-¿Podemos detenernos? -interrumpió Anders a Diebner-. Desearía aprovechar la protección de esos arbustos altos.

Diebner se sonrojó, y después se inclinó hacia el oficial que ocupaba el asiento delantero.

-No es necesario -dijo, volviéndose hacia Anders-. Llegaremos en un minuto más.

Anders miró inquieto a un lado y al otro, calculando sus

posibilidades de pasar frente a Diebner y abrir bruscamente la puerta. Sus pensamientos dominados por el pánico, se vieron interrumpidos por el súbito cambio del ruido del motor, y ahora Anders observó desesperado que el automóvil enfilaba hacia un portón de piedra y entraba en un sendero. La casa, que otrora había sido probablemente un pequeño hotel, estaba directamente frente a ellos.

-Es la residencia de huéspedes importantes del gobierno -dijo Diebner-. Y hoy, doctor Bergman, usted es el huésped más importante de nuestro gobierno.

Los dos oficiales SS caminaron uno a cada lado de ambos mientras subían los peldaños y después de entrar por la puerta principal penetraban en un pequeño vestíbulo. Otros dos oficiales, con sus uniformes negro y plata, flanqueaban la entrada a un comedor que estaba a la izquierda. Se cuadraron cuando Anders pasó entre ellos.

Himmler le esperaba, y su figura delgada se recortaba contra las ventanas bañadas de luz que había al fondo de la habitación. Su gorra, invertida para contener los guantes, descansaba sobre la larga mesa de comedor, pero él aún sostenía en la mano el látigo de montar, levemente arqueado. Anders sintió que las piernas empezaban a temblarle ante el primer atisbo de terror.

-Ah, profesor Bergman -suspiró Himmler-. Me alegro muchísimo de conocerle.

Pero no avanzó hacia su huésped. Por el contrario, esperó a que Anders cruzara toda la habitación y se acercase.

-Herr Himmler -dijo Anders. Comenzó a levantar la mano, pero fue evidente que el líder alemán no se proponía soltar el látigo-. Me alegro de conocerle -agregó Anders, y dejó caer lentamente la mano al lado del cuerpo.

-He seguido con mucha atención su trabajo -continuó Himmler-. Usted ha prestado un gran servicio a Alemania.

-Espero que sea un gran servicio a los científicos del mundo entero -agregó Anders, sorprendido ante el acento confiado de su propia voz.

Himmler asintió, sus rasgos todavía difuminados a causa de su posición, de espaldas a la ventana.

-Quizá -dijo-. El tiempo lo dirá. -Levantó el látigo y señaló

hacia la puerta.- Hemos persuadido a una compatriota suya para que viniese y colaborase en su trabajo. Creo que ella podrá conseguir que el tiempo pase más rápidamente para usted.

En respuesta a su gesto, uno de los oficiales se apartó de la puerta. Anders se volvió hacia el umbral y oyó el golpeteo de los tacones altos que se acercaban. Fuera de eso, el único sonido era la respiración pesada del hombre que esperaba detrás.

-Confío en que se sentirá satisfecho -dijo Himmler mientras se acentuaba el ruido de pasos-. Deseaba estar aquí para observar complacido su reacción.

Pero Anders sabía que no habría reacción. Se sentía paralizado por el miedo cuando la forma femenina apareció en el hueco de la puerta.

Era Birgit Zorn.

Se detuvo unos instantes para mirar a Anders, y una sonrisa se dibujó en sus labios.

Después, atravesó corriendo la habitación y lo abrazó, mientras murmuraba: -Nils -al mismo tiempo que lo abrazaba.

Anders cerró los brazos sobre el cuerpo de Birgit, pero no dijo palabra. Estaba desconcertado, y no sabía en absoluto cuál debía ser su reacción. ¿Quién era ella? ¿Qué clase de maniobra estaban ejecutando los nazis? ¿Los alemanes creían que ella era Magda? ¿Birgit fingía ser Magda? Ni siquiera sabía cómo llamarla, y Himmler estaba de pie, a pocos centímetros de distancia, y ciertamente juzgaba la reacción de Anders.

Ella se apartó de Anders, y mostró cierto atisbo de embarazo ante su propia manifestación de afecto.

-No interferiré -prometió a Himmler-. Colaboraré en el trabajo del profesor Bergman exactamente como hago en Estocolmo.

La mente de Anders se esforzó, tratando de ver claro. ¿Qué intentaba decirle Birgit? ¿Que era ella misma? ¿Su ayudanta? Pero Diebner había sugerido que Magda vendría a reunirse con Anders. Y Birgit estaba en sus brazos, representando el papel de amante. ¿Ella era Birgit? ¿O Magda?

-Todos deberíamos tener ayudantas iguales -dijo Kurt Diebner

desde la puerta. Y entonces Anders comprendió. Habían ido a buscar a su amante. Birgit se las había arreglado para convencerlos de que ser la amante de Nils Bergman era la otra parte del papel que ella representaba en la vida del científico. Hasta donde los alemanes sabían, Magda no existía. Existía únicamente Birgit, la única mujer en la tierra que podía confirmar la supuesta identidad. Anders sintió que volvía a respirar.

La mano descolorida de Himmler entró en el campo visual de Anders y tomó los guantes depositados sobre la gorra militar.

-Hemos preparado aquí un apartamento para los dos —explicó la voz-. Creo que comprobarán que es muy apropiado para esta reunión. -Una mano enguantada levantó la gorra, y después Himmler rodeó la mesa y bajó la visera sobre los ojos. Cuando Birgit y Anders miraron, vieron únicamente la mitad de una cara.- Gocen de los pocos días disponibles antes de regresar a Berlín. Después, debemos reanudar el trabajo. El tiempo apremia.

Caminó hacia la puerta y desapareció entre los dos guardias, dejando a Birgit y Anders solos con Diebner.

Siguieron al jefe de la ciencia alemana, que caminó hacia atrás como un portero, señalando con la mano las escaleras que llevaban al apartamento.

-Por Dios, qué... -empezó a murmurar Anders mientras cruzaban el pequeño vestíbulo, pero ella lo acalló con un súbito apretón de la mano.

-Pueden vigilarnos en el interior del apartamento. Pueden oír todo lo que decimos -murmuró Birgit. Después, sonrió a Diebner, que esperaba al pie de la escalera.

-Nils, espera a ver nuestras habitaciones -dijo en voz alta. Diebner avanzó delante de ellos para abrir la puerta.

Apenas estuvieron solos, Birgit le abrazó con fuerza y murmuró con voz apremiante al oído de Anders.

-Están observando. Tienes que ser Nils Bergman. -Después, se apartó y en voz alta dijo:- Tengo muchas cosas que contarte.

Birgit habló sin cesar, primero acerca del surtido de carne y quesos y la botella de vino helado que les habían dejado, y después, mientras comían, acerca de las novedades de la universidad. El

escuchó atentamente, resistiendo el impulso de pasear la mirada por la habitación en busca de los micrófonos y las mirillas que, ahora comenzaba a entender, sin duda les rodeaban. Mientras comían, trató de reconstruir lo que había sucedido unos minutos antes.

Los alemanes seguramente habían aceptado a Birgit en el papel que ella había representado durante casi dos años como confidenta de Nils Bergman. Y sin duda ella había asumido el papel complementario de amante para evitar que los alemanes identificasen a Magda. Había traído consigo las dos identidades, y su abrazo en el comedor había demostrado a Himmler que él era en efecto Nils Bergman.

Había sido una prueba. Sospechaban de él, y necesitaban una confirmación. Y la advertencia de Birgit en el sentido de que los observaban y escuchaban, significaba que la prueba aún no había concluido. Anders estaba bajo un microscopio, y ahora incluso durante las horas en que se hallaba lejos del bunker. Buscaban una expresión, trataban de recoger una palabra que no correspondiera al carácter del hombre que él fingía ser. Su temor se había suavizado un instante cuando Himmler recogió sus guantes y la gorra y salió del comedor. Pero ahora se reavivaba, y la comida le parecía paja en la boca.

Advirtió que Birgit continuaba charlando, ocupando todos los momentos de silencio con el fin de que él no tuviese que hablar hasta que comprendiera la situación. Incluso cuando un soldado, que tenía puesta una chaqueta blanca sobre los pantalones militares, iba a retirar las bandejas de la comida, ella continuó comentando episodios de Suecia que carecían de significado para Anders. Respondía sólo con gestos de la cabeza o con rápidas expresiones de sorpresa e inquietud. Temía iniciar una conversación, porque le asustaba la dirección en que podía llevarle.

De pronto, ella se calló, e incluso ese breve instante de silencio a él le pareció amenazador. Pero después, Birgit se puso de pie, rodeó la mesa y apoyó sus manos sobre los hombros de Anders. Se inclinó hacia adelante y le besó en la mejilla.

-Iré a acostarme -dijo Birgit con un perfecto matiz de picardía en la voz. El la miró en silencio mientras Birgit recogía algunas cosas del cajón del tocador y desaparecía en el interior del cuarto de baño. Anders comprendió por primera vez adonde estaba llevándole la suplantación de Bergman.

Podían vigilarles en todos los rincones del apartamento, pensó Birgit mientras estaba de pie frente al espejo colgado de la pared de

azulejos, sobre el lavabo del cuarto de baño. Con mucho esfuerzo consiguió desentenderse de los ojos que podían estar observándola. Desenganchó el collar y lo depositó cuidadosamente con los brazaletes y los anillos en una caja de satén, manteniendo la atención fija en cada joya mientras la retiraba. Después, empezó a desvestirse, combatiendo el temor de que sus movimientos más naturales parecieran artificiales. ¿Generalmente se quitaba la blusa antes que la falda? ¿Lidiaba con todos los botones de la espalda de su blusa o sencillamente pasaba esta sobre la cabeza? ¿Era más fácil quitarse la enagua antes de abrir los cierres que sostenían las medias? Los movimientos más insignificantes ahora parecían fundamentales.

Se pasó la enagua sobre la cabeza y de pronto sintió frío, a pesar de que el aire que le tocaba la piel era tibio. Plegó la enagua y la depositó sobre la falda y la blusa que descansaban sobre la mesa de tocador, y después cruzó el pequeño recinto para apoyar el pie sobre el borde de la bañera, para quitarse las medias. Mientras desprendía el cinturón que sostenía las medias y volvía a la mesa de tocador, era terriblemente consciente del espejo y de los ojos lascivos que quizá se ocultaban detrás. Sabía que no podía mantenerse de pie y desnuda frente al espejo.

La mesa de tocador estaba a un lado. Allí su figura sería totalmente visible, pero ella podía apartar los ojos del espejo mientras se desnudaba. En cierto sentido, el hecho de que ella no volviese los ojos hacia esas caras ocultas determinaba que la violación fuese más soportable. Se quitó el sostén de los hombros, y se impuso dedicar unos segundos a plegarlo cuidadosamente. Después, se bajó las bragas a lo largo de los muslos, se apartó de ellas y permaneció de pie y desnuda, mientras extendía la mano en busca del camisón y se lo pasaba sobre la cabeza. Le sorprendió que pudiera mantener firmes las manos, sin revelar la tortura que estaba sufriendo.

Era un modesto camisón negro que dejaba ver sólo los perfiles de su cuerpo. Después que se lo puso, no tuvo inconveniente en ponerse frente al espejo mientras se pasaba un cepillo sobre los cabellos. Se inclinó hacia delante mientras se daba un toque con la barra de labios, y su cara quedó a pocos centímetros de la cara que adivinó estaba del lado opuesto del cristal. Ahora, tuvo que esforzarse para disimular el sentimiento de triunfo que sentía después de soportar el brutal examen.

Cuando salió del cuarto de baño al dormitorio, Anders la esperaba. Se había puesto el pijama incluido por los hombres de Himmler cuando prepararon una maleta en su apartamento. Había

abierto el ventanal francés que hacía la función de ventana del dormitorio y estaba de pie, medio cuerpo apoyado en el pequeño balcón.

-Se te ve hermosa -dijo a modo de saludo, y después, cuando ella cruzó la habitación para reunirse con él, agregó:- Dios mío, como te he echado de menos.

Birgit sintió una absoluta confianza. El había superado la paralizadora confusión que le aturdía desde la llegada de Birgit, y ahora entendía los perfiles de la trama: sabía quién era ella, por qué había venido, y lo que tenía que hacer para convencer a sus anfitriones. Ahora era el aliado de Birgit, y ya no la parte más peligrosa del plan.

Birgit le dio la bienvenida en el lecho destinado a ambos, y se dejó llevar del abrazo de Anders, preparándose ambos para exhibir como en una pantomima los ritos del amor. La habitación estaba a oscuras, excepto un rayo de luz de luna que iluminaba los contornos del ventanal francés. Los guardias no podían verles claramente, y probablemente no estaban en condiciones de registrar sus murmullos.

También Anders encontró en la oscuridad el primer atisbo de seguridad. La mano que se deslizó suavemente sobre la espalda de Birgit era fuerte y tranquilizadora. El no vaciló en acercar sus labios a los de Birgit, y después en apretarlos en un beso.

Pero al abrazarla, los meses de solitario terror parecieron acumularse en el fuero íntimo de Anders. La apretó más contra su cuerpo, como si de pronto necesitara la seguridad de que ya no estaba solo. En ese mundo extraño y lejano Birgit era la primera persona en quien él podía confiar por completo. En ese absurdo imperio nazi era la única persona que sabía quién era realmente Anders.

Anders necesitaba ser él mismo, aunque fuera nada más que unos instantes. Necesitaba confesar su terror. Como un niño que despierta en la oscuridad después de una terrible pesadilla, necesitaba que le abrazaran y le acariciaran. Necesitaba una persona amada que le dijera que estaba a salvo.

Anders casi gritaba de alegría cuando atrajo el cuerpo de Birgit. Ansiaba sentirla cerca, tan cerca que ambos se fundieran y desaparecieran el espacio y el tiempo que les separaban. Su beso cobró fuerza, buscando abrir los labios de Birgit.

Birgit no se sorprendió. Comprendió la necesidad de Anders,

porque era idéntica a la suya propia. Desde aquel momento, en Estocolmo, en que ella se había ofrecido a los nazis como la amante de Nils Bergman, había sentido que le dominaba su propio temor al descubrimiento. Había seguido los pasos de Anders en ese país hostil, y había roto sus vínculos con los agentes británicos que conocían el trabajo que ella hacía. Se había metido en un peligro que no podía compartir con nadie. Ahora, estaba en brazos de la única persona que conocía su secreto. Necesitaba sentir la protección de su fuerza y su amor.

La reacción de Birgit fue sincera, e incluso apresurada. Respondió con fuerza al beso de Anders, la boca abierta y la lengua inquieta. Su pierna se cruzó sobre el cuerpo de Anders para acercarle todavía más. Cuando la mano de Anders retiró el camisón del hombro de Birgit, ella arqueó la espalda para ofrecerle el pecho.

De pronto, la idea de que había ojos que les espiaban llegó a ser excitante. El peligro que les rodeaba adquirió un matiz erótico. En lugar de inhibir el acto de amor de los dos, la conciencia de que estaban probándoles les indujo a mostrarse más atrevidos. La desnudez de los cuerpos se convirtió en un grito de desafío lanzado a las caras de sus feroces carceleros. De pronto, la muerte ya no les aterrorizaba. Era sencillamente una promesa de eternidad por el amor que estaba calmando sus dolorosas necesidades.

Anders la apartó un instante y le quitó el camisón, pasándoselo sobre la cabeza. Cuando él arrojó a un lado la prenda, Birgit ya había comenzado a desabotonarle el pijama y a quitarle las mangas de los brazos. Mientras él liberaba los brazos, ella le bajaba los pantalones a lo largo de las piernas. Birgit apartó furiosamente de un puntapié las mantas, y después abrió las rodillas para recibirle. Su excitación era evidente por la facilidad con que Birgit le permitió penetrarla.

Birgit se aferró a él, siguiendo el impulso incontrolado de Anders. Sintió que se acentuaba el placer del hombre, y que al mismo tiempo crecía salvajemente el que ella sentía. Dispuso apenas de un instante para gozar del orgasmo de Anders, antes de que ella misma se perdiese en la explosión de su propio placer.

Se aferraron uno al otro sin moverse, compartiendo en silencio la fuerza que los unía. Sólo su respiración, que se suavizaba al mismo tiempo que se comprendía la ofrenda que cada uno hacía al otro, quebraba el silencio de la noche estival. Estaban acostados uno al lado del otro, agarrándose las manos, cuando las primeras luces grisáceas del alba se insinuaron en el dormitorio.

Aún estaban tomados de la mano cuando descendieron la escalera, y saludaron con un gesto cortés a los dos soldados que se cuadraron en el momento en que ellos pasaban. Birgit examinó las caras de los dos hombres y se preguntó si eran los que habían vigilado. Probablemente no. Los alemanes seguramente habían encomendado la tarea a algún médico charlatán de elevada jerarquía, alguien que formulase un juicio entendido acerca de la autenticidad de la relación entre ellos. Eso, o un ideólogo de mente retorcida. Quizás el propio y enloquecido Himmler.

Descendieron por el sendero y salieron a los campos vacíos, y sintieron que su libertad aumentaba cuando la casa desapareció detrás. Tenían muchas cosas de qué hablar. Anders necesitaba explicarle la situación del reactor. Tenía que conocer los progresos de la invasión de los aliados y recibir de ella cálculos exactos acerca del tiempo que los nazis tenían para perfeccionar su bomba de uranio. Dispondrían de pocos momentos a solas y era necesario que aprovechasen lo mejor posible cada segundo de la intimidad que se les concedía. Pero caminaban en silencio, y los dos temían quebrar el encanto que emanaba de la noche compartida. Cada uno se mostraba reacio a abandonar la seguridad que ambos habían hallado, y a hundirse otra vez en la soledad de la ficción que los dos compartían.

-Anoche -dijo de pronto Karl Anders. No estaba mirándola, y más bien prestaba atención a los ondulados campos cultivados, con su color de oro viejo-. Lo de anoche fue real. Te necesitaba más de lo que he necesitado a nadie en mi vida. Sé que debería disculparme. Pero mentiría si lo hiciera.

Birgit no dijo nada durante unos instantes. Después, replicó: -Lo sé. También para mí fue real. Y es real para mí ahora mismo.

El le apretó la mano, en un gesto de agradecimiento.

-Karl, ten mucho cuidado -dijo ella. Se detuvo, y esperó hasta que él se volvió para mirarla.

-Hace tiempo amé a un joven. Aquí, en Alemania, bajo los ojos de los nazis. Nuestro amor le destruyó. Si no me hubiese amado... si no hubiese intentado protegerme... tal vez aún estaría vivo. Pero me amaba. Y eso le acarreó su propia muerte.

El intentó abrazarla, aunque no estaba muy seguro de lo que ella quería decirle. Pero Birgit le apartó.

-Ten cuidado -dijo-. No bajes la guardia. Temo que te suceda lo

mismo.

Berlín -15 de julio

Kurt Diebner estaba de pie, el cuerpo rígido, tratando de imitar la postura airosa del joven oficial que se había cuadrado a su lado. Ambos tenían los ojos fijos en un punto más allá de la lámpara de escritorio que iluminaba la mitad de la cara de Heinrich Himmler y concentraba la luz en sus manos pálidas y frágiles. Mirar a los ojos a ese hombre hubiera sido un sacrilegio imperdonable. Y además innecesario. Podían sentir su presencia sin la evidencia de los ojos.

-¿Presenciaron todo eso personalmente? -preguntó Himmler mientras volvía las páginas del informe oficial.

-Sí, Reichsführer. Con toda certeza -respondió el oficial, con una voz que casi parecía la cadencia de una marcha.

Las manos volvieron las páginas, y las yemas de los dedos se deslizaron apenas sobre las líneas mecanografiadas del informe.

-Entonces, no cabe duda de que ella le conoce muy íntimamente... y que él está igualmente familiarizado con esa mujer.

-Absolutamente ninguna duda, Reichsführer -dijo tajantemente el oficial.

Himmler continuó leyendo, y casi con un gesto distraído volvió otra página.

-Al parecer, ninguno de ellos mostró indicios de que sospechaba de la presencia de los observadores -comentó.

-Ninguna. -La respuesta fue formulada con la misma precisión militar.

-¿Y no hay dudas acerca de la autenticidad de la mujer? -preguntó Himmler, confirmando la información que estaba leyendo ahora.

-Ninguna -dijo Diebner, que ahora intentaba el tono de voz del oficial-. Ha sido empleada de la universidad durante dos años, con la misión de ayudar al profesor Bergman. Atendió toda su correspondencia oficial mientras él estaba aquí en Alemania. Incluso hemos comprobado la validez de su partida de nacimiento.

Las manos volvieron la última página del informe.

-Entonces, parece que hemos hallado un auténtico filón -dijo Himmler. Y después, con expresión fatigada: -Eso es todo.

Diebner observó inquieto mientras el oficial ejecutaba la rutina que comenzaba con el golpe de los talones, el acto de encasquetarse la gorra sobre los ojos, y el enérgico movimiento hacia delante del brazo derecho.

-Heil Hitler! -entonó el joven.

La mano de Himmler apenas se alzó para contestar al saludo.

El oficial giró sobre sus talones, golpeó estos, y marchó marcialmente hacia la puerta. Diebner alzó torpemente su propio brazo.

-Heil Hitler! -dijo, casi como una pregunta. Pero Himmler no contestó el saludo. Esperó hasta que el joven oficial cerró la puerta después de salir.

-Mis felicitaciones, Herr Diebner -dijo la voz susurrante que venía de detrás de la pantalla de la lámpara-. Parece que su genio sueco es auténtico.

-Gracias, Reichsführer. Agradezco humildemente su confianza.

-Estaba medio convencido de que era un engaño -continuó Himmler-, y por lo tanto, medio convencido de que usted era un estúpido.

Diebner tragó saliva.

-Pero de acuerdo con la opinión de nuestros expertos el diseño de su reactor es brillante. Y sus credenciales parecen impecables. De modo que imagino que yo soy el estúpido y que usted es un héroe del Reich.

-Mal puedo considerarme un héroe -dijo nerviosamente Diebner. Era sabido que los elogios de Himmler representaban una condena a muerte.

-No -le corrigió Himmler-, ciertamente un héroe. Nos ha dado la victoria en una lucha cuyo resultado era dudoso. El Führer cree que su trabajo es un signo favorable de los dioses.

-Me siento abrumado -murmuró Diebner.

-Pero me pregunto, Herr Diebner, si puede explicarme una cosa. ¿Puede decirme por qué los británicos no se han limitado sencillamente a asesinar al profesor Bergman? ¿Por qué le permiten poner en nuestras manos esta gran victoria?

Diebner se mostró asombrado.

-Quizá -fue su conjetura, formulada en actitud defensiva no saben que está aquí.

La mano suave desechó la sugerencia.

-Es difícil creer eso. Podríamos vestir a todas las mujeres europeas con la seda de los paracaídas británicos que descubrimos cada mañana. Sus agentes están por doquier. Saben que el profesor Bergman se encuentra en Berlín. Y todos los días va de su apartamento a la universidad y regresa a sus habitaciones. Mantiene una relación romántica en una casa de campo. Incluso... -Las manos volvieron las páginas del informe y se pararon en cierto parágrafo.- ...después del desayuno se pasea por los trigales.

-Quiza no conocen su talento -probó a decir Diebner.

-Pero es un físico de prestigio mundial -replicó la voz de Himmler-. Y pasó varios meses en Inglaterra antes de venir a Alemania. Seguramente ellos aprecian su talento tanto como usted. Sin embargo, le permitieron volver a su casa cuando supieron que estaba interesado en unirse a nuestro esfuerzo. Y no intentan evitar que trabaje para nosotros. Ni siquiera han bombardeado sus laboratorios. ¿Puede explicarme por qué los británicos se muestran tan despreocupados frente al único hombre en la tierra que ciertamente puede destruirlos?

Diebner alzó las manos empapadas de sudor

-Tal vez creen que su labor es inútil. Quizá creen en la opinión de los físicos que insisten en que la bomba de uranio es imposible.

Los dedos de Himmler jugaron con las páginas del informe.

-Quizá -convino-. Ciertamente, parece auténtico. Y de acuerdo con la opinión de nuestros mejores científicos, su obra es válida. Pero me sentiría más seguro si los británicos pareciesen preocupados. Creo que debemos tener cuidado frente a todo lo que nos llega con excesiva

facilidad.

-Reichsführer, adoptaré todas las medidas de precaución -dijo Diebner.

-Por favor, hágalo -contestó la voz, y la mano se movió en imitación de un saludo. Heil Hitler!

-Heil Hitler! -replicó Diebner, alzando el brazo. Después se volvió con movimientos precisos, copiando lo que había aprendido del joven oficial, e inició una apresurada retirada de la temida oficina.

Spreewald -15 de agosto

Ya no era sólo la suplantación de otro individuo. Impulsado por el amor de una mujer que conocía su identidad supuesta, mucho mejor que al hombre que él había sido antes, Karl Anders se convirtió en Nils Bergman.

Ella le llamaba Nils y no por eso sentía que estaba representando una comedia. Al principio, había sido una decisión consciente, un aspecto fundamental de la ficción, para el caso en que los nazis continuaran vigilando y escuchando. Pero después, se había convertido en su verdadero nombre, el nombre que ella murmuraba por la noche, cuando él la abrazaba con fuerza, y el que emitía en un jadeo cuando él la llevaba al éxtasis.

Birgit hablaba de la obra de Bergman como si fuese la del propio Anders, le elogiaba por los resultados de decisiones anteriores, y expresaba sincero pesar ante las decepciones profesionales.

-¡Ese pequeño y presumido bastardo! -había gritado Birgit al leer la crítica de uno de los artículos de Bergman en un periódico suizo-. ¿Quién es este estúpido para criticarte? ¿Qué ha escrito a lo largo de su vida?

Y Anders advirtió que estaba consolándole.

-No te inquietes, Birgit. La gente importante entenderá. Ese pobre tonto sólo intenta conquistar cierto nombre. Ya verás lo que

dice Bohr. O pregúntale a Heisenberg.

Y después, él había leído la crítica y sentido el aguijón de la obra rechazada como si ésta en efecto hubiese sido suya.

Si Birgit estaba cerca, Anders se sentía cómodo usando los gestos típicos de Bergman. Las actitudes y las expresiones que antes eran formas impuestas, ahora aparecían como reacciones naturales. Elegía sus corbatas con el criterio de Bergman y ordenaba sus comidas con el paladar de Bergman. Y al proceder así, advertía que sus decisiones más usuales complacían a Birgit.

La intimidad de la relación de los dos se convirtió en cosa rutinaria para los agentes nazis a quienes se había ordenado que vigilasen todos los movimientos de la pareja. Llegaron a sentirse avergonzados de su procacidad al mirar a través de un espejo que colgaba en el dormitorio. Desviaban la mirada con hastío de los movimientos cotidianos en la cocina y el comedor. A veces incluso olvidaban poner en movimiento los grabadores que registraban las conversaciones. Las páginas de los cuadernos llegaron a ser menos numerosas, y las entradas incluyeron menores detalles.

-Son quienes son -informó a Himmler un oficial con un encogimiento de hombros-. Hablan de los amigos de Suecia, de ellos mismos. La mayor parte del tiempo de temas científicos. Se ríen uno del otro. Se irritan uno con el otro. Son personas normales, excepto que ambos son genios.

Los dedos de Himmler volvieron las páginas de los informes de Diebner, que documentaban el increíble progreso realizado con el reactor.

-Así parece -concedió. Pero en su reconocimiento persistía un acento de remisión.

Como científico, Anders en realidad se había convertido en heredero de la mente del otro hombre. Las ideas de Bergman habían alcanzado los límites de la teoría. Pero Anders había comprobado esas teorías en el crisol del bunker. Las había corregido después de escuchar argumentos persuasivos, y las había ampliado con los resultados de los experimentos. Podía comprender por qué Bergman había decidido viajar a Alemania. Los alemanes tenían los materiales y la decisión de superar ampliamente los supuestos abstractos. Bergman seguramente sabía que necesitaba ponerse a prueba si deseaba continuar creciendo. En cambio, Anders era quien se había puesto a

prueba y el hombre que podía ver lo que Bergman sólo había imaginado.

Incluso mientras Anders trabajaba en el bunker y observaba cómo se reunían los bloques de grafito, había sentido cierta identidad con Nils Bergman. No se trataba sólo de que estuvieran convirtiendo en realidad las ideas de Bergman. Más bien sucedía que Anders estaba convencido de que Bergman habría compartido sus intenciones. Anders estaba trabajando con el propósito de lograr el fracaso del reactor. Su esperanza era que, con el calor desmedido que el artefacto generaría, llevaría al punto de ebullición el líquido de enfriamiento y se deformaría él mismo de un modo irremediable. Y eso, Anders no lo dudaba, era precisamente lo que Bergman habría planeado. Estaba seguro de que a esta altura de las cosas la evidencia de la perversidad nazi habría calado en la indiferencia intelectual del hombre cuya vida él estaba viviendo. Bergman ya no se hubiera mostrado tan indiferente a las aplicaciones que los generales podrían hacer de su trabajo. Comprendería perfectamente la terrorífica energía que la teoría de la fisión preparaba para desencadenar. Y sabría muy bien que sus colegas alemanes planeaban utilizar de un modo enloquecido esa energía. Entendería también que él tenía el poder de decidir si la locura que se había apoderado del continente debía extenderse a todo el globo. Y llegaría a la conclusión de que el demonio que así había nacido tenía que ser destruido. Aparte en ese momento, los alemanes habían trasladado fuera de la ciudad a sus huéspedes suecos; los habían llevado a una pequeña casa de campo en el Spreewald, no lejos de la residencia donde se habían reunido la primera vez.

-Para que estén más cómodos y en la mayor intimidad -había sonreído Diebner al formular el anuncio. Anders casi se había echado a reír. El jefe de la física aria todavía no se atrevía a mencionar a los bombarderos, que habían convertido a Berlín en un lugar demasiado peligroso para alojar a su principal científico.

La casa de campo era una casa rural, una pequeña estructura de paredes de piedra con dos pequeños dormitorios y una tosca cocina. Un gran hogar, en la única habitación común, era la fuente de calor. Debido a lo limitado del espacio y la solidez de las paredes, no había lugar para ocultar a los espías de Himmler. Y los dos soldados que acompañaban al automóvil de Anders y Birgit, en el viaje al instituto y el regreso, se situaban al lado del camino, lejos de la casa, y claramente visibles. Por primera vez desde la llegada de Birgit, tuvieron la certeza de que estaban solos.

Aun así, reservaban las conversaciones secretas para los largos

paseos que daban a través de los campos. Y ahora, después de subir por una pendiente cubierta de pasto, y cuando estaban mirando hacia abajo, en dirección a la casa, con los dos guardias apostados en el portón, Anders habló del asunto que estaba inquietándole: pidió a Birgit que regresara a Suecia.

Ella se asombró ante la sugerencia, pero Anders comenzó a esgrimir sus argumentos antes de que ella tuviese tiempo de protestar.

-Hiciste todo lo posible -dijo Anders-. Viniste para darme credibilidad; y lo lograste. Salvaste todo el plan. Probablemente me salvaste la vida. Pero eso ha terminado. Los alemanes aman a Nils Bergman. Dios mío, empiezo a creer que incluso pueden otorgarme una medalla.

-En ese caso, ¿por qué tenemos que provocarles sospechas? -comenzó a argüir Birgit.

-No sospecharán -la interrumpió Anders-. He pensado mucho en esto. ¿Acaso hay algo más natural que tu regreso a la universidad? Allí soy un nombre importante, soy responsable de tareas importantes. Mi ayudanta de confianza debe estar allí, atendiendo mis asuntos, y no aquí, redactando instrucciones a los administradores y los estudiantes. Es más probable que comiencen a preguntarse cuál es mi importancia real en Estocolmo si no tengo un representante en la universidad.

Por supuesto, tenía razón. La representación que estaba realizando debía atenerse al plan original. Birgit quiso oponerse, pero no pudo hallar las palabras necesarias.

-Viniste a Alemania. Me visitaste. Y después tuviste que regresar al trabajo. Es absolutamente verosímil. Es precisamente lo que ellos esperan.

-Y yo debo dejarte aquí. Solo, y en una situación de terrible peligro. ¿Eso es lo que crees que debería hacer?

-El peligro es el mismo, estés aquí o allí -dijo Anders-. Y todavía puedo echar mano del mensaje destinado a pedir que preparen mi fuga. Si las cosas empiezan a agravarse, aun puedo pedir a los británicos que me saquen de aquí. Incluso ahora sería más fácil. Todos los días recorro un camino rural, con dos guardias y un chófer. Sería fácil secuestrarme.

-Si puedes transmitir a tiempo el mensaje. Y si Haller puede encontrarte a tiempo -le recordó Birgit-. Aún no sabes adonde te

llevarán.

Anders asintió. La propuesta de Haller nunca le había parecido muy segura.

-Pero que estés aquí no garantiza más mi seguridad. Y si todo fracasa, ¿por qué tenemos que quedar ambos en manos de los nazis?

-Lo que te preocupa es mi seguridad, ¿verdad? -preguntó ella con aire desafiante. Anders se disponía a negarlo, pero la respuesta era demasiado evidente.

-¿Por qué no puede preocuparme tu seguridad? Te amo más que a nada en la vida.

-Y yo te amo -afirmó ella secamente-. Por eso tienes que permitirme que continúe aquí. Por mí misma. Es importante para mí.

-Pero no puedes protegerme -insistió Anders.

Birgit se volvió para mirarle directamente en los ojos.

-Y tampoco puedo dejarte. Creo que estás en condiciones de entenderlo.

El la miró, mientras buscaba una respuesta. Después, se limitó a asentir y le tomó la mano. Ascendieron unos metros más por el prado, y así una extensión todavía más amplia del campo abierto se desplegó ante los dos.

-Estuve pensando en lo que harán los alemanes -dijo Anders-. En pocos días más comenzaré a activar el reactor de prueba. Si mis cálculos son acertados, habrá sobrecalentamiento. Comenzarán a fundirse las piezas y después a quemarse, y nadie podrá detenerlo. Lo que les quedará es el reactor de producción, construido a medias, sabrán que no puede funcionar y no dispondrán de tiempo suficiente para corregirlo. En pocos días incluso estos locos tendrán que reconocer que están acabados. Y Nils Bergman será el único hombre a quien todos podrán señalar. No por cierto un candidato verosímil para la medalla que de cuando en cuando sugiere Diebner.

-¿Qué pueden hacerte? Eres ciudadano sueco. Una figura respetada mundialmente.

Anders sonrió ante la ingenuidad de la idea.

-¿No eres tú la persona que me advirtió que están locos? Cuando al fin comprendan que todo está perdido, ¿crees que les inquietarán mucho los refinamientos de las relaciones internacionales? Un saboteador extranjero será una víctima propiciatoria muy oportuna.

Birgit había desarrollado la misma lógica muchas veces. En Suecia, cuando Anders era sencillamente un colaborador valiente, cuando ella estaba decidida a mantenerse al margen de los compromisos, no había llegado a imaginar las consecuencias que él tendría que afrontar. Ahora, en Alemania, cuando él se había convertido en la razón de la vida de Birgit, ésta ni siquiera quería pensar en el peligro. Pero era cierto. Todo lo que él decía era fruto de un razonamiento perfecto. Cuanto más se acercaba a la destrucción de la bomba de los alemanes, más se aproximaba Anders a su propia destrucción. Y ahora faltaban pocos días para que llegase ese momento.

-Nos iremos ambos -gritó de pronto Birgit-. Ahora mismo. Enviaremos la carta por la mañana. Y puedes retrasar las pruebas. Sólo unos pocos días, los indispensables para que los ingleses vengan a buscarnos.

El la atrajo hacia sí, mientras la apretaba contra su pecho. Birgit comprendió que ese abrazo era su respuesta. El no podía irse. Su misión era demasiado importante. Y ella no podía permanecer allí. Anders no permitiría que Birgit corriese peligro. Estaba despidiéndose.

-No me separaré de ti -prometió Birgit.

El no cuestionó la decisión de Birgit. En cambio, alzó el mentón, que ella mantenía inclinado sobre el pecho del propio Anders, y la besó tiernamente. La respuesta de Birgit fue apasionada. Lo besó con toda su fuerza, uniendo los cuerpos de modo que era imposible separarlos. En la fuerza brutal del abrazo, Anders comprendió cuánto necesitaba a Birgit. Estaba diciéndole que se marchara y, sin embargo, le aterrorizaba la idea de quedarse solo otra vez. A pesar de la sincera preocupación por la seguridad de Birgit, sabía que él mismo no podría soportar la vida que había realizado antes de que ella llegase.

Se acostaron sobre el pasto, sin aflojar el abrazo, cada uno buscando desprenderse de las ropas antes de tocar el suelo.

-Espera -murmuró ella, y al mismo tiempo que se separaba un poco Birgit comenzó a quitarse la falda y la ropa interior. Anders se

pasó la camisa sobre la cabeza sin tocar los botones, y observó codicioso que Birgit seguía su ejemplo y se quitaba frenéticamente la blusa sobre los mechones de cabello. Todavía arrodillado, él comenzó a tirar de su cinturón, observando a Birgit que caía de espaldas sobre su propia falda y su blusa.

-Esta maldita cosa está atascada -dijo Anders. Tiró del cinturón y lo empujó contra la hebilla-. Está enganchada. La maldita hebilla se rompió.

Y de pronto, ella se echó a reír, casi desnuda sobre el pasto y riendo sin control a través de las lágrimas que le cubrían la cara apenas unos momentos antes. Anders la miró, y después observó el extremo de su cinturón, enredado en la sencilla hebilla de metal.

-No creo que Diebner me conceda jamás esa medalla -bromeó tímidamente Anders, y eso provocó la risa todavía más intensa de Birgit.

-Una de las grandes mentes europeas -consiguió decir ella, y entonces él también se echó a reír.

-¿Cómo podrían creer que soy un saboteador? -preguntó Anders, meneando la cabeza en un gesto de incredulidad.

Ella completó el pensamiento de Anders, pese a que casi no podía recuperar el aliento.

-¡Creerán sencillamente que eres estúpido!

-¡Estúpido! -protestó Anders con fingida indignación. Se echó sobre ella, apretándola sobre el suelo, y comenzó a hacerle cosquillas. Birgit gritó, le apartó de un empujón y después se le echó encima. Se revolcaron en el pasto jugando como niños, amenazándose uno al otro con terribles castigos y riendo del absurdo de sus travesuras. En cierto momento, cuando casi habían recobrado el dominio de sí mismos, vieron a los dos guardias, que estaban ahí abajo y que habían escuchado los gritos de la disputa. Miraban confundidos hacia lo alto de la colina, tratando de decidir si debían acudir para salvar a alguien.

-Pregúntales si tienen un cuchillo, para cortar el cinturón -se burló Birgit, y eso provocó que Anders de nuevo se dedicase a hacerle cosquillas.

El forcejeo concluyó en un tierno abrazo, y una vez recobrada la calma Anders comprobó que su cinturón se abría con bastante

facilidad. Terminaron tiernamente el acto de amor, liberados del frenético apresuramiento con que habían comenzado. Yacieron uno al lado del otro, por el momento despreocupados de los peligros que les rodeaban.

En aquel acceso de risa más que en la pasión ambos habían llegado a comprender que compartían un mundo propio. Esa inocencia infantil era un acto de desafío, lanzado a la cara de esos locos calzados con botas que estaban incendiando Europa entera. Parecía que estaban diciendo: "Pueden matarnos, pero no lograrán destruirnos. Después que hayan fabricado todas esas bombas y puesto fuego a la tierra entera, nuestro amor continuará aquí. Y el sonido de nuestra risa todavía entonces se burlará de todas las pretensiones de poder."

Se tomaron de la mano y descendieron lentamente por la ladera de la colina, casi sin ver a los dos guardias que los observaban al pasar. Ninguno dijo una palabra acerca de la posibilidad de que Birgit se marchase.

Berlín - 23 de agosto

Todo estaba preparado.

El único sonido era el zumbido de los. motores eléctricos, que habían comenzado a bombear el agua de enfriamiento a través del laberinto de cañerías sepultadas en el interior de la pila de bloques de grafito de un metro y medio. El combustible de uranio ya estaba en su lugar, convertido en varillas que debían ser insertadas cuidadosamente en la pila. Las varillas de control de cadmio, suspendidas de poleas fijadas al techo, estaban listas para descender.

-Herr Diebner -dijo Anders, indicando la llave que accionaría el emisor de neutrones-, ¿quiere hacerme el honor?

Kurt Diebner flexionó los dedos, como si él hubiera sido un cirujano dispuesto a empuñar el bisturí. Después, extendió la mano y tocó la llave.

Los científicos se agruparon, los ojos fijos en los instrumentos del panel de control que comenzarían a registrar la actividad neutrónica en el interior del reactor. Pero Anders aún no estaba mteresado en los medidores. Continuaba obsesionado con las consecuencias de esa energía inconcebible, encerrada en los átomos de materia desde el principio de los tiempos, la misma energía que él se disponía a liberar.

Era perfectamente posible que ni él ni otro cualquiera de los científicos saliera con vida del bunker. Si la energía se multiplicaba con rapidez suficiente, el grafito podía comenzar a arder con el calor del sol. Podía convertirse en una bola de fuego que se alimentara de sí misma y, como cierta vez se lo había preguntado Heisenberg, ¿quién la detendría? Quizá poseería la intensidad suficiente para convertir el edificio entero en una masa de llamas.

Sus cálculos habían demostrado que la radiación producida por la reacción no escaparía del grafito. Y Anders había agregado la precaución de una lámina protectora que separaba la pila de la sala de control. Pero si se fragmentaba el grafito y se aceleraba la reacción, ¿de qué servirían unos pocos micrones de plomo? ¿No era posible que la intensa reacción destruyese hasta el último atómo de vida?

Diebner había movido la llave que conducía a un mundo desconocido y no había mapas que los guiasen en ese trayecto. Había abierto la tapa que permitía la salida de un genio todopoderoso, que quizá no obedeciera las órdenes de los hombres, o incluso ni siquiera comprendiese el lenguaje que ellos hablaban. Y si en efecto obedecía, ¿las órdenes de quién tendría en cuenta? ¿Las de Hitler? ¿Las de Himmler? Todas las consecuencias eran terroríficas.

-Tenemos actividad neutrónica.

Era Lauderbach, que comunicaba los primeros movimientos de una aguja.

Anders asintió. Era sencillamente la actividad de la fuente energizada de neutrones. Aún no sucedía nada en la muerta quietud del grafito. Pero pronto comenzaría su autodestrucción.

Tenía que fracasar. No importaba cuáles fuesen los peligros de la fusión, nada podía ser tan autodestructivo como su éxito. Si se entregaba a los nazis el plutonio que necesitaban para sus bombas, habría que afrontar un centenar de fusiones.

-Está elevándose.

La voz de Diebner tenía cierto matiz de temor mientras apuntaba con un dedo inseguro hacia el medidor. Miró a Anders, esperando el paso siguiente. Anders no hizo nada. Un simple movimiento de su mentón confirmaba la existencia de un resultado que él sin duda preveía.

-Las láminas de control -casi rogó Diebner.

-Todavía no -dijo Anders.

El nivel de la aguja indicaba que la fisión había comenzado. En la profundidad de la pila, los inestables átomos de uranio estaban moviéndose, disparando balas de neutrón que a su vez fragmentaban otros átomos.

Werner Heisenberg identificó el momento con la experiencia recogida en su propio reactor de prueba. Era una reacción, pero aún no se mantenía por sí misma. Si apagaban el emisor, la aguja temblaría y después retrocedería. Sabía que Nils Bergman aún disponía de tiempo para suspender la prueba. Si su colega tenía el más mínimo atisbo de duda, este era el momento de actuar. Pero lo único que pudo ver en los ojos de Bergman fue una fría decisión. El hombre deseaba continuar.

-Está acelerándose -anunció Lauderbach. El ritmo de incremento de la actividad de fisión comenzaba a crecer. Ahora los neutrones producidos por la explosión de los átomos eran más numerosos que los producidos por el emisor controlable.

-Funciona. Se sostiene por sí mismo -gritó Diebner.

Anders asintió.

-Sólo unos pocos segundos más -dijo.

La mano de Diebner se acercó a la llave. Sus ojos se volvieron hacia Anders, como pidiendo instrucciones.

-Está bien -respondió Anders. Diebner movió instantáneamente la llave.

Los medidores no vacilaron. Las agujas continuaron ascendiendo.

-Estamos presenciando un aumento de la temperatura -informó serenamente Heisenberg-. Alcanza 26,6°C.

Anders no respondió.

-La reacción continúa acelerándose -informó Lauderbach.

-32,2°C -informó nuevamente Heisenberg, observando la rápida elevación de la temperatura del agua.

Anders tocó un botón. Desde el techo, respondió el sonido

estridente de las poleas. Las varillas de cadmio utilizadas como control comenzaron a descender por sus ranuras, absorbiendo neutrones y aminorando la velocidad de la reacción en cadena. Soltó el botón cuando las varillas ya habían hundido un tercio de su longitud en el grafito.

—43,3°C -canturreó Heisenberg.

De pronto, Diebner pareció muy inquieto.

-Va demasiado rápido.

De nuevo Anders oprimió el botón de control de las varillas. Estas se hundieron todavía más.

-La reacción continúa acelerándose -gritó Lauderbach. También él comenzaba a manifestar pánico.

Ahora los informes de Heisenberg se sucedían con mayor rapidez.

-54,4°C -dijo bruscamente.

Los científicos sabían que Bergman trataba de alcanzar un delicado equilibrio. Las varillas de control de cadmio tenían que absorber el número preciso de neutrones que permitía estabilizar la velocidad de la reacción. Debía dejar que un número constante de neutrones alcanzaran sus blancos, es decir los átomos de uranio, dividiéndolos para liberar el mismo número de neutrones. Y en ese nivel de actividad, el flujo del agua de enfriamiento debía ser suficiente para absorber el calor generado por la reacción. Al parecer, ambos parámetros estaban fallando. La reacción se aceleraba, y la temperatura del agua continuaba acercándose al punto de ebullición.

-65,5°C -anunció Heisenberg.

Anders respondió oprimiendo otra vez el botón. Las varillas de control se hundieron todavía más en los bloques de grafito. Involuntariamente algunos de los científicos comenzaron a alejarse de la mesa de control.

-El ritmo desciende -gritó esperanzado Diebner. La aguja indicaba que el ritmo de la reacción continuaba elevándose, pero su velocidad, marcada por el dial, era menor. Anders esbozó una levísima sonrisa. Todos sus cálculos habían indicado que el reactor se estabilizaría por sí mismo y todo el trabajo de sus colegas había

llegado a la misma conclusión. Su prueba estaba desarrollándose exactamente de acuerdo con el programa.

-79,4°C -dijo Heisenberg, refiriéndose a la temperatura del agua. Anders se movió nerviosamente. Esa debía ser la causa de la destrucción del reactor. El calor que había sorprendido a Heisenberg continuaría aumentando, hasta que el agua de enfriamiento fuese insuficiente.

-Se mantiene estable -exclamó Diebner-. Se mantiene estable. Ejercemos el control total sobre la reacción.

Algunos alemanes gritaron de alegría. Pero otros comenzaron a darse cuenta de que la temperatura del agua continuaba elevándose. El margen de seguridad estaba desapareciendo.

-87,7°C -dijo Heisenberg. Ahora había un toque de nerviosismo en su voz. Miró a Bergman, aunque sabía que el genio sueco no podía hacer nada. La reacción se había estabilizado. Las varillas de control estaban insertadas casi totalmente. No había tiempo para empezar a retirar las varillas de combustible. Y el peligro de la radiación en ese tipo de procedimiento urgente era incalculable.

Anders había llegado al momento decisivo. Durante los veinte segundos siguientes, la temperatura del agua sobrepasaría el punto de ebullición. Su capacidad de absorber calor disminuiría. Anders utilizaría todas las posibilidades de las varillas de control. El ritmo de la fisión descendería, pero no con rapidez suficiente para compensar la pérdida del líquido de enfriamiento. Las esperanzas de los nazis en la creación de una superarma, por ejemplo el grafito de la pila, comenzarían a disiparse.

-Doscientos -dijo Heisenberg.

-No hay agua suficiente -dijo Diebner. Ahora Diebner comenzó a apartarse lentamente de los controles.

Anders acercó la mano al botón de control de las varillas. Se disponía a anunciar la suspensión. La prueba era un fracaso. Pero sólo él sabía hasta dónde sería catastrófico el fallo.

-¡Un momento! -la orden provino de Heisenberg.

El y Anders eran los únicos que aún continuaban inclinados sobre la mesa de control. Heisenberg tenía los ojos clavados en el medidor de la temperatura del agua y había elevado una mano en el

aire, como para impedir cualquier acción de Anders.

-Profesor Bergman, creo que tal vez todo está bien -dijo cautelosamente Heisenberg.

Anders pasó frente a la, mesa hasta que quedó al lado de Heisenberg. Vio que el medidor de la temperatura del agua vacilaba cerca de la temperatura de ebullición.

-Demasiado cerca -dijo Anders-.. Tendríamos que empezar a suspender el experimento.

Heisenberg meneó la cabeza.

-Vea, está en equilibrio. En el límite mismo, pero en equilibrio.

Anders recorrió rápidamente los medidores con la mirada. El ritmo de fisión era constante. La temperatura del agua se mantenía unos pocos grados por debajo del punto de ebullición.

-Con este ritmo de flujo de agua -dijo Heisenberg-podríamos mantener un año la reacción.

-No hay margen de seguridad -advirtió Anders.

Pero de nuevo Heisenberg elevó la mano en el aire.

-Un minuto más. Solamente necesitamos tiempo para medir el ritmo de conversión. Después, podremos controlar las cifras de rendimiento del plutonio.

Lauderbach se acercó a la mesa con sus colegas.

-Es un éxito -murmuró.

Anders estaba asombrado. Su reactor funcionaba perfectamente.

Diebner comenzó a gritar complacido.

-¡Lo logramos! ¡Lo hemos logrado! -Corrió hacia Anders. -Profesor Bergman, usted lo consiguió. Una reacción en cadena. La primera.

Anders miró más allá de Diebner.

-Otro minuto -dijo a Heisenberg-. Un cambio cualquiera en el

ritmo del flujo...

Heisenberg asintió para manifestar su acuerdo. Estaban jugando con el desastre. Incluso una fluctuación momentánea de la presión del agua podía provocar el brusco aumento del calor. Pero cuanto más tiempo funcionase el aparato, más información aportaría para la construcción del reactor de producción.

Todos guardaban silencio. Ahora de nuevo el único sonido era el zumbido de las bombas eléctricas. Los segundos se deslizaban y todas las agujas se mantenían constantes en los respectivos medidores.

No había nada que Anders pudiera hacer. Para evitar sospechas había mantenido todos sus cálculos tan cerca de los valores auténticos como era posible. Había contado con que el calor inesperado que Heisenberg había observado la primera vez provocase el desastre. Y ese calor le había fallado en sólo unos pocos grados. Pero eso era suficiente. El diseño era un éxito. Y con la experiencia que él había recogido, sería posible incorporar otros márgenes de seguridad al sistema de producción.

Había dado su bomba a los alemanes.

-Eso debería ser suficiente -dijo finalmente Heisenberg.

Anders oprimió el botón. Las varillas de control descendieron totalmente. Pocos segundos más tarde, el nivel de neutrones comenzó a bajar. Las varillas de control estaban absorbiendo más neutrones de los que se liberaban. Y la temperatura del agua también descendía lentamente.

Heisenberg se volvió hacia su colega, el rostro iluminado por una ancha sonrisa.

-La victoria es suya, profesor Bergman. Le felicito. Deseaba ser el primero. Pero por lo menos siempre podré decir que estaba presente cuando Nils Bergman obtuvo una reacción en cadena controlada. Cuando demostró que era la figura principal del mundo de la física.

-Un triunfo, ¡un triunfo total! -gritó Diebner, encabezando el entusiasta aplauso de los científicos-. Y mírenle. Es el momento de triunfo de Nils Bergman y parece desconcertado.

Agarró la mano de Anders y la estrechó con entusiasmo.

Anders estaba mudo de asombro. En su correspondencia en

código había asegurado a Haller que el reactor fracasaría. Ahora tenía que enviarle rápidamente una advertencia. Los alemanes habían avanzado un paso gigantesco en dirección a su bomba.

Mientras los científicos que estaban alrededor le aclamaban a gritos, su mente se esforzaba por ver las diferentes posibilidades. Aún había tiempo. Habría otras oportunidades de incorporar defectos fatales al reactor de producción. Tenía que asegurar a Haller que, mientras el propio Anders estuviese en el centro del programa, sería posible detener a los alemanes.

Pero el tiempo era escaso y no habría muchas oportunidades.

Londres - 5 de setiembre

El mariscal del aire Ward se paseaba ida y vuelta, mirando las enormes fotografías aéreas que colgaban de la pared, y deteniéndose frente a cada una como si quisiera darles tiempo para hablar. Había estado examinándolas durante casi media hora, interrumpido sólo por los comentarios de los expertos técnicos que le observaban. Parecía que no estaba más cerca del momento de la decisión.

-Tendríamos que alcanzar todos los edificios -dijo, haciéndose eco de la observación formulada al principio por el mayor Haller-. Varios blancos directos en cada edificio.

-Eso creo -repitió Haller-. Es el único modo de estar absolutamente seguros.

-Por lo tanto, tendría que ser de día y desde poca altura.

Nadie comentó la idea, puesto que todos coincidían, de modo que Ward reanudó su paseo.

Las fotos del Instituto Kaiser Guillermo habían sido tomadas varios meses antes, después que Siegfried identificó el instituto como el centro nazi de investigación del uranio y cuando habían considerado por primera vez la posibilidad de destruirlo con bombas. Un par de bombarderos Mosquito, equipados con cámaras de alta velocidad, habían fotografiado el instituto después de alejarse de otro blanco con el fin de disfrazar su interés en los edificios académicos que se mantenían indemnes.

-Sufriríamos pérdidas terribles -dijo, poniendo en palabras el hecho evidente que nadie había deseado mencionar.

-Muy elevadas -coincidió un comandante de escuadrón-. Necesitamos que la velocidad sea escasa de modo que las bombas caigan verticalmente. Los artilleros antiaéreos ciertamente organizarán un festín.

-Y ustedes no están seguros de los resultados -dijo Ward, repitiendo un comentario anterior del comandante del escuadrón.

-En absoluto. Sin duda, podemos dañar el lugar, pero dudo de que podamos demoler todos los edificios. Necesitaríamos dos o tres incursiones como mínimo.

Ward asintió para expresar su acuerdo con el comentario y después se volvió hacia las fotografías. En su mente no había muchas dudas. Lo que Haller pedía era casi imposible.

-Gracias, caballeros -dijo, sin volver los ojos a los aviadores reunidos en la sala-. Creo que ustedes me han dicho todo lo que yo necesito saber.

Los oficiales de la RAF se pusieron de pie y salieron de la habitación, dejando a Ward solo con el mayor Haller. Los ojos de Haller parecían mostrar una expresión de súplica, mientras miraba al mariscal del aire en busca de una respuesta.

-Tom, lamento decir que coincido con ellos. Las condiciones que usted impone para la incursión son casi imposibles. Sencillamente, no hay modo de garantizar en una sola incursión la destrucción del bunker. Si una sola incursión es absolutamente esencial, creo que arriesgaremos sin necesidad la vida de nuestros hombres.

Haller asintió. Había escuchado los comentarios técnicos acerca de los problemas representados por los altos edificios de piedra. Y había oído las evaluaciones de los pilotos. Ya había llegado a la conclusión de que estaba pidiendo demasiado.

-Tendríamos que destruir el reactor en un solo movimiento. Si erramos, sencillamente lo trasladarán a otro lugar. Creo que estamos mejor ahora que sabemos dónde se encuentra y que nuestra gente está allí.

Haller se había asombrado al enterarse, gracias al mensaje en código de Birgit, que la prueba del reactor había sido un éxito. "Diseño comprobado", había escrito ella en la correspondencia de Bergman. "La planta de producción a escala ya está en construcción. Lugar desconocido."

Lindemann se sintió impresionado por las noticias. A juicio del principal físico nuclear de Gran Bretaña, el reactor de prueba era el hito principal. Si funcionaba, no podía estar lejos un reactor a gran escala, que produjese plutonio en cantidades suficientes para fabricar armas.

-Ciertamente, tropezarán con dificultades -había dicho a Haller, en un intento de hallar una esperanza-. Pero un eficaz reactor piloto resolvería los problemas prácticos. Hay que suponer que, si están preparados para realizar pruebas, ya dominan bien los problemas teóricos. Y probablemente habrán avanzado mucho en la construcción del reactor de producción.

-¿Cuánto tiempo necesitarán? -había preguntado Haller, que deseaba evitar las previsiones desordenadas.

Lindemann había elevado los ojos al techo, como buscando guía, y después abrió las manos en un gesto de desesperanza.

-Imposible decirlo. Quizás unos meses. Ciertamente menos de un año.

-¿Podrían lograrlo en seis meses? -insistió Haller.

Lindemann meneó lentamente la cabeza.

-Nada lo impediría, si han avanzado bastante en la construcción. Una vez que dispongan de la información sacada del prototipo, tal vez sólo necesiten unos pocos perfeccionamientos.

Haller se había vuelto hacia sus mapas, y de nuevo los utilizó como calendario. Lindemann preveía que los alemanes podrían activar un reactor de producción en febrero, quizás incluso en enero. Eso significaba la producción en gran escala de plutonio en febrero o marzo, y la instalación de cabezas atómicas en los cohetes V-2 hacia el mes de abril. Los mapas le decían que probablemente dispondrían de todo el tiempo necesario. Los aliados aún estaban lejos de la frontera alemana, y su avance, que había liberado a París en una especie de torbellino, ahora se retrasaba por la falta de suministros. Los tanques de Patton, que avanzaban hacia el Sarre, sencillamente no tenían combustible. Montgomery rehusaba acercarse al estuario del Schelde hasta que repusieran totalmente su caudal de municiones. Los camiones que traían suministros desde las playas de Normandía y Calais sencillamente no podían seguir el ritmo de avance, y el frente se desplazaba ahora muy lentamente, esperando la llegada del material.

Podían llegar a la frontera alemana como mucho en diciembre: tal era la conclusión que Haller había extraído del estudio de los mapas. Quizá cruzarían el Rhin en febrero. A menos que los alemanes se rindiesen, tendrían su bomba por lo menos dos meses antes de que los aliados pisaran territorio alemán. ¿Y por qué necesitarían rendirse cuando estaban a punto de obtener la victoria gracias a sus increíbles aviones sin piloto?

-Tenemos que destruir el prototipo del reactor -había dicho al mariscal del aire Ward-. Es el único modo de retrasar sus progresos.

Como respuesta, Ward había examinado nuevamente las fotos aéreas del Instituto Kaiser Guillermo, y reunido a sus mejores aviadores para evaluar la incursión. Pero los problemas parecían insuperables.

-Quizá -dijo Ward-, deberíamos contentarnos con una incursión nocturna. Podríamos enviar primero unos pocos Mosquitos para iluminar con bengalas toda el área. Después, podría entrar la fuerza de bombarderos pesados. Ciertamente, lograríamos que el lugar fuese inhabitable. Y tal vez tuviésemos suerte.

Pero Haller ya estaba meneando la cabeza.

-Tendríamos que tener la certeza absoluta. Si fallamos, y ellos trasladan el reactor, podemos perder el contacto con el programa. Y si no podemos estar seguros de que lo hemos destruido, creo que será mejor que sepamos dónde están y qué hacen los alemanes.

Ward frunció los labios.

-Permitirles que continúen trabajando es peligroso.

-Es peligroso también del otro modo -dijo Haller-. En este momento, nuestra mejor posibilidad es hallar el modo de que nuestros soldados invadan antes Alemania. -Extrajo del bolsillo la boina roja y se la encasquetó.- Haré una visita a nuestros amigos del continente. Quizá consiga activarlos. Y si eso fracasa, podremos hablar de la incursión nocturna. Es posible que sea la única esperanza.

Estaba cerca de la puerta cuando de pronto Ward preguntó: -¿Qué me dice de Siegfried?

Haller no entendió la pregunta.

-Nunca le ha mencionado... y tampoco a la joven... cuando

estuvo preguntando acerca del bombardeo. ¿Una incursión diurna? ¿No estarán trabajando en el bunker durante el día? Si podemos asestar golpes directos a todos los edificios, las posibilidades de supervivencia de los dos serán escasas. Seguramente usted ya ha pensado en ello.

Haller volvió al centro de la habitación. Asintió con un movimiento lento de la cabeza.

-En efecto, lo pensé. Pero sólo unos instantes. No podemos detenernos a pensar en ese tipo de cosas.

Ward le miró en los ojos.

-Maldito sea -estalló Haller-, sé cómo suena. Pero si sus pilotos pudieran garantizarme blancos directos, solicitaría esa misión, sin que me importase cuántos de ellos pueden morir. Ofrecería esas vidas si pudiera detener este asunto. Muchas vidas, incluso civiles. Y si tuviera éxito, creería haber hecho un excelente negocio.

Ward desvió la mirada.

-Por supuesto, tiene razón. ¡Ojalá, que la cosa no llegue a ese punto!

-¡Ojalá! -dijo Haller.

Berlín - 7 de setiembre

Los cambios eran minúsculos; modificaciones de fracciones en el diseño cuando traspuso el reactor de prueba a los planos destinados a la construcción en gran escala. Pero al acumularse determinarían que los neutrones se desplazaran con una velocidad mucho menor, y lograrían que la reacción se acelerase sobrepasando los límites de control.

Anders había estado trabajando solo. Heisenberg y la mayoría de los científicos se habían trasladado al asentamiento del reactor de producción. Los papeles y los registros habían sido empaquetados en medio de la noche, y a la mañana siguiente se les había otorgado apenas unos segundos para que reuniesen sus pertenencias personales. Pocos días después, la mitad del personal de ingeniería desapareció, lo mismo que todos los químicos. Anders permaneció en el instituto, con unos pocos científicos que debían ayudarle y los proyectistas que transformarían sus cálculos y reconvertirían a escalas su diseño para transformarlo en los planos del reactor de producción.

-¿No confían en mí? -había gritado Anders a Diebner-. ¿Estarán presentes sólo alemanes cuando se comprueben definitivamente mis ideas?

-Por supuesto, no es así, profesor Bergman -había insistido Diebner-. Usted y la señorita Zorn serán trasladados inmediatamente. Pero por ahora, se le necesita aquí, con el reactor, para supervisar la preparación de los planos. Tiene que ser así. El resto es necesario en el lugar de producción, para iniciar los trabajos de construcción. Apenas termine su tarea, se reunirá con ellos.

Diebner los había mimado y halagado. Para demostrar su afecto había ofrecido a Anders y a Birgit una casa más lujosa. Y cuando ellos la rechazaron, aprovisionó la pequeña casa de campo con vinos sacados de las bodegas de Francia y con manjares de todos los países conquistados. Incluso había regalado a Birgit un abrigo de suave piel de marta cebellina rusa.

-Ustedes son héroes mundiales -dijo a Anders. Y después comentó los planes que estaban elaborando para publicar la obra de Bergman apenas concluyese la guerra-. Todos los científicos del mundo sabrán exactamente lo que ustedes consiguieron -prometía a cada momento.

El procedimiento era lógico. Los científicos y los ingenieros no eran necesarios en la tarea que Anders estaba realizando. Se les aprovecharía mejor en la construcción del nuevo reactor. De todos modos, sobraban pruebas de que los nazis podían confiar en la lealtad de Anders. Diebner continuaba negándose a decirle dónde construirían el reactor, y alegaba la necesidad de seguridad militar cada vez que aparecía la pregunta. Se establecieron complicados procedimientos para impedirle todo lo que significase un contacto directo con los colegas que ya habían partido. A medida que se completaba cada plano, se arrancaban las páginas del tablero de dibujo y se entregaban a un correo que vestía el uniforme SS. El mismo correo traía preguntas y sugerencias de los restantes científicos acerca de los planos.

-Sería más fácil hablar por teléfono -se quejaba Anders a Diebner siempre que éste visitaba el bunker-. Perdemos tiempo mientras se necesitan dos o tres días para que yo conozca las opiniones de mis colegas acerca del trabajo que estoy realizando.

-Cualquiera puede escuchar las conversaciones telefónicas -replicó Diebner. En otras ocasiones afirmó que algunas líneas telefónicas habían sido destruidas por saboteadores al servicio de los

aliados.

Pero pese a su estado de casi paranoia, Anders sabía muy bien que sólo gracias a su aislamiento había podido incorporar esos cambios casi imperceptibles al diseño del reactor. No habría podido modificar los cálculos si Heisenberg o Lauderbach hubieran estado husmeando a su alrededor. O si ellos hubiesen estado ejecutando partes del nuevo diseño, las contradicciones se habrían manifestado apenas intentaran armar las piezas. En cambio, aceptaban los planos que él enviaba como prolongaciones perfectas del diseño ya comprobado.

Al principio, su plan había parecido obvio y peligroso. ¿Heisenberg no comprendería que los nuevos proyectos no coincidían con los cálculos comprobados con sólo dirigir una ojeada a la primera página de los planos? ¿Lauderbach no acudiría de prisa a Diebner al primer atisbo de sabotaje? Después que el correo partiera con el primer paquete para dirigirse al lugar de la construcción, Anders permaneció sin dormir la noche entera, mirando sin ver las brasas del hogar.

-Les he suministrado todas las pruebas que necesitan para sacarnos al patio y fusilarnos -reconoció ante Birgit cuando ella salió de la cama para reunirse con él-. Todo lo que alguien tiene que hacer es repasar la serie completa. Tomar los planos y calcular nuevamente las ecuaciones que ellos representan.

-¿Alguien es capaz de hacerlo? -preguntó Birgit-. Todo esto tiene un carácter tan teórico. Hay tanto espacio para las diferencias de criterio.

Anders hizo un gesto de conformidad.

-Heisenberg. Heisenberg lo entendería en un minuto, si tuviese motivos para mostrarse suspicaz. Y quizá Lauderbach. Si alguien formula un interrogante ante cualquiera de ellos, comprenderán qué me propongo.

Birgit se acercó más a Anders, y apoyó la cabeza sobre el hombro del científico.

-Tenemos que arriesgarnos -dijo, señalando con esas palabras que estaba más que dispuesta a compartir el mismo destino-. No hay otro modo.

El advirtió que Birgit temblaba de frío, y puso dos nuevos leños

sobre las brasas. En un instante los carbones rojo cereza se habían convertido en luminosas llamas amarillas. Después, permanecieron sentados en silencio, compartiendo el calor, y cada uno sabía que el tiempo que les quedaba de convivencia probablemente podía contarse en horas.

Pero no se originaron protestas en el asentamiento del reactor. El correo llegaba para recoger los nuevos planos apenas los terminaba, y al regreso las preguntas que traía de los científicos nada tenían que ver con los errores que Anders había incorporado.

A medida que pasaban los días, Anders confiaba cada vez más en que nadie descubriría su trabajo de destrucción. Las páginas nuevas salían de prisa del bunker, y los comentarios que llegaban al regreso del mensajero indicaban que estaban construyendo el reactor exactamente de acuerdo con los cálculos que él suministraba. Durante sus visitas, Diebner desbordaba entusiasmo ante los progresos espectaculares que estaban realizando.

Noche tras noche él y Birgit hallaban nuevos motivos para abrigar esperanzas. Los rumores decían que los aliados ya estaban en la frontera alemana. Si, como parecía, los alemanes estaban invirtiendo todo lo que tenían en ese diseño destinado al fracaso, después necesitarían varios meses para recuperarse. Y si los aliados ya estaban sobre el Rhin, el reactor no estaría terminado a tiempo. Mientras se acurrucaban frente al fuego, hasta bien entrada la noche, se sentían tentados de pensar en un futuro que apenas unas semanas antes hubiera sido inconcebible.

Pero tenían que estar seguros. Antes de que él pudiese enviar un mensaje cifrado a Haller, debían tener la certeza de que los cambios que había promovido liquidarían cualquier posibilidad de fabricación de una bomba atómica alemana. Anders decidió repasar todo, y controlar nuevamente cada ecuación y cada cálculo. Sólo después se permitiría pensar en el futuro.

Gatwick - 8 de setiembre

Las pantallas del radar del Comando de Cazas se activaron.

El capitán Davey Jones estaba de pie en la oscuridad, mirando sobre los hombros de dos operadores y dos mujeres sentados frente a los tubos destellantes, atentos a los desplazamientos bruscos que indicaban la aproximación de unas grandes bombas.

-Los alemanes están activos esta mañana -comentó distraídamente el capitán Jones. La línea de bombas dirigidas que cruzaban el Canal parecía interminable.

-Cinco durante la última hora -observó el sargento Tony Maginnis con voz que intentaba dominar la transmisión de comunicaciones entre los especialistas de radar y los pilotos del Comando de Cazas que estaban situados sobre el Canal. Maginnis era el operador jefe, un joven delgado, de gafas, que había sido rechazado en el servicio militar, hasta que su genio en el campo de la electrónica le convirtió en una figura esencial de la defensa nacional.

Los radares detectaban las bombas V-l antes de que cruzaran la costa holandesa. Los operadores apuntaban hacia antenas instaladas a varios centenares de kilómetros de distancia unas de otras sobre el lado británico del Canal, y utilizaban las dos localizaciones para fijar la posición exacta del blanco. Después, dirigía a los *Typhoon* de alta velocidad, que estaban patrullando, hacia el punto de intersección.

Los *Typhoon* con motores de hélice no podían igualar la velocidad de las bombas con propulsión a chorro. De modo que cuando se acercaban al punto de intersección, se elevaban a bastante altura sobre el blanco indicado. Después, se lanzaban en picado, aumentando la velocidad que necesitaban para hacer una pasada de ataque. La táctica era muy eficaz en los días claros, cuando la bomba, con su llamativa estela de humo negro era muy visible. Pero era menos eficaz de noche, cuando el resplandor rojo del escape del motor a reacción era el único blanco visible.

Las bombas alemanas, pese a su carga letal, se habían convertido en algo de rutina. Sobre el Canal, los pilotos de los *Typhoon* se habían acostumbrado a seguir en vuelo los vectores indicados por los operadores de radar. Habían aprendido que las bombas dirigidas, a diferencia de los aviones tripulados, no podían realizar maniobras evasivas ni devolver el fuego. De modo que se acercaban mucho, maniobraban sus máquinas con el fin de disparar todas sus armas, y atacaban hasta que la bomba se rompía en pedazos, o bien el curso de su vuelo quedaba al alcance de los disparos de los aviones ingleses. En Londres, la gente había aprendido a ignorar el chisporroteo de los motores a reacción. Sólo cuando oían detenerse el motor corrían a

refugiarse.

El capitán Jones se había apartado de las pantallas de radar para preparar la tercera taza de té de la noche, cuando oyó el grito de Maginnis sobre el murmullo normal de la conversación: - Santo Dios, ¿qué demonios es esto?

Jones apenas apartó los ojos del recipiente humeante cuyo contenido estaba vertiendo en la tetera de porcelana.

-Aquí viene uno a tres mil doscientos kilómetros por hora.

Jones se echó a reír.

-Lo que tienes allí es un capacitor averiado -bromeó-. Será mejor que pases a otro monitor.

Depositó el recipiente sobre la cocina, y puso cuidadosamente la tapa sobre la tetera.

-Yo también veo lo mismo -dijo una de las operadoras-. Velocidad tres mil doscientos kilómetros. Altura... no puedo saberlo. Está sobrepasando la escala.

Jones meneó la cabeza y regresó a las pantallas de radar.

-Nada vuela a tres mil doscientos kilómetros por hora -afirmó con voz severa. Pero Jones pudo ver la señal ectrónica que indicaba un blanco reflejado en el radar. Se desplazaba a tal velocidad que de hecho él podía ver su avance a través de la pantalla.

-Ni siquiera puedo delimitar bien la posición -dijo Maginnis, y el pánico comenzaba a insinuarse en su voz-. Cuando paso de una antena a la otra el condenado artefacto ya se ha movido.

-Tres mil trescientos veinte kilómetros por hora. Altura, más de veinte mil metros -dijo con voz neutra la operadora, mejorando su informe precedente.

-Maldito sea -ladró Jones-. Nada se mueve tan velozmente. Y nada vuela tan alto. Comprueben el equipo.

Miró mientras Maginnis pasaba su monitor de radar al estado de prueba. Los valores previstos aparecieron inmediatamente.

-El equipo está bien -informó Maginnis. Volvió a la búsqueda del blanco. El trazo se había desplazado un tercio del trayecto sobre la

pantalla en los pocos segundos que había necesitado para realizar la prueba.

-¿Qué demonios es esa cosa? -preguntó Jones-. Debe ser un meteorito.

-Pero estaba elevándose... no descendiendo -le corrigió la joven.

-No puede ser -exclamó Jones. Extendió la mano hacia las llaves de control y comenzó a comprobar los cálculos.

-Tengo una ruta -le interrumpió Maginnis-. Sigue el mismo curso que las bombas dirigidas. Se dirige a Londres.

Jones miró desconcertado los datos, mientras sus propios cálculos confirmaban lo que sus operadores estaban informándole.

-¿Debemos comunicar el blanco al Comando de Cazas? -preguntó Maginnis.

Jones meneó la cabeza.

-No nos creerán. Pensarán que estuvimos bebiendo.

-Es un auténtico blanco -le recordó Maginnis-. Lo tenemos en ambas antenas. Quizás es un tipo de proyectil de artillería.

-No existe nada parecido -replicó Jones-. ¿Qué clase de cañón puede disparar de Holanda a Inglaterra?

-Alcance, trescientos veinte kilómetros -dijo la mujer-. Tiempo para llegar a Londres... seis minutos.

Jones miró el trazo, que ahora había recorrido la mitad de la pantalla de radar.

-¿Para qué informar al Comando de Cazas? -preguntó con aire distraído-. Si es real, no podrán hacer absolutamente nada.

-Está aumentando la velocidad -anunció la voz de la mujer-. Tres mil ochocientos cuarenta kilómetros.

-Y desciende -agregó Maginnis-. La maldita cosa salió de la pantalla y ahora regresa.

-Infórmeles -dijo Jones.

Maginnis manipuló su transmisor.

-Mensajero, habla Palacio. Tenemos un blanco en cero-ocho-cinco, alcance trescientos veinte, velocidad tres mil ochocientos cuarenta kilómetros, altura veinte mil metros. No identificado.

El interlocutor reaccionó inmediatamente.

-Otra vez, Palacio. Entendí velocidad tres mil ochocientos cuarenta. ¿Qué significa eso?

-Lo que ha oído -contestó Maginnis-. Velocidad tres mil ochocientos cuarenta kilómetros.

Hubo una pausa. Después, otra vez la voz del interlocutor.

-¿Ustedes están bien? No puede ser tres mil ochocientos cuarenta kilómetros.

-La velocidad es la misma -dijo suavemente la mujer-. Llegará a Londres en cinco minutos.

Jones se apoderó de un teléfono que le comunicaba con el comandante de la defensa aérea del distrito de Londres. Se identificó, se calló un instante, y después gritó al teléfono: -Sáquelo ahora mismo de esa condenada reunión. Esto es urgente. -Volvió los ojos hacia la pantalla mientras esperaba. El trazo de identificación ahora había recorrido dos tercios de la pantalla.- Aquí, Jones -ladró de pronto, los ojos fijos en el blanco-. Tenemos algo nuevo que viene de Holanda. Se desplaza a tres mil ochocientos cuarenta kilómetros por hora, y desciende desde unos treinta mil metros. Explotará en...

-Cuatro minutos -dijo la mujer.

-Cuatro minutos -repitió acercándose al teléfono.

Escuchó un momento, con el rostro inexpresivo. Después, colgó el auricular. Maginnis esperaba sus instrucciones.

-Me dijo que rezara -masculló Jones. Se inclinó sobre sus operadores y vio el trazo que avanzaba constantemente hacia el extremo de la pantalla.

Nadie lo vio. El primer cohete V-2 operativo de los alemanes atravesó un cielo lechoso en un picado vertical a más de 3.600 kilómetros por hora. Cuatro segundos después perforó el techo de un

edificio de cuatro pisos y llegó hasta los cimientos. Se había hundido seis metros bajo el nivel de la calle cuando estalló su tonelada de explosivos de gran potencia.

Desde la profunda cueva que la bomba había creado, la explosión tuvo escaso efecto. Su energía se orientó hacia arriba, y pulverizó el edificio al que ya había atravesado y sacudió los cimientos de las construcciones circundantes. Quedó destruida menos de media manzana. La gente que estaba a pocas calles de distancia no tuvo idea siquiera de que había explotado algo.

Pero Haller sabía cuál era la carga que ese increíble cohete debía transportar. Y si los británicos habían aprendido a defenderse de las bombas V-l, los alemanes tenían ahora algo mejor. No había defensa posible contra un cohete que salía de la atmósfera y después buscaba su blanco a una velocidad que triplicaba la del sonido. Jamás podría haber una defensa contra un arma de ese género.

El informe que tenía en las manos demostraba que los nazis ya habían conquistado la mitad de su victoria. Habían demostrado la precisión con que podían lanzar su bomba atómica sobre el corazón de Londres, e incluso anunciado su llegada, en vista de que los británicos no tenían la más mínima posibilidad de impedirlo. Lo único que necesitaban era la carga explosiva.

"El reactor de producción sufrirá un fallo catastrófico", había asegurado Anders en su mensaje cifrado. Era la única esperanza de Haller. Si el agente aficionado, aislado en Alemania, se equivocaba, los nazis obtendrían pronto la otra mitad de su victoria.

Berlín -10 de setiembre

-Significará nuestra destrucción -declaró el general von Rundstedt-. No estamos en condiciones de defender la línea. Debemos reconsiderar la situación.

Pero la cara medio iluminada que estaba detrás del enorme escritorio guardó silencio. Las manos continuaron jugueteando con los papeles, como para demostrar que Himmler ni siquiera prestaba atención.

-Si retrocedemos hacia el Rhin, tendremos una posibilidad.

Debemos reagruparnos. Reabastecer nuestras divisiones. Después, con el Rhin como barrera, tal vez podamos mantenernos.

Era el mismo razonamiento que von Rundstedt había desarrollado ante el Führer cuando lo convocaron al laberíntico bunker del comando. Hitler lo había relegado de su mando apenas un mes antes, enfurecido por el éxito de la invasión de los aliados. Ahora, el gran jefe le ordenaba que regresara al frente occidental para contener la ofensiva que parecía cobrar cada vez más impulso. Pero sus órdenes eran ridiculas.

-¿Cómo puedo defender Holanda sin llevar más tanques? Y si lo hago, los aliados simplemente pasarán al lado de Holanda, aislando a los tanques que yo puse allí, de manera que no contaré con esas fuerzas para organizar un perímetro defensivo.

Esperó la contestación, pero no hubo nada de eso. Himmler continuó atareado con las carpetas depositadas sobre su escritorio.

-¡Y además que contraataque! -Von Rundstedt alzó las manos.- ¿Con qué? Si se trata de contraatacar, ¿por qué debo dejar divisiones blindadas que quedarán aisladas en Holanda? ¿No lo comprende? Destruiría toda nuestra fuerza occidental sólo para ganar unas pocas semanas. Quizás un mes. Pero después de ese mes, el Reich estará indefenso.

Las manos descansaron, y después la voz susurrante habló desde un lugar que estaba fuera del resplandor de la lámpara.

-Yo supondría que el Führer considera que el tiempo es más importante que sus ejércitos.

-¿Están formándose nuevos ejércitos? -preguntó sarcásticamente von Rundstedt-. ¿Ejércitos de los que nada sé? ¿Quizá constituidos por los niños y los ancianos que ahora estamos llamando a filas?

-El Führer tiene sus razones -dijo suavemente la voz incorpórea.

-Pero si usted hablase con él, Reichsführer. El respeta mucho su opinión.

-Y yo la suya -replicó la voz, esta vez con un amenazador tono de irritación-. Siempre acertó, incluso cuando nuestros generales no comprendían su sabiduría.

Von Rundstedt sintió que se le endurecían los músculos. Necesitó realizar un gran esfuerzo para contener el impulso de arrojarse sobre el escritorio y apretar el frágil cuello hasta que se quebrara. Había realizado una experiencia de primera mano del genio del Führer cuando Hitler prohibió que los tanques de Rommel atacasen a los invasores en Normandía. "No puede ser la invasión", había insistido Hitler, pues no era allí donde según sus Pronósticos debía realizarse el ataque. Y había mantenido a Rommel vigilando el paso de Calais hasta que los aliados ganaron las cabezas de playa de Normandía. Si von Rundstedt hubiese impartido las órdenes en lugar del Führer, las fuerzas que ahora estaban atacando por Bélgica habrían sido arrojadas al Atlántico.

-Herr Himmler -dijo, negándose a pronunciar el antiguo título de ese detestable y pequeño bastardo-, a pesar de todo su genio, el Führer no puede conocer el estado de las tropas a las que pide que organicen un contraataque.

-No lo pide -respondió Himmler en un tono casi canturreado-. Lo ordena. El Führer está ordenándoles que ataquen. Y puedo sugerirle, Herr Rundstedt, que usted no está en condiciones de conocer las armas que usaremos contra nuestros enemigos en pocos meses más. Armas que los aplastarán totalmente. El ordena el ataque porque eso es lo que el Reich necesita de sus ejércitos. ¡No victorias! Sólo tiempo. Tiempo suficiente para preparar la victoria definitiva.

El general sintió que su fuerza cedía bajo el peso tremendo de la desesperación. Estaban todos locos con sus superarmas. Esas maravillas científicas eran excelente propaganda para los maltratados civiles. Pero no contribuirían en absoluto a mejorar la situación de los soldados en las trincheras.

-Seremos masacrados -dijo-. No quedará nadie para disparar las nuevas armas.

Hubo un momento de silencio, y después una risita insultante llegó del otro lado del escritorio.

-Con nuestras nuevas armas, no necesitaremos soldados -dijo Himmler-. Le aseguro, general von Rundstedt, que si usted puede mantener el frente occidental hasta febrero, los aliados se rendirán en masa.

Von Rundstedt se asombró ante la audacia de la sugerencia. ¿Todos estaban locos? ¿Creían sinceramente que los grandes ejércitos

de los aliados, que ahora superaban a las fuerzas alemanas tanto en hombres como en material, se rendirían ante un contraataque condenado al fracaso?

-Reichsführer Himmler -dijo pacientemente-, aprecio plenamente la importancia de nuestros nuevos cohetes y los nuevos cazas a reacción que están entregando a la Luftwaffe. Comparto la creencia de que con esas armas, y un poco de tiempo, podremos defender el terreno. Pero incluso con todas estas armas, ¿cómo podemos abrigar la esperanza de mantenernos si todas nuestras divisiones están muertas o encerradas en campos de prisioneros? Si queremos mantenernos durante el invierno, debemos salvar ahora lo que queda de nuestros ejércitos.

-Los cohetes y los cazas a reacción son sólo el comienzo -respondió la voz de Himmler-. Tenemos una nueva arma que estará preparada en pocos meses, y que destruirá en un día a nuestros enemigos. Me temo, general, que nuestros ejércitos deben morir en el lugar que ahora ocupan. No puede haber retirada. -La voz se interrumpió un momento, de manera que la sentencia de muerte fuese bien entendida por el más alto jefe militar de Alemania.- Es el sacrificio que el Reich reclama. Con ese sacrificio, sus soldados nos darán el tiempo que necesitamos para asestar el golpe definitivo a nuestros enemigos. Serán los verdaderos responsables de nuestra victoria total.

Von Rundstedt miró sin ver la luz. Extendió la mano hacia el escritorio y recuperó las órdenes que Himmler no se había molestado en examinar. Había comenzado a apartarse del escritorio cuando concibió una alternativa que tal vez salvase a parte de sus tropas de la masacre que era inevitable.

-Quizá yo pueda darles todo el tiempo que necesiten mediante una retirada muy bien organizada. Si retrocedemos en etapas, sosteniendo una línea y después retrocediendo hasta la siguiente.

-General von Rundstedt, sugeriría que usted confíe en el criterio del Führer -contestó Himmler con voz suave-. Le aconsejo que cumpla sus órdenes.

Estaba en el automóvil del comando, saliendo de Berlín, en dirección a la frontera belga, antes de que hubiese reunido el valor necesario para examinar otra vez las órdenes. "Defienda a Holanda en la línea del río Waal. Prepare un contraataque desde la frontera belga en dirección a Namur, aislando a los ejércitos aliados que presionan

sobre el Ruhr." Era absurdo. Holanda tenía escaso valor, excepto como base de lanzamiento de los inútiles cohetes. Y los ejércitos de Runsdtedt podían retroceder para defender el Rhin, y no avanzar dejando absolutamente indefenso el centro de la industria pesada alemana.

¿Por qué? ¿Para ganar tiempo con el fin de utilizar otra de las superarmas que Goebbels continuaba prometiendo? ¿Qué clase de superarma podía contener a los tanques de Patton? ¿Qué clase de mente enfermiza creía que había un arma que podía imponer la rendición a los británicos?

Eindhoven - 22 de setiembre

La información de Haller había sido decisiva.

Había llegado al continente en el momento mismo en que se desarrollaba la furiosa discusión entre Montgomery, que mandaba a los ejércitos septentrionales en su marcha hacia el interior de Holanda, y Eisenhower, que mandaba a todos los ejércitos aliados. Montgomery estaba proponiendo un ataque masivo de fuerzas aerotransportadas con el propósito de apoderarse de todos los puentes tendidos sobre el Rhin inferior en la propia Holanda. Proponía llevar sus tanques en un ataque relámpago, cruzar los puentes y entrar en el corazón de Alemania, acelerando en varios meses la derrota nazi. Eisenhower había llegado a la conclusión de que el plan no sería eficaz.

Para equipar al obstinado comandante de campo británico tendría que retirar suministros de otras fuerzas aliadas, y de ese modo el frente entero quedaría paralizado. Incluso si la fuerza de Montgomery entraba en Alemania, todas las provisiones deberían pasar por la serie de puentes que él debía capturar. Si los alemanes conseguían destruir un solo puente, el ejército atacante quedaría detenido, sin vías de retirada.

Bedell Smith negociaba entre los dos generales, tratando de apaciguar a Montgomery, con el fin de que no hiciera públicas sus quejas. El héroe de El Alamein se había convertido en leyenda para el pueblo inglés, y sus constantes reclamaciones en el sentido de que se le diese el mando, amenazaban la estructura total del comando unificado. Smith estaba en guardia cuando Haller entró en su oficina. Lo que menos necesitaba ahora era otro oficial inglés instruido

cuidadosamente para defender la posición de Montgomery.

Haller nada sabía de la polémica. Deseaba llamar la atención de Eisenhower sobre dos hechos, y no sabía que estos serían los puntos de apoyo que Montgomery necesitaba. Uno era la nueva V-2 alemana.

-Esos malditos artefactos están en el límite de su radio de acción -dijo a Smith-. Están diseñados para volar desde Holanda. Podemos destruir el concepto entero si avanzamos hacia el norte, en dirección a las áreas de lanzamiento, y no hacia el este, en dirección a Alemania. -Presentó los mismos argumentos en relación con las bombas V-l. Varias no habían llegado a explotar cuando tocaron suelo, y los ingleses habían descubierto que los tanques de combustible estaban vacíos.- No detienen los motores. Sencillamente agotan el combustible -explicó Haller-. Si los alemanes se retiran de Holanda, no podran llegar con esas armas a Inglaterra.

Su segundo punto era el cronograma del explosivo de uranio, que podía ser transportado por los dos misiles dirigidos. Los alemanes ya habían probado el prototipo y Haller no podía confiar en las seguridades de Siegfried de que el reactor destinado a la producción alcanzaría menos éxito. Era posible que los alemanes produjesen plutonio en un lapso menor de seis meses.

-Lo cual significa que las bombas atómicas caerán en Inglaterra hacia la primavera -explicó pacientemente, con la esperanza de que Smith demostrase el mismo pánico que el propio Haller sentía desde que Anders le había informado del éxito obtenido con el reactor de prueba-. Los bastardos todavía pueden ganar esta guerra.

Pero Smith se había mostrado impasible como un jugador de poker, la cara inexpresiva mientras tomaba notas de lo que Haller decía. Había intentado consolar a Haller señalando los avances que los aliados realizaban en todo el frente.

-Si podemos abrir Amberes, triplicaremos nuestras posibilidades de suministros -dijo, haciéndose eco de la estrategia logística que Eisenhower había explicado repetidas veces-. Hacia Navidad deberíamos estar en el Rhin, desde Suiza hasta el Mar del Norte.

-Eso no será suficiente -había dicho finalmente Haller, rodeando el escritorio de Bedell Smith para acercarse al mapa colgado de la pared-. Los alemanes aún retendrán la totalidad del norte de

Holanda. Aún dispondrán de rampas de lanzamiento seguras para sus cohetes. Y construirán aquí sus bombas de uranio... -Su dedo apuntó a Nordhausen.- Eso está a más de trescientos kilómetros del Rhin. -Abrió los dedos de la mano para medir la distancia de Holanda a Inglaterra meridional, y después trazó un arco a través de Francia.- Podrán pulverizar todos los blancos de este área, y eso cubre la totalidad del territorio que habremos ocupado para Navidad. Dios mío, usted insiste en afirmar que Amberes es la clave de la guerra. Los alemanes podrán destruir Ambe-fes una vez que tengan su bomba.

Smith asintió, y después cerró su cuaderno. Era inútil cuestionar la argumentación de Haller. La velocidad era esencial. Tenían que entrar en Alemania antes de que los nazis lograran fabricar su bomba. Y necesitaban apoderarse de las rampas de lanzamiento de cohetes.

-Examinaré esto con Ike -prometió a Haller. Pero Smith ya sabía cuál era el consejo que ofrecería al comandante supremo. El ataque de Montgomery a los puentes era la mejor posibilidad que se les ofrecía, pese a que no era una posibilidad demasiado favorable.

Ahora, Haller se paseaba ida y vuelta en una ruinosa casa que estaba cerca de Eindhoven, el lugar convertido por los británicos en puesto de mando. Por las ventanas sin vidrios alcanzaba a ver los cañones que pasaban veloces llevando suministros por el camino que se dirigía a Nimega, donde los norteamericanos atacaban uno de los puentes. Por la radio de campaña, escuchaba los informes provenientes de Arnhem, donde su propio regimiento se había lanzado en paracaídas sobre otro de los puentes. Las noticias no eran favorables.

Las veteranas divisiones de von Rundstedt combatían por Holanda como si ésta hubiera sido la propia Alemania. Ni siquiera habían intentado volar los puentes, algo que representaba el más grave temor de Mongtomery. En cambio, usaban los puentes para enviar tropas al sector. Al norte de Eindhoven, estaban atacando los costados del corredor, tratando de cerrar la línea de suministros que los tanques británicos del frente necesitaban desesperadamente. En el río Waal, combatían a los paracaidistas norteamericanos en las calles que conducían al puente. En el cruce del Rhin, los Diablos Rojos estaban siendo masacrados en edificios que se encontraban a casi un kilómetro del objetivo.

-Aún estamos en el juego -dijo Bedell Smith, tratando de mostrarse optimista, pese a los informes depositados sobre la mesa de

cocina utilizada como escritorio-. Los polacos se arrojarán sobre Arnhem esta tarde para reforzar a los británicos. Y nuestra gente intenta forzar el paso del Waal aquí mismo. -Señaló el lado occidental del puente de Nimega, donde los paracaidistas norteamericanos estaban atacando y trataban de cruzar el río en balsas de caucho.- Si nos apoderamos de Nimega, tendremos el camino libre para enviar los blindados hasta Arnhem. Atacaremos por tres lados a los alemanes.

Haller asintió sin demostrar entusiasmo. Sus pensamientos estaban lejos de las tácticas de la batalla.

-Creo que nos llevan ventaja -razonó-. Creo que saben exactamente lo que perseguimos. Saben que esta es la batalla que decide la guerra. Si no fuera así, ¿por qué estarían volcando todo lo que tienen en Holanda?

Smith no comprendió.

-¿Qué gana von Rundstedt atacando en Holanda? -insistió Haller-. Está usando tropas y tanques que necesita para defender su margen del Rhin, y malgastándolos de este lado. ¿Por qué? ¿Qué consigue de ese modo?

-¿Una gloriosa victoria para el Führer? -conjeturó sarcásticamente el general Smith.

-Tiempo -dijo Haller, respondiendo a su propia pregunta-. Está canjeando tropas por tiempo. Lo cual significa que, a menos que esté loco, sabe que el tiempo es más importante que los ejércitos. Sabe que si puede ganar bastante tiempo, no necesitará los ejércitos.

Smith pareció desconcertado.

-Tal vez -admitió-. Pero es posible que usted les asigne excesiva inteligencia. Arnhem es un puente sobre el Rhin. Puede ser sencillamente que un buen ataque sea la mejor defensa.

Haller se acercó a la ventana y miró los camiones que ahora se habían detenido a un lado del camino.

-Es posible -reconoció-. Pero concuerda con el cronograma que ellos tienen. Sabemos que han llegado al punto crítico con un reactor. Y sabemos que están construyendo una planta de producción. Sólo necesitan unos pocos meses. Mi conjetura es que consideran que este ataque es un intento frenético de negarles el tiempo que necesitan. Creo que por eso han volcado en Holanda la mitad de su ejército.

Están luchando para ganar tiempo... no territorios.

A lo largo del día los dos hombres examinaron los mensajes que venían de los distintos combates librados a lo largo del camino. Varias veces Smith descolgó el auricular de un teléfono y habló con Eisenhower, ofreciéndole un relato exacto de los hechos, al margen de sus propios sentimientos, que oscilaban entre la esperanza y la angustia.

Se sintió deprimido por los informes de que los cazas y el fuego antiaéreo de los alemanes estaban masacrando los transportes que llevaban al regimiento de paracaidistas polacos. Después, se sintió reanimado por un mensaje de las tropas aerotransportadas norteamericanas, que informaban que habían cruzado el Waal. La atmósfera llegó a ser sombría cuando se interrumpieron tas comunicaciones con los Diablos Rojos, retenidos cerca del Puente de Arnhem, pero las cosas mejoraron cuando Smith supo que los norteamericanos habían tomado intacto el puente de Nimega y que los tanques británicos estaban cruzándolo.

-Un puente más -dijo a Eisenhower-. Son sólo trece kilómetros, pero von Rundstedt lo necesita tanto como nosotros.

Escuchó varios segundos antes de cortar la comunicación, y después se volvió hacia Haller.

-Ike ha dicho a Montgomery que tiene que decidir por la mañana si seguirá adelante o retrocederá. Teme que, aunque ocupemos los puentes, no podremos mantener abierto el camino.

-Dios mío -exclamó Haller-. Tenemos que continuar avanzando.

Bedell Smith meneó la cabeza.

-¿Cómo lo haremos, si no podemos trasladar suministros y refuerzos?

Hizo un gesto en dirección a la ventana. Los camiones de suministro continuaban detenidos afuera.

Era casi medianoche cuando llegó la decisión. Los tanques de Montgomery estaban detenidos a ocho kilómetros del puente de Arnhem. Los Diablos Rojos estaban evacuando la ciudad, y en pequeños grupos cruzaban el Rhin y huían hacia el sur. Las tropas alemanas habían cortado el camino en dos puntos, y los norteamericanos apenas habían podido obligarles a retroceder.

Montgomery ordenaba la retirada hasta Eindhoven.

Quién sabe por qué, Bedell Smith sintió que había defraudado personalmente a Haller, y se disculpó por el fracaso del ataque.

-¿Qué hará ahora? -preguntó.

-Imagino que iré a Berlín -contesó Haller con expresión fatigada-. Por lo que sabemos, continúan recibiendo información del prototipo del reactor. Tal vez podamos obligarles a trabajar más lentamente. No es mucho. Pero por ahora parece la única táctica posible.

Berlín - 27 de setiembre

Estaban atravesando en automóvil las calles, y salían de la ciudad en dirección a la casa de campo, cuando las sirenas sonaron en el silencio y la oscuridad. El conductor aminoró la marcha, mientras ponderaba las alternativas. Podía volver a la seguridad del Instituto Kaiser Guillermo, al que los bombarderos parecían considerar una especie de santuario. O podía acelerar hacia el sur, con la esperanza de salir de la zona de los blancos antes de que las bombas comenzaran a caer.

Se dio la vuelta en su asiento.

-Herr profesor Bergman, creo que deberíamos volver. Podríamos llegar al instituto en pocos minutos.

-Estamos casi fuera de la ciudad -contestó Anders.

-Es peligroso -le recordó el conductor-. Las bombas pueden caer en un sitio cualquiera.

Anders miró a Birgit, que parecía indiferente al miedo que las sirenas provocaban en todos los que se hallaban cerca. Las personas que habían estado caminando por las calles de pronto corrían hacia los portales. Otros salían rápidamente de los edificios y buscaban la protección de los subsuelos.

-Creo que es mejor continuar -dijo ella-. Cuanto más nos alejemos del centro de la ciudad, tanto mejor.

Anders hizo al conductor un gesto para indicar su conformidad, y el otro inmediatamente comenzó a acelerar. Pero su velocidad era limitada. No había más luces que el pálido resplandor

de los focos pintados a medias, y de cuando en cuando formas más oscuras se cruzaban en el camino, buscando refugio. La bocina era inútil, a causa del alarido de las sirenas; y además la gente no hacía caso, pues concentraba la atención en peligros mucho más graves. Las bocacalles pasaban lentamente, y Anders contaba cada una como si hubiese sido una etapa.

-No lo conseguiremos -gritó finalmente el conductor, sin apartar los ojos del camino-. Creo que es necesario que me detenga y ustedes busquen un refugio.

-Continúe avanzando -decidió Anders-. Tal vez ataquen otros lugares. Estaremos a salvo.

Pero en ese mismo instante el camino quedó bloqueado. Dos camiones militares se habían detenido a un lado de la calle. Los soldados, jovencitos vestidos con uniformes mal cortados, descendían de la tranquera de cada vehículo, cubierta con lonas. Algunos buscaban refugio entre las ruedas. Otros intentaban montar ametralladoras en la calle y sobre el techo del camión.

El conductor frenó y después describió un giro en U, y las ruedas subieron a la acera.

-Herr profesor, creo que deberían buscar refugio.

-¿No podemos buscar otro camino? -preguntó Anders. El conductor se encogió de hombros. Nada era seguro. Y estaban perdiendo tiempo. Las bombas podían comenzar a caer de un momento a otro.

De pronto, el cielo se iluminó intensamente, perfilando las siluetas de los edificios. Era como si una estrella de pronto hubiese caído sobre ellos.

-Dios mío -gritó Anders. Sintió el apretón de la mano de Birgit en su brazo.

-Bengalas -gritó el conductor-. Están soltando bengalas para iluminar el objetivo.

Anders podía ver la fuente de luz, una llama intensa como el calor cortante de una lámpara de acetileno, descendiendo lentamente en la noche.

-Están unidas a paracaídas, para colgar en el aire como

reflectores.

La forma de un pequeño bombardero apareció iluminada por el resplandor, y detrás de la máquina apareció otro punto luminoso. Y después más aviones, quizás una docena, que sembraban de bengalas el cielo hasta que el sol del mediodía pareció brillar sobre el suburbio de Dahlem.

-Es sobre el instituto -gritó el conductor-. Están bombardeando cerca del instituto.

Frenó el automóvil, y comenzó a abrir la portezuela cuando el estampido del cañoneo le paralizó. Del suelo partieron brillantes relámpagos rojos. Un instante después, pareció que el cielo explotaba, en fogonazos blancos donde el cielo era oscuro y con feas manchas negras donde la noche estaba iluminada por las bengalas.

-Tenemos que llegar a un refugio -ordenó el conductor, que finalmente descendió del automóvil y abrió bruscamente la portezuela del asiento de los pasajeros. Anders salió dificultosamente, y obligó a Birgit a seguirle. Pero quedó como paralizado en la calle, entre el automóvil abandonado y la seguridad de los edificios. Percibía un sonido nuevo, cuya intensidad aumentaba a cada instante, y que dominaba el tableteo de los cañones antiaéreos. Era el ronroneo de los motores de los aviones, elevándose en un crescendo como un toque de tambor en una obertura.

-¡El refugio! -aulló el conductor, pero apenas podía oírsele a causa del estrépito de los motores. Anders no respondió. Estaba completamente paralizado por la violencia desencadenada que sacudía el cielo. Acercó a Birgit, como si deseara protegerla, pero él mismo permaneció inmóvil en el lugar, sus ojos buscando la flota de bombarderos todavía ocultos en la oscuridad, sobre la esfera incandescente creada por las bengalas.

El conductor le tiró de la manga, pero Anders no lo advirtió. Birgit continuaba apretada contra él, mirando incrédula hacia arriba, hacia el poder ensordecedor que se reunía en el cielo. Y después, el planeta comenzó a estallar.

Raudales de luz intensa brotaban detrás de las líneas de los edificios. Al principio, eran núcleos diferentes, pero después nuevas explosiones llenaron los huecos, hasta que todo el horizonte fue una línea de fuego. Antes de que los relámpagos pudiesen amortiguarse, las columnas de fuego se elevaban y volvían a ocupar su lugar. Y

después, los fuegos se dividían a causa de nuevas explosiones amarillas y rojas.

El sonido les golpeó como el chasquido de un látigo. Birgit y Anders sintieron esa impresión en la cara un instante antes de que comenzara a zumbarles en la cabeza. Después, comenzó a temblar el suelo bajo los pies. Podían ver las formas oscuras de los edificios que vibraban recortados contra el cielo carmesí y sentir las nubes de polvo que caían de los tejados.

El cataclismo empeoró a medida que nuevas oleadas de bombarderos vaciaron sus vientres sobre el mismo blanco. Ya no necesitaban las bengalas, que se habían agotado. Los incendios provocados por los primeros atacantes habían convertido al blanco en una gigantesca lámpara incandescente. Nuevas saetas de luz aparecían acompañadas por torres de llamas aun más brillantes. El estrépito de los explosivos se mezclaba hasta formar un rugido constante y destructivo.

Anders advirtió que él y Birgit no estaban solos. El pueblo que se había refugiado en los sótanos ya había advertido que el ataque afectaba a otro sector de la ciudad. Poco a poco había salido de sus agujeros para regresar a la calle. Miraban atónitos, las caras teñidas por el resplandor rojo sangre de los incendios. El centro de su Reich eterno estaba desapareciendo ante sus propios ojos.

Las explosiones cesaron, y Anders pudo escuchar de nuevo el ronroneo de los motores, que ahora se atenuaba a medida que los aviones comenzaban a alejarse. Pero los incendios cobraron más intensidad, y se extendieron a medida que hallaron más combustible en los escombros de los edificios destruidos. Las columnas de fuego se entrelazaron, convirtiéndose en vendavales de llamas que parecían ascender hasta el infinito. Con ellas se elevaban fragmentos de restos calcinados, que bailoteaban en el aire como ateniéndose a la partitura de una sinfonía enloquecida.

Un hombre que estaba de pie cerca de ellos comenzó a llorar. Apretó contra su cuerpo a dos niños pequeños, hundió la cara en el cuerpo de los dos menores y los sacudió con sus sollozos. Otro hombre se acercó hacia él, extendió una mano para consolarle, pero después se volvió desesperado. No tenía palabras. Sabía que todos estaban condenados.

La multitud silenciosa comenzó a moverse en una lenta procesión hacia sus casas. Pero los ojos permanecieron fijos en los

incendios, pues todos sabían que les esperaba un auténtico infierno. Habían sido dioses, que ejercían poder sobre todos los hombres. Ahora, el Valhala de sus científicos era la ofrenda presentada a un dios más grande en una gigantesca inmolación.

Anders sintió temblar el cuerpo de Birgit. Apartó los ojos de las llamas y se volvió hacia ella, y vio que las mejillas de la joven estaban cubiertas de lágrimas.

-Ha terminado. Estamos a salvo -le aseguró.

Pero ella meneó la cabeza.

-No ha terminado -murmuró-. Apenas comienza. La locura apenas está comenzando.

El conductor los llevó de nuevo al automóvil y salió de aquel infierno, conduciendo con cuidado entre los grupos de espectadores atemorizados que no podían apartar la mirada de su propio destino. Dejó atrás los camiones militares con su carga de niños uniformados, y atravesó otras calles iluminadas con los reflejos de las llamas que bailoteaban. Ya estaban en el área rural, y Birgit y Anders todavía viajaban acurrucados y en silencio, cuando el conductor habló.

-Profesor Bergman, quizá debería regresar a su país.

Anders no contestó.

-Bombardearon el sector del instituto. No creo que haya quedado nada.

Anders encontró la mirada del conductor en el espejo retrovisor. Asintió para manifestar su acuerdo. No podía haber quedado nada.

-Creo -continuó diciendo el hombre-, que las cosas empeorarán todavía más. Si yo no fuese alemán... si éste no fuese mi país, intentaría irme.

-Quizá -reconoció Anders. Pero sabía que aún no podía irse. Se preparaba un horror todavía mayor. Un horror que él debía impedir para frenar el avance de la locura.

OTOÑO DE 1944

El ataque aliado que había liberado a Francia durante el verano se interrumpió bruscamente. Los ejércitos británicos y norteamericanos habían agotado sus suministros, y los maltratados alemanes habían conseguido formar un muro defensivo. Pareció que Montgomery se había instalado en la frontera holandesa, y las tropas de Bradley estaban atrapadas en un matadero llamado las Ardenas. Incluso los rusos estaban retenidos. El torbellino que había expulsado a los alemanes de Ucrania y a través de Polonia se canalizaba en el estrecho espacio entre los Alpes y el Mar del Norte. Era imposible perforar las compactas líneas alemanas. En Inglaterra, los cohetes silenciosos e invisibles caían como gotas de lluvia. Nadie dudaba de que se obtendría la victoria. Era sólo cuestión de tiempo. Pero como sabían unos pocos hombres, el tiempo estaba agotándose.

Berlín – Iº de octubre

Heinrich Himmler estaba de pie al lado de su automóvil, el uniforme impecable y las botas lustradas como si estuviera pasando revista a un desfile. La gorra negra, con su cuervo de plata, caía sobre los ojos protegidos por las gafas. Los relámpagos relucían sobre las solapas de su chaqueta ajustada. Los pantalones negros, con su ribete de plata, estaban metidos en las botas de cuero ablandadas por la cera nueva. Tenía el látigo de montar bajo el brazo izquierdo y en la mano derecha sostenía un par de guantes.

-Todo -murmuró, más para sí mismo que para beneficio de Kurt Diebner, que estaba de pie a su izquierda y medio paso atrás-. Han destruido todo.

Frente a ellos se alzaban los restos calcinados del Instituto Kaiser Guillermo, las derruidas paredes de piedra delineando los cimientos de los edificios, y emergiendo en un desierto de cenizas oscuras. Sólo quedaba la estructura de acero de la torre abovedada. Los escombros contenidos en el lugar donde estaba la gran biblioteca aún humeaban. Doscientos mil volúmenes habían caído al subsuelo a través de los pisos destrozados. Tendrían que pasar algunos días antes de que todas las páginas se convirtiesen en cenizas.

Las primeras bombas habían atravesado los techos de madera, llegando hasta los cimientos antes de explotar. Las gruesas paredes de

piedra habían contenido la fuerza de la explosión, obligando a la energía a elevarse a través de los edificios y convirtiendo cada estructura en un horno ardiente. Las siguientes granizadas de bombas habían convertido en escombros los muros.

-Habíamos concluido nuestros experimentos -se consoló Diebner-. Sabíamos todo lo que había que saber. Estábamos preparados para mudarnos al lugar de la producción.

-Por lo tanto, ¿no habrá retrasos? -preguntó Himmler, mientras comenzaba a ponerse los guantes.

-Ninguno, Reichsführer -dijo suavemente Diebner.

Himmler se internó entre los escombros, rodeando los enormes bloques de piedra que habían caído de los muros desplomados. Diebner siguió sus pasos, deteniéndose siempre que su jefe se detenía, y mirando adonde el otro miraba.

El Reichsführer se detuvo en un lugar que otrora estaba ocupado por las enormes puertas dobles del edificio principal. Giró lentamente la cabeza, evocando el recuerdo de los detalles del gran vestíbulo con sus dos escalinatas curvas que ascendían hasta los pisos superiores. Alzó el látigo de montar y señaló hacia una pared de mármol que ya no estaba.

-La estatua de Guillermo. Estaba aquí, ¿verdad?

Diebner asintió.

-Sí, Reichsführer.

Condujo a Diebner de edificio en edificio, escarbando en los restos y recuperando los extraños supervivientes del ataque. Había una balanza de metal en uno de los laboratorios, con el brazo y los platillos intactos, pero sin la base de madera. Un par de sujetadores de hierro para libros, señalaban los bordes de una pila rectangular de cenizas. Un globo terráqueo de metal había salido indemne, pero su réplica del planeta se había quemado por completo.

-Una atrocidad bárbara -dijo Diebner cuando se detuvieron frente a la biblioteca y contemplaron los montones de cenizas todavía calientes.

Himmler asintió. Después, se irguió y regresó de prisa al automóvil.

Permaneció de pie con una bota apoyada en el estribo, mientras el conductor le limpiaba la película grisácea de la bota.

-Qué extraño, ¿verdad? -comentó para alegría de Diebner-. Ninguna de las restantes escuelas fue tocada. Las catedrales continúan intactas. Sólo destruyeron el instituto.

Diebner volvió los ojos hacia las ruinas.

-Primero soltaron bengalas -continuó Himmler, apoyando el otro pie en el estribo, con el fin de que el chófer pudiese continuar trabajando. Iluminaron toda el área, para ver el blanco. Los británicos no suelen proceder así. Al parecer, no les preocupa dónde caen sus bombas. Pero esta vez sí les interesó.

Diebner estaba desconcertado. Era evidente que los bombarderos se habían propuesto destruir el instituto.

-Y el número de bombas. Oleada tras oleada soltando las bombas sobre el mismo blanco. Estaban completamente decididos a destruir los edificios.

De pronto, Diebner entendió.

-¿Usted cree que estaban al tanto de nuestro trabajo?

Himmler retrocedió un paso mientras su chófer abría la puerta. Después, se acomodó en el asiento trasero y esperó que Diebner se reuniese con él.

-Por supuesto que lo sabían. Creo, Herr Diebner, que incluso sabían que estábamos trabajando en los sótanos. Creo que sabían que no era suficiente limitarse a destruir los edificios, y que en cambio necesitaban llegar hasta los cimientos. Otras áreas de la ciudad nunca fueron bombardeadas con esta precisión o esta intensidad.

-Pero, Reichsführer, ¿cómo podían saberlo? -exclamó Diebner-. Es nuestro secreto guardado más celosamente.

-Al parecer, no con suficiente celo -respondió Himmler. Y su mirada indiferente se volvió hacia la ventanilla.

Diebner sintió que se estremecía. La seguridad del programa nuclear era sin duda una de sus responsabilidades. Himmler estaba sugiriendo un grave error.

-Imagino que hay muchos modos de que el secreto se filtre -observó Himmler casi distraídamente-. Un científico del instituto tal vez conozca la reputación de los hombres del equipo y formule una conjetura más o menos inteligente acerca de la naturaleza del proyecto. Lo único que se necesita es un comentario al pasar de alguien que quiera darse importancia.

Diebner asintió. Ciertamente, no era necesario que fuese un error cometido por él mismo.

-O un operador telefónico podría oír cosas que él no tendría que saber.

Nuevamente Diebner convino en que las posibilidades eran infinitas.

-Pero, ¿no es extraña la sincronización? -continuó diciendo el Reichsführer-. Mientras trabajábamos y nos retrasábamos no atacaron el instituto. Pero cuando tuvimos éxito, cuando al fin nuestro reactor comenzó a funcionar, vienen y lo destruyen. Lo destruyen totalmente. Casi parecería que los británicos conocen nuestras actividades cotidianas.

-Estoy seguro de que es una coincidencia -propuso Diebner-. Las únicas personas que poseen un conocimiento tan detallado de nuestros progresos son nuestros propios científicos. Sería inconcebible...

-Nada es inconcebible -le interrumpió Himmler-. Y nunca he confiado en la coincidencia. Las cosas suceden por cierta razón. Cuando atacan nuestro reactor precisamente en el momento en que comienza a operar, tenemos que buscar la razón.

Diebner aceptó la observación y se recostó en el respaldo del asiento, separándose todo lo posible de Himmler.

-¿Quién es el miembro del grupo que quizá no se sienta totalmente entusiasmado con nuestro éxito? -preguntó en voz alta el Reichsführer-. ¿Quién podría tener una oportunidad de comentar nuestras actividades con los británicos?

-Pero, Reichsführer, no hay nadie. Todas nuestras personas están sometidas a permanente vigilancia. No hay visitantes... ni teléfonos.

-El profesor Bergman mantiene correspondencia con colegas

de Europa entera -recordó Himmler en voz alta-. No necesita teléfono. Nosotros despachamos sus cartas.

-Pero leemos todo lo que envía. Es un material de elevado nivel teórico. No incluye datos concretos acerca de su trabajo. Ha respetado meticulosamente nuestras normas de seguridad. Jamás ha mencionado a Berlín o al instituto.

Himmler extendió una mano enguantada y palmeó la rodilla de Diebner.

-Estoy seguro de que usted tiene razón, Herr Diebner. Pero hágame un pequeño favor.

-Lo que usted diga, Reichsführer.

-Durante los pocos meses que nos llevará asegurar nuestro éxito, ocúpese de que ninguna de las cartas de Bergman salga del país. Lamentaría saber que los bombarderos británicos de pronto están igualmente interesados en la 'Iglesia del Castillo".

-Adoptaré las medidas pertinentes -prometió Diebner.

-A mi vez, haré un favor al profesor Bergman. Conseguiré que reciba una medalla como expresión de nuestro aprecio. Quizás incluso la Cruz de Hierro.

La cara de Diebner se iluminó de alegría.

-Reichsführer, la noticia le abrumará.

Himmler hizo un gesto de conformidad y dirigió una leve sonrisa a Diebner. Después se volvió hacia la ventana.

Estaba preguntándose si también los británicos se sentirían abrumados por la noticia.

Haigerloch - 3 de octubre

Incluso en la oscuridad, Anders comprendió que se dirigían al suroeste. Había visto la estrella boreal por la pequeña ventanilla rectangular del viejo trimotor Junker, y la mantuvo en su campo de mira mientras el avión carreteaba sobre el aeródromo cubierto de pasto. La estrella estaba sobre el extremo del ala derecha cuando el avión ascendió hacia el oeste, y después se desplazó hacia el borde del estabilizador de cola cuando el avión viró hacia la izquierda. Aún

estaba allí, y ello indicaba que la nariz de la máquina se había desviado levemente hacia el oeste del sur.

-Baviera -aventuró uno de los científicos, cuya voz consiguió dominar el ronroneo desigual de los motores de la máquina-. Apuesto a que está sepultado tan profundamente en los Alpes que los británicos jamás lo encontrarán.

El avión llevaba diez pasajeros: tres científicos, dos con sus esposas; un proyectista con su esposa y una hija adolescente; Anders y Birgit. Vestían ropas de abrigo y gorras militares de lana para protegerse del aire frío que penetraba entre el fuselaje de metal. Los asientos traseros de la máquina habían sido retirados, para dejar espacio al escaso equipaje que cada uno podía llevar y a las cajas de anotaciones personales retiradas del instituto antes del bombardeo.

-No vamos a los Alpes -dijo Anders-. Quizás a las montañas de Suabia. -Señaló la estrella que brillaba aislada en el cielo negro sin nubes, sobre su hombro.- Más cerca de la frontera suiza que de Austria.

-¿Tan cerca de Francia? -preguntó el proyectitsta-. ¿Por qué debemos situar nuestro proyecto más secreto a la vista de la frontera francesa? No tiene sentido.

Anders se encogió de hombros y se recostó en su asiento. En una hora amanecería, y después ya no sería necesario formular conjeturas.

Birgit fue la primera que vio las colinas onduladas, ahí abajo, a la primera y tenue luz del alba. Se inclinó hacia Anders y señaló por la ventanilla. El limpió la escarcha con la mano enguantada.

-Ciertamente, no son los Alpes -anunció, y entonces todos los pasajeros, apretados contra las ventanillas, comenzaron a discutir dónde podían hallarse. Volaban a escasa altura, pasando sobre las laderas occidentales de algunas montañas bajas. Adelante, hasta donde podía ver, había espesos bosques verdes.

-Aquí no hay guerra -murmuró la madre a la niña que miraba asombrada por la ventanilla.

-Me siento como un pájaro -contestó la jovencita, más emocionada en ver el mundo desde un avión que interesada en identificar el nombre de la región.

Apareció un río en un espacio libre del bosque.

-¿El Rhin? -preguntó un científico.

-No, el Danubio. El Alto Danubio -respondió un colega-. Y eso que está ahí adelante es la Selva Negra. -Se volvió hacia Anders-. Usted acertó, profesor Bergman. Hemos cruzado las montañas de Suabia. Estamos cerca de la frontera suiza y el límite con Francia.

-¿Por qué? -volvió a preguntar el proyectista-. ¿Por qué se desarrolla una tarea tan importante en un lugar tan peligroso?

Anders sonrió.

-¿Peligroso? Mire eso. Montañas, bosques y ríos. No hay ciudades. Ni fábricas. Ahí abajo no hay guerra. ¿Acaso existe un lugar más seguro?

El avión se inclinó acentuadamente, y descendió a menor altura que las cumbres de las montañas.

-Vuelvan a sus asientos y ajústense los cinturones -ordenó el piloto uniformado a través de la puerta abierta de la cabina-. Vamos a aterrizar.

El Junker descendió entre los árboles, y el ruido de sus motores se atenuó. Y poco después comenzó a rebotar sobre una pista de piedra y carreteó hasta detenerse.

Fueron recibidos por tres automóviles, todos sedanes franceses sin señales de identificación, con chóferes civiles, y una camioneta que trasladó los equipajes y los papeles. Después descendieron por un camino estrecho, hasta que llegaron a la orilla de un río.

-¿El Danubio? -preguntó uno de los científicos que viajaba en el automóvil con Anders y Birgit.

-El Eyach -contestó el chófer, como si el riachuelo fuese un hito famoso. Nadie habló mientras los automóviles avanzaban hacia el sur, hasta que de pronto llegaron a una aldea formada por unas pocas calles de casas rústicas, apretadas contra la orilla del río. Los automóviles se detuvieron en la plaza, frente a una vieja posada desde la cual podía verse la única bocacalle importante de Hechingen.

Encontraron el equipaje esperando en la sala, un amplio espacio con ventanas en tres lados, amueblada con robustos sillones y

pesadas mesas, y adornada con los cuerpos embalsamados de zorros y aves. Los leños crepitaban en un oscuro hogar de piedra y caldeaban el aire otoñal. Birgit y Anders llevaron sus maletas escaleras arriba, hasta una amplia y luminosa habitación del primer piso. Sonrieron al ver la enorme cama con los gruesos postes en las esquinas que sostenían un dosel de encaje blanco y el orinal de porcelana bajo el lecho. Había un tocador y un armario; dos sillas de respaldo recto alrededor de una mesa redonda de tres patas; y un lavabo y una jarra sobre una mesa de madera, delante del único espejo de la habitación.

-No es precisamente el ambiente propicio para un gran descubrimiento de la física teórica -bromeó Anders.

-Será perfecto -contestó Birgit.

Hallaron el cuarto de baño al fondo del corredor -un inodoro con un tanque de madera que era el depósito de agua que colgaba encima, una bañera separada del suelo de mosaicos por cuatro grandes patas de animales, y un lavabo redondo con enormes accesorios de bronce.

-¿Hemos retrocedido en el tiempo? -preguntó Anders.

Birgit asintió.

-Sí, a un tiempo de paz.

Regresaron a la habitación, y Anders depositó las maletas sobre la cama. Después, mientras Birgit ordenaba las cosas, Anders bajó la escalera y retiró su abrigo de un perchero que estaba cerca de la puerta. Afuera, un automóvil esperaba para llevarle al reactor.

El camino seguía la línea del río, reproduciendo las curvas bruscas de la orilla y ascendiendo por los peñascos de piedra caliza cortados sobre la orilla oriental. En el aire diáfano y frío, la luz del sol se reflejaba en el río, e iluminaba los árboles bajos de la orilla opuesta. Anders se sintió abrumado por la belleza pastoril. En una sola noche habían recorrido una distancia enorme, dejando muy atrás los esqueletos de los edificios calcinados, el alarido incesante de las sirenas antiaéreas, el humo y los incendios, los convoyes de camiones camuflados, las caras aterrorizadas que espiaban desde el fondo de los sótanos, los ojos opacos de los soldados derrotados. Había atravesado el tiempo y llegado a una era en que la naturaleza todavía dominaba. Una era en que la arrogancia aún no había talado los bosques, contaminado los ríos y enturbiado el aire. Sintió que se atenuaba el miedo que se había apoderado de su cuerpo, y por primera vez en más

de un año evocó la libertad de su niñez en los campos de América. La locura aún no había triunfado. Todavía era razonable abrigar esperanzas.

De pronto, la iglesia del castillo de Haigerloch apareció al frente, y Anders casi rió complacido. Era tan sencillo. La "Iglesia del Castillo" no era un código. Era real. Se construía el reactor en una caverna que estaba cerca de una auténtica iglesia, anexa a un castillo.

Era una reliquia de los caballeros teutónicos, una catedral construida en una fortaleza, a cierta altura sobre el río, en un punto que otorgaba a cierto antiguo señor de la guerra el control total del único mundo que él conocía. Movido por la cólera, el caballero podía arrojar rocas, o incluso disparar proyectiles de hierro sobre las barcazas que navegaban ahí abajo, para imponer el pago del peaje. Pero su codicia se limitaba a un pequeño recodo de un río insignificante. Entonces, con los toscos instrumentos contemporáneos, su locura era insignificante. La ciencia -la matemática, la física y la química- habían permitido que la locura adoptase la forma de ambiciones globales.

El automóvil avanzó siguiendo las curvas cerradas de la calle estrecha que llegaba hasta la iglesia, y después frenó delante de la maciza puerta de madera. Anders no esperó al conductor. Abrió bruscamente la puerta del automóvil, descendió de un salto y subió de prisa los peldaños de la iglesia. De pronto se detuvo, consciente de un sonido que antes no había escuchado a causa del viento. Un órgano estaba tocando. Sonrió al identificar la secuencia apenas audible de los sonidos. Era una fuga de Bach. Heisenberg. Abrió la puerta de madera y entró apresuradamente en el edificio.

El interior resonaba con la cascada musical. Cataratas de sonidos arrancaban ecos de los muros dorados y pintados y vibraban en las vidrieras de colores de las ventanas. Avanzó por el centro del largo corredor, y se volvió para levantar la mirada hacia el coro, dominado por columnas de viejos caños de metal. Ahí estaba Heisenberg, sus cabellos rubios agitándose, mientras el físico bailoteaba feliz sobre el banco, frente a las curvas hileras de teclas.

Anders encontró la escalera circular que llevaba al coro, y ascendió rápidamente los peldaños, hasta que comenzó a jadear. Se detuvo en el umbral, y se apoyó contra el marco, contemplando el éxtasis de Heisenberg.

Werner tenía los ojos cerrados y una sonrisa casi angelical

jugueteaba en sus labios. Tenía la cabeza echada hacia atrás y sus dedos se movían ágiles sobre las teclas, y después avanzaban cuando sus manos marcaban el tempo. Movía los pies sobre los pedales de madera, imprimiento a todo su cuerpo un movimiento melódico, de modo que la música parecía venir de su propio cuerpo y no de los gigantescos tubos que llegaban hasta el techo de la construcción. Anders reconoció la melodía: uno de los registros que Heisenberg ejecutaba constantemente en el fonógrafo de su oficina del bunker.

El sonido se interrumpió, y Heisenberg abrió lentamente los ojos. Sonrió cuando vio a Anders de pie, al lado, y después hizo un amplio gesto en dirección al enorme instrumento.

-Maravilloso, ¿verdad?

-Usted toca muy bien -dijo Anders.

Heisenberg acarició el teclado.

-Me permite conservar la cordura -dijo.

-¿Dónde estamos?

Heisenberg se echó a reír.

-Por supuesto, en Haigerloch. En la iglesia del castillo de Haigerloch. ¿Nadie le dijo a dónde le llevaban?

-Dijeron que nos traían al lugar donde se construye el reactor. ¿Dónde está?

Heisenberg extendió el brazo y señaló el suelo con el dedo.

-Ahí abajo. A unos treinta metros de profundidad.

-¿Aquí? ¿En la iglesia? ¿Por qué aquí?

-Había varios lugares -dijo Heisenberg-. Los nazis me pidieron que eligiese el que fuera más adecuado. Este era el único que tenía órgano.

Se paró un momento para paladear la confusión de Anders. Después, se levantó del banco y caminó hacia la puerta.

-Venga, profesor Bergman, le mostraré.

Descendieron los peldaños y después caminaron por el

corredor principal, en dirección a la nave de la iglesia. Heisenberg condujo a Anders detrás del altar de mármol, y después de pasar una puerta llegó al fondo de la nave. Un instante después estaban fuera, y caminaban hacia el borde del risco que se elevaba sobre un recodo del río.

Pareció que Heisenberg no sentía el viento frío cuando comenzó a descender los peldaños tallados en la superficie del risco.

-Es una fortaleza -gritó por encima del hombro-. ¿Recuerda la angosta calle que usted usó para llegar a la puerta de la iglesia? Un tanque podría bloquear a un regimiento en esa calle. -Señaló el reborde que acababan de abandonar.- Y un artillero en ese reborde podría impedir que un ejército trepase este risco.

Al pie de la escalera pasaron a una playa de roca que descendía lentamente hacia el agua. Heisenberg señaló la cara del risco.

-Quince metros de piedra caliza -gritó al viento-. Podrían destruir la iglesia con sus bombas. Pero aquí, bajo la roca, ni siquiera sentiríamos las vibraciones.

Anders siguió a Heisenberg que dobló un recodo, y entonces vio la abertura cortada en la cara de la piedra caliza.

-Esta entrada quedará sellada apenas introduzcan las bombas diesel. Bombearán el agua de enfriamiento extraída del río para usarla en el reactor. Trajimos por aquí todo el grafito. Descendió por el río desde Stuttgart, en barcazas, y después lo metimos por el agujero.

Anders asintió con gesto aprobador ante la sencillez del plan, y después siguió a Heisenberg a la cueva excavada bajo la iglesia.

-Los aliados jamás pensarán buscar aquí -continuó Heisenberg como si fuera un guía turístico-. Lo único que se fabrica en este rincón de Alemania es el reloj cucú. Ciertamente, no es un centro de fabricación de municiones. Y aunque lo descubrieran, ¿qué pueden hacer? ¿Enviar unos pocos comandos? Nunca podrían acercarse al lugar.

La entrada se ensanchaba para convertirse en una enorme cueva excavada en la piedra caliza. Las hileras de luces del techo, protegidas por cajas de alambre, recordaron a Anders la fábrica subterránea de cohetes en Nordhausen. Pero esta cueva era mucho más pequeña. Tenía sólo dos salones. El espacio de la derecha estaba

vacío, y era una bóveda con el piso excavado para formar una cisterna gigantesca.

-Ese fue el primer reactor. Mi reactor -dijo Heisenberg con un gesto pesaroso-. El pozo debería estar ocupado por el agua pesada que según promete Diebner llegará de un momento a otro. Hemos extraído todos los elementos utilizables para su reactor, de modo que Dios sabe qué haremos con el agua pesada si la recibimos.

Ambos rieron ante la idea de que los nazis continuaran hablando del agua pesada.

Después, en la segunda área abovedada, Anders vio el extremo superior de la enorme montaña de grafito que estaba adoptando la forma del reactor diseñado por él mismo. Habían cavado un orificio cuadrado, de dieciocho metros de lado y doce metros de profundidad. Los bloques de grafito comenzaban en el fondo, y se apilaban hasta alcanzar una altura que llegaba al nivel de los ojos del propio Anders, que se encontraba de pie en el borde y miraba hacia abajo. En el fondo, en la base de la pila, un ejército de operarios conectaban las cañerías de agua que desaparecían en el interior del muro de grafito.

-Parece casi terminado -dijo Anders sorprendido. Había previsto que la construcción estaría en las etapas preliminares.

-Hemos trabajado -dijo Heisenberg. Señaló las hileras de cilindros de metal que colgaban como estalactitas del techo, sobre el reactor-. Un agregado que yo propuse. Espero que no se opondrá.

Anders estaba desconcertado.

-Recipientes de plomo -explicó Heisenberg-. Cuando extraigamos del reactor las varillas de combustible, las introduciremos directamente en los recipientes. Y alejaremos los recipientes sellados. Eso eliminará la radiación de las varillas de combustible.

Anders hizo un gesto aprobador.

-No deseamos irradiar las pelotas de la Raza Superior -dijo Heisenberg-. Si cometiéramos ese error, no habría una pequeña Raza de Señores que creciera para ocupar nuestros lugares.

Anders meneó la cabeza ante el absurdo de la conversación.

Siguió a Heisenberg en un recorrido alrededor del perímetro de la pila mientras el alemán explicaba los detalles de la construcción.

Después, entraron en una sala de control aislada, construida en uno de los muros. Los controles y los instrumentos estaban en sus respectivos lugares, esperando supervisar la actividad nuclear que se manifestaría en el interior de la montaña de grafito.

-¿Cuándo estará listo? -preguntó Anders.

-Proyectamos comenzar la producción hacia fines de febrero -dijo Heisenberg como de pasada-. No veo nada que nos impida estar preparados en esa fecha.

-Producción en febrero. -Anders percibió la emoción que se manifestaba en su propia voz.- Eso no nos da tiempo para las pruebas.

Heisenberg meneó la cabeza.

-Realizamos nuestras pruebas en el instituto. La máquina pasará directamente a la producción.

Londres - 25 de octubre

-Siegfried vive -dijo Haller al mariscal del aire Ward apenas cerró la puerta de la oficina.

Ward se puso de pie bruscamente, detrás de su escritorio.

-¿Tuvo noticias de él? -preguntó.

Haller puso sobre el escritorio el mensaje cifrado y esperó mientras Ward se acomodaba las gafas con montura de acero.

-"El reactor de producción está siendo construido de acuerdo con mis especificaciones" -leyó el mariscal del aire, y su voz se elevó al terminar el mensaje-. "El diseño no puede -repito-no puede mantener la reacción."

Sus labios dibujaron una ancha sonrisa mientras se quitaba las gafas.

-Gracias a Dios -dijo a Haller. Pero después su sonrisa se atenuó-. ¿Cuándo ha llegado esto? -preguntó.

-Ayer, de Estocolmo -dijo Haller-. Con fecha veintiséis de setiembre. Siegfried lo envió la víspera de la incursión.

-Entonces, no podemos estar seguros de que vive -conjeturó en voz alta el mariscal del aire-. Quizás aún estaba trabajando en el instituto cuando atacaron nuestros aviones.

-Podemos estar seguros -sonrió Haller-. Tenemos otro dato acerca de su persona. Nada menos que de Ginebra.

-¿Ginebra? -dijo Ward mientras miraba a Haller, que arrojó su boina sobre el escritorio y se hundió en un sillón-. ¿Qué está haciendo en Ginebra?

-No está en Ginebra. Aún se encuentra en Alemania. Pero un agregado alemán en Suiza estuvo vanagloriándose de las actividades de Siegfried ante su amante francesa, que precisamente trabaja para nosotros. Parece que nuestro amigo Siegfried es poco menos que una celebridad. Los alemanes le dieron una medalla.

Ward abrió la boca con un gesto de asombro, y la sonrisa perversa de Haller se convirtió en risa franca.

-Es cierto, lo juro. ¡Le dieron una condenada medalla! Por servicios a la ciencia alemana. De acuerdo con el agregado, Nils Bergman ha realizado un increíble descubrimiento científico, y ha sido elegido para encabezar un programa importante que hará invencible a Alemania. Todavía vive, y todavía está allí.

Ward se mostró escéptico.

-¿Usted lo cree? -preguntó.

Haller asintió.

-Coincide con el resto. La medalla y el anuncio sin duda son mera propaganda para animar a los alemanes que puedan estar concibiendo la idea de abandonar el barco. Día tras día han estado anunciando una nueva arma secreta. Pero, ¿para qué usarían a Nils Bergman con el propósito de reforzar su propia credibilidad, si él ya estuviese muerto? Seguramente está vivo, o no se atreverían a utilizar su nombre en presencia de la comunidad científica.

Ward estudió el razonamiento de Haller, y pareció aceptarlo.

-Gracias a Dios no estaba en el instituto -dijo señalando con un gesto las fotografías aéreas fijadas al tablero-. Nadie pudo haber sobrevivido a eso.

Habían examinado las fotos apenas llegaron, dos días después de la incursión aérea. Las que habían sido tomadas directamente sobre el lugar mostraban un campo calcinado con los imprecisos perfiles de edificios, que parecían haber sido trazados con un lápiz mal afilado. Las que habían sido tomadas desde un cierto ángulo mostraban el esqueleto de la torre, y las marcas en el suelo que otrora habían sido los cimientos de las estructuras de piedra. Era evidente que quien hubiese estado trabajando en el subsuelo había quedado sepultado bajo toneladas de restos.

Examinaron de nuevo las fotos pocos días después, ante la falta de mensajes de Siegfried. "Algo funciona mal", habían informado los agentes de Estocolmo. "No hubo correo de Berlín. Es posible que Siegfried esté en dificultades." Haller había ordenado que los agentes continuasen examinando la correspondencia llegada a la universidad. Pero temía que no hubiese más mensajes. Cuando ordenó el ataque, había evaluado la posibilidad de que Anders y Birgit estuviesen en los edificios. La destrucción instantánea y absoluta del blanco, transmitida por los pilotos del Comando de Bombardeo y confirmada por las fotos aéreas, podían explicar muy bien por qué Sigfried ya no enviaba mensajes.

El pánico se apoderó de Haller y Ward, porque temieron haber perdido el rastro del programa alemán. Sí, habían conseguido destruir el prototipo del reactor. Podían esperar que algunos documentos y planos esenciales hubiesen desaparecido durante el ataque. Pero siempre existía la posibilidad de que los alemanes hubiesen avanzado bastante con su reactor de producción, y de que el prototipo ya no fuese importante. Y si habían perdido la colaboración de Siegfried, era poco probable que lograsen identificar el asentamiento de la construcción.

Ahora se sentían casi eufóricos.

-Le trasladarán al lugar de la construcción -conjeturó Ward-. Y usted tendrá noticias suyas apenas esté en el nuevo lugar.

-Eso espero -contestó Haller-. Para nosotros es el modo más fácil de descubrir dónde está el nuevo reactor.

-¿No hay otro modo? No hemos recibido información de nuestros escuchas de radio. Si no nos envían ningún mensaje, estamos más o menos en la oscuridad.

Haller sonrió.

-Esa podría haber sido la situación. Pero los alemanes nos han resuelto el problema. -Observó complacido la expresión de asombro en la cara de Ward un momento antes de explicarse.-Hasta ahora, no podíamos demostrar interés en Nils Bergman sin correr el riesgo de comprometerle. Pero ahora que los alemanes le han dado una medalla, bien merece nuestra atención. Quiero decir que si se proponen informar al mundo que Nils Bergman es para ellos la principal esperanza de alcanzar la victoria, tienen que prever que intentaremos descubrir qué está haciendo. Por eso creo que podemos decir a nuestros agentes que busquen a Nils Bergman. Incluso si los alemanes se enteran que estamos buscándole, no tendrán por qué sospechar de nuestros motivos. Después de todo, ellos fueron quienes anunciaron públicamente lo importante que es Bergman.

—¿Y si no podemos descubrirle? -preguntó Ward.

-Entonces, tendremos que desear que haya sabido lo que decía cuando cifró ese mensaje y dijo que el reactor de producción no funcionará. Mi opinión es que, mientras los alemanes crean en él, se atendrán a su diseño. Y al parecer él está seguro de que el diseño les acarreará problemas.

-Peligroso -murmuró el mariscal del aire-. Siegfried estaba seguro de que el prototipo fracasaría. Es evidente que trabaja con márgenes muy estrechos.

-Creo que tendremos noticias de él -dijo Haller-. Y si no es así, estoy seguro de que lograremos hallarle. Sea como fuere, nos conducirá a la "Iglesia del Castillo", y es posible que podamos destruirla como hicimos con el Instituto Kaiser Guillermo. Pero incluso si eso fracasa, aún habrá esperanzas. Estoy seguro de que retrasamos el esfuerzo de los alemanes al destruir el instituto. Y si Siegfried continúa trabajando con ellos, podremos retrasarlos un poco más. Dios sabe que estamos mejor que ayer, cuando temíamos que Siegfried pudiese estar sepultado bajo esos escombros.

Ward se puso de pie detrás de su escritorio y caminó hacia la ventana que daba a un patio. Había pilas de sacos de arena junto a dos de las puertas que conducían a los sótanos de los edificios; su propósito era proteger las entradas a los refugios antiaéreos. Como la mayor parte de las medidas defensivas británicas, la red londinense de refugios ahora era inútil a causa de las bombas V-l y V-2. Las bombas dirigidas llegaban con tanta frecuencia que la gente hubiera tenido que entrar y salir de los refugios durante todo el día. Los londinenses habían aprendido a ignorarlas hasta que oían que se detenía el motor.

Entonces corrían en busca de protección, pero ya no disponían de tiempo para buscar un refugio antiaéreo.

La indefensión era todavía peor frente a las V-2. Sencillamente tocaban tierra y explotaban sin un segundo de advertencia. Las bolsas de arena eran reliquias de una guerra anterior, librada con tecnología antigua. En la nueva guerra inventada por los científicos, las bolsas de arena y los refugios no tenían objeto.

-Hay otra posibilidad -dijo finalmente Ward. Haller volvió la cabeza hacia la ventana.

-Es posible -objetó el mariscal del aire- que los alemanes se hayan vuelto contra él. O por lo menos que sospechen. Ciertamente, eso explicaría la interrupción de las comunicaciones.

-Pero no la medalla -replicó Haller-. Si pensaran que Nils Bergman está traicionándoles, ciertamente no lo convertirían en héroe nacional. En efecto, nunca dirían al mundo cuánto le aman, si creyeran que quizá tendrían que fusilarle.

-Eso es lo que me desconcierta -dijo Ward-. ¿Diríamos al mundo quién es la figura principal de nuestro programa militar más secreto? ¿Le mostraríamos al público y le concederíamos la Cruz Victoria?

Apartó la mirada de la ventana para comprobar la reacción de Haller.

-No -reconoció Haller.

Ward volvió con paso rápido a su escritorio y se enfrentó a Haller, como un fiscal que apremia a un testigo.

-¿Por qué no?

-Imagino que por razones de seguridad -contestó Haller-. ¿Por qué diríamos a los alemanes a quién deben matar en caso de que deseen retrasar nuestra preparación?

-Entonces, ¿por qué nos dicen a quién debemos buscar?

Haller vaciló ante la pregunta.

-Bien, en efecto, necesitan apelar a todos los recursos de la propaganda. Quizá necesiten que toda esa charla acerca de las armas

secretas sea verosímil.

Ward meneó la cabeza. La respuesta no era bastante buena.

-No lo creo. Nunca nos dijeron quién estaba construyendo sus cohetes. ¡Y Dios sabe que sus cohetes sin duda tienen credibilidad suficiente!

-Entonces, ¿por qué nos lo dicen? -preguntó Haller.

-Tal vez para comprobar que es auténtico -propuso Ward-. Del mismo modo que probaban a los demonios en la Edad Media. Si aparecía un sospechoso, le maniataban y le arrojaban al río. Si flotaba en la superficie, era un demonio. Si no emergía, significaba que no estaba poseído. Por desgracia, el único modo de demostrar que uno no trabajaba para Lucifer era ahogarse.

Haller no percibió la analogía.

-Si Nils Bergman trabaja para nosotros, no haremos nada. Pero si realmente está ayudando a los alemanes a ganar la guerra, sería razonable que adoptásemos medidas muy enérgicas para detenerle. Probablemente, intentaríamos secuestrarle, o si eso fuese muy difícil...

-Le mataríamos -dijo Haller, completando la frase.

Ward hizo un gesto de aprobación.

-Para demostrar que es auténtico... que no es un demonio infiltrado en las filas alemanas... tenemos que realizar un trabajo muy convincente para liquidar a ese hombre.

Ahora tocó a Haller el turno de acercarse a la ventana.

-Quizás estoy exagerando -reconoció Ward-. Quizá no es más que otra campaña de propaganda. Pero ciertamente no me siento cómodo cuando los nazis comienzan a emitir comunicados de prensa acerca de su programa más secreto.

Haller meneó la cabeza.

-No, mariscal del aire, no está exagerando. Saben que su gran secreto no es secreto. Saben que les seguimos de cerca. Yo tenía la

certeza de que sabían exactamente lo que nos proponíamos cuando volcaron todas sus tropas sobre Holanda. Y Dios sabe que no pueden haber equivocado nuestras intenciones cuando atacamos el instituto. No nos están diciendo nada, salvo lo que tienen la certeza de que ya lo sabemos. Con una excepción: el nombre del científico que dirige su programa. Es perfectamente posible que estén tratando de averiguar cuánto sabemos de Nils Bergman.

-Vaya dilema, ¿verdad? -dijo Ward-. Lo necesitamos vivo en el marco del programa. Pero tenemos que tratar de matarle para mantenerlo allí.

-A menos -continuó Haller- que el condenado reactor esté a la vista de todos, donde nuestros bombarderos puedan alcanzarlo. Me sentiría mucho más cómodo volando en pedazos a ese hijo de perra, en lugar de esperar que una teoría científica demuestre su validez. No dormiré tranquilo mientras no tenga imágenes como esa. -Señaló las fotografías que reflejaban la destrucción del instituto.

Pero Ward se mostró escéptico.

-Eso no es probable. Sospecho que cuando lo descubramos, estará en el fondo de una mina. Siegfried dice que incorporó al diseño una bomba de tiempo. Tenemos que asegurarnos de que la bomba de tiempo continúe en funciones. Si los alemanes sospechan de él, sospecharán de su trabajo. Verificarán cada detalle del reactor de producción. Para lograr que continúen avanzando por el camino fijado por Siegfried, creo que tenemos que asegurarnos de que ese hombre continúe siendo un héroe alemán.

Haller pareció alarmado ante las derivaciones del pensamiento de Ward. El mariscal del aire estaba diciéndole que un Siegfried muerto, con una bala inconfundiblemente británica en el pecho, era la mejor oportunidad.

-Esperemos hasta que localicemos el reactor -pidió.

Ward asintió. Pero después había agregado: -Pero no esperemos demasiado tiempo.

Hubo un rápido brillo de cólera en los ojos de Haller cuando se encasquetó la boina roja en la cabeza.

-Pero concedamos al pobre infeliz todas las oportunidades posibles -dijo ásperamente.

-Tiene que ser convincente -y su voz era más autoritaria que cordial-. Los alemanes deben creer que tememos lo que Nils Bergman está construyendo.

-Y muerto es muy convincente -replicó Haller.

Ward se volvió hacia la ventana, incapaz de continuar soportando la mirada furiosa de Haller.

-Usted formuló por primera vez esta posibilidad -dijo en voz baja- cuando argüyó en favor del bombardeo. Usted dijo que canjearía mis pilotos por el reactor. No me sentí feliz con la idea. Pero he comprendido que tenía razón.

Haller permaneció en silencio un momento, aturdido. Después, alzó lentamente una mano y se quitó la boina.

-Y ahora usted tiene razón, mariscal del aire -suspiró-. Si llegamos a eso... si no podemos destruir el reactor... tendremos que hacer algo muy convincente.

-Ojalá que no lleguemos a esa situación -fue la conclusión de Ward.

Hechingen - 5 de noviembre

-Pueden lograrlo. Los bastardos pueden lograrlo -insistió Anders ante Birgit, mientras daba su paseo vespertino alrededor de la plaza de Hechingen. La bocacalle frente a la posada había sido bloqueada por soldados, de modo que el lugar era un paseo privado para los científicos.

Era el único lugar donde Anders y Birgit podían conversar sin temer a los micrófonos escondidos en las paredes o a las cámaras que estaban detrás del espejo.

-Pero con tan escaso tiempo -argüyó Birgit-. Es un proceso tan complejo y todo es tan incierto.

-Vienen preparándose desde hace años -le recordó Anders-. Todas las piezas están en su lugar.

Durante las semanas que llevaban en el asentamiento del reactor, Anders había evaluado los preparativos nazis para su superarma y, aunque de mala gana, había acabado por respetar la sombría decisión de esos hombres. Habían comenzado más de un año

antes -probablemente mientras Heisenberg trabajaba en el prototipo de agua pesada- a perforar una cueva bajo la "Iglesia del Castillo". Anders sólo podía conjeturar sobre cuántos trabajadores esclavos, de cuántos países, habían ingresado en la cueva y nunca más habían vuelto a ver la luz del día. Habían transportado centenares de toneladas de piedras sobre sus espaldas, y las habían cargado en pequeñas y discretas barcazas, que descendían por el río. Después, cuando perdieron el suministro de agua pesada, habían ampliado el espacio para albergar al nuevo reactor de grafito.

Habían organizado una fábrica subterránea igualmente inexpugnable cerca de Celle, para separar el plutonio de las varillas de combustible. Y Anders había recorrido personalmente el enorme campo subterráneo de trabajo de esclavos de Nordhausen, donde se fabricaban los supercohetes.

Años antes, incluso mientras los victoriosos ejércitos alemanes ampliaban las fronteras del Reich, alguien había visto la posibilidad de un ataque aliado al territorio patrio. Alguien había concebido los diseños de una superarma que aseguraría la victoria total de Alemania. Y alguien había dirigido los enormes esfuerzos de construcción que convertirían en realidad esa superarma.

-El reactor podría producir plutonio incluso mientras la RAF está arrasando la iglesia -explicó Anders a Birgit-. Después, las varillas de combustible con el plutonio pueden remontar el río hasta Stuttgart, y trasladarlas desde allí en tren, o quizás en camión a Celle. La planta de Celle también es subterránea, de modo que pueden separar el plutonio sin que importe cuántas bombas arrojen los aliados. Y después, las bombas de plutonio van a Nordhausen, también bajo tierra, y las instalan en los cohetes. ¿Comprendes? Es posible que estén perdiendo la guerra en la superficie, pero bajo tierra están ganando. Su producción no sufre tropiezos. Cuando salgan de sus agujeros, pueden ser los amos del mundo.

Interrumpieron su conversación cuando pasaron cerca de uno de los soldados. El soldado se cuadró, y Anders respondió al saludo con un movimiento del sombrero. Después, Birgit reanudó la discusión.

-Pero nada de todo eso está demostrado. Tú mismo dijiste que la separación del plutonio era posible en teoría. ¿Cómo se las arreglarán con la radiación?

-Utilizando operarios que nunca oyeron hablar de radiación -

replicó Anders-. Trabajadores esclavos que no comprenderán por qué se les enrojece y ampolla la piel, o por qué comienzan a escupir sangre. ¿Crees que les importó el destino de los trabajadores que excavaron la cueva de Haigerloch?

Birgit comprendió que él tenía razón. Ya contaban con los cohetes. Era el tema principal de la conversación de los científicos cuando se reunían alrededor de la mesa del comedor, en la posada. Y si el reactor se ajustaba al cronograma, tendrían el plutonio hacia finales de febrero.

-¿Los aliados no pueden llegar a tiempo? -preguntó Birgit.

Anders levantó las manos en un gesto de impotencia. Los nazis se jactaban de haber masacrado a los británicos en Holanda. Y afirmaban que habían contenido a los norteamericanos antes del Maas. Pero las emisiones británicas que ellos oían señalaban un avance constante por el valle del Saire, a sólo ciento treinta kilómetros de distancia.

-Entonces, asumes la responsabilidad de todo esto -fue la conclusión de Birgit-. Y estás seguro de que el reactor fracasará.

Pero Anders no estaba seguro. Cuanto más se acercaba el reactor a la etapa operativa, más dudaba Anders de la eficacia de los cambios destructivos que había incorporado al diseño.

No tenía motivo para sospechar que él había fracasado. A medida que se elevaba la montaña de grafito con cada jornada de trabajo, Anders comprobaba cada peso, cada dimensión, cada medida de la densidad. Extraía muestras para evaluar la homogeneidad del material moderador. Comprobaba y volvía a comprobar la composición química de las varillas de combustible. La pureza del óxido de uranio exhibía un error menor a una milésima. El trabajo de los cilindros metálicos de revestimiento, fabricados en el Ruhr alemán, un sector muy bien defendido, era un estudio perfecto. Todo se hacía exactamente de acuerdo con los planos que él había trazado en el bunker.

Ordenó accionar las bombas y tomó medidas físicas de la cantidad y la temperatura del agua suministrada. Probó los controles mecánicos que introducirían las varillas de combustible y las varillas de control en el grafito. También estos elementos se ajustaban a su diseño.

Por la noche, se sentaba en la enorme cama de la habitación,

las rodillas encogidas para dejar lugar a los papeles distribuidos alrededor. Comprobaba y volvía a comprobar cada uno de los cálculos que habían llevado a cada paso de la construcción. Si sus números eran válidos, el reactor que los alemanes construían estaba condenado. No tenía motivos para dudar.

Pero no había ni atisbo de duda en ninguno de los físicos y los químicos que trabajaban todos los días con él. Eran hombres brillantes. Heisenberg estaba en el mismo nivel que Bergman, lo cual significaba que sus cualidades eran muy superiores a las que el propio Anders podía atribuirse. Lauderbach tenía mucha más experiencia que Anders. Si hombres de ese calibre parecían seguros de que el reactor funcionaría, ¿cómo podía Anders tener la certeza de que fracasaría?

Todas las mañanas, comenzando en la mesa del desayuno que todos compartían, estudiaba las caras buscando un atisbo de sospecha. Le aliviaba ver que continuaban aceptándole sin problemas. Pero su temor se acentuaba porque también parecían aceptar su diseño. Si ellos estaban en lo cierto, él se había equivocado. Y si él se había equivocado, estaba cooperando con la victoria nazi.

Mientras trabajaban en la cueva, Anders escuchaba, buscando alguna expresión de desaliento. Ansiaba oír un comentario que dudase de la exactitud de sus cálculos. Cada vez que Heisenberg se inclinaba sobre un plano y después garabateaba una ecuación al margen, Anders miraba ansioso, buscando el gesto de los ojos o los labios que indicase, aunque fuese, un instante de confusión. No tenía idea del modo de defender una conclusión que pareciese errónea frente a Heisenberg. Pero a medida que Heisenberg se mostraba más y más convencido de que el reactor funcionaría, se debilitaba la convicción del propio Anders de que debía fracasar.

De regreso a la pensión, a la hora de la cena, y en las conversaciones alrededor del fuego, la atmósfera cada vez más optimista agravaba la secreta desesperación de Anders. Los confiados comentarios acerca del glorioso futuro de la ciencia después de la guerra le convencían de que no existiría en absoluto un futuro.

De noche, cuando paseaba con Birgit en la plaza, manifestaba sus temores.

-¿Cómo es posible que Heisenberg no sepa? -preguntaba a cada momento-. Estaba calculando la fisión del uranio cuando yo todavía trabajaba en mi tesis. ¿Cómo es posible que Lauderbach no advierta los errores en los procesos químicos? ¿Quién es? ¿El número uno... tal

vez el segundo experto mundial en la química de los electrones?

-¿Quién tiene jerarquía suficiente para oponerse a Nils Bergman? -replicaba Birgit-. Sobre todo porque estuvieron presentes en el instituto, y vieron el éxito de Nils Bergman.

-Maldito sea, no soy Nils Bergman -replicó Anders una vez-. Soy bueno. Bueno como para trabajar con esta gente. Pero no para engañarles.

-Eres Nils Bergman -le corrigió ella con gesto severo-. Están construyendo tu reactor. No el de Heisenberg. No el de Lauderbach. El tuyo.

-Me he mostrado demasiado cauteloso -se recriminó él mismo-. Los cambios no son importantes. ¡El condenado artefacto funcionará!

Una noche Birgit despertó y vio a Anders de pie frente a la ventana del dormitorio, contemplando distraído el río poco profundo. Birgit se puso la bata y se acercó a Anders, y con la yema de los dedos le tocó el dorso de la mano.

-Estuve pensando en la emisión de la BBC -dijo él en un murmullo. Los científicos habían escuchado una parte sin intercepciones del noticiero irradiado desde Londres, anunciando la victoria norteamericana en Metz. Lauderbach había tachado la noticia de propaganda inglesa.

-Estoy segura de que es cierto -observó Birgit, con la esperanza de alentar a Anders.

-Es cierta -dijo él-. Eso es lo que me atemoriza. Todavía están combatiendo en Francia. Y yo me encuentro aquí, y abrigo la esperanza de ver a los soldados norteamericanos que cruzan el río. Dios mío, todavía están a seis meses de distancia.

La voz de Anders se elevó a causa del sentimiento, y ella acercó un dedo a los labios del científico. Para recordarle que no debía formular afirmaciones imprudentes, ni siquiera en la intimidad de su propio cuarto.

En el lugar de la construcción él ensayó las tácticas de postergación que le habían sido útiles en los primeros tiempos de su estancia en Alemania. Exigió pruebas de tensión de las estructuras que sostenían las varillas de combustible y las varillas de control. Los ingenieros aceptaron de buena gana, organizaron las pruebas y las

terminaron en pocas horas. Rechazó una caja de instrumentos que por descuido habían caído al suelo, e insistió en que podían haber sufrido daños internos. Dos días después llegaron los nuevos instrumentos. Reclamó pruebas de presión en las cañerías que aportaban agua de enfriamiento a la pila. Un capataz del personal empleado en la construcción abrió un cajón y presentó los registros que demostraban que la prueba ya se había realizado. Pronto fue evidente que Anders estaba trabajando en el proyecto alemán de más elevada prioridad. Sus reclamaciones más absurdas se veían satisfechas inmediatamente y no determinaban ni siquiera una detención momentánea del trabajo de construcción.

Otra causa motivaba su pánico cada vez más intenso. Después del traslado a Haigerloch, no había recibido comunicaciones de la universidad. En Berlín, su correspondencia y sus papeles llegaban con la regularidad de un mecanismo de relojería, y eso le demostraba que sus propias cartas enviadas a Estocolmo también llegaban a destino. Ahora no se recibía nada, pese a las explicaciones que ofrecía Kurt Diebner de que se trataba simplemente de un error burocrático que sería corregido sin tardanza. Si la correspondencia no podía llegar, ¿no era probable que sus propias cartas tampoco fueran despachadas? Y si ese era el caso, quizás Haller nunca había recibido su mensaje codificado que indicaba dónde estaban.

Anders ya no confiaba en que el reactor fracasaría y había renunciado a la esperanza de retrasar la construcción. Los ejércitos liberadores aún estaban a centenares de kilómetros de distancia, y él y Birgit estaban alejados de todo lo que significase contacto con el mundo exterior. No podían esperar ayuda. Si había que impedir la producción de la bomba atómica alemana, ellos eran los encargados de impedirlo.

Estrasburgo - 20 de noviembre

Un golpe de suerte reveló a Haller el lugar en que estaba el reactor. Y lo que era más increíble la información provenía de los franceses. Las intercepciones aliadas del código alemán Ultra, el interrogatorio de los prisioneros nazis, e incluso los detallados informes de los centenares de agentes británicos dispersos a través de Alemania no habían aportado nada. En cambio, las primeras noticias acerca del reactor de producción llegaron gracias a un maestro de

escuela francés que desempeñaba la función de traductor con el Ejército Francés Libre.

El Sexto Ejército norteamericano había ocupado Estrasburgo, y el honor de liberar la ciudad fue cedido a los Franceses Libres. Los civiles alemanes de la ciudad, que podían ver hacia qué lado se inclinaba la guerra, y los colaboradores franceses que temían la represalia, intentaban conquistar el favor de los liberadores franceses. Todos hablaban, tratando de comunicar los rumores que habían escuchado, asignándoles el carácter de informaciones valiosas acerca de los planes alemanes. La mayor parte de la información carecía de valor, pero un traductor francés, que estaba entrevistando a un hombre de negocios alemán, prestó atención al relato acerca de una enorme cueva en Haigerloch, que los alemanes estaban llenando de grafito. Luego preguntó a un oficial de enlace británico si conocía alguna razón por la cual los nazis podían estar acumulando grafito.

Haller fue en avión a Estrasburgo al día siguiente, arrebató al hombre de manos de los franceses, y le interrogó en la trasera de un camión. El aterrorizado alemán suministró una descripción esquemática de la construcción, que sugería el armazón de un reactor. Haller se desalentó cuando el hombre no pudo identificar fotografías de Nils Bergman; pero comprendió que había descubierto oro, cuando el alemán señaló una vieja foto de Werner Heisenberg.

-Este se parece al organista de la iglesia -dijo el interrogado.

Haller acomodó a su prisionero en el asiento trasero de un Lysander monomotor, y le llevó a Inglaterra. Dos días después, un bombardero Mosquito realizó una pasada a baja altura sobre el valle del Eyach, continuando hacia el norte, para evitar de ese modo mostrar un interés especial en el área de Haigerloch. Esa noche, Haller sentó a su alemán frente a fotografías nítidas de la iglesia del castillo, y le obligó a señalar la entrada de la cueva.

-No podemos bombardear -dijo al mariscal del aire Ward-. Las bombas rebotarían en esta roca.

-¿Estamos seguros de que es el reactor? -preguntó Ward mirando escéptico las fotos de una antigua iglesia sobre una colina, que dominaba una aldea insignificante.

-Han llevado allí docenas de barcazas cargadas con bloques de grafito -contestó Haller-. Y vea esas tuberías que salen del río.

Tienen un metro de diámetro. Pueden llevar miles de litros por minuto. De modo que tenemos el grafito, el agua de enfriamiento y a Werner Heisenberg todo en un mismo lugar. Tiene que ser el reactor.

-Pero no hay signos de Siegfried -le recordó Ward.

-Estaba todavía en Berlín cuando nuestra fuente se encontraba en Haigerloch. Pero apostaría todo lo que tengo a que ahora está allí.

Ward apartó los ojos de las fotos.

-Seguramente los alemanes no podían saberlo, pero jamás hubieran logrado hallar un lugar más seguro. El valle del Eyach ni siquiera está en nuestros mapas.

Haller le miró desconcertado.

-Nadie va a Haigerloch -continuó Ward-. Nosotros, no.

Tampoco los norteamericanos. En este momento, el plan consiste en franquear el Rhin para entrar en Holanda. La gran ofensiva se realizará a través de Alemania septentrional. Nuestras tropas estarán en Berlín antes de que alguien se acerque a su iglesia.

-¿Hay posibilidades de modificar eso? -preguntó Haller.

Ward meneó la cabeza con expresión fatigada.

-No en poco tiempo. Todas nuestras fuerzas están muy atareadas en el norte. No llegaremos al Rhin hasta la primavera.

Haller levantó las fotografías y las estudió de nuevo.

-Quizá si atacamos con una pequeña fuerza. Una fuerza de acción veloz, que no alerte a los alemanes. Si descendemos exactamente sobre la condenada iglesia-Pero incluso mientras hablaba, veía los problemas. Tendría que ser un descenso perfecto. Era suficiente que se desviasen unos pocos metros, y sus hombres caerían sobre las calles estrechas, donde no tendrían la más mínima posibilidad.

Ward vio cuál era el problema. El ataque al reactor tendría que ser un asalto en gran escala, dispuesto a afrontar graves pérdidas, o bien una acción disimulada, con unos pocos hombres que se

aproximaran sin ser vistos al lugar. Dados los problemas a que los aliados se enfrentaban a lo largo de la frontera alemana, no había posibilidad de organizar un ataque importante en un futuro próximo.

-Estudíelo, Tom -fue su conclusión-. Si cree que hay un modo de llegar a esa iglesia, ese será nuestro mejor plan. De lo contrario, a lo sumo tendremos que depender de la segunda alternativa.

Haller apartó la mirada de las fotos.

-Si está seguro de que Siegfried se encuentra en el sector, encuéntrele -continuó diciendo Ward-, y trate de acrecentar su credibilidad. Quizá sea más fácil llegar a él que al reactor.

Hechingen - 24 de diciembre

-No, no. Hacia la izquierda. Más cerca de la ventana -dijo Lauderbach, inclinando el cuerpo en la dirección que deseaba para el árbol. Kurt Diebner, que estaba casi oculto por las ramas del pino, arrastró consigo el tronco del árbol mientras daba medio paso hacia la ventana.

-Demasiado -gritó Fichter-. Acerqúese un poco a mí.

Diebner obedeció.

-Todavía no está bien derecho -se quejó Lauderbach-. Y hay un lugar vacío frente a mí. Muévalo cuarenta y cinco grados hacia la derecha.

Los instintos de estos hombres, orientados hacia la teoría, eran inútiles. La disposición del árbol navideño reclamaba el ojo de un decorador, más que la precisión de un matemático. Se habían dedicado media hora a desplazar el pino de dos metros y medio alrededor de un pequeño círculo, al lado del hogar, y aún no hallaban el lugar que les pareciera el más apropiado.

-¡Allí! Perfecto -dijo Fichter. Diebner retrocedió para examinar su obra-. Demasiado cerca de la ventana -fue su conclusión, y Heisenberg casi se dobló de la risa-. ¡Acaba de decir que estaba

demasiado lejos de la ventana! -gritó.

-No dispondremos de tiempo para adornarlo -advirtió An-ders-, si ustedes no se deciden.

Birgit había sido encargada de los adornos, y había preparado docenas de frutas, cada una unida a una cinta rojo vivo. Después, había trabajado casi la mitad de la noche atando cintas a las velitas, con el fin de asegurarlas a las ramas del árbol. Comenzó a pasar los adornos a los científicos. Heisenberg se acercó para ayudar, pero Diebner le ordenó que se sentara al piano.

-Toque algunos villancicos -rogó-. No podemos adornar un árbol sin villancicos.

Era el primer día de descanso después de muchas jornadas consagradas a la construcción del reactor. El trabajo de ese día tenía que ver con las válvulas del sistema de enfriamiento.

-Dejaremos eso a los fontaneros -decretó Heisenberg, y declaró un día de descanso, para adornar la pensión en vista de la Navidad, que era una semana después. Dos de los científicos y el dueño habían pasado la mañana explorando el campo en busca del árbol navideño perfecto. Los otros habían atado cintas a las ramas verdes, y las habían distribuido por toda la habitación. Anders ayudó a Birgit a terminar los adornos para el árbol. Ahora, reían como niños mientras colgaban de las ramas los adornos de colores.

Heisenberg comenzó a tocar los villancicos, y los hombres iniciaron el canto. Un momento después todos reían de sus propias voces desentonadas.

-Mi madre tenía una voz maravillosa -recordó Fichter-.

Cantaba todo el año en la iglesia. Pero en Navidad entonaba todos los villancicos para nosotros. Cuando veo un árbol de Navidad, siempre pienso en ella.

-Yo siempre pienso en un carro rojo -agregó otro-. Era mi regalo favorito de Navidad.

Y así evocaban el pasado de muchas navidades, colmadas de sentimientos, al recordar cada uno de los tesoros recibidos.

Anders se preguntaba: ¿tenían idea del lugar en que estaban? ¿Comprendían realmente qué estaban haciendo? ¿Cómo podían

apartarse tan fácilmente de la producción de la muerte en masa para fijar delicadas cintas a un símbolo de la vida?

Eran hombres decentes. Si se pedía a uno cualquiera de ellos que proyectase un horno para asesinar a una generación entera, retrocedería horrorizado. Pero si se les solicitaba calcular la temperatura exacta a la cual un cuerpo humano se vaporizaba, entonces ese hombre trataba de ser el primero que presentara el cálculo. Si se le pedía a uno cualquiera que fabricase una bomba que pudiese incendiar una ciudad entera, sin duda rechazaría irritado la sugerencia. En cambio, si se le solicitaba la creación de un elemento que liberase la energía solar, se mostraría dispuesto a trabajar día y noche. Podían apartarse de su árbol navideño para contemplar la explosión de la primera bomba atómica sobre Londres. Y después volverían a sus villancicos, para celebrar la exactitud con que habían podido calcular el calor provocado por la bomba.

¿Qué testimonio ofrecería Anders cuando los aliados finalmente entraran en Haigerloch y detuviesen a su población de científicos? ¿Eran criminales de guerra? ¿O estaban locos? "Su señoría", decía su propia voz, dirigiéndose al presidente del tribunal, "estos hombres sencillamente se despreocuparon de la aplicación que se hacía de sus descubrimientos. Buscaban el conocimiento por el conocimiento mismo, sin preocuparse de sus consecuencias. ¿Podemos sacarlos de aquí y fusilarles, sencillamente porque eso no les importaba?" Recordó la respuesta de Nils Bergman cuando Birgit le advirtió que no debía viajar a Alemania. "Ellos quieren que usted fabrique armas", había dicho Birgit. Y Bergman se había encogido de hombros y meneado la cabeza. "¿Tendríamos que habernos abstenido de inventar la palanca sólo porque un general podía usarla como catapulta?" había preguntado a su vez.

¿Y qué dirían si él conseguía destruir el reactor? En el momento en que tres años de estudio, de experimentos, y finalmente de construcción cayeran destruidos ante sus propios ojos, ¿qué le harían? La cólera de esos hombres nada tendría que ver con la influencia del reactor perdido sobre la guerra. En cambio, se enfurecerían, porque él los habría privado de la oportunidad de ser los primeros en crear un nuevo elemento.

Habían vuelto al canto, y entonaban una canción que anunciaba buenas nuevas en la Tierra. Las peras amarillas y las manzanas rojo brillante colgaban alegremente de las ramas y las delgadas velas ocupaban sus lugares a diferentes alturas del árbol.

-Werner -dijeron a Heisenberg, que miraba desde el piano donde tocaba los villancicos-. Venga, ¡encienda la primera vela!

Pero Heisenberg señaló a Birgit.

-En mi hogar -dijo-, ese honor corresponde siempre a la dama de la casa.

Birgit sonrió, transportada por la felicidad del momento. Retiró una ramita encendida del borde del hogar, y se dispuso a acercarla a una de las velas.

-¡Victoria! -se oyó el grito que llegaba de otro lugar de la casa. La puerta de la sala se abrió bruscamente-. ¡Victoria! -gritó el propietario de la pensión y se abalanzó hacia el interior de la habitación-. Hemos roto las líneas enemigas. Nuestros ejércitos están avanzando en todo el frente.

Abandonaron el árbol y se acercaron de prisa al dueño de la pensión, que parecía enloquecido con sus propias noticias.

-En Bélgica. En Francia. Un ataque total -gritó-. Lo escuché en la radio. Los norteamericanos están en marcha.

Anders pasó al lado de los científicos, se acercó al receptor y con dedos temblorosos buscó la emisora alemana. El locutor se mostró aun más apasionado. Los ejércitos de von Rundstedt habían salido de las Ardenas y quebrado las líneas norteamericanas. Las divisiones alemanas avanzaban hacia el Mosa. Los ejércitos británicos estaban aislados en Holanda y se enfrentaban a la posibilidad de otro Dunkerke.

Lauderbach descargó el puño sobre la palma de la otra mano.

-Lo sabía -anunció-. Les llevamos a una trampa.

Encabezó la carga desde el receptor de radio hasta el mapa que consultaba todas las noches, mientras escuchaba las emisiones oficiales o el noticiario de la BBC. Halló enseguida las Ardenas, y movió el dedo hacia el oeste, en dirección al río Mosa.

-Miren -dijo-. Ocuparemos Bruselas en pocos días más. Estaremos de regreso a orillas del Canal para el Año Nuevo.

Trazó la línea que aislaría a los británicos en Holanda, donde sería posible destrozarles, y señaló el flanco septentrional del avance

norteamericano.

-Brillante -anunció—. Nuestra estrategia es brillante.

Escucharon ansiosos mientras la BBC confirmaba el sesgo de los hechos, tratando de restarles importancia.

-¿Acaso pueden decir otra cosa? -exclamó Lauderbach-. Tienen que fingir que es un asunto poco importante. Pero miren el mapa. Cualquiera puede ver que están divididos en dos partes.

Anders miró fijamente el mapa. No tenía idea del número de hombres que formaban las divisiones alemanas. Y ciertamente, el Mosa estaba muy lejos del Canal. Los aliados no estaban "divididos en dos".

Pero estaban cediendo terreno en un momento en que el propio Anders había supuesto que estaban avanzando. Había deseado escuchar que se acercaban al Rhin, y no que habían retrocedido hasta el Mosa. Incluso si podían reagruparse, ¿cuánto tiempo perderían? ¿Cuántas semanas les llevaría reconquistar el territorio que al parecer ahora entregaban al asalto alemán?

Esos locos tendrían su plutonio meses antes de que los aliados entraran siquiera en Alemania. Sus bombas estarían preparadas para el lanzamiento. Ciertamente, el Tercer Reich podía durar mil años.

A menos que él lo impidiera.

-Qué maravilloso regalo de Navidad -dijo Fichter, volviendo su atención al árbol- . Werner, toque otro villancico de modo que todos podamos cantar.

Se volvió hacia Birgit y le entregó una ramita ardiente, de manera que ella pudiera encender la primera vela del árbol.

Württemberg - 28 de diciembre

Los paracaídas descendieron silenciosos en la oscura noche de diciembre, y se posaron como plumas en la nieve blanca caída poco antes.

Haller tocó tierra y comenzó a tirar de las cuerdas antes aun de que el paraguas de seda gris rozara el suelo. Mientras trabajaba, miró alrededor. El y sus tres compañeros habían aterrizado en una línea recta, cada uno como máximo a unos ochenta metros del otro. Era un salto perfecto.

El paracaídas con el equipo había descendido un poco desviado de su curso, sobre el borde de la arboleda que cubría la suave pendiente de las montañas de Suabia. Esa sería la primera tarea del grupo -encontrar el paracaídas y recuperar las armas y los explosivos que habían descendido con él.

Recogió su paracaídas y formó un bulto que apretó contra el pecho, y después corrió hacia la línea de árboles. Uno de los hombres le alcanzó inmediatamente, y los otros dos ya estaban acercándose.

-¿Lo vio? -preguntó al que había llegado último.

El joven señaló en la dirección de donde él mismo venía.

-Entre los árboles. Allí. Tendremos que trepar un poco, pero no es problema.

Cavaron con las manos hasta que encontraron la blanda tierra negra. Después, enterraron los paracaídas y corrieron por el borde del bosque, hasta que encontraron el bulto cubierto con tela que colgaba a seis o siete metros de altura. Sin cambiar palabra, dos de los hombres ayudaron al tercero a alcanzar las ramas más bajas, y el soldado trepó de prisa hacia las ramas más altas. El bulto descendió cuando el hombre comenzó a cortar las cuerdas, y de pronto se desprendió y cayó al suelo.

Haller no prestó atención a sus hombres, que comenzaron a desatar el bulto. Estaba estudiando, a la luz de una minúscula linterna, el pequeño mapa que había extraído del bolsillo de su chaqueta.

Vestían uniformes militares, salvo que usaban zapatos de trabajo comunes en lugar de las botas de los comandos. La parte más peligrosa del salto estaba representada por las próximas horas, pues si el avión había sido identificado las patrullas alemanas saldrían a

buscarles. Si los capturaban, deseaban contar con la protección que les dispensaba su condición de soldados. Pero antes del alba, si tenían la certeza de que no les perseguían, vestirían ropas civiles.

Con este propósito, tenían que llegar a su primera cita, una derruida casa rural que estaba a unos tres kilómetros del lugar del lanzamiento. La casa había sido ocupada por agentes británicos, que habían depositado alimentos y dejado allí una camioneta italiana, oculta en el establo. En el vehículo habría herramientas de electricista y bobinas de cable telefónico. Bajo el tablero había documentos de identificación y permisos de trabajo correspondientes a cuatro italianos llevados a Alemania para reparar las comunicaciones. Uno de los paracaidistas hablaba fluidamente el italiano, y mal el alemán. Haller y los dos restantes habían ensayado un número de frases italianas que eran suficientes para identificarse.

Enterraron los paracaídas y abrieron el bulto. Después, cada uno cargó una pesada mochila y todos comenzaron a alejarse en fila, sobre el terreno abierto que comenzaba al borde de los árboles. Haller calculó que después de recorrer un kilómetro y medio llegarían a un arroyuelo. Seguirían el curso de la vía de agua, cuesta abajo, en dirección a la llanura, hasta que la casa rural abandonada apareciera sobre la izquierda.

Se sintieron protegidos mientras marchaban dentro de los límites del bosque. Los árboles ensombrecían la débil línea del horizonte, de modo que era poco probable que les viesen desde los campos abiertos que se extendían más abajo. Al mismo tiempo, podían dominar la campiña, y así estaban en condiciones de ver a todos los que se acercaban en la oscuridad.

Pero cuando llegaron al arroyo, dejaron atrás el bosque que les protegía. Ahora avanzaban dificultosamente, agazapados en un canal poco profundo que el movimiento del agua había excavado en el suelo llano. Se alternaban en el puesto de avanzada, enviando a un hombre unos ochenta metros al frente, mientras el resto se pegaba al suelo hasta que el primero señalaba que podían continuar. Vieron luces en la ventana de una casita que no estaba señalada en el mapa, y pasaron varios minutos en el agua helada que les acariciaba los pies, para decidir si debían salir del arroyo y lanzarse a campo abierto para alejarse de la casa.

-Si continuamos agachados, nadie nos verá -argüyó uno de los soldados.

-Qué me dicen si ese bastardo tiene un perro -dijo el soldado que hablaba italiano.

-En ese caso usaremos esto -replicó su compañero, mostrando la pequeña carabina que portaba.

-¡Y despertaremos a la mitad de Alemania!

Era la voz de Haller, y su preocupación más importante era el tiempo. No deseaba que los viesen cerca del lugar de la cita, porque supuestamente esa casa estaba abandonada. Cuatro extraños moviéndose en una casa desierta sin duda atraerían la atención. Su plan era cambiarse de ropa, poner en marcha la camioneta y salir al camino antes de que amaneciera.

-Continuaremos avanzando -ordenó-. Si hay un perro, permitiremos que se acerque. Y después usaremos esto.

Palmeó el cuchillo que colgaba de su cinturón.

Avanzaron con cautela, dejaron atrás la ventana iluminada, y respiraron con más calma cuando no oyeron el más mínimo ruido, ni movimientos que pudiesen ver a través de la ventana.

Ya habían recorrido cierto trecho, cuando les detuvieron unas luces lejanas que parecían acercarse. Haller ordenó que se distribuyeran y ocupasen posiciones sobre la pendiente del río, frente al camino abierto que el vehículo debía utilizar. Oyeron los ruidos del motor cada vez más cercano, y los faros camuflados más luminosos. Era un automóvil militar abierto con tres pasajeros uniformados apenas visibles. Oyeron risas cuando el automóvil pasó velozmente delante de ellos.

-Dios mío, están patrullando los caminos -dijo uno, apenas volvieron a reunirse.

-Guardias territoriales -dijo Haller-. Si nos detienen, ¡ojalá que sean estos!

El cielo comenzó a clarear menos de una hora después y la casa aún no había aparecido. Haller examinó el mapa. Ya hubieran debido llegar, pero él no podía estar seguro del trecho que habían caminado. No podía permitirse el lujo de continuar avanzando con ese paso lento y cauteloso.

-Apresúrense, muchachos -dijo—. Manténganse atentos, pero

continúen avanzando.

Iniciaron un trote, y con cada paso las pesadas mochilas golpeaban sus hombros.

Casi habían pasado de largo cuando el establo ruinoso apareció al borde de un bosquecillo. Descansaron unos minutos extendidos sobre el heno mojado de nieve que había caído por el techo abierto. Después, retiraron parte del heno, y sacaron la camioneta. Todavía estaba oscuro cuando el grupo, vestido con monos de obrero, salió al camino y enfiló hacia el río Eyach.

Haller detuvo el camión en el momento en que apareció un puente de madera, unos diez kilómetros después de Haigerloch. Uno de los hombres se acercó al borde del agua, trepó a un poste telefónico y cortó el cable. Después, el grupo se acercó al puente y presentó sus papeles a los dos guardias territoriales uniformados que salieron de un cobertizo sin ventanas.

Los guardias miraron los papeles, y después revisaron el equipo que estaba en la parte trasera de la camioneta. Alcanzaron a entender las palabras y los gestos italianos, mezclados con frases alemanas mal pronunciadas, por lo menos para imaginar que los italianos habían sido enviados a reparar las líneas telefónicas. Y cuando intentaron comunicarse con su cuartel general para pedir instrucciones, la historia pareció verosímil pues el teléfono no funcionaba. Se alzó la improvisada barrera de madera, y el grupo de Haller pasó al lado oeste del río.

Enfilaron hacia el norte, y el río quedó a varios centenares de metros hacia la derecha, separado del camino por densos bosques. Tenían sus armas al alcance de la mano. Era lógico que los alemanes estuvieran patrullando todo el sector alrededor de Haigerloch, y los británicos no podían tener la certeza de que su disfraz de operarios soportaría el examen de los soldados regulares. Cuando llegaron a un punto que estaba cerca del pueblo, aproximaron la camioneta a un poste telefónico. Los tres soldados descargaron el equipo y uno trepó al poste y comenzó a desenrollar la bobina de cable. Haller entró en el bosque y se acercó a la orilla del río.

Vio la iglesia del castillo, que se elevaba sobre el risco de piedra, cuando todavía estaba bastante lejos de la orilla. En sus prismáticos de campaña, alcanzó a ver figuras uniformadas sobre el borde del peñasco y emplazamientos de ametralladora, que no estaban allí cuando se habían tomado las fotos aéreas. Los alemanes

habían traído refuerzos para proteger su tesoro.

Se acercó más, y de pronto percibió el ruido de las aguas del río. No podía salir a campo abierto. Los guardias que tenía enfrente probablemente habían pasado días enteros observando el agua de una orilla deshabitada. El más mínimo movimiento ciertamente atraería su atención. Se detuvo cuando pudo ver el agua que corría entre los árboles; se acostó boca abajo y comenzó a explorar el lugar con sus prismáticos.

Al principio, no pudo hallar la entrada de la cueva. En las fotografías se abría sobre la superficie del agua, directamente bajo la cruz que coronaba el campanario de la iglesia. Pero ahora solamente veía la cara vacía del risco de piedra caliza. Se dijo que debía ser el efecto de la luz. El sol estaba detrás de la iglesia, y la pared que se extendía debajo aún se hallaba en sombras. Lentamente comenzó a buscar otro punto de observación, siguiendo el curso del arroyo.

-Maldición -exclamó, cuando miró de nuevo. Puedo ver el color más claro y las esquinas regulares del parche de piedra que había remplazado la abertura de la cueva. Habían sellado la entrada. Los alemanes ya no necesitaban una puerta de acceso al río. Los planes de ataque que ellos habían ensayado eran totalmente inútiles.

De la observación de las fotografías aéreas se habían desprendido dos cosas. La primera, que la iglesia del castillo estaba poco defendida. Ninguna de las fotografías había revelado la existencia de armas automáticas, ni vehículos militares, ni una estructura que pudiera cumplir la función de cuartel. Habían supuesto que un ataque rápido y poco concentrado contra un blanco mal defendido podía tener éxito. Ahora, con los soldados y las ametralladoras en la cima del risco, ese supuesto carecía de validez.

Habían planeado cruzar el río bajo la protección de la oscuridad en una pequeña balsa, y después irrumpir entrando por la abertura de acceso a la cueva. Los guardias de seguridad y los propios trabajadores que podían estar adentro no serían un obstáculo muy difícil ante un ataque por sorpresa. Pondrían las cargas explosivas alrededor del equipo fundamental y regresarían por el río cuando el interior de la cueva explotase para convertirse en un infierno de llamas. Ahora, como la cueva estaba sellada al nivel del agua, había que abandonar ese plan.

Examinó la cumbre del risco. La entrada a la sala del reactor tenía que ser bastante amplia para introducir equipos y combustibles,

y para extraer las varillas de combustible procesadas. Haller supuso que había un respiradero en algún lugar de la iglesia, o quizás en algún punto de los terrenos que se extendían alrededor. Era imposible que su pequeño grupo de ataque escalase los riscos bajo los ojos de los guardias que ahora parecían estar mirándolo. Y había escasas posibilidades de que su grupo de supuestos trabajadores italianos pudiese caminar por las calles que conducían a la iglesia desde el lado opuesto.

Examinó algunos de los planes que habían considerado y desechado. Un lanzamiento con paracaídas sobre los terrenos de la iglesia parecía ahora incluso más fantástico, con el blanco concreto frente a él, que en el momento de estudiar las fotos. La altura del muro de piedra hacía que un ataque de bombardeo pareciera incluso más fútil. Ese maldito lugar era invulnerable a todo lo que no fuese una invasión en gran escala.

Vio sólo dos posibilidades. Una bombardear incesantemente el risco, arrasando la iglesia, destruyendo las calles que conducían a ella, y quizás incluso cerrando la entrada de la cueva. Eso por lo menos lograría que para los alemanes fuese más difícil introducir combustible y retirar uranio procesado. Podía permitirles ganar cierto tiempo. El otro era lanzar en paracaídas un regimiento sobre los campos abiertos que se extendían al este del pueblo. Las pérdidas de hombres cuando intentaran abrirse paso a través de las estrechas calles serían terribles, pero una vez que llegasen al objetivo podían destruir definitivamente la bomba atómica alemana.

Guardó los prismáticos de campaña en su estuche, y cuidadosamente regresó a través del bosque.

Haller oyó voces de mando en alemán, incluso antes de ver el automóvil de patrulla que se había detenido detrás de la camioneta. Dos soldados apuntaban con sus fusiles a los tres británicos que estaban de pie al lado del camión, con las manos apoyadas en la nuca. Un oficial alemán vestido con chaqueta de cuero agitaba los documentos de trabajo en la cara de los británicos y les gritaba en alemán. Haller alzó su carabina y avanzó cautelosamente, hasta que pudo apuntar bien. Después, disparó una rápida ráfaga a la espalda de cada uno de los soldados.

El oficial se volvió confundido, atónito al ver caer a sus dos hombres. Llevó la mano a la cartuchera, pero sus prisioneros cayeron sobre él antes de que desenfundase la Luger. Le arrojaron boca abajo, obligándole a poner los brazos a la espalda.

-Apártense -ordenó Haller. Antes de que el oficial alemán pudiese volverse, Haller le disparó dos veces entre los hombros.

-Sáquenlos de aquí -dijo-. Ocúltenlos en el bosque, fuera de la vista.

Cada uno de los británicos agarró los brazos de uno de los alemanes caídos. Mientras comenzaban a arrastrarles fuera del camino, Haller saltó al automóvil de patrulla, puso en marcha el motor e internó el vehículo entre los árboles. Después, se reunió con sus soldados en la camioneta, y les ayudó a cargar el equipo telefónico.

-En marcha. Seguramente oyeron los disparos del otro lado del río. Vendrán a echar una ojeada.

-¿Adonde vamos?

-Hacia el sur -contestó Haller. La camioneta viró en redondo-. Volveremos a cruzar el mismo puerto. Deseo echar una ojeada y controlar si hay zonas de lanzamiento al otro lado.

-¿No atacaremos? -preguntó uno de los soldados, que pareció sinceramente decepcionado.

-Es imposible -contestó Haller, mirando hacia atrás por encima del hombro para comprobar que no había vehículos en el camino-. No podríamos ni siquiera acercarnos. Es una condenada fortaleza.

-Entonces, ¿nos vamos? -preguntó otro soldado.

Haller hizo un gesto de conformidad.

-Pero no ahora mismo. Primero tenemos que encontrar a dos de las personas que trabajan bajo esa iglesia. Eso puede llevarnos un día o dos.

-¿Vendrán con nosotros?

La pregunta provenía del fondo de la camioneta. -Si podemos llevarlas -dijo Haller-. De lo contrario, tendremos que dejarlas aquí.

INVIERNO DE 1945

Los brazos de la tenaza estaban cerrándose por ambos lados. Un kilómetro tras otro los rusos avanzaban desde el este, asolando los campos que habían sido las propiedades de los jefes militares prusianos. Los ejércitos alemanes luchaban desesperadamente, pero se veían obligados a retroceder abrumados por la fuerza misma del acero ruso. En el oeste, los aliados habían reanudado la ofensiva. El saliente alemán, Bélgica, había sido liberado, y los norteamericanos habían franqueado la Línea Sigfrido. Von Rundstedt había retrocedido hacia la última línea de defensa del Reich, el río Rhin. Pero para los líderes alemanes el territorio era prescindible, luchaban para ganar tiempo. Si podían impedir que la tenaza tardase unos meses en cerrarse, llegarían a fabricar su bomba atómica. Y entonces, destruirían la tenaza.

Haigerloch - 5 de enero

El ataque fue tan repentino que Anders no advirtió el peligro. Cuando el automóvil que avanzaba adelante voló, Anders creyó que se trataba de un accidente. Y cuando comenzaron a disparar las armas automáticas intentó salir de su propio vehículo, para escuchar a las dos partes que estaban cometiendo un terrible error.

Birgit había decidido pasar con Anders el día en el asentamiento del reactor. Por la mañana temprano, cuando los científicos estaban ocupando los automóviles que les esperaban, una llamada telefónica obligó a Anders a volver a la pensión. Hubo una larga serie de empalmes, que comunicaban a los operadores de Stuttgart y después de Weimar con otro de Berlín. Después, le dijeron que esperase mientras le conectaban con la persona que deseaba hablar con él. Anders indicó con un gesto a la caravana que se pusiera en marcha, y dio a entender que él y Birgit les seguirían. Cuando regresó al teléfono, oyó que otros operadores se transmitían mensajes, mientras intentaban comunicarle con la persona que llamaba. Y después, cuando ya se le había agotado la paciencia, la línea quedó muda.

Su automóvil, y un solo vehículo de escolta, eran los únicos que esperaban cuando bajó de prisa los peldaños de la escalera. Cuando arrancaron, otro automóvil de escolta, con tres soldados armados, se alineó detrás de ellos.

-Todos estos guardias -dijo en sueco a Birgit-. ¿Vienen a protegernos o somos prisioneros?

Birgit se echó a reír. Durante las últimas semanas, el número de soldados alemanes en Hechingen había aumentado de manera dramática. La iglesia del castillo se había convertido en una fortaleza medieval. Los uniformes y las armas parecían obscenos sobre el trasfondo de la campiña serena, con su manto blanco de nieve navideña.

La fila de automóviles se desplazó de prisa por el camino ribereño, y ascendió sobre el reborde de piedra caliza, exactamente como había hecho Anders la primera mañana que estuvo en Hechingen. Anders se recostó en el asiento, tratando de ordenar sus pensamientos para las tareas que le aguardaban. Tenían que bombear el agua de enfriamiento extraída del río a través de la masa de grafito del reactor, para probar las nuevas válvulas que habían instalado. Birgit miraba distraída el río y los árboles cubiertos de nieve de la orilla opuesta. Pensaba inquieta que el tiempo era el enemigo. No importaba cuál fuese el resultado de los planes de Anders en relación con la destrucción del reactor, el tiempo que les quedaba de convivencia estaba acabándose. La breve luna de miel con Anders, aunque compartida con los restantes científicos y las exigencias de la misión, había contado con el marco perfecto de un hermoso ambiente. Pero ahora eso casi había concluido.

De pronto, una explosión conmovió el aire de la mañana, y el estampido arrancó ecos de las paredes del valle, como si hubiera sido un proyectil que repiqueteaba. Sobresaltados, alcanzaron a ver la luminosa bola de fuego que envolvía al automóvil que iba adelante. Después, la confusión sacudió al automóvil en el que viajaban, como si hubiera sido un martillo.

El conductor maldijo cuando el automóvil viró hacia un costado del camino. Durante un segundo se debatió furiosamente, tratando de recobrar el control. Pero una rueda delantera tocó el suelo blando del costado y el automóvil dio una sacudida violenta. Al fin se detuvo, con el radiador aplastado contra el tronco de un arbolito, tres ruedas enterradas en el costado lodoso, y una suspendida en el aire, sobre el camino por donde habían venido. A pocos metros de distancia se levantaba el borde del risco de piedra caliza que descendía bruscamente doce metros hacia el río que estaba debajo.

Anders había sido arrojado violentamente contra la puerta. Birgit se precipitó hacia adelante, golpeando primero contra el asiento delantero y después cayendo al suelo.

Anders extendió la mano hacia Birgit y la ayudó a arrodillarse.

Después, manipuló la portezuela y consiguió abrirla, tratando de enderezarse al mismo tiempo que acercaba hacia él el cuerpo de Birgit.

-Agáchese -la orden vino del propio conductor, que había conseguido abrir la portezuela y se había arrojado al suelo.

-Dame una mano -ordenó Anders, todavía decidido a ayudar a Birgit a salir de los restos.

-¡Abajo! -gritó el conductor, al mismo tiempo que empujaba violentamente a Anders, que cayó al camino y rodó bajo el parachoques trasero. Trató de incorporarse, pero el conductor se había deslizado por el costado del automóvil y estaba agazapado junto a Anders.

-Cúbrase -ordenó, empujando a Anders más allá del borde del camino y enviándole rodando cuesta abajo.

Anders maldijo a gritos al conductor, que ahora se arrastraba rodeando el automóvil, en dirección al borde del camino. Pero su voz quedó ahogada por una súbita explosión de disparos. El conductor gritó de dolor y se arrojó hacia adelante, y rodando pasó junto a Anders y fue a parar a los arbustos que crecían debajo. Anders miró confundido la figura inerte y vio la sangre que brotaba de la hilera de orificios en la espalda del hombre.

¿Qué estaba sucediendo? ¿Por qué los guardias de pronto disparaban unos contra otros? Anders estaba tratando de incorporarse cuando el segundo automóvil con la patrulla se detuvo directamente frente a él. Los soldados saltaron del vehículo y rodaron hacia los bordes del camino. En un instante estaban apostados, boca abajo, los fusiles apuntando bajo el automóvil que acababan de abandonar.

-Alto -ordenó Anders-. Es un error.

Sus oídos recogieron la fuerza de otra explosión, en el camino. El automóvil recién llegado se balanceó, pero mantuvo su posición. El coche que Anders y Birgit ocupaban se desprendió de su precario abrazo con el árbol y comenzó a caer. El radiador se desplazó cuando el automóvil se deslizó hacia la derecha, acercándose al borde del risco. De pronto, el parachoques delantero tocó un peñasco, y el vehículo se detuvo. La grava y el polvo comenzaron a caer alrededor de Anders, oscureciendo la nieve. Los soldados alemanes ya estaban disparando. Y entonces, desde bastante cerca, llegó el estrépito de otros disparos. El parabrisas del vehículo de patrulla voló en

minúsculas agujas que bailaron como copos de nieve a la luz del sol.

Pero la atención de Anders ahora estaba concentrada en su propio automóvil. Birgit continuaba adentro, y a causa de la fuerza de la explosión el automóvil se había deslizado unos metros más en dirección al borde del risco. Tenía que sacarla de allí.

Se arrastró de prisa sobre el lodo, esquivando el cuerpo inerte del conductor moribundo. La puerta abierta cayó al suelo apenas él tocó el picaporte. Birgit cayó en los brazos de Anders.

-¡Agáchate! -gritó a la joven-. Están disparando unos contra otros.

Apenas había pronunciado esas palabras cuando una nueva ráfaga de disparos destrozó la ventanilla trasera del automóvil. Anders se arrojó sobre ella para protegerla de los fragmentos.

-Alejémonos del automóvil -dijo ella, sin el más mínimo atisbo del pánico que él esperaba. Ella apartó a Anders y comenzó a arrastrarse hacia los arbustos, bajo los pies de los tres soldados alemanes que devolvían el fuego protegidos por su propio automóvil-. Vamos, no te quedes allí -ordenó Birgit, siempre arrastrándose.

Los sacudió otra explosión, y esta parecía venir del costado del automóvil que acababan de abandonar. El automóvil saltó violentamente hacia la derecha. El guardabarros que se había enganchado en el árbol, se desgarró como una hoja de papel. El vehículo se deslizó, rodó de costado entre los arbustos y desapareció sobre el borde del risco.

Y después hubo otra explosión, y esta emitió una llamarada luminosa bajo el patrullero, que saltó por el aire y volvió a caer apoyándose en sus cuatro ruedas.

Uno de los soldados alemanes gritó, se incorporó sobre sus rodillas y después cayó hacia atrás. Anders se volvió para ayudarle, pero el hombre -en realidad un muchacho- rodó pasando el borde. El cuerpo que finalmente quedó inmóvil no tenía manos ni cara.

-¡Dios mío! -gritó Anders. Agachó la cabeza hasta que quedó apretada contra la nieve. La mano de Birgit tiró del cuello de su chaqueta.

-Muévete -aulló Birgit. En cambio, él le apartó la mano.

-Debemos detener esto -gritó a Birgit. Intentó incorporarse, pero comenzó a resbalar. Trató de llegar al camino, medio arrastrándose y medio corriendo, gritando a los soldados que detuviesen el tiroteo y en los gritos ponía el escaso aliento que aún le quedaba.

Una figura de uniforme caqui se abalanzó sobre el borde del camino, frente a Anders, y apuntó un arma y pareció que el disparo explotaba en la cara del científico. Al mismo tiempo, el soldado alemán que estaba a su derecha comenzó a disparar. La figura de uniforme caqui brincó hacia atrás, sacudida por la vibración del arma que él disparaba. En ese instante Anders sintió que la bala le atravesaba el brazo izquierdo. El impacto le hizo girar sobre los talones y comenzó a caer por la ladera de la colina.

Otra explosión tocó el patrullero, y esta vez se inclinó hacia el costado. El soldado alemán, cuyos disparos habían salvado la vida de Anders, trató de apartarse, pero el automóvil pasó sobre él, ahogando sus gritos con el estrépito del metal aplastado.

Birgit se arrastró hasta el lugar en que Anders trataba de incorporarse. Le pasó un brazo por el cuello y le obligó a agacharse.

-Cúbrete -le rogó, y ahora se lo pedía más que ordenaba. Los ojos de Birgit se volvieron hacia el borde del camino, esperando la aparición de otra figura de uniforme caqui que disparara su arma. Los defensores estaban muertos, los cuerpos destrozados alrededor. Estaban a merced de los atacantes.

Y de pronto oyó una nueva ráfaga de disparos, que venían de un lugar más alejado del camino, en la dirección que ellos habían seguido para acercarse. Otras armas comenzaron a disparar directamente sobre las cabezas de Birgit y Anders. La joven se apretó contra la chaqueta de Anders para amortiguar el estrépito ensordecedor, pero se retiró bruscamente cuando sintió el líquido tibio que estaba formando una gran mancha sobre la manga de Anders.

Los disparos cesaron, remplazados súbitamente por un silencio mortal que parecía igualmente amenazador. Birgit y Anders yacían juntos, y casi temían respirar.

Oyeron voces, órdenes en alemán. Después, el sonido de hombres que corrían. Birgit abrió los ojos. Un soldado alemán de uniforme gris apareció sobre el borde del camino.

Fueron levantados con muchas precauciones y llevados hasta

el borde del camino. Un oficial alemán se acercó rápidamente apenas les depositaron sobre la superficie asfaltada. Sin hablar, desabotonó el abrigo y la chaqueta de Anders y maniobró para retirarlos de los hombros del herido. La manga de la camisa era una gran mancha oscura, pegada al brazo.

-Buscaremos un médico -prometió el oficial. Después, ordenó a uno de los soldados que trajese el automóvil estacionado a un costado del camino, a pocos centenares de metros. Mientras el soldado corría a cumplir la orden, el oficial arrancó la otra manga de la camisa de Anders, la convirtió en una venda y comenzó a atarla sobre la herida del brazo.

-¿Desea morfina? -preguntó mientras trabajaba.

Anders meneó la cabeza.

-La necesitará -sonrió el oficial.

Pero Anders no prestaba atención a la herida. Sus ojos recorrían el camino, y pasaba revista a la masacre.

El chasis del primer vehículo de patrulla ardía en el centro del camino, a unos cuarenta metros de distancia. Una figura ennegrecida yacía entre los restos. Dos bultos de uniforme gris estaban a la derecha. Otro soldado alemán estaba sentado en el suelo, y recibía ayuda de uno de sus camaradas.

Al frente, una figura de uniforme caqui, con una carabina junto a una mano y una boina roja cerca de la otra. Otra forma con boina roja estaba sentada tranquilamente entre los arbustos, del lado opuesto del camino, la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta. Y el cuerpo del atacante que había disparado contra Anders yacía en el lugar en que había caído, exactamente detrás de Anders.

-¿Quiénes son? -preguntó Anders.

El oficial aseguró el nudo del vendaje.

-Comandos ingleses -dijo, mientras examinaba su trabajo.

-¿Aquí? -preguntó asombrado Anders-. ¿Qué estaban haciendo aquí?

El oficial le miró y meneó la cabeza ante la ingenuidad de la pregunta.

-Por supuesto, usted era el objetivo. Quisieron matarle.

Hechingen - 6 de enero

Anders abrió los ojos y sólo alcanzó a ver una bruma grisácea. Parpadeó, pero la bruma no se disipó. Trató de enfocar la visión. Una forma oscura entró en su campo visual y poco a poco se estrechó hasta convertirse en la alta columna de la esquina de su cama.

Después, comenzaron a dibujarse los perfiles de su cuarto. Alcanzó a ver la otra columna, y más lejos la palangana y la jarra de porcelana. Movió lentamente la cabeza, y parpadeó de nuevo a causa de la luz que entraba por la ventana. Entonces vio a Birgit, que estaba en la silla, mirándole y sonriendo.

-¿Te sientes mejor?

Las palabras de Birgit llegaron muy lejanas, y se hundieron en su propio eco. Anders trató de responder, pero el esfuerzo parecía imposible. Era más sencillo limitarse a cerrar los ojos.

Le observó mientras él volvía a hundirse en el sueño provocado por los analgésicos. Desde el momento en que el automóvil militar les habían devuelto a la pensión, Birgit no había apartado los ojos de Anders. Había permanecido en la habitación mientras el médico desinfectaba y vendaba la herida.

-No es nada grave -había dicho el médico-. Quizá la bala haya afectado el músculo. Pero deberíamos llevarlo al hospital. Estaría mejor allí.

Birgit había protestado. Le habían administrado morfina, y - si el dolor continuaba quizá necesitara nuevas aplicaciones. Birgit temía lo que él pudiera decir mientras estaba bajo los efectos de la droga.

-Está mejor aquí -había dicho-. Sus colaboradores querrán consultarle.

El médico se encogió de hombros y devolvió los instrumentos a su maletín.

-En realidad, no importa. Pasaré a verle en un día o dos.

Mientras ella permanecía sentada en la habitación silenciosa, vigilando el sueño de Anders, trataba de encontrar un sentido a la confusión. No cabía duda de que eran soldados británicos,

identificados inequívocamente por los distintivos y las insignias. Y no cabía duda de que su blanco era Karl.

Al principio, eso la había confundido. Los científicos siempre partían juntos por la mañana, en una caravana de automóviles con soldados armados en los coches de escolta. Los británicos no podían saber cuál era el automóvil de Karl. Lo más probable era que hubieran decidido atacar a todo el grupo.

Y de pronto recordó la llamada telefónica. Había llegado en el instante mismo en que se disponían a ocupar los automóviles, siendo evidente que había separado a Anders del resto. El retraso en las conexiones de la supuesta llamada había determinado que los restantes vehículos se adelantasen. Y después, cuando el teléfono quedó mudo, Anders y ella partieron solos. Seguramente, los ingleses eran los autores de la llamada. El número de la pensión estaba en las guías telefónicas de los pueblos circundantes. Podían haber llamado desde un lugar cualquiera, incluso desde un edificio frente a la plaza, y desde allí también podían haber observado desde el momento en que Anders se separaba del grupo y regresaba a la posada.

Los alemanes habían afirmado que eran cuatro comandos. Los guardias territoriales los habían visto varios días antes, disfrazados de trabajadores italianos. Sólo tres habían participado en el ataque al automóvil, de modo que era probable que el cuarto hubiese estado en Hechingen, realizando la llamada telefónica. Aún estaba en libertad, pero los alemanes habían cerrado todos los caminos y realizaban búsquedas casa por casa. Esperaban capturarlo de un momento a otro.

De manera que no había sido un accidente. Los comandos británicos habían entrado en Alemania para matar a Karl Anders. Pero, ¿por qué? ¿Por qué querían asesinar a un agente que poseía la clave de su victoria? ¿Qué sabían de él que nunca habían revelado a Birgit?

Birgit había escuchado rumores acerca de asesinatos cometidos por los británicos. Pero siempre habían afectado a agentes dobles, personas que los británicos creían controlar, pero que en secreto mantenían contacto con los alemanes. Y también le habían hablado de los suicidas. Los agentes llevaban consigo cápsulas de cianuro, y se suponía que debían utilizarlas si se enfrentaban a la posibilidad de ser capturados. Pero Anders ciertamente no era un agente doble. Birgit había vivido tan íntimamente con él que casi podía adivinar sus pensamientos antes siquiera de que los formulase. Y Haller nunca había exigido que Anders se suicidase. Se habían trazado complicados

planes para secuestrarle si su misión fracasaba.

Quizás había sido un frustrado intento de secuestro. ¡Por supuesto! El disparo que le había herido venía del arma sin control de un comando herido que estaba cayendo muerto. Quizá su intención no había sido nunca atacar a Anders. Pero después, Birgit recordó los explosivos arrojados a los automóviles, y la ráfaga de disparos que habían destrozado las ventanillas. Los atacantes querían matar a todos. Proteger la vida de Anders ciertamente no era parte de sus órdenes.

Los alemanes le habían salvado la vida. Recordó su propia alegría cuando el soldado que se acercó tenía uniforme gris y no caqui. Y recordó la preocupación del oficial alemán que había arriesgado su propia vida y la de sus hombres para llegar al lado de Anders.

¿Quizá los británicos creían que él les traicionaba? Probablemente habían oído lo de la medalla enviada por Himmler, para expresar la gratitud personal del Führer. ¿Creían en eso? ¿Quizá pensaban que Anders se había comprometido tanto en la demostración del reactor que ahora trabajaba por su éxito y no por su destrucción?

Las posibilidades la abrumaban. Birgit trató de aclarar sus pensamientos, para comenzar desde el principio.

Anders gimió y se movió inquieto. Birgit se acercó a la cama y ordenó las mantas; después, volvió a su silla. Por la ventana podía ver los soldados que los alemanes habían apostado para proteger a su apreciado científico. Había un automóvil blindado en el centro de la plaza, con su torrecilla y las dos ametralladoras que cubrían amenazadoras al sector. Había parejas de soldados armados en cada esquina de la pensión, y automóviles de patrulla en cada una de las calles que terminaban en la plaza. Sin duda, esperaban que los británicos realizaran otro intento.

Era absurdo. Todos los temores de Anders y Birgit se habían concentrado en los alemanes. Ahora, los alemanes eran sus protectores. Habían creído que el rescate ejecutado por los británicos era su última esperanza, y ahora los británicos intentaban asesinarles.

¿Qué había cambiado? Birgit se desplomó en la silla y comenzó a recorrer nuevamente el largo y doloroso hilo de la lógica. ¿Por qué los británicos querrían matarle? Tal vez, si creían que los alemanes

desconfiaban, era el único modo seguro de evitar que confesara que había arruinado el reactor. Pero si los alemanes desconfiaban, ¿por qué había una compañía de soldados en la plaza para protegerles?

Los centinelas alemanes eran la prueba de que los nazis todavía consideraban muy importante a su científico sueco. Y era precisamente lo que Haller había esperado que sucediese. ¿Por qué Haller había cambiado súbitamente de actitud?

Anders durmió la noche entera, sin saber que sus colegas de cuando en cuando llamaban suavemente a la puerta para indagar acerca de su estado. Pero despertó completamente por la mañana, sin rastros de los efectos de la morfina, y a su vez el dolor del brazo era más una molestia que un impedimento.

Se vistió con la ayuda de Birgit, preparándose para reunirse con los otros a fin de realizar las pruebas de la jornada. Pero Diebner no quiso oír hablar de eso. Ordenó un día de descanso, y riendo amenazó con situar guardias a la puerta para mantener acostado a Anders.

Caminaron por la plaza, y cuando estuvieron en lugar seguro, lejos de los soldados, Birgit reveló a Anders sus terribles temores. El ataque había sido un esfuerzo británico para asesinarlo. Anders asintió al oír eso, y aceptó sin emoción las conclusiones de su compañera.

-No hay correspondencia -explicó-. Estamos aislados, por iniciativa de los británicos o de los alemanes. Imaginé que los alemanes podían volverse contra nosotros, pero no supuse que los británicos intentarían borrar todos los rastros.

Birgit hizo un gesto hacia uno de los centinelas que se paseaban frente a la puerta.

-Pero los alemanes están protegiéndonos.

-Es evidente que los comandos muertos no creían que adoptarían esa actitud -contestó Anders.

-Entonces, ¿qué hacemos?

Anders sonrió en un gesto tranquilizador.

—Exactamente lo que vinimos a hacer. Nos ocuparemos de que el reactor jamás funcione.

-¿Y después?

-Después, estamos abandonados a nuestras propias fuerzas. No creo que aquí nos miren con buenos ojos. Y ciertamente, no regresaremos a Inglaterra.

Württemberg - 7 de enero

Haller podía desplazarse sólo por la noche, y además avanzaba trechos muy cortos.

Había supuesto que su disfraz como reparador de las líneas telefónicas ya era inútil, y por lo tanto había abandonado la camioneta e iniciado la fuga a pie, con ropas civiles. En los caminos había muchas patrullas alemanas, que ciertamente buscaban al cuarto comando. Sabían cuántos operarios habían atravesado el puente, y cuántos comandos eran miembros del grupo atacante. Tenían todos los caminos vigilados, patrullaban en el campo abierto y los bosques vecinos, realizando exámenes detallados de cada casa y cada estructura del sector. La oscuridad de la noche era la única protección para Haller, y aun así tenía que evitar los caminos y mantenerse lejos de las ventanas iluminadas.

Había dejado la radio en la camioneta, y prefirió llevar consigo una chaqueta de abrigo, una manta y un par de medias además del rifle de ataque. Había sido una decisión razonable. La primera noche nevó mucho, y la chaqueta y la manta evitaron que muriese congelado en su refugio del matorral durante el día siguiente. Esa noche, mientras caminaba sobre un manto de nieve bastante profundo, se había roto el hielo de un arroyo. Las medias habían evitado que se congelase los pies.

El segundo día, se envolvió en la manta, acostado en un pequeño claro abierto, oculto por una densa espesura arbolada. Unos momentos después oyó el sonido de un motor pequeño sobre las copas de los árboles, y se acercó al borde del bosque para ver claramente la campiña. Un avión de reconocimiento alemán, un Stork, atravesaba lentamente el cielo, de frente al viento, y venía directamente hacia él, siguiendo las huellas que había dejado en la nieve durante la noche. El avión se volvió bruscamente cuando llegó a la línea de los árboles,

pareció que se mantenía un momento directamente sobre la cabeza de Haller, y después viró en redondo y se alejó hacia el oeste. El observador, mirando a través de las ventanillas combadas, podía haberlo visto. Pero incluso si no era así, ciertamente había visto las huellas y comunicado por radio su informe a las patrullas alemanas. Haller enrolló de prisa su manta y se internó todavía más en los bosques, alejándose de la granja abandonada a la que intentaba llegar.

El lugar de destino era la misma casa en que los agentes británicos habían dejado la camioneta. Cuando llegase allí, se proponía mantener cierta distancia, observando la casa hasta que uno de sus hombres realizara la visita programada. Después, saldría con el agente, y confiaría en los simpatizantes que se habían infiltrado en la región para suministrarle cobertura y retransmitir su informe a Inglaterra.

Ahora, se agazapó al borde de un claro, el establo abandonado era claramente visible a pocos centenares de metros. La casa, con los marcos de la ventana vacíos, estaba sumida en una oscuridad total. El desvío, impuesto por el avión de patrulla, había llevado mucho tiempo a Haller. Si los agentes británicos habían estado en la casa, por el momento no les vería, y eso implicaría otro día ocultándose a cielo abierto. Y si estaban en la casa, él no podía verles. Tendría que esperar y observar, y confiar en que se le ofrecería algún indicio de que ya estaban ahí adentro.

En el lejano camino, pudo percibir el movimiento de linternas amortiguadas, probablemente patrullas alemanas que se mantenían activas para evitar que huyese del bosque. Los soldados alemanes, avisados por el avión, probablemente habían entrado en el bosque para buscarle. Sospechó que estaba atrapado entre los soldados que venían detrás y el campo abierto que se extendía delante.

Lo más conveniente era retroceder hacia el bosque. Gracias a la protección suministrada por los árboles, quizá lograra deslizarse entre los alemanes que le perseguían. Pero, ¿hacia dónde? La casa en ruinas era el único punto de cita al que podría llegar. Tendría que volver la noche siguiente, y quizás entonces la región estaría atestada de patrullas. Además, sus posibilidades en el bosque no eran muy buenas. Cada vez que se moviera, dejaría huellas en la nieve, de modo que sería fácil hallarle apenas se levantara el sol. Y quizá no sobreviviera otra noche en el bosque. Tenía frío, sus pies estaban entumecidos y los pantalones húmedos y helados se le pegaban a las piernas. Hacía dos días que no comía y había podido dormir apenas unas horas de cuando en cuando. Ignoraba cuánto tiempo podría

continuar caminando, y tan pronto se detuviera el frío viento nocturno sería tan mortal como una bala alemana.

Haller miró con ansia en dirección a la casa. Incluso sin las ventanas, las paredes impedían el paso del viento. La paja húmeda del establo podría cumplir la función de una manta caliente. No era probable que los alemanes revisaran casas desiertas en la oscuridad de la noche. Si sus contactos esperaban adentro, tal vez podrían huir al amparo de la oscuridad. Y si no era así, Haller podría salir de la casa antes del alba y regresar a su vigilia al borde del bosque.

Revisó el cargador de su rifle, y avanzó, arrastrando detrás la manta con la esperanza de borrar las huellas. Cada pocos metros se echaba boca abajo sobre el suelo, tratando de ver movimientos alrededor de la casa y escuchando el más mínimo ruido. Se movió hacia la derecha, manteniéndose apartado de la línea de visión que partía de la puerta abierta del establo.

Cuando se acercó, de pronto se dio cuenta del sonido de su propia respiración y del ruido sordo de la nieve bajo sus pies. Esperó hasta que pudo dominar el jadeo de agotamiento, y después recomenzó, dando cada paso lenta y cuidadosamente.

Llegó a la pared del fondo del establo, y pudo espiar el interior a través de los espacios entre las viejas tablas. Al principio vio únicamente oscuridad, pero después de unos momentos logró distinguir las formas en el interior. La paja, que había ocultado la camioneta, estaba distribuida en una fina alfombra sobre todo el piso. Alguien había estado adentro, y antes de partir había revisado completamente el lugar.

Haller suspiró aliviado. Sus agentes no tenían motivos para revisar nada, de modo que tenía que haber sido una de las patrullas alemanas. Si ya habían estado allí, podían pasar varios días antes de que regresaran.

Abandonó la protección del establo y cruzó el espacio abierto que le separaba de la casa, agachado para quedar bajo la línea de visión de las ventanas. Se deslizó alrededor de la casa, hacia el fondo, y se enderezó para llegar a uno de los marcos de las ventanas. A través de la oscuridad pudo distinguir el interior de un cuarto vacío, con rastros de nieve en el suelo, directamente bajo la ventana. Trepó sobre el borde, pasó una pierna sobre el alféizar, y descendió en silencio del otro lado.

El suelo crujió bajo sus pies cuando atravesó la habitación, y Haller se detuvo para escuchar. No oyó ningún ruido. Se acercó a la puerta y movió con cuidado el cerrojo. Después, movió la hoja y espió otro espacio sin formas. Lentamente entró en la habitación principal de la casa.

Había dado solamente un paso cuando su pie tocó algo blando y pesado. Instintivamente bajó los ojos y vio el perfil de algo irreconocible. Cuando oyó el ruido detrás, comenzó a girar y a agacharse en el mismo movimiento, pero sus reflejos estaban amortiguados por el sufrimiento y el frío. Vio que algo disparaba contra él en la oscuridad, sintió la explosión sobre un lado de la cabeza y comprendió que se le doblaban las piernas. Ya estaba inconsciente cuando su cuerpo cayó al suelo.

Cuando recobró el sentido, yacía de espaldas en el suelo, los pies apoyados en algo que estaba acostado muy cerca. Su mano resbaló cuando intentó sentarse. Le pareció oír una voz, pero era un murmullo que venía de muy lejos. No podía distinguir las palabras.

Cuando abrió los ojos, una luz parpadeó en la habitación, y entonces vio la pequeña lámpara de gas que ardía sobre una pequeña mesa desnuda. Sus ojos se movieron y se detuvieron en un soldado alemán uniformado, que estaba detrás. El orificio angosto del cañón de una metralleta apuntaba a su cara. El soldado gritó algo en alemán, y dos soldados más entraron en la zona iluminada por la lámpara, cada uno apuntándole con un arma.

De nuevo intentó sentarse, y otra vez su mano resbaló. Miró hacia abajo, y vio que estaba descansando sobre una gran mancha de sangre que brotaba de la forma caída bajo sus pies. Consiguió ver mejor. Había dos cuerpos extendidos en el piso, uno bajo sus piernas y el otro al lado. La cara con la boca abierta vuelta hacia él era un rostro que ya había visto antes.

De pronto, sintió que le incorporaban, y que estaba sostenido por el soldado al que había visto primero, mientras los otros le mantenían cubierto por sus rifles. Mientras le arrastraban hacia la puerta, consiguió imaginar lo que había sucedido. La patrulla alemana había sorprendido a sus agentes, que esperaban en la casa. Les habían liquidado, y después se limitaron a esperar allí la llegada de Haller.

Fue arrojado boca abajo sobre el piso de un automóvil que había llegado mientras tanto. Dos soldados se acomodaron en el asiento trasero, los pies apoyados sobre el cuerpo de Haller y los

cañones de los rifles apretados contra su espalda. El motor arrancó, y el vehículo traqueteó sobre el sendero y llegó al camino.

Haller sabía los horrores que le esperaban, pero al menos por el momento no sentía frío.

Londres -10 de enero

Incluso la guerra cesa los domingos, pensó el mariscal del aire Ward mientras entraba en el centro de comunicaciones. El grupo reducido que montaba guardia los fines de semana no parecía muy activo. Los teletipos estaban extrañamente tranquilos, y era visible la ausencia del flujo constante de visitantes y mensajeros. El movimiento originado en todo el mundo que mantenía la frenética actividad del centro, noche y día, de pronto parecía haberse paralizado.

Pero Ward estaba interesado en un solo mensaje, y este ya se retrasaba mucho. Había recibido dos informes de Haller desde que el mayor se había lanzado en paracaídas en Alemania meridional y esperaba ansiosamente el tercero.

El primer mensaje había confirmado que un ataque aéreo a la iglesia del castillo era inútil, y que un ataque por sorpresa a cargo de un pequeño grupo ahora era inconcebible. Se necesitaba una división aerotransportada. Ward había respondido que la ofensiva alemana determinaba que en un futuro previsible, la utilización de unidades aerotransportadas era improbable. Había sugerido que Haller concentrase la atención en su plan alternativo.

El segundo mensaje anunciaba que Haller había encontrado a Siegfried, y prometía que la misión quedaría concluida en una semana. La última frase decía: "Informaré resultados inmediatamente."

Pero había pasado la semana y con cada hora Ward estaba cada vez más seguro de que algo se había echado a perder totalmente. Haller le habría notificado un cambio cualquiera del programa. Habría pedido apoyo suplementario si lo necesitaba. Y si todo se hubiese desarrollado de acuerdo con el plan, ciertamente habría enviado un mensaje con las palabras "misión cumplida".

Ward llamó a la puerta de la sala de cifrado. El empleado que lo atendió sin duda había estado dormitando e intentó meterse el faldón de la camisa bajo el pantalón, mientras se cuadraba.

-¿Algo para mí? -preguntó amablemente Ward.

El empleado volvió de prisa a la mesa, mientras se abotonaba el cuello y ajustaba la corbata, revisando el tablero con los mensajes. Regresó con media docena de comunicados, ninguno con la indicación de prioridad, todos absolutamente rutinarios.

Ward los recibió, caminó hacia su oficina entre sombras y dejó los mensajes en el canasto destinado a la correspondencia. Todos podían esperar hasta el día siguiente.

Abrió el cajón del escritorio, sacó una botella de whisky escocés y se sirvió un chorro en la taza de té. Después, se acomodó en su sillón para sopesar las posibilidades.

El ataque a Siegfried había tenido éxito, pero Haller y sus hombres habían muerto.

Pensó que era una posibilidad razonable. En tal caso, jamás recibiría confirmación. No era probable que los alemanes anunciaran que habían perdido al único hombre que podía salvarles. Pero ahora no alimentarían la más mínima duda acerca de la autenticidad de Nils Bergman. Y si Siegfried había realizado bien los cálculos del diseño de su reactor, los alemanes se pasarían el resto de la guerra tratando de hacer funcionar un reactor impotente.

El ataque había fracasado, y Haller estaba muerto.

En ese caso, pronto los alemanes se jactarían de haber desbaratado un intento de asesinato contra su valioso hombre de ciencia. Y Siegfried continuaría trabajando y ocupándose de la destrucción del reactor.

Haller había muerto antes de lanzar el ataque.

Si los alemanes comprendían por qué Haller estaba en Alemania, aumentaría la credibilidad de Nils Bergman. Pero si Haller ni siquiera se había acercado a su hombre, la misión era mera pérdida de tiempo y esfuerzo y los alemanes continuarían sospechando de Bergman.

Haller estaba huyendo. Eso explicaría por qué no enviaba informes. Aún era posible que el tercer mensaje llegase.

Haller había sido capturado. Improbable. No era el tipo de hombre que levantaba las manos sobre la cabeza. De todos modos, era

posible. Era la posibilidad que el mariscal más temía. Un hombre que supiera lo que Haller sabía, en manos de los alemanes, sería un desastre para Siegfried y sus planes de sabotear el programa de la bomba atómica alemana.

Ward sorbió el escocés y comprendió que no sabía absolutamente nada. ¿Haller estaba muerto o vivo? ¿Nils Bergman era un héroe o un traidor? ¿Su reactor fracasaría o tendría éxito? Ni siquiera sabía de cuánto tiempo disponía para obtener las respuestas. ¿Los aliados quedarían retenidos ante el Rhin hasta la ofensiva de primavera? ¿O seguirían en pos de los alemanes hasta el corazón mismo del Reich?

Las probabilidades parecían buenas, si Haller había realizado un intento convincente de matar a Siegfried. No eran tan buenas, si ni siquiera había podido acercarse a su blanco. Y eran totalmente malas, si Haller había sido capturado.

Hechingen -12 de enero

Birgit sintió que contenía el aliento cuando vio al oficial descender del sedán en la calle, bajo su ventana. El hombre mostraba la gorra negra y la chaqueta de cuero negro de los SS, y el modo con que subió los peldaños que llevaban a la puerta de la pensión, de dos en dos, indicó a Birgit que no era una visita casual. Había venido con un propósito, y como ella era la única que estaba en la pensión, su misión sin duda la afectaba.

Birgit se acercó a la mesa donde había estado preparando la correspondencia de Nils Bergman con la universidad, y codificando otro mensaje para Haller. Cerró la carpeta y metió los papeles en el portafolios de mano que se había convertido en la oficina ambulante de Bergman. Después, permaneció de pie cerca de la cama, esperando la llamada a la puerta que bien sabía debía llegar.

-¿Señorita Zorn? -preguntó el militar, y después saludó con un gesto casual que era apenas un movimiento de la gorra-. Me ordenaron preguntarle si puede reunirse con nosotros en la central. Le pediremos unos minutos de su tiempo.

-¿La central de la SS? -ella percibió el temor que su propia voz contenía, y vio que el oficial sonreía al advertir esa reacción.

-Sí, si no tiene inconveniente. Hubo un incidente que reclama su atención. El profesor Bergman se reunirá allí con nosotros, también.

Birgit asintió.

-Sí, por supuesto. Mi abrigo está abajo.

El oficial retrocedió y esperó mientras ella cerraba con llave la puerta. Era un gesto tonto. La vieja cerradura podía romperse de una sola patada. Si deseaban revisar la habitación, la enorme llave de hierro que ella dejó caer en el bolsillo de su chaqueta no sería obstáculo.

-¿Es muy lejos? -preguntó Birgit, mientras descendía la escalera al lado del oficial-. No sabía que aquí había unidad SS.

El tomó el abrigo de Birgit y lo sostuvo, mientras la joven deslizaba los brazos en las mangas.

-Está a una calle de aquí -le dijo, como tratando de tranquilizarla-. No es más que una sede provisional. Nuestra gente llegó ayer.

Eso no era del todo cierto. Los oficiales SS que visitaban el lugar de la construcción habían formado una corriente constante. Pero habían llegado de Berlín y usaban la pensión como base de operaciones, dominando las conversaciones con comentarios acerca de la guerra, cuando se reunían a comer con los científicos. Pero ahora había una situación distinta y temible al parecer, habían establecido una sede permanente en Hechingen. En adelante, serían acompañantes permanentes.

El conductor mantuvo abierta la puerta mientras Birgit se instalaba en el asiento posterior. Después, el oficial se sentó al lado, y ordenó al conductor que ocupase su lugar frente al volante.

-¿Usted es sueca? -preguntó el oficial apenas el automóvil arrancó.

-Sí, de Estocolmo.

Sus ojos la recorrieron desde los tobillos hasta el largo del vestido, que le rozaba apenas la rodilla.

-Me agrada mucho Suecia -dijo el oficial-. La visitaba a

menudo y siempre era muy agradable. Espero que su visita a Alemania sea grata.

-Me parecía mejor antes de la guerra -contestó Birgit. Los ojos del oficial se entrecerraron en un gesto de desaprobación, de modo que ella explicó:- Estaba en Berlín, trabajando en el Instituto Kaiser Guillermo cuando lo bombardearon.

El oficial asintió.

-Entiendo que trabajando en un proyecto muy importante para Alemania.

Ella desvió la mirada, confundida. ¿Esto era el comienzo de un interrogatorio? ¿Qué sabía la SS de ella y Nils Bergman?

-No se me permite comentar mi trabajo -contestó.

Oyó la risa del oficial, que se burlaba de la inocencia de la respuesta.

-Estamos perfectamente al tanto de su trabajo -dijo. Se recostó en el respaldo del asiento y comenzó a golpear los guantes que sostenía en una mano sobre la palma de la otra.

El automóvil había rodeado un bloque de casitas que se apoyaban unas en otras. Ahora había enfilado por una calle que regresaba a la pensión. Cuando Birgit miró al frente, pudo ver dos sedanes negros estacionados junto a la acera. El automóvil aminoró la marcha, rozó la acera y se detuvo detrás de los vehículos estacionados. Después, el conductor descendió y abrió la portezuela.

Entraron en un domicilio privado, atravesando la puerta principal. Inmediatamente a la derecha había una pequeña sala de estar con sillas tapizadas apoyadas contra el empapelado de las paredes. Las dos ventanas daban a la calle donde se encontraban estacionados los automóviles.

-Esperaremos aquí. Mi comandante y el profesor Bergman llegarán en pocos minutos.

Birgit se sentó sobre el borde de una de las sillas, mientras el oficial se paseaba lentamente, ida y vuelta, golpeándose la palma de la mano con los guantes.

-¿Sabe de qué se trata? -preguntó Birgit.

El se detuvo un momento y parecía ofendido por la pregunta.

-No se me permite discutir mi trabajo -dijo, burlándose del comentario anterior. Después, ocupó la silla frente a Birgit, y se relajó, en contraste con la postura rígida e inquieta de la joven-. Pero pronto se enterará.

Ella sintió que comenzaba a derrumbarse bajo la sonrisa satisfecha y la mirada fija de ese hombre, y examinó distraídamente la habitación. Era un domicilio privado, con una Biblia descansando sobre una de las mesas y fotografías de padres de rostros severos y prendas muy formales colgadas de la pared. Probablemente la SS había elegido la casa al azar, y después de ordenar a sus habitantes que se mudasen a casa de algún vecino, se había limitado a ocupar la vivienda. En Alemania nadie se atrevía a discutir las órdenes de la SS.

Pero al parecer no planeaban permanecer allí mucho tiempo. El equipo de radio y los archivos que eran rasgos típicos de la fuerza militar de élite no aparecían por ninguna parte. No se había desplegado la bandera nazi sobre la puerta, ni se había colgado la obligatoria fotografía del Führer. Habían llegado de prisa y se marcharían de prisa.

Pero, ¿por qué? Las tropas militares regulares que defendian la iglesia del castillo y que habían cerrado la plaza después del ataque de los comandos británicos eran más que suficientes. Ciertamente, el pequeño destacamento SS no estaba allí para defenderles de otra incursión. No había problemas en el asentamiento del reactor. La construcción se desarrollaba de acuerdo con el programa. Los oficiales SS que habían visitado el lugar, habían prometido que enviarían informes elogiosos a Himmler. En Hechingen no había nada que explicase el súbito interés de las fuerzas de seguridad interna.

De pronto, Birgit recordó la correspondencia. Había estado cifrando mensajes incluidos en la correspondencia regular de Bergman, a pesar de que no recibían correo de Estocolmo. ¿Quizá la SS había descifrado el código y leído los informes enviados a Suecia? De acuerdo con las palabras del oficial, ella y Bergman habían sido convocados. ¿Era posible que hubiesen descubierto la verdadera identidad de ambos?

Volvió los ojos hacia el oficial, que sin duda se sentía complacido al ver el temor que ella comenzaba a irradiar. ¿Ese bastardo sabía quiénes eran Birgit y Anders? ¿Estaba pensando en el brutal interrogatorio que deberían afrontar? Los ojos del oficial SS

recorrieron el cuerpo de Birgit, como si pensara que pronto podría gozarlo. ¿Era uno de los torturadores profesionales, o sólo un mensajero enviado para llevarles de regreso a Berlín?

Birgit advirtió que ansiaba oír el ruido del automóvil que debía traer a Anders. Si les habían descubierto, ella debía rezar pidiendo que Anders se fugase. Pero su temor al nazi silencioso y sonriente estaba convirtiéndose en terror. Los segundos amenazaban convertirse en horas interminables, y ella tendría que soportarlas sola.

Oyó abrirse la puerta del frente y el oficial, seguro de sí mismo e indiferente, de pronto se cuadró y extendió el brazo para saludar. Otro oficial, vestido con la misma chaqueta de cuero, con las insignias de plata en la gorra negra, entró en la habitación y respondió al saludo. Detrás venía Karl Anders.

-Dígales que bajaremos en un momento -ordenó el oficial superior, y el secuestrador de Birgit golpeó los talones y salió rápidamente de la habitación. Karl miró con una expresión neutra a Birgit. Ninguno de los dos tenía la más mínima idea de la razón por la cual les habían llevado allí.

-Por favor, siéntese profesor Bergman -dijo el oficial al mando. Su voz no manifestaba amenaza. Anders ocupó un lugar en el sofá, al lado de Birgit.

El oficial se quitó la chaqueta y la dejó con gesto indiferente en una de las sillas. Después, metió la mano en el bolsillo, extrajo una cigarrera de plata y ofreció cigarrillos, primero a Birgit y después a Anders. Ambos rehusaron y esperaron que el oficial hablase; pero él no tenía prisa. Eligió con cuidado un cigarrillo, cerró la cigarrera y después golpeó el cigarrillo contra la tapa.

-Profesor Bergman, me temo que tengo noticias muy desagradables para usted.

Anders y Birgit esperaron mientras el coronel buscaba el encendedor en su bolsillo y acercaba la llama al cigarrillo.

-Tenemos información... -calló un momento mientras inhalaba profundamente y veía elevarse la nube de humo-, en el sentido de que los británicos planean asesinarle. Usted era el blanco del absurdo ataque de la semana pasada, y como fracasaron, podemos suponer que realizarán otros intentos.

Anders miró a Birgit. Ella aparentó sentirse impresionada, pese

a que ya había explicado a Karl sus sospechas. Después, él se volvió hacia el coronel.

-Yo había supuesto que deseaban liquidar a todo el equipo. Es un grupo de científicos muy conocidos, y nuestro trabajo tiene aplicaciones militares.

Antes de que concluyera el oficial estaba rechazando el comentario con un gesto con el cigarrillo.

-No, le buscaban a usted. Capturamos a uno de los infiltrados británicos, y sus órdenes eran matarle. Debía ser el asesinato a sangre fría de un ciudadano neutral, con violación de todas las reglas de la ley.

-¿Sólo yo? -preguntó Anders-. ¿Los otros no? ¿Por qué?

-Creen que usted es esencial para nuestro éxito. Ellos mismos intentaron reclutarlo, ¿no es así?

Anders asintió.

-Hace más de un año. Antes de que yo viniese a Alemania.

-Ya lo ve. Aprecian el valor que usted tiene para nosotros y desean verle muerto -dijo el oficial-. El Reichsführer Himmler está muy ofendido. Ha notificado a su gobierno de esta violación de su neutralidad, y ordenó que fusilasen al hombre. Y también ha ordenado que usted y la señorita Zorn presencien la ejecución.

Anders retrocedió ante la sugerencia.

-¿Debo presenciar la ejecución de un soldado británico?

-No es un soldado -replicó secamente el coronel-. Vestía prendas civiles, en violación del derecho internacional, y no tiene los derechos de un soldado. Es un asesino.

Birgit se miró las manos.

-No deseo presenciar una ejecución -murmuró.

-Es necesario -dijo el coronel-. El Reichsführer lo ha ordenado. Varios valientes alemanes murieron para protegerles. Ahora, ustedes deben honrar ese sacrificio.

Anders puso su mano sobre la de Birgit.

-¿Cuándo será eso? -preguntó al coronel.

—Inmediatamente. Están esperando en el sótano.

Anders no pudo disimular la impresión que sentía.

-¿Ahora? ¿En un sótano?

-Ese hombre se comportó como una rata, y merece morir como una rata. -Aplastó el cigarrillo en el cenicero al dictar la sentencia, y tomó su chaqueta de la silla.- Vengan conmigo. ¡Ahora!

No era un pedido. Era una orden de Himmler. Anders sostenía la mano de Birgit mientras caminaban detrás del coronel hasta el fondo del vestíbulo de la casa, y bajaban los estrechos escalones de madera que descendían junto a la pared de piedra del sótano. Una sola lamparilla colgaba del cable eléctrico al pie de la escalera e iluminaba al joven oficial que había acompañado a Birgit. El SS se volvió, y les condujo a través del espacio en sombras, dejando atrás la carbonera, hasta llegar a una puerta de tablas, bajo el frente de la casa. Abrió la puerta de acceso a un recinto iluminado y retrocedió un paso.

El coronel entró y Birgit comenzó a seguirlo. Pero de pronto contuvo una exclamación y se detuvo en seco. Se llevó las manos a la cara y después se volvió y trató de pasar al lado de Anders para huir de la habitación. Pero Karl ya ocupaba el estrecho hueco de la puerta y el joven oficial que venía detrás le impedia retroceder. Recibió en sus brazos a Birgit, pero antes de que pudiese reconfortarla, alcanzó a ver lo que le había horrorizado.

Un cuerpo mutilado, bañado en su propia sangre, estaba asegurado con alambres a la pared del fondo. Faltaban los dedos de las manos extendidas. También le habían cortado los dedos de los pies. El torso había sido castigado con látigos y le habían cortado el pene y el escroto.

-Ese es su asesino, profesor Bergman -anunció despectivamente el coronel. Hizo un gesto hacia una figura musculosa que tenía puesto un delantal de goma, y que estaba de pie, en una actitud orgullosa, al lado de su trabajo. El hombre se acercó al cuerpo, aferró los cabellos apelmazados y le echó atrás la cabeza.

Era Haller, y sus torturadores se habían abstenido de golpearle la cara, para que él mismo pudiese presenciar el horror de su propio despedazamiento.

Al principio, los ojos se movieron extraviados, girando en sus cuencas como si flotasen en una jarra. Poco a poco se asentaron, y la mirada inexpresiva y perdida comenzó a enfocarse. Y entonces miraron directamente al frente, clavados en la cara de Anders.

El joven oficial empujó desde atrás, obligando a Anders y a Birgit a avanzar hacia el centro de la habitación, y después cerró tras ellos la puerta. Anders dirigió una mirada de ruego al coronel.

-Esto es horrible -exclamó-. No tiene derecho a traernos aquí.

-¿Horrible? -preguntó el coronel-. ¿Sabe lo que sus bombas hicieron a los soldados que le defendieron? Así habría quedado usted si él hubiera conseguido acercársele.

Se adelantó y apartó a Birgit de la mano de Anders, de modo que ella contemplase la forma mutilada de Haller. -Eso es lo que sus balas y sus granadas les habrían hecho.

Asintió al joven oficial que inmediatamente abrió la cartuchera que llevaba en el costado y extrajo su pistola. Con un movimiento rápido, el oficial accionó el mecanismo de modo que una bala entró en la recámara. Después, invirtió la pistola y presentó la culata a Anders.

-El Reichsführer Himmler ha ordenado que usted sea el ejecutor -dijo el coronel.

Anders retrocedió un paso, alejándose de la pistola que tenía ante los ojos. Meneó lentamente la cabeza.

-No puedo. No sé hacerlo -rogó.

El coronel se irritó ante la protesta de Anders.

-¿Rehusa honrar a los soldados que murieron para salvarle? ¿Usted valora una vida inglesa más que la de esos hombres?

Y entonces Anders comprendió. Estaban probándole. La mente enfermiza del Reichsführer había ideado una prueba definitiva de su identidad. ¿Sería capaz de atacar a su propio asesino? ¿O el asesino era realmente su aliado? ¿Estaba dispuesto a fabricar la bomba que mutilaría a millares de cuerpos? ¿O su lealtad a la causa nazi era-una ficción? Si no era capaz de matar a un inglés -al que había atentado contra su propia vida- ¿cómo podían creer que trabajaría para destruir a millares de ingleses?

Elevó lentamente la mano hacia la pistola.

-Dispárele al estómago -sugirió el oficial joven-. Debe sufrir por sus crímenes.

Los ojos de Haller exploraron la cara de Anders mientras los dedos del científico se acercaban a la pistola. Después se clavaron en Birgit. El inglés ya no podía sufrir más. Estaba rogando a la joven que interviniese.

Birgit comprendió que él no había hablado. Le habían destrozado, hora tras hora, y no les había traicionado. Y ahora estaban obligando a Karl a infligirle más sufrimiento.

Birgit avanzó un paso, extendió la mano y se apoderó de la pistola antes de que Anders llegase al arma. La sostuvo con ambas manos y apuntó directamente a la cara de Haller.

-Asesino -murmuró.

Birgit oprimió el disparador y envió una bala al centro de la frente.

El cuerpo se derrumbó quietamente, mientras el sonido ensordecedor aún arrancaba ecos a las paredes.

Ella giró con cuidado la pistola y se la devolvió al joven oficial, que la miró asombrado. Después, se volvió hacia Anders, que aún mantenía la mano extendida, como para recibir la pistola.

-El trató de matarnos -explicó con aire desafiante.

Anders asintió. Después volvió lentamente la cara hacia el coronel.

-Por favor, diga al Reichsführer que hemos cumplido con nuestro deber.

Berlín - 21 de enero

Heinrich Himmler había elegido la fecha en que terminaría el mundo. El primero de junio. Al llegar ese día, todo debía estar destruido.

Se recostó en el respaldo del sillón tapizado, se quitó con cuidado las gafas de montura de acero, y presionó las yemas de los dedos sobre los ojos fatigados. Había tanto que hacer, y los aliados le

concedían tan escaso tiempo. Ya estaban en el Reich, los rusos en Prusia y los norteamericanos y los británicos presionando sobre el Rhin. Sus ejércitos de niños y ancianos no podrían mantenerse mucho más. Su fuerza *aérea* ya no existía. Sus submarinos se veían perseguidos y teman que ceder el dominio del Atlántico. Los bombardeos incesantes estaban convirtiendo en escombros las ciudades. Tenía que prepararse para el fin.

Sobre su escritorio estaban las órdenes dirigidas a sus fieles SS y que determinaban el tratamiento dispensado a los desertores: el soldado que abandonase su puesto debía ser tratado como enemigo del Reich y fusilado sin juicio. Había órdenes destinadas a los guardias de las fábricas subterráneas: matar a los enfermos y los débiles, usar a los que podían trabajar para destruir las máquinas y los planos, y después matarlos. Ordenes a los comandantes de los campos de concentración: matar a todos, y después destruir las cámaras de gas y los hornos, y evitar que quedasen pruebas. Y órdenes a los miles y miles de burócratas que aseguraban el funcionamiento del Reich: a los industriales, los alcaldes, los jueces, los jefes de policía. A los ingenieros que dirigían las plantas eléctricas y a los empleados que trabajaban en los ferrocarriles. Matar a todos los trabajadores reclutados, quemar todos los registros, destruir todas las máquinas.

Los aliados no tendrían nada que conquistar, ni podrían salvar a nadie. Y él no dejaría una herencia a ese pueblo alemán que había demostrado ser tan indigno del magnífico liderazgo del Führer. Todo desaparecería en el *Gotterdammerung.*

Mientras se inclinaba sobre las montañas de papeles que esperaban sobre su escritorio, Himmler se preguntó cómo podía exigirse que un hombre hiciera tanto. Lo que se había construido en el curso de una década tenía que ser destruido en pocos meses. La destrucción no era tarea sencilla. Reclamaba recursos, del mismo modo que la construcción del Reich había exigido recursos. Himmler necesitaba balas para todas las ejecuciones, y la munición ahora escaseaba. Necesitaba gasolina para quemar los registros, y no quedaba una gota en el país. Necesitaba explosivos para destruir las cámaras de gas, y las fábricas de municiones habían desaparecido. Necesitaba excavadoras para enterrar los cadáveres, y no las había.

Y sin embargo, mientras empuñaba la pluma y comenzaba a firmar las órdenes, el Reichsführer no había perdido del todo la esperanza. Aún contaba con un centenar de cohetes, ocultos en sus rampas de lanzamiento, abastecidos de combustible y esperando. Estaba todavía la planta procesadora enterrada bajo quince metros de

roca, esperando construir las bombas de uranio. Y bajo la iglesia del castillo Haigerloch, el reactor atómico pronto comenzaría a funcionar.

Funcionaría. De eso estaba seguro. Todas sus dudas, tan fuertes, acerca de la fidelidad de sus científicos, habían desaparecido con el informe del coronel SS enviado a Hechingen. Los británicos habían mordido el anzuelo, e intentado asesinar a Nils Bergman. Bergman y su mujer habían ejecutado al mayor inglés. El hombre y su trabajo eran auténticos.

-Sin ninguna duda, Reichsführer -le había asegurado el oficial, cuadrado frente al escritorio-. El oficial británico sin duda decía la verdad. Nuestros interrogadores ejecutaron su trabajo muy minuciosamente. Hacia el fin, ese hombre estaba suministrándonos información que ni siquiera le habíamos pedido.

-¿Cómo supieron de la existencia de Bergman? -preguntó Himmler.

-Exactamente como usted pronosticó, Reichsführer. Uno de sus agentes atrajo a un funcionario de nuestra delegación en Suiza.

Himmler se permitió una breve sonrisa satisfecha.

-¿Y Bergman no demostró simpatía por el oficial británico?

-Al contrario, Reichsführer. Por supuesto, él y la mujer se sintieron impresionados un momento por los métodos del interrogatorio. Es indudable que no están familiarizados con algunas de las necesidades de la guerra. Pero cuando se les ofreció la oportunidad de ejecutar a ese hombre, ambos se disputaron la pistola.

Cuando el coronel se retiró, Himmler estuvo un momento preguntándose cuál era el origen de sus propias sospechas. Bergman no había realizado grandes esfuerzos para entrar en Alemania. Le habían invitado. Nadie había cuestionado seriamente su trabajo. Incluso Werner Heisenberg, que generalmente se mostraba reservado a la hora de elogiar, había dicho que ese hombre era un genio. La mujer sin duda era auténtica. Había sido vista en la oficina de Bergman en la universidad y había identificado inequívocamente como su amante al hombre con quien se había reunido en Berlín. Las pruebas del trabajo de Bergman habían sido un éxito, y el reactor de producción estaría terminado antes de la fecha prevista.

Pero había aprendido a mostrarse suspicaz. No confiaba totalmente en nadie. La última prueba de la lealtad de Bergman, antes

de que se le permitiera asumir el control del reactor de producción, había, sido una precaución razonable. Y Bergman había pasado bien la prueba. Ahora, por lo menos había razones suficientes para abrigar la esperanza de evitar el derrumbe del Reich.

Pero nada era seguro. Incluso con el esfuezo conjunto de Bergman y Heisenberg, algo podía salir mal. Quizá fuese difícil aislar un nuevo elemento, con su increíble capacidad explosiva. Quizá los aliados destruyesen los cohetes en sus rampas de lanzamiento) antes de que fuera posible instalar las cargas explosivas.

Himmler continuó firmando las órdenes. Esperaba de que no fueran necesarias. Pero sería prudente tenerlas preparadas. Si la superarma no funcionaba, los aliados se encontrarían en Berlín hacia el primero de junio. De modo que ese era el plazo que podía utilizarse para destruirlo todo.

Hechingen -15 de febrero

Birgit había comenzado a trabajar regularmente en la iglesia del castillo al día siguiente de la muerte de Haller, pues no podía soportar la soledad con el helado recuerdo del cadáver del inglés. Día tras día ocupaba su asiento al lado de Anders, ambos llegaban en automóvil al lugar de la construcción, y descendían la escalera circular de metal que llegaba de la iglesia a la bóveda del reactor. Se ponía una chaqueta azul y se perdía en los comentarios y las notas que Anders dictaba mientras inspeccionaba la construcción. Ocupaba su tiempo atendiendo las necesidades más triviales de los científicos atiborrando su mente con los cálculos y las dimensiones, las presiones y las temperaturas que eran el vocabulario del programa. Su temor más grave eran los momentos vacíos, cuando podía evocar la mirada de ruego que Haller le había dirigido. Los científicos sabían que ella había liquidado al soldado inglés. Birgit podía adivinarlo por el modo en que desviaban la cara cuando ella se aproximaba, y por los silencios en la conversación siempre que ella se acercaba un poco. Imaginaba los comentarios: "Le mató. Arrebató la pistola de las manos del oficial, maldijo al soldado inglés y le pegó un tiro entre los ojos." Y cuando les oía reír, adivinaba las bromas: "No me agradaría dormir con ella. Probablemente tiene una pistola bajo la almohada."

Pero no decían nada. Censuraban sus propias expresiones para

evitar el más mínimo indicio de que sospecharan siquiera lo que ella había podido hacer, y por lo tanto sus palabras sonaban falsas. Durante la cena, los ruidos de las copas y la vajilla colmaban los prolongados vacíos de la conversación. Y las voces reunidas alrededor del hogar, eran murmullos de conspiración.

Tampoco Anders hablaba. Cuando paseaban alrededor de la plaza, o intentaban aclarar por qué los ingleses se habían vuelto contra ellos, ninguno mencionaba el nombre de Haller.

-No pueden saber nada -dijo Anders, aludiendo a los alemanes-. Si supieran quiénes somos, ambos estaríamos muertos.

-Pero en ese caso, ¿por qué los ingleses quieren eliminarnos? -replicó Birgit.

Examinaron todas las posibilidades. Quizás este era el método que los británicos aplicaban para cubrir el secuestro original de Bergman. Una vez concluida la guerra, tal vez no deseaban explicar cómo habían echado a perder el secuestro ilegal de un ciudadano sueco. Era mejor que la Universidad de Estocolmo creyese que Nils Bergman había muerto en Alemania. Pero, ¿no esperarían hasta que el reactor fracasara? ¿Cómo podían estar tan seguros de que los defectos incorporados al grafito por Anders serían realmente fatales?

Tal vez creían en la propaganda acerca de la medalla. Quizá los ingleses pensaban que Anders se había comprometido tanto en el descubrimiento científico del siglo que en realidad estaba trabajando para lograr que tuviese éxito. ¿Podían creer realmente que él les había traicionado y que ahora trabajaba para forjar una victoria alemana? Se formulaban muchas preguntas, pero no tenían respuestas. Todas las respuestas habían desaparecido con el disparo de la pistola empuñada por Birgit.

El recuerdo de Haller los separaba en el lecho. Anders creía que su actitud había sido cobarde, pues no había tenido el valor de empuñar la pistola. Su responsabilidad era representar el papel del verdugo, el papel exigido por los alemanes. No hubiera debido dejar a cargo de Birgit esa obscena tarea. ¿Cómo podía hacer el amor a una mujer a quien había fallado tan terriblemente? Y Birgit sabía que el asesinato a sangre fría había violado todos los acuerdos que ella tenía con Anders. El era un hombre que detestaba la violencia. Arriesgaba la vida para evitar que el mundo contase con un método más de matanza. El no había podido empuñar la pistola ofrecida por el oficial nazi, pero ella apenas había vacilado. ¿Anders llegaría a comprender

nunca la súplica que ella había visto en los ojos de Haller, y a perdonar la rápida disposición con la cual ella había disparado el arma? Birgit tenía la sensación de que la habían sorprendido en un adulterio desvergonzado. Noche tras noche intentaban consolarse uno al otro haciendo el amor. Pero las palabras no afloraban a los labios de ninguno. Los besos que se daban eran breves, y parecía que cada uno rehuía el contacto con el otro.

Birgit podía hallar paz únicamente en su trabajo y confundiéndose con los restantes técnicos de chaqueta azul. Cuando no tenía que hacer, se separaba de sus colegas, subía los peldaños de hierro y se sentaba en la iglesia, bañada en los colores que se derramaban por las cristaleras de las ventanas. Había destruido a todos y a cada uno -Gunther, Bergman, Haller-. Incluso había destruido el frágil momento de amor que había florecido sobre el suelo descompuesto de la nación moribunda. En la iglesia, podía reconocerlo ante ella misma. Las caras resplandecientes de los ángeles representados en las cristaleras no se lo reprocharían. Quizás incluso atenderían sus plegarias y salvarían a Anders de la sentencia de muerte que sin duda ella había atraído sobre la cabeza del científico.

Mientras realizaban las pruebas definitivas del reactor, Birgit comenzó a comprender lo que Anders se proponía hacer. Todo estaba funcionando perfectamente, y los científicos se mostraban cada vez más excitados ante la certidumbre del éxito. Birgit se preguntaba cómo el diseño de Anders había podido engañar a tantos de los mejores cerebros mundiales en el campo de la física de la fisión. ¿Cómo podía engañar a Werner Heisenberg? ¿O al siempre suspicaz Fritz Lauderbach? Si todos estaban tan seguros que la pila de grafito funcionaría, ¿por qué Anders se mostraba cada vez más seguro de que fracasaría?

Y entonces, una mañana ella prestó atención mientras Karl explicaba a sus colegas los procedimientos de la puesta en funcionamiento del reactor. Le oyó mientras reseñaba las curvas de energía que había calculado durante los primeros días de su trabajo en la iglesia del castillo. Y de pronto Birgit comprendió. Anders había diseñado un reactor que se destruiría en el infierno provocado por él mismo. Pero comenzaría a arder sólo cuando hubiese alcanzado la totalidad de su potencia. Karl planeaba permanecer en los controles para vigilar la muerte del artefacto. Cuando el calor desmesurado desbordase el agua de enfriamiento bombeada desde el río e irrumpiera a través de las paredes de grafito, difundiría un fuego devorador por toda la cueva. Karl estaría allí, de pie frente al panel de control, cuando las últimas esperanzas del Reich se convirtieran en

fuego y humo, una víctima más del compromiso de Birgit con la bomba atómica alemana.

Esa noche, después de la cena, cuando los científicos estaban reuniéndose alrededor del fuego, Birgit se apartó para ir a su habitación, pero se detuvo repentinamente al pie de la escalera. Extendió la mano hacia su abrigo, que colgaba del lado interior de la puerta, y salió al aire frío de la noche. Anders la vio pasar frente a las ventanas cubiertas de escarcha, y se puso inmediatamente de pie para seguirla.

La alcanzó cuando ella doblaba la esquina del edificio, y comenzaba a descender el sendero cubierto de nieve que llegaba al borde del río.

-¿Puedo acompañarte?

Ella asintió y le tomó la mano, y ambos caminaron en silencio, pasando frente a los guardias que patrullaban el sector.

-Hubiera debido enviarte a casa -dijo Anders, rompiendo el silencio mortal de la noche-. En Berlín, cuando hablamos por primera vez del asunto, yo hubiera debido insistir. Si lo hubiese hecho, no habrías pasado por todo esto. Estarías a salvo.

Birgit no contestó.

-Pero en ese caso, creo que no hubiera sobrevivido -agregó Anders-. Si hubiera tenido que afrontar solo todo esto, creo que habría enloquecido.

Birgit continuaba mirando el río cuando habló.

-Tuve que dispararle. Había sufrido tanto para protegernos, y querían que sufriese más. Era necesario acabar con eso.

Anders apoyó la mano sobre el hombro de Birgit y la obligó a volverse y a mirarle.

-No tenías que hacerlo. Era cosa mía. Yo soy quien debía haber oprimido el gatillo. Y no puedo perdonarme porque permití que lo hicieras por mí.

-Pero no tenías que estar aquí. Pude impedirlo el día que nos conocimos. Gunther no necesitaba ayudar a esa muchacha. ¡Dios mío, ni siquiera la conocía! ¿Y Haller? Ni siquiera sé por qué vino a

buscarnos. De todos modos, le maté.

El le sacudió los hombros.

-Tú no le mataste. Ni mataste a Gunther. Lo hicieron los bastardos nazis, del mismo modo que matan todo lo que tocan. Y si no salgo de aquí, será porque los nazis me lo impedirán. No tú. Lo único que hiciste es tratar de terminar con ese absurdo. Dijiste cierta vez que no deseabas comprometerte; pero eso no era cierto. Sí, querías comprometerte. Viste algo que era perverso, e intentaste detenerlo.

-Pero soy culpable de tu muerte -exclamó Birgit-. Sé lo que planeas hacer.

-No eres culpable de mi muerte. No eres culpable de la muerte de nadie.

Ella no le escuchaba.

-Estarás allí cuando el reactor se incendie. Es el único modo de destruirlo y yo soy quien te envió aquí para que lo destruyeras.

-No -replicó secamente Anders-. Puedo detenerlo. Puedo lograr que funcione hasta que se destruya y después apagarlo. No es necesario que mate a nadie.

Ella le apartó con un movimiento de la mano.

-Te he escuchado. Te escuché y oí lo que dijeron ellos. Comprendo lo que estás diciendo. Tienes que conseguir que te crean, y por eso no te dejaste una vía de escape.

-Todavía hay espacio -insistió Anders-. Dispongo de unos pocos segundos para suspender el funcionamiento.

-¿Unos pocos segundos? ¿Es todo lo que te permites... unos pocos segundos?

-Es suficiente -argüyó Karl-. Es el único modo. Es necesario destruirlo.

Ella le miró con expresión colérica. Después, asintió lentamente.

-Sí, es necesario detenerlo. -Se apartó de él y caminó unos pasos hacia la orilla del río.- Pero no tenías que ser tú. Y yo no tenía que ayudarte.

Anders se acercó a Birgit.

-No me elegiste. Yo fui quien lo decidió. Y no renuncies al intento. Aún tenemos una posibilidad.

-¿Qué posibilidad? -preguntó ella-. Incluso si escapas a los efectos del reactor, los nazis te perseguirán. ¿Y quién te ayudará? Haller está muerto. Yo le maté. No tienes a quién acudir.

-Acudo a ti -contestó Anders-. En pocos días más, quedaremos abandonados a nuestros propios recursos. Pero eso es todo lo que necesitamos. Te lo juro, Birgit, lo conseguiremos. Lograremos derrotarlos a todos.

Ella hundió la cara en el cuello del abrigo de Anders, y él la sostuvo con fuerza para protegerla del frío.

-Te necesito -dijo Birgit.

-No -contestó él-. Yo te necesito.

Haigerloch - 3 de marzo

-Entonces, estamos preparados -dijo Kurt Diebner-. Podemos comenzar la producción.

Los científicos reunidos al lado del reactor se miraron. No hubo objeciones. Habían terminado todas las pruebas y comprobado todos los parámetros del diseño. Todos los subsistemas funcionaban. Las primeras varillas de combustible colgaban en sus envases, a pocos centímetros de la superficie chata y negra de la montaña de grafito. Las varillas de control ya estaban insertas. En la sala de control, se había probado la exactitud de cada uno de los medidores. No había nada más que hacer, excepto llevar el reactor al punto crítico e iniciar la reacción continua en cadena que convertiría en plutonio una pequeña porción de óxido de uranio.

Los labios de Diebner dibujaron una ancha sonrisa.

-Mañana, caballeros, será un gran día para la ciencia; y un gran día para Alemania. Mañana comienza una nueva era.

Lauderbach comenzó el aplauso, que pronto se apagó. Estaban todos fatigados y, a pesar de la bravata, en el fondo se sentían aprensivos. Algunos habían estado presentes cuando el reactor primitivo de Heisenberg se sobrecalentó. Todos habían visto cómo el

reactor de prueba de Bergman había estado a un paso de autodestruirse. La máquina oscura y silenciosa que tenían ante ellos era cien veces más grande que la pequeña pila inicial de Bergman. Ni siquiera podían concebir la energía que tal vez generase.

Ascendieron los peldaños que llevaban a la iglesia del castillo y enfilaron hacia la puerta principal, donde esperaban los automóviles. Anders estaba de pie en la escalera con Birgit, cuando oyó los sonidos del gran órgano de la iglesia, y después las primeras notas de una canción.

-Heisenberg -sonrió. Después, pidió a Birgit que se alejara con el resto-. Necesito hablar con él. A solas. Quizás esta sea mi mejor oportunidad.

Anders volvió a entrar en la iglesia, y supuso que ahora escucharía la complejidad de Bach, tan amado por Heisenberg. En cambio, en el alto espacio se difundía una sencilla melodía que no hablaba a su mente, sino a su corazón.

Provenía de las teclas de los vientos de madera, sin el complemento de los cuernos o el bajo. Anders supuso que era una canción popular, pero la música no contenía el sentimiento de una celebración alegre. En cambio, las notas expresaban una serena alegría y evocaban el sereno placer de la sonrisa de un niño, o del contacto de una mano conocida.

Escuchó mientras ascendía los peldaños que llevaban al coro, seguro de que había escuchado antes la pieza, pero sin recordar dónde. Cuando llegó al coro, Werner Heisenberg estaba sentado con una mano sobre las teclas. No había una pieza musical desplegada ante él.

Sonrió a Anders mientras terminaba el fragmento, y después se volvió sin levantarse del banco.

-Es un antiguo himno alemán. Una plegaria puesta en música. Solía cantarla en mi infancia. Pero no recuerdo la letra.

-No necesita letra -dijo Anders.

-No, no la necesita -convino Heisenberg-. Y este parece el momento apropiado para rezar.

-¿Por el éxito del reactor? -preguntó Karl.

Heisenberg se encogió de hombros.

-Imagino que por la voluntad de Dios. Ignoro qué carácter tendrá el éxito. Quizás estamos invadiendo un lugar al que no tenemos derecho. En ese caso, debemos rezar pidiendo que Dios nos detenga antes de llegar allí. Tal vez la bendición más grande sería que el condenado artefacto no funcione.

Anders sonrió.

-Yo no pediría a Kurt Diebner que le acompañe en la plegaria.

-No. Creo que no rezamos al mismo dios. El mío no usa brazalete.

Anders ocupó uno de los escaños del coro.

-Tóquelo otra vez -pidió-. Creo que me agradaría rezar con usted.

Heisenberg se volvió hacia el teclado y adelantó la mano. Pero después la dejó caer sobre su rodilla y se volvió para mirar a Anders. Permaneció sentado en silencio un momento, la cabeza inclinada en un gesto de curiosidad, mientras miraba fijamente a su colega.

-¿Quién es usted? -preguntó al fin.

La pregunta pareció dejar sin aliento a Karl. Impresionado, abrió mucho los ojos.

-¿Quién es usted? -repitió Heisenberg-. Tengo que saberlo.

-¿Qué quiere decir? Usted sabe quién soy.

Heisenberg meneó lentamente la cabeza.

-No. Lo único que sé es quién no es. Sé que no es Nils Bergman. Lo supe ya en Berlín, cuando usted vino a reunirse con nosotros y exigió que cambiásemos todo el grafito. Sabía cómo funcionaba su cabeza. Las ecuaciones que usted presentó son interesantes, pero no provienen de la mente de Nils Bergman.

-Después vi el diseño de su reactor de prueba. Me sorprendió. Página tras página de un trabajo brillante, que conduce inexorablemente a un reactor que no podrá sobrevivir al calor que él mismo produzca. Me dije: este hombre es de veras brillante. Lástima que sea un incendiario en lugar de un físico.

Anders no pudo evitar una sonrisa.

-Era maravilloso -continuó Heisenberg-. Todos mis colegas estaban felicitándose del genio que ellos habían demostrado para armar todos los fragmentos del rompecabezas. Ninguno de ellos percibió que cuando uno reunía todas las piezas, el resultado era un desastre. Le observé sentado al extremo de la mesa, y tuve la certeza de que usted sabía exactamente lo que estaba haciendo. Me dije: este hombre ha venido para destruirnos. ¿Quién demonios es?

-Pero usted aprobó el diseño -le recordó Anders.

Werner asintió.

-A esa altura de los acontecimientos, había llegado a la conclusión de que no deseaba que el dios de Diebner dispusiera de un renovado caudal de rayos y centellas.

-Recuerdo el momento en que estaba observando el ascenso de la temperatura, cuando pusimos en funcionamiento el reactor de prueba. Creí que ahí todos estábamos acabados. No me atemoricé porque, como alemán, hace mucho que estoy acabado... desde que permití que unos locos se apoderasen de mi país. Pero usted sabía que estaba a un paso de la muerte, y sin embargo permanecía allí, la mano en los controles, y aumentaba el caudal de energía. Y yo me preguntaba: ¿quién es este hombre? Llegué a la conclusión de que era británico, y durante un momento también quise ser británico, porque de ese modo al menos moriría por algo-Y de pronto, el condenado artefacto se estabilizó. Me sorprendió, porque todas mis cifras -en realidad, las suyas-decían que no podía funcionar. Durante un instante pensé que me había equivocado. Tal vez usted sabía exactamente lo que estaba haciendo. Pero entonces le miré, y usted estaba tan sorprendido como yo. En realidad, deseaba que el reactor fracasara, ¿verdad?

Anders asintió.

-Lo sabía -dijo Heisenberg, descargando una mano sobre su propia rodilla.

-Habría debido volar en pedazos -reconoció Anders-. Pero como usted me había advertido, estábamos lidiando con incógnitas. Todavía no sé por qué funcionó.

Permanecieron un momento sentados, ambos meneando la cabeza, en una actitud que implicaba reconocer su propia tontería.

-Y después vi los diseños para la construcción del reactor definitivo. Verdaderamente geniales. Sabía que tenían que ser defectuosos, pero no podía descubrir los errores. Revisé horas enteras cada página nueva, y me preguntaba a cada momento: ¿adonde nos lleva? Cuando al fin comprendí el fondo del asunto, me reí hasta que se me llenaron los ojos de lágrimas.

-¿Nadie más lo vio? -preguntó Anders.

-Fichter -contestó Heisenberg-. Vino un día con algunas páginas de ecuaciones, y dijo que a su juicio algo estaba mal. Su lógica le decía que no era una exacta reproducción en escala de su pila de prueba, pero no alcanzaba a explicar las diferencias. Deseaba convocar a una reunión que revisara todo, desde el principio mismo.

-¿Qué lo impidió?

-Yo -rugió Heisenberg-. Le dije: Fichter, asno, si usted retrasa este programa aunque sea una hora, conseguiré que le den un rifle y le envíen al frente ruso. Elaboró nuevamente sus cálculos y decidió que había cometido un error.

-De modo que usted se arriesgó para salvarme -observó Anders.

-Usted es por aquí lo único que merece que lo salven -contestó Heisenberg.

-Imaginé todo lo que había sucedido. Me dije que el auténtico Nils Bergman probablemente todavía esté en Inglaterra. Este que tenemos aquí probablemente es uno de nuestros propios físicos que huyó de Alemania. Un cirujano plástico le modificó la cara, y los ingleses le enviaron para perjudicarnos. Después, llegué a la conclusión de que usted probablemente era judío. Uno de los judíos expulsados en el treinta y cuatro. Y eso era realmente divertido. Hubiera podido orinarme en los pantalones ante la idea de que ese burócrata estúpido otorgue una medalla a un judío que regresó para destruir el Reich.

-Pero entonces los ingleses intentaron matarlo. Eso me desconcertó realmente. ¿Por qué los ingleses querrían matar a su propia gente? Por lo tanto, sé que usted no puede ser inglés. Y sé que usted no es Nils Bergman. Incluso sé que no es uno de los miembros famosos de nuestra fraternidad. Si lo fuera, habría identificado en un instante su trabajo.

-Por lo tanto, ¿quién es usted? Y para infundirme cierta esperanza en el sentido de que la justicia finalmente triunfe, le ruego me diga que es judío. Podría morir feliz si supiera que nuestro Führer envió una medalla al judío que le destruyó.

-Norteamericano -contestó Anders. Explicó a Heisenberg la coincidencia de su parecido con Bergman. Y los meses de estudio que le habían convertido en el "otro yo" de Bergman. La sonrisa de Heisenberg se ensanchó a medida que asimiló los detalles.

-¿Y Bergman? ¿El movía los hilos? ¿Explicaba lo que debía decir?

La sonrisa se esfumó cuando supo que Bergman había muerto.

-Siempre esperaba con interés sus trabajos y artículos. Su obra era... elegante. Bellamente precisa. Pero si estaba muerto, todo esto que estuve viendo, ¿fue todo suyo?

-Fueron mis esfuerzos para parecerme a Nils Bergman -dijo Anders.

Heisenberg asintió, para expresar sus felicitaciones. Después, introdujo la mano en el bolsillo de la chaqueta y extrajo un sobre largo y delgado. Lo sostuvo en la mano mientras hablaba.

-Supuse que probablemente tendría que marcharse de prisa. Mañana, cuando su gran realización se descontrole, nuestros colegas se arrojarán sobre su trabajo como tiburones. Será mejor que se marche antes de que comprendan lo que usted hizo. Necesitará esto.

Entregó el sobre a Anders.

-Es una serie de órdenes que me envió Himmler, y que me autorizan a viajar a Celle. Además, mi pasaporte alemán. Tendrá que remplazar la fotografía.

Metió la mano en el bolsillo y extrajo dos llaves sostenidas por una cadenita.

-Tengo un automóvil para mi uso privado. Es el que está al lado de la posada, con placas oficiales de identificación. En teoría, debería viajar entre este lugar y Celle, pero por desgracia para el Reich de los Mil Años no tiene gasolina. -Entregó las llaves a Anders.- Quizás usted encuentre el modo de usarlo.

Anders sostuvo el sobre con una mano y las llaves con la otra.

-¿Y usted? -preguntó-. Cuando Himmler sepa lo que sucedió, las cosas se pondrán difíciles, incluso para usted.

-Diré que probablemente usted me robó el automóvil y las órdenes. Me mostraré agraviado. Además, tengo mi bicicleta. Puedo montarla una mañana y pedalear hasta mi casa. Mi hogar está en Baviera. Créame, nuestro Reichsführer afrontará problemas más importantes durante los próximos meses.

Anders metió el sobre en el bolsillo interior de su chaqueta y metió las llaves en el lateral.

-Los ingleses tratan de matarme, y un alemán intenta salvarme. Creo que ya no entiendo al mundo.

-Nada es seguro -contestó Heisenberg-. Ni siquiera su reactor. Vea, sus cambios son muy sutiles. Sin duda, ya previo que cuando empecemos mañana es posible que el condenado artefacto funcione a la perfección. Tal vez no necesite huir. Quizá se convierta en un héroe nacional.

-Funcionará, pero sólo unos minutos -contestó Anders-. Y no seré un héroe nacional. -Señaló el sobre.- Necesitaré esto.

-Entonces, se recalentará. El artefacto entero se fundirá.

-Lo intentaré -dijo Karl-. En la medida suficiente para que sea irreparable.

Heisenberg entrecerró los ojos. Recordó una conversación que habían mantenido tiempo atrás.

-Tal vez no pueda detenerlo. Por supuesto, usted comprende cuál es el riesgo. Es posible que nada pueda detenerlo.

Anders asintió.

-Eso es lo que vine a decirle. Quiero que tenga un motivo para ausentarse mañana. Me disponía a mentir y a decir que, en caso de que algo saliera mal, era importante que uno de nosotros pudiese continuar la gran obra. Pero usted sabe lo que intentaré. No quiero que corra peligro.

-Gracias -contestó Heisenberg-. Pero no me perdería eso por

nada del mundo. Tal vez podamos ayudarnos mutuamente a sobrevivir. De eso se trata, ¿verdad? Debemos tratar de ayudar al mundo a sobrevivir.

Se volvió hacia el teclado y tocó la sencilla melodía del himno.

-Ojalá pudiera recordar la letra -dijo a Anders-. Creo que tal vez necesitemos rezar.

Anders permaneció sentado, en silencio, y escuchó hasta que las últimas notas de la pieza se perdieron en la vacía iglesia del castillo.

-No, no es necesaria la letra -dijo.

PRIMAVERA DE 1945

Los norteamericanos cruzaron el Rhin en Remagan, y atravesaron audazmente un puente que los alemanes no habían podido destruir. Ahora estaban agrupando sus tanques para lanzar un ataque aplastante hacia el corazón del Reich. Los rusos estaban a las puertas de Berlín, y agrupaban sus cañones rueda contra rueda en un arco que se extendía desde el sur al norte de la capital alemana. El fin del Reich era inminente. En Alemania, la locura había remplazado a todo intento de orden. Los ciudadanos se convertían en refugiados cuando huían de los ejércitos aliados en marcha. Los soldados alemanes desertaban de los campos de batalla, y los nazis se volvían contra su propio pueblo, decididos a castigarle por la derrota que habían sufrido.

Haigerloch - 8 de marzo

Se dieron un rápido beso en la puerta de la pensión, pero cuando Anders intentó volverse para caminar hacia el automóvil que esperaba sintió la fuerza del apretón de Birgit sobre sus brazos. Los ojos de Birgit repitieron lo que ella había murmurado la noche de la víspera, mientras yacían abrazados en el lecho. Deseaba ir con él. No podría sobrevivir a la soledad del día, preguntándose si él regresaría.

El volvió a abrazarla y de nuevo la besó tiernamente, tratando de reprimir el pensamiento de que quizá fuese el último momento que pasaba con ella. Después, se desprendió del abrazo de Birgit y comenzó a descender los peldaños.

Era el único modo, recordó Anders, mientras el automóvil avanzaba detrás de los vehículos de escolta, en dirección al camino del río. Ella tenía que permanecer detrás. Si la reacción de la pila de grafito se le escapaba de las manos, aunque fuese unos pocos segundos, convertiría la cueva en un verdadero infierno. Anders no podía permitir que Birgit se convirtiese en una de las víctimas desaparecidas en la catástrofe. O si las cosas se desarrollaban como él preveía, y el reactor mismo era la única víctima, ambos tendrían que iniciar inmediatamente la fuga. Birgit necesitaría hasta el último segundo del tiempo disponible para planear la huida.

Tenía que asegurarse de que el oficial alemán cargase combustible en el automóvil de Heisenberg. Anders había mostrado la noche anterior las órdenes que le obligaban a viajar a Celle, explicando al mismo tiempo que tenía que estar preparado para partir de un momento a otro. Los ojos del oficial se abrieron de asombro

cuando llegaron a la firma de Himmler, y entonces agregó la sugerencia de que probablemente sería necesario remplazar la batería.

Necesitaban mapas de carreteras. Anders sabía que el propietario tenía varios mapas en su oficina. Birgit tendría que hallarlos. También necesitaban ropas de abrigo. Ella elegiría unas pocas prendas esenciales y las trasladaría en secreto al automóvil. Y también agua y alimentos para el viaje. La cocina era el dominio de Birgit.

Necesitaban representar diferentes papeles si deseaban que sus frágiles esperanzas de fuga tuviesen una mínima oportunidad. Sin embargo, ninguno de ellos podía aceptar la idea de la separación. Ella no tendría modo de saber cuáles eran los peligros que él afrontaba en la iglesia del castillo. Peligros originados por el reactor que él le había decidido destruir, incluso a costa de su vida. Peligros emanados de los nazis, que quizá castigaran el fracaso de sus sueños acerca de la superarma, tan pronto ese fracaso fuese evidente. Y él no tendría modo de saber qué estaba sucediendo en la pensión. Si el oficial verificaba las órdenes que él había mostrado, el plan de fuga se vería irremediablemente comprometido. O si advertían el interés que ella demostraba por los mapas, podían arrestarla sin más trámite. Y Anders no quería imaginar siquiera el interrogatorio que Birgit tendría que soportar.

Ambos se arriesgaban, y los peligros se agravarían a lo largo del día, con cada minuto que pasaba. Tanto Birgit como Karl podían soportar las amenazas dirigidas contra ellos mismos, pero ninguno lograba imponerse al terror que sentía por la seguridad del otro.

-Debo estar contigo -había murmurado Birgit. Pero ambos sabían que la única esperanza de fuga estaba en que actuasen por separado, por mucho que eso intimidase a cada uno.

Anders pudo oír el ronroneo sordo de los motores diesel cuando entró en la iglesia del castillo, y el sonido cobró mayor intensidad cuando él comenzó a descender los peldaños de hierro que conducían a las bóvedas subterráneas. Los preliminares ya habían comenzado. Estaban bombeando agua de enfriamiento del río, e impulsándola por los caños que entrecruzaban la montaña de grafito. Las varillas de control de cadmio ya habían sido descendidas hacia el interior de la pila. Cuando Anders llegó al reactor, los técnicos estaban descendiendo las varillas de uranio hacia la cara superior del grafito.

Kurt Diebner se acercó inmediatamente, acompañando al pequeño grupo de dignatarios que presenciarían el episodio. El coronel Hartmann, el oficial SS de rostro imperturbable que había sido su primer interrogador, estaba acompañado por un joven capitán. Respondieron a la presentación chocando los talones al unísono. Anders recordó que Heisenberg había rechazado sin rodeos las credenciales de Hartmann como científico. Ciertamente, ese hombre no representaba una amenaza para el plan de Anders, que era provocar la destrucción del reactor. Ni siquiera entendería lo que estaba viendo. Pero su papel podía ser letal, una vez que advirtiese que la última esperanza del Reich había sido destruida. Había un civil de impermeable corto, que trajo saludos de Goebbels y todo el Ministerio de Información. Explicó que redactaría la crónica oficial de los hechos del día, de modo que ocupase el importante lugar que merecía en las noticias del Reich. Detrás había un hombre de corta estatura, equipado con cajas que guardaban rollos de filme, y portando una cámara fotográfica.

-Estamos casi listos -dijo como saludo Heisenberg, cuando Anders entró en la sala de control-. Todo ha sido verificado. Casi ha terminado la tarea de cargar el combustible.

Anders paseó la mirada sobre la hilera de agujas inmóviles que reflejaban la falta de actividad del grafito. En pocos momentos más comenzarían a ascender, al principio lentamente y después con increíble fuerza, hasta que sobrepasaran incontenibles la línea de peligro. En ese punto, su única esperanza era detener el reactor. Con rapidez suficiente para impedir que se fundiese en una incontrolable masa de llamas. Pero con lentitud suficiente, de modo que el calor desprendido deformase su estructura y quebrase sus cimientos.

Las barras de combustible estaban parcialmente insertas. Una vez que comenzara la reacción, Anders aceleraría el proceso introduciendo el combustible aun más profundamente en la pila, y después elevando las varillas de control. En cierto punto, de acuerdo con sus cifras y diagramas, se obtendría un equilibrio estable. Pero si sus teorías secretas acertaban, ese punto estaría muy por encima de las limitaciones térmicas de la estructura.

-Comencemos -dijo en voz baja. Los científicos se acercaron a la mesa. Junto a la puerta de la sala de control, Diebner y sus invitados se volvieron para mirar la pared oscura del reactor.

La fuente de neutrones se disparó, y su actividad apenas era perceptible en los medidores. No hubo reacción del combustible de

uranio, de modo que las varillas descendieron todavía más hacia el interior de la pila. Una de las agujas se movió.

Un gesto fue la única orden que Anders necesitó impartir. El proceso había sido bien ensayado, de modo que uno de los científicos tocó la llave de control que determinó un nuevo descenso del combustible. La mesa de control comenzó a exhibir signos de vida. Cuando las agujas temblaron, Anders alzó una .mano. Otro científico activó los motores que comenzaron a retirar las varillas de control.

Los medidores reaccionaron inmediatamente, mostrando la elevación de la cuenta de los neutrones en el interior de la pila.

Anders observó la aguja hasta que esta sobrepasó la producción más alta de la fuente de neutrones. El combustible comenzaba la fisión. Los neutrones estaban desprendiéndose de los átomos de uranio y disparándose hacia la inmensidad de su universo de grafito. Algunos -un número imperceptiblemente pequeño- estaban chocando con otros átomos de uranio y fragmentando sus estructuras. Más neutrones se liberaban. Apagó el mecanismo de arranque. Los medidores no reflejaban la pérdida.

-Funciona por cuenta propia -dijo Anders. Pero el anuncio que había excitado al grupo de hombres en el bunker de Berlín ahora no provocó respuesta. Los científicos habían visto de qué modo el reactor de prueba alcanzaba el nivel de una reacción autosostenida. Jamás habían dudado de que llegarían hasta aquí. Lo que les inquietaba ahora era el modo de controlar la reacción en una escala tan grande.

Los contadores comenzaron a descender. Respondiendo a un gesto de Anders, el combustible descendió todavía más y se elevaron las varillas de control. La cuenta de neutrones se equilibró.

-Lo mantendremos aquí un momento -dijo, y las manos se retiraron de los controles. La pila se estabilizó en una reacción de bajo nivel, casi como el motor de un automóvil que está regulando. El único sonido era el rumor lejano de los dieseis, y la vibración de las tuberías que entregaban el agua de enfriamiento.

-La temperatura se mantiene -informó Heisenberg, los ojos fijos en el medidor que indicaba el calor del agua-. Podríamos continuar así eternamente.

Podrían, y si aún hubiesen estado trabajando en un laboratorio, eso era lo que hubiesen decidido hacer. Estaban demostrando la transformación de los metales pesados, una teoría de

cuya comprobación muchos habían dudado. Si después de unos días examinaban el combustible, encontrarían rastros del nuevo material, el plutonio. Estaban logrando la transformación de la materia.

Pero este no era un experimento. Necesitaban más que rastros de plutonio. Su objetivo era producir en cierta cantidad ese material tan inestable. Con el ritmo actual, podían tardar un año para llegar a la meta. Anders asintió. Las manos buscaron los controles, y las varillas de combustible comenzaron a hundirse en la pila. Las agujas respondieron inmediatamente, alcanzando mayores alturas.

-La temperatura está variando -dijo suavemente Heisenberg. No era necesario decir en qué dirección. Varios miraron a Anders, pero él no reaccionó. Bajo el estrépito de los motores, las varillas de combustible continuaron descendiendo y las varillas de control de cadmio ascendiendo. El movimiento de las agujas comenzó a acelerarse.

-Controlemos esto -aconsejó Lauderbach. Anders asintió, para manifestar su acuerdo. Los motores se detuvieron.

Observaron los indicadores, con la esperanza de que se parasen inmediatamente. Pero todos continuaron elevándose. La reacción estaba asumiendo el control de su propio destino.

Anders ordenó descender las varillas de control, y de nuevo la reacción se detuvo. Pero ahora el proceso se desarrollaba con más velocidad. Habían alcanzado quizás el diez por ciento de la capacidad del reactor, es decir estaban lejos del nivel en que deseaban trabajar. Pero aun así, hubo sonrisas satisfechas. Habían demostrado que podían controlar la reacción, por lo menos en sus niveles inferiores.

Birgit observó al oficial que se instalaba frente al volante del automóvil.

-Saque bastante el aire -aconsejó el oficial, señalando una de las perillas del tablero. Dio al arranque, y el motor gimió al iniciar su lento funcionamiento.

-El aceite está congelado. Necesitará varios intentos.

Dio al arranque varias veces, pero lo único que consiguió fue producir los mismos gemidos laboriosos.

-¿Funcionará? -preguntó Birgit.

El alemán elevó las manos en un gesto de impotencia.

-Debería funcionar. Si no conseguimos arrancar, ordenaré a uno de mis hombres que lo examine.

Había suministrado la gasolina directamente del tanque de uno de sus camiones, acercando el vehículo y pasando el combustible al automóvil. Intentaron poner en marcha el motor, pero la batería estaba muerta, de modo que el oficial había regresado con otra nueva.

-Ojalá no sea el sistema eléctrico -explicó-. No tengo repuestos.

Dio al arranque otra vez. Esta vez el motor tosió, y escupió una bocanada de humo blanco. Pero el sonido se extinguió inmediatamente.

-¿Cuándo tendrá que usarlo el profesor Bergman?

-No estoy segura -admitió Birgit-. En cuanto le ordenen ir a Celle.

El oficial meneó la cabeza.

-Quizá pasen varios días antes de que consigamos los repuestos.

Probó de nuevo el arranque, pero el motor no funcionó.

-Enviaré un mecánico -propuso, mientras descendía y cerraba la portezuela.

Birgit sonrió para agradecérselo. Después, regresó a la pensión y entró en la cocina, donde comenzó a cortar carne fría y queso, y a poner las rodajas entre gruesas rebanadas de pan negro.

Anders vio elevarse lentamente las varillas de control. De nuevo presionó suavemente el acelerador, intensificando el ritmo de la reacción. Los medidores reaccionaron.

-Como en un libro de texto -dijo Lauderbach a Diebner, que apretaba el cuerpo contra el marco de la puerta de la sala de control, mientras los restantes dignatarios espiaban por encima de su hombro-. Todo se desarrolla exactamente de acuerdo con el plan.

A una señal de Anders, las varillas de control descendieron todavía más, y las agujas de los medidores saltaron hacia la derecha.

-82,2ºC -informó Heisenberg desde el medidor de temperatura. Anders ordenó detener las varillas de combustible.

-Permaneceremos aquí -dijo a los científicos. Nadie discrepó. Estaban cerca de una situación de sobrecalentamiento, y el reactor continuaba funcionando en menos de la mitad de su capacidad teórica.

Bajó las varillas de control. Los contadores de neutrones comenzaron a detenerse. El calor se estabilizó. De nuevo, podían mantener la reacción, pero la producción de plutonio sería demasiado pequeña y no cabría considerarla útil. Necesitaban que la máquina alcanzara más velocidad. Hasta llevar el agua de enfriamiento al punto de ebullición.

La dueña de la pensión entró en la cocina en el mismo momento en que Birgit estaba envolviendo los bocadillos en una servilleta blanca. Birgit la miró, sonrió y continuó trabajando tranquilamente.

-Pensé pedirle que preparase esto -dijo-. Pero sé que está muy atareada.

-¿Por qué necesita bocadillos? -preguntó la mujer.

Birgit le explicó que era posible que el profesor Bergman tuviese que viajar a Celle apenas regresara a la pensión. La mujer pareció satisfecha con la explicación y complacida porque alguien había advertido que ella estaba muy atareada.

-Si puedo ayudarle... -propuso.

-Quizá pueda -comprendió de pronto Birgit-. Oí decir que en la oficina hay mapas de carreteras. ¿Usted sabe dónde están?

-Por supuesto. ¿Cree que aquí podrían encontrar algo sin mi ayuda?

Corrió en dirección a la oficina, deseosa de demostrar su valor.

Por la ventana Birgit vio un automóvil militar que se detenía junto al automóvil de Heisenberg. Dos soldados descendieron, y uno levantó la tapa del motor del sedán. Birgit cerró los ojos, en una especie de plegaria momentánea.

-Adelante -decidió Anders. Comenzó a elevar las varillas de control mientras bajaba todavía más el combustible hacia el centro de la reacción. Si los defectos que había incorporado a la máquina eran los necesarios, el calor aumentaría de prisa. El reactor comenzaría a destruirse él mismo antes de que pudiesen detenerlo. Si se había equivocado, el sistema comenzaría a estabilizarse en un nivel operativo superior, cuando el agua estuviera apenas por debajo del punto de ebullición. En ese caso, él provocaría la destrucción total de la máquina. Se apoderaría de los controles para enviar todo el combustible hacia el centro del grafito, al mismo tiempo que retirara las varillas de control. Habría un momento de confusión, mientras los científicos intentaban entender lo que él hacía. Después, se elevarían gritos de protesta.

Tal vez se abalanzaran sobre él para apartarle de los controles. O en el momento de vacilación quizá vieran el movimiento de las agujas y comprendiesen que el poder desencadenado en el seno del grafito era irreversible. Y en ese caso, en lugar de atacarle, correrían para salvar la vida. Anders no podía saber cómo reaccionarían. Pero estaba seguro de que una vez que se apoderase de los controles su vida habría terminado. Probablemente por la bola de fuego que irrumpiría a través del grafito. Pero era posible que aun más rápidamente a causa de la bala que Hartmann le dispararía en la nuca.

-*91,8ºC* -dijo Heisenberg.

Las agujas avanzaban hacia la derecha, indicando que la reacción se aceleraba. Más y más átomos de uranio se dividían aumentando el número de balas neutrónicas que a su vez buscaban otros blancos. El ritmo de la reacción había alcanzado dos tercios del límite teórico.

-Me limitaré al setenta y cinco por ciento de la capacidad -dijo Anders. Los científicos, que ya se alarmaban en vista de la temperatura del agua, aceptaron inmediatamente.

-Tal vez no lleguemos a ese punto -gritó Lauderbach-. La

temperatura del agua está en 93,3°C. -Miró de Anders a Heisenberg.- Detenga el proceso -gritó a Werner.

Diebner avanzó hacia los controles, acompañado por Hartmann.

-Comience a detener la máquina -dijo a Anders.

-Todavía no. Debería estabilizarse -admitió Anders. Diebner volvió bruscamente la mirada hacia Heisenberg. La expresión de Werner era confiada. Casi serena.

Estaban precisamente en el límite. Anders sabía que para salvar la máquina debía comenzar inmediatamente a detenerla. Para destruirla, sólo necesitaba llevar a un nivel superior la reacción. Le bastaba esperar unos pocos segundos. Pero si esperaba demasiado tiempo, no habría modo de suspender el proceso. Todos se convertirían en víctimas de su terrible calor.

Birgit oyó toser el motor, y ahora el automóvil pareció hundirse en una nube de humo blanco. Salió de prisa por la puerta de la cocina. El ruido del motor era desigual, pero al menos parecía que funcionaba.

-Estará bien -le dijo el soldado-. Con este tiempo, es necesario ponerlo en marcha unos minutos todos los días.

El sonido áspero se convirtió en un zumbido suave y profundo.

-Déjelo así un momento -dijo el soldado, cerrando la tapa del motor. Ella prometió que así lo haría, y le agradeció la molestia.

Los dos hombres regresaron a su automóvil, pero uno se detuvo y se volvió hacia ella.

-¿Cuándo parte? -preguntó.

-Quizás esta noche.

El soldado asintió en un gesto de aprobación. Después, en voz baja dijo a Birgit:- Manténganse apartados de las carreteras durante el día. Los aviones norteamericanos están en todas partes, y disparan a lo que se mueve.

-¡Detenga la máquina! -gritó Lauderbach.

Las manos de Anders buscaron los controles. El medidor de

temperatura indicaba el punto de ebullición. Si detenían el funcionamiento quizás el reactor aún respondería, y comenzaría a pararse. Si continuaba, él era hombre muerto. Sus manos vacilaron sobre las llaves. Unos segundos más. Era todo lo que necesitaba.

El motor continuó funcionando suavemente mientras Birgit guardaba los bocadillos bajo el asiento. Metió el mapa de carreteras que le había traído la propietaria de la pensión en el bolsillo del costado de la portezuela. Después, apagó el motor.

Esperó unos instantes. No habría soldados que pusieran en funcionamiento el vehículo cuando partieran en mitad de la noche. Ella necesitaba saber que la batería estaba cargada y que el sistema eléctrico funcionaba bien. Birgit murmuró una plegaria silenciosa. Después, dio al arranque del motor. El motor rateó y tosió unas pocas veces. Después, continuó funcionando. Birgit meneó la cabeza, en un gesto de agradecimiento.

Los contadores de neutrones viraron hacia la derecha. La aguja de la temperatura llegó al máximo Las manos de Anders tocaron las llaves para iniciar el proceso de interrupción de la reacción.

-¡Está descontrolado! -gritó-. ¡Todos fuera de aquí!

Pero Diebner ya habia visto el súbito movimiento de las agujas. Cuando Anders volvió los ojos hacia el funcionario, éste ya había salido de prisa, y Hartmann y el capitán de la SS le disputaban el derecho a pasar por la puerta. Los científicos le pisaban los talones.

-Permaneceré con usted -dijo Heisenberg. No había signos de temor en su voz.

-No puedo hacer nada -dijo Anders-. Salga.

-Tampoco usted puede hacer nada más -contestó Heisenberg-. Está acabado. Destruido.

-Tengo que estar seguro.

Permanecieron juntos, observando las relucientes varillas de combustible que se elevaban sobre el grafito y se introducían en los envases revestidos de plomo que Heisenberg había diseñado. Con el

calor de las varillas, el plomo pronto comenzaría a fundirse. Oyeron el silbido del vapor que se desprendía de la pila de grafito. Las válvulas de presión saltaron a lo largo de las cañerías que llegaban hasta el río. Chorros de vapor entraron en la cueva con un rugido ensordecedor.

Heisenberg aferró el hombro de Anders.

-Está terminado. Salgamos de aquí.

Se apartaron del terrible calor y atravesaron la puerta de la sala de control. Pero de pronto hubo relámpagos de luz azul, y una lluvia de chispas les bloqueó el paso. El calor de las varillas había incendiado los cables eléctricos que alimentaban los motores. Los circuitos eléctricos estaban saltando. Detrás, oyeron las explosiones cuando la presión del vapor irrumpió a través de los sellos que obturaban el grafito. Al frente, los peldaños de metal que llevaban a la seguridad de la iglesia estaban desapareciendo, cubiertos por los chorros de vapor que provenían de las cañerías.

Y de pronto, se apagaron las luces.

Birgit revisó en silencio su guardarropas, y retiró suéteres de abrigo, guantes, y los sombreros apropiados para el invierno. Reunió todo y ocultó el bulto bajo su abrigo; ahora, regresó inmediatamente al automóvil. Dejarían en la pensión el resto de sus cosas. Cuando la gente viniese a buscarlos, era mejor que encontraran el guardarropas con todo el vestuario y las maletas, como indicios de que pronto regresarían. Empujó las ropas bajo el asiento trasero, cerca de los bocadillos.

Ahora, sólo le quedaba aguardar. Y confiar. Confiar en que los alemanes no verificarían las órdenes que Karl les había mostrado la víspera. Confiar en que la propietaria no se jactase ante su esposo de que ella era la única que podía haber hallado los mapas. Confiar en que Karl aún estaba vivo en la cueva bajo la iglesia del castillo.

Se tomaron de las manos, porque no querían separarse en la oscuridad, mientras esquivaban los chorros de vapor ardiente que partían de las tuberías.

-Por aquí -gritó Heisenberg, más familiarizado con el camino que llevaba a la escalera-. Unos metros más.

Había extendido la mano, buscando la baranda de hierro, cuando de pronto sintió la falta de aire. La cueva estaba llenándose con la humareda que provenía de los aisladores eléctricos que se quemaban. Se les acababa el tiempo.

-Cierren la puerta -ordenó Hartmann a los científicos que se habían reunido en una nave de la iglesia. Alcanzaba a ver el hilo de humo acre que comenzaba a elevarse desde la cueva-. Cierren herméticamente la salida.

-Pero aún están allí -protestó Fichter-. Tenemos que ayudarles.

-Ciérrenla -gritó Hartmann. El capitán dio un salto hacia adelante y cerró con fuerte golpe la puerta metálica.

-Por ahí-dijo Anders. Comenzó a llevar a Heisenberg en la dirección que indicaba el sonido de la puerta al cerrarse, a cierta altura sobre la cabeza de ambos.

-No puedo -contestó Werner con voz débil. Anders se abalanzó hacia delante en la oscuridad, y se golpeó contra los peldaños. Obligó a Heisenberg a caminar delante, y comenzó a empujarlo escaleras arriba.

El humo se hizo más espeso a medida que se elevaba y Anders comenzó a sentir el peso de sus propias piernas. Casi estaba llevando a Heisenberg, sacudido ahora por la tos.

-Vamos, continúe. Unos pocos pasos más.

Heisenberg se adelantó con el último resto de su energía. Su cabeza golpeó contra la puerta cerrada al final de la escalera.

-Son ellos -gritó Fichter. Se desprendió de los científicos y regresó corriendo hacia la puerta.

-No la abra -dijo Hartmann, pero Fichter no hizo caso de la orden. Abrió la puerta y saltó hacia atrás para evitar la nube de humo que entró en la iglesia. Werner Heisenberg avanzó tambaleándose y cayó en los brazos de Fichter. Y entonces apareció Anders, respirando ansiosamente el aire fresco que de pronto le envolvía.

Cerraron la puerta detrás de los dos, y después ayudaron a Heisenberg a caminar por la nave hasta salir al aire libre. Pocos instantes después estaba respirando mejor.

Debajo del grupo, en la cueva, la aislación pronto acabó de quemarse. Los dieseis se detuvieron por sí mismos cuando los controles sintieron la pérdida de la presión de agua a causa de las cañerías rotas. Los ingenieros pudieron accionar los ventiladores, y comenzaron a extraer el humo de la cueva.

-¿Cuál fue el error? -preguntó Diebner, mientras esperaban que se disipara el humo, para regresar a la bóveda del reactor.

-No pudo estabilizarse en un nivel elevado de potencia -dijo Anders, explicando lo obvio-. Tendremos que revisar los cálculos. -Después, meneó lentamente la cabeza.- Omitimos algo. En las ecuaciones. Werner y yo pudimos detener el reactor, pero está muy deteriorado.

El coronel Hartmann pasó al lado de Diebner.

-¿Es posible repararlo? -preguntó, y era evidente que ya estaba redactando mentalmente su informe a Himmler.

-Por supuesto -mintió Heisenberg-, Quizás en pocos días. Tal vez una semana. Tendremos que esperar a que se enfríe, y después lo inspeccionaremos. Pero funciona. Eso es lo que importa. Puede decir al Reichsführer que su reactor es un éxito.

Pero la escena que vieron cuando regresaron a la caverna destruyó todo intento de ficción. Las varillas de control se habían fusionado con sus sujetadores. Sería necesario romper el grafito con martillos para liberarlas. Los envases de plomo se habían fundido sobre las varillas de combustible, y goteado plomo sobre los mecanismos de sujección. Las nuevas varillas de óxido de uranio que esperaban el procesamiento no encajarían en sus canales. Y en el pozo, en la base de la pila, por las costuras rezumaba agua oscura. Un estanque lodoso se elevaba a los costados del reactor, como una especie de marea ascendente.

La cámara del fotógrafo relampagueó mientras registraba oficialmente el estado del reactor. Hartmann exigió que se le entregase inmediatamente la película, y la metió en el bolsillo. Después, tomó la cámara y la destrozó contra la pared de piedra.

-El Reichsführer querrá su informe por la mañana -dijo a

Diebner-. Y un cálculo acerca del tiempo exacto que el reactor tardará en volver a funcionar.

-Por supuesto -prometió Diebner. Pero los científicos a lo sumo podían mirarse unos a otros con ojos inexpresivos. El cálculo debía ser evidente para todos, salvo los muy estúpidos. Ese reactor jamás volvería a operar. Había que reconstruirlo totalmente. Y ese trabajo no podía comenzar siquiera mientras no hubiesen revisado todos los cálculos, todas las páginas de los planos, y descubierto por qué el calor había aumentado de manera tan drástica. El oficial hablaba en términos de horas, pero los científicos sabían que la respuesta tendría que formularse en términos de meses.

Cuando estuvieron solos en el automóvil, y regresaban a la posada, Heisenberg hizo un gesto de felicitación a Anders. Y éste aceptó el cumplido con una sonrisa fatigada.

-No creo que usted desee esperar hasta mañana para escuchar el informe oficial de Diebner -murmuró Heisenberg.

-Lamentaría muchísimo perdérmelo -dijo Anders.

-No se preocupe -sonrió Werner-. Recogeré notas. Y le informaré la próxima vez que volvamos a vernos.

Württemberg - 9 de marzo

Partieron de noche, deslizándose en silencio por los corredores oscuros de la pensión. Cada uno llevaba sólo una pequeña maleta. La mayoría de sus cosas y el resto del equipaje continuaron en la habitación, disimulando el hecho de que jamás volverían. Esperaron a que los alemanes cambiasen la guardia, de modo que el ruido del motor del camión ocultase el sonido del motor del automóvil. Anders atravesó la plaza donde a menudo habían paseado, y se detuvo en el lugar en que uno de los guardias bloqueaba una calle. El soldado llevó las órdenes a su oficial, y cuando los dos regresaron el oficial se limitó a saludar sin dudar de los documentos. La insignia en el membrete de la carta y la firma de Himmler al pie tenían autoridad suficiente.

Avanzaron lentamente por la calle, con sus ventanas a oscuras

y salieron al mismo camino que habían recorrido desde el aeropuerto varios meses antes. Sólo cuando Haigerloch desapareció detrás y Anders comenzó a acelerar, él y Birgit se atrevieron a respirar.

-Lo conseguimos -dijo Birgit, mientras guardaba las órdenes en el sobre-. ¿Dónde están los ejércitos que debían protegernos?

-A orillas del Rhin -conjeturó Anders. Las emisiones alemanas aún hablaban de la heroica defensa de la patria. Pero ambos habían escuchado los noticiosos británicos que hablaban del cruce del Rhin por las fuerzas de los aliados. Era lógico que, si los norteamericanos estaban cruzando el río, los nazis estuvieran desencadenando un contraataque con los pocos y maltrechos ejércitos que aún tenían.

Estaban avanzando hacia el norte, a lo largo de una carretera de doble sentido que había sido despejada ocasionalmente. Había montículos blancos a cada lado, y parches de pavimento oscuro visibles donde se interrumpía la nieve endurecida. El pequeño sedán tenía buena tracción, y Anders pudo alcanzar una velocidad bastante razonable, a pesar de la escasa luz que provenía de los faros oscurecidos. Deseaba recorrer toda la distancia posible antes de girar hacia el este y entrar por los angostos caminos de las montañas de Suabia.

A lo lejos aparecieron los faros de un vehículo, y Anders apartó el pie del acelerador, pues supuso que el coche que se aproximaba le impediría el paso. Pero el camión militar abierto, con soldados armados en los asientos de la culata, les ignoró, pasó junto a ellos unos momentos después y desapareció de prisa en la oscuridad.

-Todavía no nos buscan -reconoció Anders.

-¿Por qué tendrían que hacerlo? -contestó Birgit-. No sabrán de nuestra desaparición hasta la mañana. El oficial que examinó tus órdenes no sospechó nada.

La carretera viraba, y de pronto vieron una lámpara roja al frente. Alcanzaron a distinguir la forma de un camión estacionado, y varias figuras que se movían alrededor. Anders frenó suavemente el automóvil.

Descendió el cristal de la ventanilla cuando un oficial se aproximó al coche, y presentó las órdenes que Birgit le había entregado. El oficial usó una linterna para examinar el documento.

-¿Usted es el doctor Heisenberg?

-Sí -replicó Anders, y presentó el pasaporte que Heisenberg le había suministrado. Su propia fotografía ocupaba el lugar de la original. La linterna pasó de la foto a la cara de Anders, y después inundó el interior del automóvil para iluminar a Birgit. Ella entregó su propio pasaporte.

El oficial tomó detallada nota del número de la patente, y después devolvió los papeles.

Mientras el camión les daba paso, Birgit advirtió que estaban en una intersección con la carretera que llevaba a las montañas.

-¿Quieres que vean adonde vamos? -preguntó Birgit.

-No tenemos alternativa -dijo Karl-. Tenemos que doblar aquí.

Pasó al lado del camión y entró por una estrecha carretera señalada únicamente por los árboles que había a los costados. Aceleró prudentemente, guiándose por los surcos formados en la superficie suave y helada de la nieve.

-Esto mal puede llamarse carretera -comentó Birgit. Podían sentir el deslizamiento de las ruedas traseras, y la culata del automóvil que se balanceaba suavemente de un costado al otro.

Anders recordó los inviernos de Wisconsin, en que la gente se olvidaba de las carreteras y guardaba el automóvil en el establo.

-Después será peor. Probablemente los únicos vehículos que recorren estos caminos son los que usan las patrullas militares. Y no pueden mantenerlos despejados.

Birgit se acomodó en el asiento, y alzó una jarra de café negro envuelto en una toalla.

-Más vale que bebamos esto antes de que se enfríe -dijo.

Sirvió el café, todavía humeante, en una taza de metal que había sacado de la cocina, y se la ofreció a Anders cuando éste pudo separar una mano del volante. El camino comenzó a ascender, estrechándose aun más a medida que trepaba la ladera de las montañas. Anders apretaba suavemente el pedal del acelerador, elevando la velocidad hasta donde le parecía prudente. Estaban avanzando de prisa, y la aguja del velocímetro se estabilizó cerca de los 65 kilómetros. Comenzó a calcular hasta dónde podían llegar si mantenían el mismo ritmo.

En unos quince minutos llegarían a una carretera que se dirigía al suroeste y pasaba al lado de Hechingen. Una vez que entraran por esa ruta, necesitarían unas dos horas para llegar al Danubio, en Tuttlingen. Ese sería el lugar más peligroso. Necesitarían cruzar uno de los puentes de Tuttlingen antes de que los nazis comenzaran a buscarles.

El Danubio era un obstáculo grave para los alemanes que escapaban por el sur, y no cabía duda de que hallarían puestos de control en todos los puentes. No podrían usar las órdenes de Heisenberg que se referían al traslado a Celle, porque estarían avanzando en dirección exactamente opuesta. Tendrían que contar con los pasaportes suecos para atravesar el puente. Pero eso implicaría revelar que él era Nils Bergman. Y si los nazis habían recibido noticias acerca de la fuga, ciertamente los apresarían.

Una vez que cruzaran el Danubio, tenían que salvar unos cincuenta kilómetros más hasta la frontera con Suiza en Schaff-hausen. También allí encontrarían funcionarios nazis, además de los guardias fronterizos. Pero en ese lugar necesitaban visas y autorizaciones de ingreso, además de los pasaportes. Habían decidido que no intentarían cruzar legalmente. Sin embargo, se internarían en la región rural de las afueras de Shaffhausen, abandonarían el vehículo y tratarían de cruzar a pie. Una vez en Suiza, los pasaportes les otorgarían protección legal plena. En el peor de los casos, les detendrían hasta que pudieran devolverles a Suecia.

Llegaron a la intersección con el camino que se dirigía al sur, y comprobaron con alivio que allí no había guardias. Pero apenas se internaron por ese camino apareció un nuevo obstáculo. Una ligera nevada comenzó a caer sobre el parabrisas. En pocos minutos más descubrieron que estaban internándose en una gran tormenta de nieve que impedía ver.

Los surcos del camino que les habían servido de orientación comenzaron a desaparecer, cubiertos por el denso polvo blanco. Estaban conduciendo en la oscuridad, y ni siquiera podían ver las curvas del camino. Los frágiles limpiaparabrisas no estaban a la altura de su tarea. A medida que se acumulaba nieve a ambos costados de las escobillas, la abertura que limpiaban sobre el parabrisas era cada vez más pequeña.

Anders se inclinaba sobre el volante, parpadeando con los ojos fijos en el tenue resplandor de los faros cada vez más débiles. La velocidad era de unos pocos kilómetros por hora, y el automóvil

gemía a causa del esfuerzo. E incluso esa velocidad los intimidaba, porque apenas veían el camino. Cuando tomaba las curvas señaladas únicamente por las marcas de la zanja abierta al costado del camino, tenía conciencia de la brusca caída del terreno hacia la derecha. El camino estaba construido sobre la ladera de una montaña, con una elevación a un costado y el suelo que descendía bruscamente al otro. Si equivocaba la curva, iría a parar a la ladera, y el coche probablemente caería hasta que se viese frenado por un matorral o chocase contra un árbol. No habría la más mínima posibilidad de devolverlo al camino.

-Deberíamos detenernos -murmuró a Birgit-. Podríamos poner en marcha el motor unos pocos minutos cada vez para calentarlo.

-Continúa -contestó ella-. Tal vez consigamos salir de esta tormenta.

Tenían que insistir. Cada minuto perdido significaba que era menos probable que llegasen a tiempo al Danubio. E incluso cuando la nieve cesara, el camino continuaría intransitable. Despejar los caminos rurales se había convertido en la menor de las preocupaciones del Reich de Mil Años.

Los limpiaparabrisas se detuvieron, contenidos por la nieve que habían arrojado hacia los costados. Anders detuvo el vehículo, y descendió para limpiar las ventanillas. Cuando volvió a ocupar su lugar y puso en marcha el automóvil, oyó el silbido de los neumáticos traseros, que giraban libremente sobre el hielo. Trató de empujar el automóvil para encontrar tracción, pero las ruedas a lo sumo se enterraron más profundamente en la nieve acumulada.

Descendió otra vez, y Birgit ocupó el asiento del conductor. La joven trató de avanzar un poco con el vehículo, mientras Anders empujaba afuera. Pero él resbaló, y durante un momento temió que el auto se le viniese encima.

Encontró ramas, y las amontonó bajo las ruedas traseras. Después rodeó el coche, limpió la nieve de los focos, y de nuevo liberó los limpiaparabrisas. Mientras él empujaba, Birgit oprimía suavemente el pedal del acelerador. El automóvil avanzó. Anders corrió al lado del vehículo hasta que pudo saltar al asiento del co-, piloto. Después, se inclinó sobre el ineficaz calefactor, tratando de calentarse las manos y los pies helados.

Birgit era una conductora más audaz que él, e imprimió mayor

velocidad al coche. Estaban avanzando a unos 30 kilómetros por hora, apenas la mitad de la velocidad que necesitaban para ajustarse a su programa, pero aun así más de la que la carretera admitía. El coche se balanceaba bruscamente cuando las ruedas encontraban surcos y depresiones enterrados bajo el manto de nieve. Cuando tomaban las curvas, las ruedas traseras se deslizaban hacia el borde del camino, y parecía que conseguían afirmarse en el último segundo.

-Creo que deberías disminuir la velocidad -aconsejó An-ders en cierto momento, después que una rueda trasera giró enloquecida antes de reafirmarse e impulsarlos hacia adelante. Birgit se mordió el labio y se inclinó más sobre el volante. En lugar de contestar, presionó más que antes el acelerador.

Sabía lo que ella estaba pensando. Y también sabía que tenía razón. La única esperanza de salvarse era llegar a Tuttlingen antes de que difundiesen la alarma. Reducir la velocidad equivalía a rendirse, y Birgit estaba decidida a continuar luchando, mientras tuviese una oportunidad.

Pero no estaban dejando atrás la tormenta. En todo caso, la nevada era más intensa que antes. Los faros apenas emitían luz, y de nuevo estaba estrechándose el espacio que los limpiaparabrisas despejaban.

—No puedo ver -anunció finalmente Birgit, mucho después que Anders advirtió que él mismo carecía de visibilidad más allá del círculo que adornaba la cubierta del motor. Birgit esperó hasta que llegaron a la cima de una larga pendiente, y allí frenó el automóvil.

Anders descendió de prisa y limpió los faros y el parabrisas. Pareció un gesto inútil. La nieve se depositaba apenas él la limpiaba. Pero esta vez el automóvil arrancó fácilmente, y descendió la colina hasta que los neumáticos pudieron afirmarse. De nuevo Birgit trató de acelerar, corrigiendo cada desvío con la firme presión sobre el volante.

-¿Cuánto nos falta? -preguntó Birgit, los ojos fijos al frente. Anders desplegó el mapa, aunque sabía que no serviría. No habían visto una sola señal en el camino. A lo sumo, podía calcular la velocidad que estaban desarrollando, y cuánto tiempo habían perdido en cada una de las detenciones.

-Tal vez cuarenta kilómetros. En todo caso, cincuenta. Nada más que dos horas si podemos continuar la marcha -fue su conclusión.

Parecía que el camino se enderezaba, lo cual sugería que estaban saliendo de las montañas e internándose en un territorio más llano. Birgit se sentía tentada de aumentar la velocidad, pero ahora la acumulación de nieve era un problema más grave que las curvas del camino. Las ruedas abrían su propia huella y el motor funcionaba visiblemente forzado por la tensión.

Anders sacó uno de los bocadillos que ella había preparado, pero Birgit meneó la cabeza cuando él le propuso comer. Anders trató de alimentarse, pero descubrió que no podía tragar.

-Tendremos que detenernos otra vez -anunció ella-. Esta condenada nieve está sepultándonos.

Ahora Anders se puso al volante, y le sorprendió ver con cuánta voracidad Birgit devoraba un bocadillo y bebía una taza de café frío apenas se vio liberada de la responsabilidad de controlar el automóvil.

Birgit había acercado la taza a los labios cuando los neumáticos traseros se separaron del suelo. El automóvil había avanzado sobre un montículo de nieve que dejó a las ruedas traseras girando libremente. Casi inmediatamente, la culata del vehículo se deslizó, inclinada un momento sobre la zanja lateral, y después se salió del camino. El café voló por el aire mientras el sedán giraba y comenzaba a caer por la ladera. Anders movió furiosamente el volante, tratando de enderezar el coche mientras aún tenía impulso. Hubo un momento de esperanza cuando pudo apuntar la parte trasera del vehículo hacia el camino. Pero entonces la culata del automóvil de nuevo se separó del suelo, y así cayeron todavía más por la ladera. El coche chocó contra un espeso matorral, y vino a detenerse en un ángulo muy acentuado, la nariz apuntando hacia arriba, en dirección al camino.

Anders descendió y realizó una rápida inspección alrededor del vehículo. Una de las ruedas traseras estaba completamente enterrada. La otra se elevaba en el aire. La nieve llegaba hasta los estribos, a ambos lados del chasis.

Meneó la cabeza cuando volvió a subir al coche y se sentó al lado de Birgit.

-Imposible -le dijo, y explicó lo que había visto-. Nunca tendremos la tracción necesaria. Toda la fuerza del motor se concentrará en la rueda que se ha separado del suelo.

-Despejarán el camino por la mañana -dijo ella-. O por lo menos un camión militar patrullará este tramo.

-Deberíamos tratar de llegar al pueblo más próximo –dijo Anders, mientras desplegaba el mapa. Pero no tenía idea del lugar en que estaba el pueblo más próximo. Ni siquiera sabía en qué punto se hallaban.

Durante la noche pusieron en marcha el motor unos pocos minutos cada vez, porque necesitaban recibir calor suficiente para evitar el congelamiento. Birgit pudo apretarse contra Anders, protegida por su abrigo, y así se durmió. El prometió despertarla en una hora, de modo que ella vigilase mientras él descansaba. Pero cuando pasó la hora, permitió que continuase durmiendo. Durmió serenamente, y se la veía tan hermosa como la noche en que por primera vez se habían acostado juntos, bajo los objetivos de las cámaras de Himmler. Y Anders sabía que ni siquiera lograría cerrar los ojos.

Vio cesar la nevada y aparecer las estrellas en el cielo. Y después contempló la pálida luz del amanecer que comenzaba a señalar el perfil de las colinas que habían dejado atrás. Analizó mentalmente las pocas alternativas disponibles, y trazó su plan.

Tenía que llegar al pueblo más próximo apenas amaneciera, aunque para lograrlo fuese necesario adivinar la dirección y empezar a caminar. Tratarían de encontrar ayuda para devolver el automóvil al camino. Pero el tiempo era el enemigo más peligroso. Si no podían encontrar auxilio en poco rato más, necesitarían conseguir que les transportasen en un vehículo cualquiera. Un ómnibus, un camión, o incluso un vehículo militar. Necesitaban ponerse en marcha para cruzar el Danubio antes de que los nazis acudiesen a buscarles.

Oyó el ruido de un motor lejano, y despertó inmediatamente a Birgit. Descendió del automóvil y trepó la ladera hasta que llegó al camino. Hizo señas frenéticas al camión militar que avanzaba lentamente hacia él. Había dos soldados en la cabina, y dos más acurrucados con sus rifles, sentados en los bancos de la parte trasera. El camión se detuvo, y los hombres descendieron, al parecer complacidos ante la novedad que venía a interrumpir la tediosa patrulla. Uno de los soldados descendió hasta el automóvil, lo examinó y volvió, meneando la cabeza.

-Podemos sacarlo de allí -dijo el sargento que parecía estar a cargo del grupo-. Pero no funcionará. Los elásticos de las ruedas

traseras están rotos. Hay que repararlos.

Birgit había llegado con el soldado, y oyó preguntar a Anders:- ¿No pueden llevarnos al pueblo más próximo? Tenemos que conseguir un automóvil o un ómnibus.

-¿Tienen órdenes? -preguntó el sargento-. Todos los transportes han sido incautados por el ejército. No podrán viajar sin órdenes.

Birgit extrajo el sobre de su bolsillo.

-Necesitamos llegar a Celle -explicó, mientras entregaba los papeles al sargento. Este examinó atentamente el documento, y entrecerró los ojos.

-Son órdenes de la SS -observó. Miró primero a Birgit, y después a Anders-. Ustedes seguramente son muy importantes.

-Es una misión urgente -dijo Karl.

-Pero nadie les transportará -dijo el sargento-. Si tienen que llegar a Celle, habrá que acercarlos todo lo posible.

Los hombres asintieron.

-Eso no es necesario -protestó Anders-. Será suficiente que nos ayuden a llegar a un pueblo donde encontremos auxilio.

-La SS tiene puestos de control en el camino a Stuttgart. Les llevaremos en esa dirección, hasta que encontremos uno de los puestos. Ellos podrán enviarles a Celle. Créanme, es el modo más seguro. La SS puede conseguir lo que desea. Si necesitan un tren, pues lo roban.

Rió ante la idea, y los soldados festejaron la broma.

Anders y Birgit observaron impotentes mientras el sargento ordenaba a uno de sus hombres que retirase del coche inutilizado las pertenencias de los dos. Después, dijo a Anders y a Birgit que se apretasen en la cabina, junto a él; y los tres soldados se instalaron en los bancos de la parte trasera.

-Tienen suerte de que los hayamos encontrado -explicó, mientras ponía en velocidad el camión-. Casi habíamos suspendido la patrulla en vista del estado de los caminos. Hubieran podido quedarse aquí el día entero.

-Si pudiéramos llegar a un pueblo -casi rogó Anders.

-Tonterías -exclamó generosamente el sargento-. En poco rato más les entregaremos a las SS. Están en todas partes. Y con órdenes firmadas por el propio Himmler, ¿quién sabe? Tal vez incluso me den una medalla.

Recorrieron veloces las rutas por donde Birgit había avanzado tan peligrosamente la noche anterior, desandando el camino por el cual habían intentado escapar. Con cada minuto que pasaba, se alejaban más del Danubio y se acercaban más a las tropas selectas de Himmler, que probablemente esperaban con la orden de ejecutarles.

Birgií extendió la mano y apretó la de Anders. Habían hecho todo lo posible. Y por lo menos afrontaban juntos el fin.

Habían viajado más de una hora, al principio más lentamente, mientras recorrían los caminos cubiertos de nieve de las montañas, y después a una velocidad más normal, una vez que entraron en la ruta que corria al norte de Hechingen. Estaban sentados, en silencio, y casi no escuchaban el monólogo del sargento, que explicaba los detalles del derrumbe de Alemania.

-Podían haber estado allí días y días -repetía como tema constante. Disponemos sólo de dos camiones, de manera que no podemos patrullar ni siquiera la mitad de los caminos de nuestro sector. Y eso sólo cuando nos entregan nuestra cuota de nafta.

-No hay repuestos. Tenemos que aprovechar algunos de nuestros camiones si queremos conseguir los repuestos necesarios para mantener en funcionamiento los otros. Incluso cosas sencillas. ¿Pueden creer que fue necesario retirar del servicio uno de los camiones porque usamos la correa del ventilador? Por supuesto, ahora el vehículo ya no sirve. Le quitamos el radiador para este camión, y dos de los neumáticos para el otro. Y sucede lo mismo en el resto de Alemania. Una vez que algo sufre un desperfecto, se lo despedaza para aprovechar las piezas. Estoy seguro de que si me tuerzo un tobillo alguien me quitará el rifle y me dejará desnudo.

Rió estrepitosamente ante la idea.

-Y no reconocen que las cosas desaparecen. Pido una correa del ventilador y me dicen que presente una solicitud. Todo se procesa con copias a mi comandante, al depósito e incluso a la fábrica. ¡Dios sabe por qué! La fábrica fue bombardeada el año pasado y el depósito hace pocos meses. Pero incluso así, sellan la copia y la archivan

cuidadosamente. Lo único que no faltan son los formularios de pedidos. Tenemos suficiente cantidad para los Mil Años.

De nuevo las risas, esta vez subrayadas por un gesto de la cabeza que expresaba desesperación.

Anders sintió que Birgit le apretaba con más fuerza la mano. Levantó los ojos y vio el puesto de control al frente.

-Sabía que les encontraríamos -dijo el sargento con aire satisfecho-. Es imposible recorrer un camino sin encontrarse con la SS.

Aminoró la velocidad del camión y se detuvo frente a la barrera rayada que cruzaba el camino. El soldado que se acercó con una metralleta colgada de la cintura vestía el temido uniforme negro. El sargento levantó la mano en un gesto desganado.

-Heil Hitler. -El guardia replicó el saludo extendiendo rígidamente el brazo.

-Civiles que viajan con órdenes de la SS -dijo el sargento, señalando a sus pasajeros-. El automóvil que usaban se salió del camino en la nieve. Tienen que llegar inmediatamente a Celle.

El guardia extendió la mano. Anders entregó las órdenes y sus pasaportes al sargento, y éste los pasó al soldado. El guardia les examinó un instante, y después caminó hacia una casita que se levantaba cerca de la barricada.

Anders y Birgit se miraron ansiosos. Habían pasado diez horas desde el momento en que habían huido saliendo por la puerta trasera de la posada. Era muy posible que ya los considerasen fugitivos.

El guardia salió de la casa, acompañando a un oficial SS que se abotonaba la chaqueta de cuero mientras caminaba. El oficial intercambió saludos con el sargento, que ahora extendió el brazo con más firmeza.

-Recoja sus cosas -ordenó a Anders-. Tendrá que esperar con nosotros.

Anders y Birgit descendieron del camión y recogieron las pequeñas maletas que los soldados les entregaron desde la parte trasera del vehículo. Apenas se apartaron del estribo, el sargento puso el camión en marcha atrás y realizó un giro en U para alejarse del puesto de control. Se marchó, dejando a Anders y Birgit con el

equipaje sobre la nieve, a los pies de ambos, y solos con el oficial SS.

Anders se inclinó para recoger las maletas, pero la orden del oficial se lo impidió. El soldado tomó las maletas, y caminó delante de ellos. Era un signo prometedor. Ambos conjeturaron que los soldados SS no transportaban el equipaje de los fugitivos.

La casa había sido confiscada poco antes. Los muebles de la sala habían sido apilados a un lado, para dejar espacio a un equipo de radio, y a una mesa con dos máquinas de escribir. La pequeña mesa de comedor era el escritorio del oficial, y un banderín nazi colgaba de la pared, detrás.

-Mañana por la mañana llegará un automóvil que trae de Mannheim a mi sustituto -explicó el oficial-. Yo regresaré con él. Y ustedes pueden acompañarme hasta allí.

Depositó las órdenes y los pasaportes sobre la mesa, frente al operador de radio.

-Dígales que tenemos dos pasajeros distinguidos para Celle -dijo-. Ordenes directas del Reichsführer Himmler. -Después, rodeó el escritorio.- Hay un tren de Mannheim a Kassel. Corre por la noche, después que se reparan los daños sufridos por las vías. De modo que es indudable que podemos llevarles hasta allí.

Quizás incluso haya un correo aéreo, y ustedes puedan usarlo. Haremos todos los esfuerzos posibles para lograr que lleguen a Celle cuanto antes.

Anders murmuró un agradecimiento forzado, pero ansiaba desesperadamente hallar una alternativa. Era evidente que las órdenes a nombre de Heisenberg poseían enorme autoridad. La SS se ocuparía de que Birgit y él llegasen al corazón de Alemania, quizás incluso directamente a la oficina de Himmler.

-Si pudiéramos usar un automóvil -dijo-. Lo que fuese. No creo que podamos perder un día entero.

Pero el oficial ya estaba meneando la cabeza.

-Incluso si tuviéramos un automóvil, no podríamos asignarle gasolina. Todo se necesita en el frente. -Después, hizo un gesto en dirección al corredor.- Hay café en la cocina. Y la señora puede usar el dormitorio que está en el primer piso. Mis cosas ya están preparadas. Ordenaré que las retiren de la habitación, de modo que

ustedes gocen de cierta intimidad.

Birgit asintió para indicar su gratitud. No tenían alternativa. Eran huéspedes de los asesinos de Himmler.

Berlín - 9 de marzo

-Cuatro meses -dijo distraídamente Himmler, mientras sus arreglados dedos volvían la página del informe-. Cuatro meses a partir de la fecha en que se entregue una nueva provisión de grafito en Haigerloch. Eso significa que la fecha más temprana para poner nuevamente en marcha el reactor sería...

-Principios de julio, Reichsführer -intervino el coronel Hartmann-. Herr Diebner confía en que, si la entrega de materiales puede comenzar inmediatamente, el daño estará reparado a principios de julio.

El mentón débil asintió en el círculo de luz de la lámpara del escritorio.

-Herr Diebner confía... -Volvió lentamente las páginas.

-El diseño no tenía previstas las temperaturas extremas a una velocidad operativa aceptable -leyó Himmler-. ¿Quién llegó a esta conclusión?

-Fue el consenso general de los científicos -contestó Hartmann-. Informaron que todo se desarrolló de acuerdo con los cálculos en los niveles bajos de potencia, pero que la temperatura rápidamente se descontroló cuando alcanzaron los niveles de producción. Herr Diebner sospecha que puede haber existido un pequeño error de cálculo en las secciones transversales del grafito.

-Herr Diebner sospecha... -dijo Himmler distraídamente. Se puso lentamente de pie y se hundió en las sombras, detrás del escritorio. Cuando volvió a hablar, su voz salió de la oscuridad.

-Dígame, coronel, ¿usted recuerda que Herr Diebner sospechara algún "pequeño error de cálculo" en el reactor de prueba?

-Sin duda, no, Reichsführer. Tenía confianza absoluta en que se habían resuelto todos los problemas teóricos.

-Confianza absoluta -ratificó la voz incorpórea-. Por lo tanto, el "pequeño error de cálculo" apareció al pasar al reactor de producción.

Sin embargo, ese debió ser un aspecto bastante sencillo del programa, ¿no le parece?

El coronel entrecerró los ojos, tratando de identificar el sentido de la pregunta.

-Ciertamente, Reichsführer. De ningún modo es una tarea muy difícil.

La figura impecablemente uniformada apareció de pronto al lado del escritorio.

-¿Y quién estuvo a cargo de esa sencilla tarea? ¿Quién convirtió los cálculos del reactor de prueba en los planes del reactor de producción?

-El profesor Bergman, Reichsführer -contestó el coronel, siempre mirando directamente el sillón vacío que estaba detrás del escritorio.

-¿Recuerda si el profesor Bergman tuvo algo que decir acerca del tema? ¿Tuvo alguna idea acerca del modo en que sus ingeniosos planes pudieron haber sido saboteados?

-Por desgracia, Reichsführer, el profesor Bergman ya había partido para Celle. Por supuesto, yo le habría interrogado directamente, si lo hubiese tenido al alcance de la mano.

Himmler se volvió y se hundió de nuevo en las sombras. Su hilo de voz formuló la pregunta.

-¿A Celle? ¿Por orden de quién está viajando a Celle?

Hartmann sintió que le flojeaban las rodillas.

-Con todo respeto, Reichsführer, tenía entendido que usted mismo le había ordenado ir a Celle. Herr Diebner me dijo que las órdenes habían sido entregadas directamente al profesor Bergman, y que no se lo había consultado.

-Mis órdenes -murmuró suavemente la voz.

-Sin duda, fue un malentendido -dijo el coronel a las sombras.

Las botas negras entraron en la zona iluminada, detrás del escritorio, y después el cuerpo de Himmler se acomodó lentamente en el sillón tapizado. Los dedos tomaron una hoja de papel y después con

movimientos cuidadosos retiraron la cubierta de una lapicera fuente.

-Estoy redactando la orden de arresto del profesor Bergman y la mujer que viaja con él -dijo el Reichsführer desde su asiento detrás de la lámpara-. Sugiero que la comunique a todas las unidades. Yo no creería que están viajando en dirección a Celle. Es igualmente probable que se dirijan al sur, en dirección a Suiza. Es necesario interceptarles y traerles directamente aquí.

-¡Como usted diga, Reichsführer!

-Ilesos -agregó Himmler, subrayando la palabra mientras la escribía en la orden-. Quiero que se los interrogue en mi presencia.

-¡Por supuesto, Reichsführer!

Las manos secaron con cuidado la tinta, y después adelantaron la hoja hacia la luz. Hartmann se apoderó del documento, saludó y atravesó la larga oficina en dirección a la puerta.

-Cuatro meses -leyó de nuevo Himmler en el informe. Principios de julio.

No habría julio para el Tercer Reich. Himmler ya había decretado que dejaría de existir hacia el primero de junio. Pero aprovecharía lo mejor posible el tiempo disponible. Se encargaría de que quienes habían destruido la Patria pagaran su traición.

Mannheim -10 de marzo

Partieron por la mañana temprano. El oficial se sentó detrás, con Birgit. Anders viajó adelante, junto al conductor. El motociclista con un tirador en el sidecar estaba delante del automóvil. Se había despejado de nuevo el camino y casi no había tránsito. Anders observó que la aguja del velocímetro se elevaba prontamente a 80 kilómetros. Llegarían a Stuttgart en media hora, y a Mannheim una hora más tarde. Si conservaban alguna esperanza de huida, estaba disipándose con cada minuto que pasaba.

Mannheim -10 de marzo

Partieron por la mañana temprano. El oficial se sentó detrás,

con Birgit. Anders viajó adelante, junto al conductor. El motociclista con un tirador en el sidecar estaba delante del automóvil. Se había despejado de nuevo el camino y casi no había tránsito. Anders observó que la aguja del velocímetro se elevaba prontamente a 80 kilómetros. Llegarían a Stuttgart en media hora, y a Mannheim una hora más tarde. Si conservaban alguna esperanza de huida, estaba disipándose con cada minuto que pasaba.

Comenzaron a aparecer sombríos recordatorios de la guerra. Primero, el chasis quemado de un camión, volcado a un costado del camino, y rodeado por troncos de árboles ennegrecidos. Después, la cola de un avión, con la esvástica, emergiendo verti-calmente de un agujero en un campo abierto. Rodearon las vigas retorcidas que antes habían sido un puente, y pasaron al lado de un edificio del que sólo se conservaban las paredes, y que había sido una estación ferroviaria.

Cuando estaban acercándose a Stuttgart, tuvieron que aminorar la marcha a causa de una fila de camiones que transportaban grupos de viejos desanimados, tocados con gorras militares y chaquetas de uniformes sobre los pantalones de trabajo. También pasaron junto a un desfile de mujeres y niños, que llevaban paquetes y maletas y se desplazaban lentamente hacia el sur. Los ojos del oficial SS se fijaron en esas escenas de desesperación, pero no hubo comentarios. Anders y Birgit a lo sumo podían desviar la mirada.

Cuando entraron en la ciudad, las calles estaban bloqueadas por largas filas de civiles, viejos, mujeres y niños, que avanzaban hacia las mesas instaladas por la SS en las aceras. El terror que todos compartían había eliminado las barreras sociales. Había hombres ataviados con abrigos oscuros y tocados con solemnes sombreros de ala blanda, mezclados con agricultores de chaqueta de tela áspera. Los elegantes sombreros adornados con plumas de algunas mujeres se movían junto a los gorros de lana. En el suelo, al lado de las filas, había maletas de excelente calidad junto a montones de ropa envueltos en una sábana. Los oficiales sentados detrás de las mesas examinaban cuidadosamente las tarjetas de identidad y las órdenes de viaje de los refugiados. Se permitía que algunos continuaran su fuga hacia el sur, pero se obligaba a retroceder a la mayoría.

Los soldados SS recorrían lentamente las columnas, y de pronto se abalanzaban sobre la presa. Algunos jovencitos eran apenas adolescentes, y los hombres de cabellos blancos que aún tenían fuerza suficiente para caminar erguidos, se veían arrancados de las filas entre los gritos de las mujeres que trataban de retenerles. Se les entregaban chaquetas de uniforme, y se les obligaba a marchar hacia los camiones

que esperaban.

El automóvil se detuvo en un puesto de control, y el oficial entregó los papeles a un soldado que se acercó a saludarle. Birgit y Anders entregaron sus pasaportes y esperaron en sombrío silencio mientras el soldado buscaba sus nombres en las largas listas impresas.

-Desertores y otros traidores -dijo el oficial SS para asegurarles que no debían preocuparse. Anders observó cómo los ojos de soldados iban y venían entre las listas y los pasaportes. Volvió varias páginas, y después entregó los documentos sin ni siquiera mirar a sus propietarios.

Cuando pasaron las barricadas y comenzaron a acelerar para salir de la ciudad, Anders miró la hora en el reloj pulsera del conductor. Habían transcurrido más de treinta horas desde la fuga. A esa altura de los acontecimientos, era indudable que se había difundido la alarma. Sus nombres estarían en la próxima lista.

El camino estaba ocupado por columnas de soldados que marchaban hacia el norte, y del lado opuesto una corriente de civiles que huían hacia el sur.

La mayoría de los soldados marchaba a pie, la fila interrumpida de tanto en tanto por un camión que arrastraba un cañón de campaña, o por un auto blindado con soldados sentados en el techo y agarrados a los costados. Los uniformes eran heterogéneos: los había pardos y grises, e incluso ropas civiles y en la cabeza un casco de acero. Algunos tenían rifles apoyados sobre el hombro, y otros metralletas sostenidas debajo del brazo. Llevaban botas raídas y calzado civil, todo manchado de lodo, que contrastaban con el brillo de las botas de cuero negro que usaba el oficial SS sentado junto a Birgit.

La procesión civil también era sórdida, y el atuendo y el equipaje igualmente variados. Casi todos caminaban, aunque en ocasiones aparecía un carro tirado por un caballo, cargado de muebles y niños. Algunos empujaban carretillas cargadas con baúles y bultos. Dos ancianos, hombre y mujer, tiraban de una de esas carretillas, y sus pertenencias hogareñas se balanceaban peligrosamente cada vez que la rueda se hundía en un surco del camino.

-Los norteamericanos cruzaron el Rhin en Remagan -dijo como de pasada el oficial-. Parece que el pánico domina a todos. -Después

agregó:- Es insensato. Les obligaremos a pasar otra vez el río en pocas horas.

Golpeó un cigarrillo sobre la cigarrera de plata, y se acomodó en el asiento para saborear el tabaco. Pero su sensación de seguridad carecía de fundamento. Los soldados que avanzaban por el lado del camino no eran una fuerza que pudiese organizar un contraataque. No eran más que carne de cañón que únicamente entorpecería un poco la marcha de un tanque.

Anders pensó: si pudiéramos salir del automóvil. Por la ventanilla veía el camino que los llevaría a la libertad. Si lograban desprenderse del oficial SS y el conductor, se perderían fácilmente en la fila de refugiados anónimos. No tenía idea del lugar adonde irían. Quizá no necesitarían ir a ningún lugar. Sería suficiente encontrar un edificio abandonado o un establo medio en ruinas, donde ocultarse para esperar. Era evidente que alrededor el imperio nazi estaba derrumbándose. Pasarían unos pocos días -a lo sumo una semana- antes de que los soldados norteamericanos invadiesen la región.

Pero el automóvil continuaba avanzando por el camino. La motocicleta les abría paso a través de aquel mar humano, y el automóvil, con sus distintivos de la SS, recibía el saludo de los oficiales apostados a ambos lados. Por muy atestado que estuviese el camino, siempre se les permitiría pasar. Eran personas importantes, que viajaban protegidas por el gobierno alemán. No se toleraría que nada retrasara su desplazamiento hacia el centro del país.

Estaban pasando al lado de un grupo de camiones cuando el pánico se adueñó súbitamente de la sombría procesión. Los camiones se detuvieron a un lado del camino, y los soldados echaron a correr hacia el bosque. Los civiles abandonaron sus carretillas y equipajes y se escondieron entre los árboles. Y entonces el conductor del automóvil de la SS viró bruscamente, y echó el vehículo sobre la zanja de desagüe.

-¡Afuera! -gritó el oficial. Pasó sobre las piernas de Birgit, abrió repentinamente la portezuela y arrastró tras él a la joven, mientras corría para cubrirse. Anders abrió la portezuela de su lado y siguió, completamente confundido.

Aún estaba corriendo cuando oyó el ruido de los motores de los aviones. Los Thunderbolts norteamericanos estaban girando para descender, virando hacia el oeste para volar en línea con el camino. Los soldados que ocupaban los techos de los camiones trataban

frenéticamente de utilizar sus ametralladoras para defenderse. Los aviones de pronto se silenciaron, al nivelar la línea de vuelo a pocos metros sobre las copas de los árboles. Después, los motores rugieron y las máquinas pasaron velozmente. Anders pudo ver las bombas que salían de las alas; se alejaban de los aviones en unos pocos segundos, y después caían sobre los camiones. Primero hubo un estruendo ensordecedor, y el centro del camino voló en pedazos; después, una llamarada, cuando uno de los camiones se incendió. Explotó otro camión, arrojando cuerpos a ambos lados del camino, y por último un tercero se elevó en el aire y cayó de lado.

A ambos lados de Anders, soldados arrodillados comenzaron a disparar a los aviones de nariz chata. Pero los Thunderbolts no les hicieron caso, volvieron a girar y pronto quedaron fuera de alcance. Describieron otro arco, y de nuevo se alinearon en el camino. Esta vez las ametralladoras de las alas comenzaron a escupir fuego. Las balas elevaron una nube de humo al tocar el lado del camino donde se habían refugiado los soldados alemanes. Los hombres abandonaron sus posiciones y corrieron hacia la protección de los árboles. Pero el fuego de las ametralladoras alcanzó a algunos antes de que pudieran llegar a lugar seguro; los cuerpos bailoteaban, saltaban y después caían al suelo, uno sobre otro. Otro camión estalló en llamas cuando el fuego de los aviones tocó el tanque de gasolina.

Anders levantó la cabeza. Los soldados situados a su lado estaban muertos. Uno casi había sido partido por la mitad a la altura de la cintura. El camino era casi invisible a causa de la humareda; podría cruzarlo fácilmente, mientras los aviones describían otro de sus giros, y los soldados alemanes se retiraban hacia el bosque. Volvió la cabeza. Birgit estaba a unos diez metros, hacia la derecha, tendida boca abajo, la cabeza levantada para seguir el vuelo de los cazas. Pero tumbado, con el brazo sobre ella, estaba el oficial SS de uniforme negro, que la protegía de los atacantes con su propio cuerpo.

Anders extendió la mano y arrancó el rifle de los dedos del soldado muerto. Tiró del cerrojo y vio que una bala saltaba de la recámara; pero otra llegó del cargador y entró en la recámara. Se apoyó en las rodillas y los codos comenzando a arrastrarse en dirección a Birgit. Podía oír a los Thunderbolts, que se preparaban para desencadenar otro ataque. Un momento después, sus ametralladoras destrozarían la fila de soldados alemanes, dispersándolos dentro de la mayor confusión. Mientras se arrastraba, mantuvo el cañón del fusil apuntando al oficial.

Las ametralladoras de los aviones dispararon otra vez, tocando

el suelo a un lado del camino. Algunos soldados mantuvieron sus posiciones y dispararon contra los veloces cazas. Otros se pusieron de pie y corrieron hacia la seguridad de los árboles. Anders se arrastró hasta que estuvo cerca del oficial. Entonces levantó el cañón del fusil y oprimió el disparador.

No sucedió nada. Oprimió de nuevo. El fusil no respondió.

Entonces el oficial se incorporó de un salto, siempre sosteniendo de la mano a Birgit, y obligándola a regresar al camino. Anders tiró del cerrojo del fusil, de modo que el inútil proyectil saltó. Pero antes de que pudiese meter una nueva bala, sintió que una mano le agarraba el cuello de la chaqueta. El chófer del automóvil casi le levantó en el aire, y después le obligó a correr hacia el automóvil. Alzó los ojos al cielo y vio que los aviones habían cesado su ataque, y habían enfilado hacia el oeste.

El automóvil había sido alcanzado. Tenía destrozada la ventanilla trasera y había dos orificios irregulares en el techo. Pero arrancó apenas el conductor accionó el encendido. Un momento después estaban esquivando los restos ardientes de los camiones destrozados, y saltaban sobre los cuerpos, arrojados como muñecos al suelo.

Llegaron al Rhin hacia el oeste de Heidelberg, y alcanzaron a ver la ciudad de Mannheim, a pocos kilómetros de distancia. También aquí la entrada a la ciudad estaba atestada de civiles que esperaban la verificación de sus papeles, para iniciar la fuga hacia el sur. Se había difundido la noticia de que las fuerzas norteamericanas habían cruzado el Rhin a sólo dos horas de distancia hacia el norte. Toda la ciudad era un verdadero caos.

El automóvil se detuvo frente a una gran escuela de ladrillo, y los guardias descendieron la escalera para abrir las portezuelas. Marcharon al lado de Birgit y Anders mientras éstos eran conducidos al interior de la casa, y después por una escalera curva hasta el primer piso. Un mayor de la SS esperaba en una pequeña oficina administrativa.

-Documentos -fue su único saludo. Mantuvo extendida una mano enguantada hasta que Anders pudo reunir los dos pasaportes y las órdenes entregadas a Heisenberg.

-¿Usted es Werner Heisenberg? -preguntó el oficial

-Así es -contestó Anders.

La mano se movió como un relámpago, golpeando la cara de Anders con los papeles.

-¡Mentiroso! -gritó el mayor. Su cara se deformó a causa de la cólera que no intentaba dominar. Después, su mano golpeó de nuevo, tocando la otra mejilla de Anders.

-¿Su nombre? -preguntó otra vez.

-Werner Heisenberg.

El mayor miró un instante los papeles. Cuando levantó los ojos, los clavó en Birgit.

-¿Quién es este hombre?

-Werner Heisenberg -dijo ella-. Viaja bajo la protección personal del Reichsführer Himmler.

El oficial estrujó los papeles en su puño.

-¡Mentirosa!

El puño salió disparado y golpeó un lado de la cara de la joven. A Birgit se le doblaron las rodillas, pero el guardia que estaba detrás le agarró el brazo y la sostuvo como una especie de blanco inerte. El mayor preparó el puño para descargar otro golpe.

-Nils Bergman -gritó Anders.

El puño se detuvo en el aire.

-Somos ciudadanos suecos. Neutrales, intentando regresar a nuestro país.

Deslizó la mano en el bolsillo interior de su chaqueta, y presentó el pasaporte que había reservado para usarlo en la frontera con Suiza. El mayor se lo arrancó de la mano, sin apartar los ojos de la cara de Anders.

-Sabemos quiénes son ustedes. Y sabemos qué son. Son saboteadores que han destruido importantes armas alemanas. No tienen derechos como ciudadanos neutrales.

-Somos científicos... -comenzó a decir Anders, pero la mano que sostenía el pasaporte le cruzó la cara.

-Silencio -ordenó el oficial. Se le enrojeció la cara mientras gritaba-: ¡Ustedes son saboteadores sentenciados a muerte! Tengo órdenes de llevarlos a Berlín, de modo que el Reichsführer Himmler pueda presenciar su ejecución. Pero si no hay transporte, los liquidaré aquí mismo. Lo mismo que a los restantes traidores y desertores.

Agarró el hombro de Anders y le empujó hacia la ventana. Obedeciendo a un gesto del oficial, el guardia empujó a Birgit, la obligó a acercarse a Anders y apretó contra el vidrio la cara de la joven.

Abajo, en el patio, una hilera de cuerpos desnudos colgaban suspendidos por los pies. Todos habían sido estrangulados con cuerdas de piano, de manera que la sangre les corriese por la cara y empapase el uniforme depositado debajo. Birgit sintió náuseas y trató de apartarse, pero el guardia la agarró de los cabellos y la obligó a mantener la cara contra la ventana.

-¡Desertores! -gritó el mayor-. Mueren con más sufrimiento que el que habrían soportado en combate. ¡En poco tiempo ustedes se unirán a ellos!

Hizo un gesto a los guardias que apartaron a Birgit y a Anders de la ventana y les obligaron a salir por la puerta. Avanzaron a tropezones por un corredor, con las manos de los soldados en sus espaldas.

Se detuvieron sobrecogidos al oír un grito aniñado que parecía arrancar ecos de las paredes de la casa. Frente a ellos se abrió una puerta y aparecieron dos soldados que arrastraban una figura uniformada. Al cruzarse, Anders pudo ver que el detenido era un niño, quizá de doce años.

-¡No permitan que me ahorquen! -gritó el detenido, dirigiéndose a Birgit. Birgit alargó la mano hacia el muchachito, pero entonces un empujón en el centro de su espalda la envió tambaleándose hacia adelante, y los gritos del detenido desaparecieron detrás.

Les obligaron a entrar en la habitación. Una docena de soldados, todos medio uniformados y ninguno mayor de quince años, estaban de pie de cara a la pared del fondo. Al extremo de la línea había tres hombres de civil, uno con la chaqueta desgarrada por el medio. Dos soldados SS estaban de pie junto a la pared contraria, con metralletas apoyadas en sus caderas.

-Más traidores -anunció uno de los guardias, y Anders y Birgit ocuparon sus lugares al lado de los civiles. Oyeron el fuerte golpe de la puerta al cerrarse.

Londres -10 de marzo

-Señor, quizás esto le interese.

El mariscal del aire Ward depositó la taza de té y recibió los mensajes mecanografiados que le presentaba el oficial de comunicaciones.

-Fueron emitidos sin cifrarlos en una frecuencia abierta de la administración. Probablemente se trata de mensajes enviados a unidades de campo que carecen de sistemas de cifrado.

Ward se puso las gafas y leyó la primera hoja. Era un pedido de prioridad para el transporte de dos civiles, Werner Heisenberg y la ciudadana sueca Birgit Zorn. Observó la hora de recepción, casi veinticuatro horas antes.

-¿Por qué no he visto esto?

El oficial vaciló al responder.

-No estábamos buscando el nombre de Heisenberg. Usted solicitó los textos referidos a Nils Bergman. Creo que nuestra gente no relacionó el nombre de Zorn hasta que vieron el segundo mensaje.

Ward leyó el segundo mensaje, que acababan de recibir. Era un informe acerca del arresto de Nils Bergman y Birgit Zorn, con una petición de instrucciones.

Comprendió inmediatamente. Habían descifrado un mensaje dos días antes, y en él se informaba de los daños sufridos por la "instalación de la Iglesia del Castillo". Ward se había sentido muy complacido. El mensaje podía significar únicamente que Anders había acertado al predecir que su reactor estaba condenado al fracaso. Ward había telefoneado al primer ministro para informar el éxito que impediría que los alemanes tuviesen la bomba atómica. El primer ministro había respondido con una plegaria.

Y ayer habían interceptado una respuesta de Berlín, difundida en un texto no cifrado. La orden de arrestar a Nils Bergman y Birgit Zorn. La falta de información acerca de la misión del mayor Haller había impedido que Ward supiese a ciencia cierta si Anders estaba

muerto o vivo. Ahora, el mensaje anunciaba que Siegfried aún vivía, y que se las había arreglado para escapar de Hechingen. Ward había ordenado inmediatamente que una brigada de comandos se preparase para saltar sobre Alemania y garantizar la seguridad de los dos civiles. Y después, había pedido que los escuchas de radio recogiesen todos los mensajes referidos a Nils Bergman.

El primer mensaje le decía cómo había escapado Bergman. Había asumido la identidad de Werner Heisenberg. El segundo mensaje indicaba que esa cobertura ya no servía. Los alemanes tenían a Bergman y a Birgit, y sabían exactamente quiénes eran.

-¿Esto vino de Mannheim? -dijo Ward, señalando la información que estaba en el extremo superior del mensaje.

-Sí, hace menos de diez minutos.

-Piden instrucciones -dijo Ward en voz alta-. Por lo tanto, si los alemanes están alertas, habrá una respuesta en la próxima hora.

-Tenemos un hombre vigilando esa frecuencia -aseguró el oñcial de comunicaciones.

-Quiero saberlo apenas recojan algo -ordenó el mariscal del aire-. Apenas comience a llegar.

Ya estaba extendiendo la mano hacia el teléfono y pidiendo la comunicación con el aeropuerto de Reims, la central del grupo de comandos. Un minuto después estaba hablando con el comandante de los Diablos Rojos, inclinado sobre el receptor y transmisor de radio, a bordo de un Wellington de dos motores.

-El objetivo es Mannheim. Mantengan abierta esta línea e informen cuando estén en el sector -ordenó-. Confío en que entonces tendré algo más concreto para ustedes.

La respuesta llegó, pronunciada con voz tersa y segura.

Ward tomó su taza de té y se acercó al enorme mapa de Europa que ocupaba una de las paredes de su oficina. Su mirada descubrió inmediatamente la ciudad de Mannheim. La orden original exigía el retorno de Bergman a Berlín. Si esa orden conservaba su validez, cabía suponer que los detenidos recorrerían una línea recta entre Mannheim y la capital nazi, y a lo largo de la misma él tendría que intentar el rescate. El problema era determinar cómo viajarían los prisioneros de Himmler.

Dudaba de que utilizaran un avión. No había máquinas de la Luftwaffe para proteger el vuelo, y los cazas aliados derribaban todo lo que se elevaba en el aire. Ward estaba al tanto de los trenes nocturnos que corrían de Mannheim a Kassel. Los Thyphoons y los Thunderbolts volaban las vías todos los días, pero los alemanes se las arreglaban para restablecer el funcionamiento ferroviario por la noche. Si Ward conseguía llevar sus comandos a un tramo de vías más o menos desierto, o detener el tren para después echarle encima a los soldados británicos, tal vez lograran salvar a los pasajeros. O bien podían tratar de llegar a Berlín en un vehículo que viajase de noche. Era un viaje de ocho horas, pero el automóvil podía esquivar los cruces dañados por las bombas. Como el sistema de transporte alemán estaba destruido, la SS podía llegar a la conclusión de que era el modo más seguro de viajar.

Ward necesitaba estar preparado para hacer las tres cosas: interceptar un vuelo que partiera de Mannheim y obligar al avión a dirigirse a un aeródromo de los aliados. Atacar un tren y escapar a través del campo con dos de sus pasajeros. O lanzar sus comandos en un punto del camino más directo a Berlín, probablemente la autopista que corría paralela a la margen septentrional del río Meno.

Los Diablos Rojos ya estaban acercándose a la presunta zona del blanco. Volvió a su escritorio para comunicar las posibilidades a las tripulaciones aéreas.

Ward sabía que las posibilidades de salvar a los dos agentes eran casi nulas. Se necesitaba muchísima suerte para encontrarlos e interceptarlos en la caótica devastación que era la caída del Reich. E incluso si él lanzaba un ataque perfecto, nada impedía que un guardia SS les metiese una bala en la cabeza para evitar que los salvaran.

Pero tenía una cosa a favor. Los alemanes impartirían órdenes meticulosamente detalladas acerca de la entrega de los detenidos. Alertarían a cada puesto de control, a cada estación ferroviaria. La minuciosidad con que documentaban cada decisión y cada movimiento a menudo los había perjudicado. Tal vez ese fuese el modo perfecto de rastrear los movimientos de Anders y Zorn.

No era una perspectiva muy prometedora. Pero era por lo menos tan positiva como las que habían tenido cuando decidieron infiltrar el programa del reactor nazi. Y ese había aportado abundantes dividendos.

Mannheim -10 de marzo

La puerta se abrió bruscamente y dos guardias SS entraron en la habitación. Todos los prisioneros, alineados contra la pared, cerraron los ojos. Después, se oyó el sonido de las botas golpeando el suelo de madera en una lenta cadencia, mientras los guardias se acercaban al extremo de la fila y comenzaban a elegir a la próxima víctima.

Habían repetido varias veces ese doloroso rito. Primero se detenían detrás de uno de los niños soldados, que comenzaba a llorar cuando le llevaban al patio. En la visita siguiente, Birgit y Anders habían escuchado los pasos mientras los guardias desfilaban frente a los soldados y se detenían detrás de dos de los civiles, a su izquierda. Los hombres habían salido con la cabeza alta, exhibiendo un evidente orgullo. Los guardias SS habían regresado otra vez, ahora caminaron hasta el extremo de la fila, giraron lentamente detrás de Birgit, y después volvieron al centro, una vez allí, de pronto, se arrojaron sobre uno de los soldados.

Ahora, se acentuó el ruido de los pasos, que se aproximaban con un ritmo medido, torturando a cada víctima con una pausa antes de dar el paso siguiente. Incluso sin verlos, Anders sabía que gozaban con su poder. Habían dominado la ciencia del terror, y conseguían que la espera de la ejecución fuese más dolorosa que el propio sacrificio.

El ruido se detuvo detrás del civil que estaba a su izquierda. Un momento calculado para acrecentar en Anders la esperanza de que eligieran al otro. Rechazó esa reacción instintiva.

-Soy Nils Bergman -anunció cara a la pared-. Si a mí me buscan, aquí estoy.

Una mano furiosa le agarró por el cuello de la chaqueta y le sacó de la fila. El otro guardia tomó del brazo a Birgit. Los empujaron hacia la puerta.

En el corredor, Anders extendió el brazo y Birgit lo sostuvo, desafiando el arma que presionaba su espalda. Se acercó más a Karl, y juntos caminaron con paso rápido.

El mayor SS esperaba en su oficina, y una sonrisa expresaba cuánto le complacía la sentencia que se disponía a dictar.

-Me ordenan llevarlos a Berlín. Directamente a la presencia del Reichsführer. Está organizando una ceremonia especial en honor de ustedes.

Hizo una pausa con el fin de que la amenaza produjese su efecto.

-El Reichsführer no confía en que usted sea capaz de matar hombres -le dijo Anders al mayor-. A lo sumo, usted puede ocuparse de los niños.

La sonrisa desapareció de la cara del oficial. Se alzó sobre las puntas de los pies, preparándose para descargar un golpe mortal; pero de pronto se contuvo y pareció que recuperaba el dominio de sí mismo. La sonrisa amenazadora volvió a su cara, y su mano se adelantó suavemente para tocar la mejilla de Birgit.

-Le agradará ver lo que hacemos con ella. Incluso es posible que le concedamos unas horas para pensar en eso antes de que comencemos a trabajar con usted.

Los obligaron a descender la escalera del frente, hasta el lugar donde esperaban dos automóviles. Los civiles elegidos anteriormente ocupaban el primer automóvil.

-No quiero llegar a Berlín -dijo Birgit a Anders mientras caminaban hacia el segundo automóvil.

-No llegaremos -contestó Anders-. Te lo prometo.

Birgit fue empujada hacia el asiento delantero, junto al conductor. Anders quedó aprisionado en el centro del asiento trasero, entre un soldado SS y el mayor. Dos motocicletas ocuparon sus posiciones delante del primer vehículo. Un coche patrulla abierto con tres soldados y una ametralladora montada en el vehículo completó la caravana. El oficial sacó una mano enguantada por la ventanilla abierta, y el convoy se alejó lentamente del edificio mientras las sombras del atardecer oscurecían las calles. Casi era de noche cuando llegaron a la estación ferroviaria.

Fueron llevados al único vagón de pasajeros de un tren corto formado por vagones de carga y vagones planos. Había un cañón antiaéreo de fuego rápido montado sobre uno de los vagones planos, y un nido de ametralladoras sobre el techo del vagón de pasajeros. El compartimiento que ocuparon tenía dos bancos, uno frente al otro, con una puerta en un extremo que daba a la plataforma de la estación, y otra puerta que conducía al corredor. Un guardia armado estaba de pie en el corredor, la espalda apoyada contra el cristal. Birgit y el oficial SS se sentaron en un banco, y Anders compartió el otro banco con un soldado SS armado con una metralleta.

Sonaron los silbatos apenas el oficial aseguró la puerta que comunicaba con la plataforma. Se oyó el ruido del vapor de la locomotora, y hubo un repiqueteo metálico cuando el tren se puso en marcha. Después, el convoy salió lentamente de la estación, y tomó más velocidad al cruzar el campo de maniobras.

Alrededor todo era muerte. Se reflejaba en el penoso jadeo de los soldados que corrían hacia los vagones de carga para dirigirse hacia un frente de batalla que venía a su encuentro. En las caras demacradas y pálidas de los refugiados que esperaban sobre las plataformas, y que no podían huir del oeste sin cruzarse con la destrucción que venía del este. En los depósitos cuyos techos habían sido volados. En las torres de señales sin luces. Y después, al salir de la estación, la muerte era visible en los cobertizos y establos abandonados, cada uno con pequeños grupos de animales hambrientos. En los caminos que terminaban bruscamente en zanjas y en puentes caídos sobre los ríos que debían cruzar. En las líneas telefónicas que colgaban enmarañadas de los postes cortados y astillados. En las estaciones calcinadas por el fuego. Alemania entera vivía su agonía de muerte. Y sus amos, con sus uniformes fúnebres, habían decidido que la muerte tenía que ser lenta y dolorosa.

-¿Cree que estamos derrotados? -se burló el mayor SS, cuando advirtió que Anders observaba una columna de refugiados-. En poco tiempo lanzaremos nuestras superarmas. Armas tan poderosas que nos darán la victoria en un solo golpe. Los que huyen pueden irse al infierno. No los necesitaremos cuando reconstruyamos el Reich.

Anders casi se echó a reír al escuchar la alusión a una superarma, pero no le interesaba esa fanfarronería absurda. Estaba examinando los postes que pasaban y escuchando el ruido de las ruedas que repiqueteaban sobre las juntas de los rieles; deseaba calcular la velocidad del tren. Esperaba el momento en que aminorase la velocidad con motivo de una curva muy cerrada o de un sector en que las traviesas estuviesen dañadas. Cuando llegase ese momento, cumpliría la promesa formulada a Birgit, la afirmación de que nunca llegarían al encuentro con los verdugos de Berlín.

Necesitaba la metralleta que el soldado que estaba a su lado había puesto sobre sus rodillas. La correa de sujección pasaba sobre el cuello del hombre y bajo su brazo; las manos se apoyaban en la culata y el cañón corto. No había modo de arrebatarle el arma. Pero Anders necesitaba únicamente la sorpresa de un instante, agarrar el arma, apuntar el cañón hacia la espalda del guardia que estaba de pie en el corredor, oprimir el disparador, mover el picaporte para abrir la

puerta de salida, apoderarse de la mano de Birgit y saltar. Y después, todo dependería de la suerte. ¿Aparte podrían sobrevivir a la caída? ¿Cuánto tiempo necesitaba el soldado para reaccionar y apuntar con su metralleta a los fugitivos, o el mayor para desenfundar la pistola? ¿Los artilleros que estaban sobre el techo del vagón advertirían la huida? ¿Estaban preparados para disparar? ¿Dispondrían de tiempo para desaparecer en la campiña, y unirse a una de las filas de civiles en fuga? ¿O quizá los alemanes detendrían el tren y organizarían grupos de búsqueda, antes de que pudieran empezar siquiera a huir? No había respuestas seguras. Lo único que Anders sabía era que, si el tren reducía la velocidad y él podía apoderarse de la metralleta aunque fuese sólo un momento, jamás tendrían que enfrentarse a la cólera del Reichsführer.

-Reduciremos Londres a cenizas con una sola explosión -decía alegremente el mayor-. Ejércitos enteros quedarán aniquilados en un instante.

Las manos del soldado parecían haberse relajado. Ese hombre no percibía peligro alguno. Pero el tren avanzaba con velocidad constante, y por lo tanto Anders ni siquiera podía considerar la idea de saltar.

Hubo un relámpago que repentinamente iluminó las formas de los árboles. En el mismo momento en que Anders oyó la explosión, sintió que el vagón se estremecía, se balanceaba a un lado y al otro, y después se detenía bruscamente. El mayor salió despedido del asiento, voló hacia Anders, y su cabeza chocó contra la pared, junto a la cara de Anders. Birgit voló hacia delante, golpeando el pecho del soldado. Un instante después, comenzó el tiroteo.

El guardia que estaba en el corredor se incorporó bruscamente. El soldado sentado junto a Anders apartó el cuerpo de Birgit, levantó la metralleta con una mano y con la otra devolvió a Birgit a su asiento.

Anders agarró el arma y la atrajo hacia él, obligando al soldado a agachar la cabeza. Su dedo se deslizó dentro del gatillo, y presionó el dedo del soldado. La metralleta pareció explotar.

A la luz cegadora de los relámpagos que salían del cañón, Anders pudo ver las balas que atravesaban el techo. Pero también oyó el estrépito de vidrios rotos cuando el cañón se inclinó hacia la puerta que daba al corredor e hizo una hilera de orificios en la espalda del guardia que estaba apostado allí.

Anders vio que el mayor caía al suelo, y su gorra salía volando. Pero incluso en la caída la mano enguantada estaba cerrándose sobre la culata de la pistola. Karl descargó una patada con toda su fuerza, y puso el talón sobre la cara del hombre. La cabeza cayó bruscamente hacia atrás y la pistola chocó contra el suelo, a los pies de Anders.

Karl continuaba agarrando la metralleta, que ahora apuntaba silenciosa hacia el techo. A su derecha, el soldado se debatía con la correa de sujección que le presionaba el cuello. A pocos centímetros, el mayor de la SS, con la frente herida y cubierta de sangre, intentaba agarrar la pistola.

Anders soltó la metralleta, descargando todo su peso sobre el oficial y empujándolo hacia la puerta. Movió el picaporte, y con otro impulso de su cuerpo echó fuera al oficial.

Birgit se había arrojado de nuevo sobre el soldado, que trataba de apartarla con una mano mientras intentaba con la otra poner derecha la metralleta. El brazo del hombre sostenía la culata del arma, y sus dedos buscaban el gatillo.

Karl se volvió, levantó del suelo la pistola del oficial y apretó el cañón contra el uniforme del soldado. Con el estrépito de los disparos alrededor, ni siquiera oyó el estampido de la pistola cuando oprimió el gatillo.

Birgit volvió a caer en su propio asiento. El soldado se apoyó en la pared del compartimiento, después se puso de pie con movimientos inseguros, mientras sus dedos continuaban buscando el gatillo de la metralleta. Anders levantó la pistola con ambas manos, apuntando directamente a los ojos extraviados del alemán, pero los brazos del hombre cayeron a los lados, y la metralleta colgó inofensiva de su correa. Después, el soldado se derrumbó a los pies de Birgit.

Karl se apoderó de la metralleta y sacó la correa sobre la cabeza del muerto. Entregó la pistola a Birgit y sin decir palabra, la tomó del brazo y la obligó a salir por la puerta abierta del compartimiento. Exploraron la oscuridad y saltaron juntos, cayendo de bruces sobre el suelo, al lado del tren.

Estaban tendidos sobre la pendiente de la vía. El vagón de pasajeros, un poco más arriba, había descarrilado por la parte delantera, y se había montado sobre un vagón de carga que estaba comprimido como un acordeón; el siguiente vagón era un esqueleto de

acero retorcido; el resto del tren había desaparecido. La explosión que él había visto había dividido el tren por la mitad.

Desde los restos y desde el emplazamiento de ametralladoras sobre el techo del vagón, los soldados alemanes disparaban hacia la oscuridad. El fuego que les contestaba desde los matorrales, a lo largo de las vías, perforaba los costados de acero del tren inmovilizado. No había ni rastros del mayor nazi que había caído por la puerta antes que ellos.

Karl tomó la mano de Birgit y comenzó a arrastrarse, alejándose de las vías. Al principio se desplazó lentamente, casi temeroso de rozar la capa de nieve que cubría el suelo, como si el sonido pudiese delatarlos. Después echaron a correr, pero siempre agachados. Y finalmente, cuando alcanzaron la protección de un pequeño bosquecillo, corrieron tan rápidamente como sus piernas les permitieran. Estaban a pocos centenares de metros del tren y el sonido de los disparos se había atenuado, cuando les dominó el terror y el agotamiento. Se acostaron en el suelo, ocultándose lo mejor posible entre los arbustos que crecían entre los árboles.

Desde allí, Anders pudo observar el desarrollo del combate. Los alemanes, visibles a la luz de las débiles lámparas que aún ardían en los extremos de los vagones destrozados, eran mejores blancos que sus atacantes, protegidos por las sombras de la noche. Todos los gritos de dolor provenían de las vías, a medida que un soldado tras otro caía abatido por los tiradores que los rodeaban.

Y de pronto, los atacantes salieron de la oscuridad, uno o dos por turno. Cada hombre parecía recorrer una breve distancia, y después se escondía. Otro se incorporaba de pronto y corría sobrepasando al anterior, sin el más mínimo ruido. Anders lo observaba con verdadera fascinación, mientras los hombres se acercaban más y más a la maltrecha forma del tren, y después exploraban cautelosamente un lugar tras otro. En cierto momento uno de los atacantes disparó una breve ráfaga hacia un lugar de los restos, y un momento más tarde se adelantó para examinar el resultado.

Pudo escuchar las voces de los hombres, y en la súbita quietud de la noche lo que oyó le provocó terror. Estaban hablando en inglés.

-Bergman -oyó la voz de un soldado que salía de los compartimientos del vagón. Sintió la mano de Birgit que le apretaba el brazo.

-Bergman. Zorn.

Ellos y no los nazis eran el blanco. Los ingleses que habían intentado matarlos en Hechingen ahora habían regresado. ¿Por qué? ¿Qué temían? ¿Por qué no podían permitir que él y Birgit llegasen a Berlín?

-Bergman. Profesor Bergman. -Los ingleses comenzaron a explorar el bosque a ambos lados del tren.

-Señorita Zorn. Birgit Zorn.

-Tenemos que alejarnos -dijo ella, y comenzó a incorporarse. El la obligó a agacharse, y acercó los dedos a los labios de la joven.

-Quieta -ordenó-. No nos encontrarán.

¿Qué les importaba que ellos llegasen a Berlín? Si incluso creían que él se había entregado a los alemanes, ¿cómo podían ayudarlos ahora? Entonces comprendió. Los británicos no sabían que el reactor estaba destruido.

-Bergman. Profesor Bergman.

Sí, pensó Anders, no lo saben. Creen que el programa aún está en vigor. Creen que estoy fabricando la bomba para los nazis. No había otra explicación.

-Señorita Zorn. -La voz era más tenue. Los cazadores se alejaban en otra dirección.

De todos modos, Anders no se movió. El tren había viajado alrededor de media hora. Lo cual significaba que los alemanes necesitarían cierto tiempo para llegar allí. Media hora por lo menos para organizar otro tren y embarcar soldados, y después otra media hora para trasladar el grupo de auxilio al lugar. Anders podía esperar unos minutos más, hasta que las voces desaparecieran; después, él y Birgit se alejarían en dirección contraria.

Pero, ¿hacia dónde? Alzó los ojos al cielo y pudo identificar el norte. Probablemente debían caminar hacia el oeste, pero eso los llevaría en la dirección que venían, acercándolos a los alemanes que acudían al lugar de la batalla.

Y Anders había visto cómo los nazis impedían la fuga de su propia gente hacia el sur. Huían hacia el sur porque los

norteamericanos habían cruzado el Rhin por el norte. Si Birgit y él podían avanzar en esa dirección y encontrar un lugar para esconderse, no pasaría mucho tiempo antes de que los norteamericanos los rescatasen.

Anders no sabía qué podían encontrar hacia el norte. ¿Más patrullas alemanas? ¿Más pelotones de la muerte SS buscando desertores? Tenían que evitar los caminos principales e incluso las pequeñas aldeas. Tendrían que confundirse con la masa de refugiados sin hogar. Debían esquivar a todos los que pudieran pedirles documentos y permisos de viaje.

Pero por lo menos se les ofrecía una oportunidad. Y él podría cumplir la promesa formulada a Birgit en el sentido de que no permitiría que los llevasen a Berlín.

-En marcha -le dijo. Se pusieron de pie con movimientos cautelosos y comenzaron a caminar lentamente, manteniéndose a la izquierda de las vías ferroviarias. Después, cuando estaban fuera de la vista del desastre, treparon de prisa la pendiente al lado de las vías y cruzaron los rieles silenciosos. Se habían internado bastante en el campo abierto, en dirección al norte, cuando oyeron el sonido lejano del tren de auxilio nazi que se acercaba velozmente y después los dejaba atrás.

Friedberg -11 de marzo

Encontraron un camino rural desierto que se dirigía al norte, entraron cautelosamente en él y comenzaron a caminar bajo el frío aire nocturno. Al principio temieron mostrarse a campo abierto, lejos de la protección de los árboles; pero pronto fue evidente que el camino era poco más que un sendero para tractores, apenas utilizado durante los meses de invierno y en todo caso no por la noche.

No era probable que allí hubiese puestos de control, y si lo patrullaban ellos oirían aproximarse al vehículo mucho antes de verlo. Dispondrían de todo el tiempo que necesitaban para ocultarse a los lados.

El verdadero enemigo era el tiempo. La temperatura era casi de cero grados, e incluso la brisa era gélida. El suelo estaba cubierto de nieve aplastada, apisonada en los lugares donde habían pasado los camiones y los automóviles, pero tan blanda que ellos se hundían hasta los tobillos en el centro y a los lados. Los abrigos y el calzado de

Anders y Birgit les daban escasa protección.

Pasaron frente a chozas y cobertizos construidos en los claros, y sintieron la tentación de aprovecharlos para defenderse del viento y el frío.

-Sigamos -decidió Birgit. Aunque no tenían ni idea de lo que hallarían más adelante, parecía más seguro alejarse todo lo posible de los restos del tren atacado. Los ingleses les buscaban, y cuando los alemanes comprendiesen que los prisioneros especiales de Himmler habían escapado, la SS organizaría sus propios grupos de rastreo. Podían abrigar la esperanza de que los nazis comenzarían a buscar en dirección al sur, pues ese era el rumbo que ellos habían seguido al principio. Pero, en vista de las órdenes de Himmler, buscarían en todas partes.

Tenían que mantenerse en movimiento. Mas cuando la temperatura descendió y los vientos que venían de las montañas soplaron con más fuerza, ambos comprendieron que no podían continuar caminando durante la noche. Los pies de Birgit ya estaban entumecidos, y tenía las manos apretadas contra las orejas para aliviar el agudo dolor.

-Tenemos que salir de esto -le dijo Karl.

Ella asintió.

-Podemos continuar un poco más. Tratemos de caminar otra hora.

Anders llevaba las dos armas, la metralleta colgada del hombro y la pistola guardada en el bolsillo de su abrigo. Había un cargador curvo sujeto bajo la recámara de la metralleta, pero él no sabía cuántos proyectiles guardaba. Había disparado una vez la pistola, y suponía que aún le quedaban cinco o seis cartuchos.

Volvería a usar las armas contra quienes intentasen apresarlos, ingleses o alemanes. Si eran los británicos, dispararía hasta que se acabasen las balas. Los ingleses no tenían motivos para odiarlos. Solamente deseaban asegurarse de que ellos no podían continuar colaborando en la fabricación del arma secreta nazi. Pero si los soldados SS les arrinconasen, Anders reservaría por lo menos una bala de la pistola. No permitiría que Himmler o sus enloquecidos secuaces satisficieran su venganza en el cuerpo de Birgit.

Se detuvieron bruscamente cuando oyeron el ruido de un

motor lejano. Anders miró hacia atrás y alcanzó a ver puntos de luz que parpadeaban entre los árboles, detrás. Aferró la mano de Birgit y se abalanzó a través de la orilla cubierta de nieve al lado del camino, obligando a la joven a buscar la protección de los árboles.

El ruido se acentuó y entonces pudieron ver más claramente los faros oscurecidos. Era un camión, que avanzaba por el camino que ellos ya habían recorrido, esforzándose por remontar la leve pendiente. El motor tosía, sin saber muy bien si debía insistir en el esfuerzo o sencillamente detenerse para descansar.

-No puede ser un vehículo militar -conjeturó Anders, pese a que no alcanzaba a distinguir la forma. El sonido era demasiado inseguro y no podía tratarse de un motor moderno. Se acercó al borde del bosquecillo para ver mejor.

Era un vehículo pequeño, con la parte de atrás alta y abierta, probablemente la camioneta de una granja, usada para llevar verduras a las ciudades. La parte de atrás del camión estaba ocupada por formas irregulares, y algunas llegaban al extremo superior del vehículo. Cuando se acercó más, Anders alcanzó a ver algunos muebles, una colección de enseres domésticos apilados sobre la plataforma abierta y asegurados con cuerdas. Alguien, probablemente una familia, intentaba huir hacia la campiña.

Anders salió de su escondite y corrió hacia el centro del camino, agitando una mano mientras con la otra trataba de ocultar la metralleta tras la espalda. La débil luz de los faros iluminó sus pies, y después se elevó y reveló el color de su cara. El camión se detuvo con un chirrido. Karl caminó cautelosamente hacia el camión, y a través del parabrisas intentó ver las formas que había detrás. Eran un hombre, con una gorra en la cabeza y una rústica chaqueta de lana, y una mujer que tenía una gruesa bufanda envuelta alrededor de la cabeza. Cuando llegó a la ventanilla lateral, vio caras que expresaban el mismo temor que el propio Anders sentía.

-Somos dos, mi esposa y yo. ¿Podemos viajar en la parte trasera de su camión?

El conductor miró cautelosamente a la mujer que tenía al lado y después se volvió hacia Anders.

-¿No son... fugitivos?

Karl meneó la cabeza.

-No. Somos como ustedes. Sólo intentamos encontrar un lugar seguro.

-¿Adonde van? -preguntó el conductor.

-A cualquier lugar. Hacia el norte. O al este. Lejos del frente.

El hombre miró a la mujer.

-Por favor -rogó Anders-. Nos helaremos si continuamos caminando.

La mujer se inclinó hacia su marido y examinó con suspicacia a Anders.

-No vamos lejos -dijo, tratando de disuadir al desconocido-. A unos pocos kilómetros de aquí, a la casa de mi hermano.

-Aunque nos lleven un trecho corto, servirá -rogó Karl.

-¿No les buscan? ¿La SS no está buscándoles?

-No -mintió Anders-. Por favor.

La mujer hizo un gesto de conformidad a su marido.

-Suban detrás -dijo el hombre a Anders.

Karl retrocedió hacia el sector iluminado por los faros, y agitó la mano en dirección al lateral del camino, sumido en sombras. Birgit corrió hacia él y Anders la ayudó a trepar al camión. El motor, que había estado ronroneando suavemente, emitió un rugido cuando el camión reanudó la marcha. Después, con una sacudida violenta, continuaron viaje, acelerando a medida que se desplazaban hacia el norte.

Aún estaban a cielo abierto. Pero apretándose contra la pila de muebles podían evitar el viento. Los paquetes de ropas y sábanas sirvieron como mantas y podían acurrucarse uno contra el otro, protegiéndose la cabeza con los abrigos.

El camión aumentó su velocidad al descender la pendiente y parecía que el motor funcionaba mejor. A medida que pasaron los minutos, las ruedas se deslizaron y traquetearon un kilómetro tras otro. Habían viajado quizá media hora cuando el camión abordó otra pendiente y su velocidad disminuyó drásticamente.

-Tendremos que salir de aquí muy pronto -dijo Karl a Birgit-. Aparecerán patrullas. Quizás incluso un puesto de control. Hemos tenido suerte, pero no debemos exagerar.

-Cuando veamos un lugar para refugiarnos -contestó Birgit.

Apareció casi inmediatamente; a la izquierda, a unos treinta metros del camino, vieron un alto establo. La casa estaba a otros treinta o cuarenta metros del establo, y detrás de una de sus ventanas se veía el resplandor de un hogar abierto. Se acercaron al borde de la plataforma del camión, hasta que tuvieron los pies colgando. Después, los dos saltaron.

Incluso a tan escasa velocidad, se cayeron en el momento que sus pies tocaron el suelo, rodando y deslizándose sobre el hielo endurecido. Karl se incorporó y vio que Birgit ya estaba poniéndose de pie. Observaron un momento mientras la oscura pila de muebles se alejaba lentamente.

Caminaron hacia el establo. Anders apoyó sobre su cadera la metralleta y deslizó el dedo, apoyándolo sobre el gatillo. Se desviaron primero hacia el sur, hasta que la pared oscura del establo los separó de la casa y después caminaron hacia las grandes puertas, apenas entreabiertas. Cuando se acercaron, Anders le dijo a Birgit que se agachara y esperase. Después, se adelantó, empujó la puerta hasta que pudo deslizarse por la abertura y entró.

La mitad del espacio estaba ocupado por instrumentos agrícolas y por un viejo tractor con ruedas metálicas. Anders rodeó lentamente un ancho rastrillo que seguramente era arrastrado por el tractor, dejó atrás una carretilla y pasó frente a un grupo de rastrillos y hoces. Había una pila de cajones de madera, algunos ocupados por viejos arneses, y otros llenos de verduras y manzanas.

En la habitación no había nadie. Pero alcanzaba a oír una respiración pesada que provenía de un lugar detrás de las paredes de madera de los establos que, estaban justo enfrente. Caminó en silencio y de pronto se encontró con la mirada de un caballo viejo, que le examinó sin emitir el más mínimo sonido. Dos vacas lecheras de cuerpo huesudo, que ocupaban los dos recintos siguientes, no le hicieron caso. Anders se volvió lentamente. No había nadie más en ese lugar.

Ascendió lentamente la empinada escalera que llevaba al desván, manteniendo el arma apuntando al frente. Sabía que allí no

encontraría soldados esperándole. Pero la campiña estaba poblada de desertores y refugiados. Era fácil que hubiese otros ocultos en el desván, asustados por su propia fuga y decididos a defendender su refugio.

Anders alzó la mirada por encima de las tablas del piso y vio los fardos de heno. Se deslizó lentamente alrededor de ellos, examinando todos los rincones donde alguien podía ocultarse. Pero el establo estaba vacío. Y les pertenecía.

Apenas él apareció en la puerta, Birgit se acercó corriendo. Subieron al desván, abrieron uno de los fardos y desparramaron el heno para usarlo como abrigo. Birgit se desplomó sobre la paja. Anders se acercó a la puerta del desván, a cierta altura sobre los grandes portones que acababan de atravesar, y la abrió.

Desde allí podía ver todo el camino y el campo abierto que acababan de atravesar. Con la metralleta podía derribar a quien intentara aproximarse desde ese lado. Cruzó el desván hasta llegar al fondo del establo. Por las grietas entre las planchas de madera alcanzó a ver la casa y las huellas de pasos que conducían desde el porche del frente hasta la puerta trasera del establo. Si Birgit vigilaba hacia un lado y Anders hacia el otro, nadie podría sorprenderlos.

Pero Birgit ya estaba tratando de dormir. Y si tenían suerte, tal vez pudieran ocultarse allí largo tiempo. Los dos no podían permanecer siempre despiertos. Necesitaban arriesgarse y descansar unas pocas horas. Anders llegó a la conclusión de que él se encargaría de la primera guardia, caminando de un extremo al otro para vigilar tanto el camino como la vivienda. Fue fácil ignorar las protestas de Birgit. La joven ya se había acurrucado bajo el heno. Al menos por el momento, había desechado todos sus temores.

Anders advirtió que estaba riéndose de la ironía de la situación. Habían comenzado en el Instituto Kaiser Guillermo, el Valhalla construido para albergar a los dioses de la ciencia, y terminaban en el desván de un establo ruinoso, construido para alojar caballos y vacas. Su misión había sido desatar la increíble energía térmica de la materia; ahora, el calor que los mantenía provenía del estiércol descompuesto y las manzanas que se pudrían en los cajones que estaban debajo. Y el propio Anders que había comenzado como un impugnador de conciencia que se oponía a la idea misma de matar, ahora llevaba una metralleta y no vacilaría cuando llegase el momento de usarla.

Mientras pasaba de un puesto de observación al otro, reflexionaba acerca de todas las cosas que los científicos alemanes podrían haber producido. ¿Había medicinas que podían terminar con la enfermedad, o productos químicos que devolverían la fertilidad a los desiertos? Sin duda, encerrados en el mismo átomo había inconcebibles beneficios para la Tierra y sus habitantes. En cambio, habían consagrado todo su talento al descubrimiento del explosivo primigenio, la fuerza definitiva de la destrucción. Y esa búsqueda los había llevado a su propia destrucción.

Los cañones y los cohetes, los tanques incontenibles y los ágiles cazas de reacción no les habían sido muy útiles. El gran Reich alemán se había convertido en un erial, y todos sus monumentos y sus realizaciones estaban destruidos y truncados. La Raza Superior se había convertido en esclava de sus propios jefes, y erraba sin rumbo en un país del cual no había modo de escapar.

¿Qué podían haber imaginado los Heisenberg y los Lauderbach, los Krupp y los Messerschmidt? ¿Qué podían haber obtenido?

En cambio, habían concebido el poder y la gloria eternos, y lo que habían logrado era la devastación total y la vergüenza permanente.

Quizás él y Birgit eran los únicos habitantes de Alemania que estaban realmente vivos, los únicos que tenían siquiera un vacilante destello de esperanza. En todo caso, estaban más vivos que los asesinos enviados desde Inglaterra para sepultar un secreto, o que los desequilibrados de la SS que estaban decididos a destruir todo lo que no les acompañase en su suicidio.

Verificó el seguro en el costado de la metralleta, y examinó su curvo almacén de destrucción. Pensó que era un feo artefacto; pero lo usaría si fuera necesario.

Oyó el ruido antes de despertar por completo, un sonido alto y repetitivo que parecía un redoble de tambor. Abrió lentamente los ojos y parpadeó al recibir el haz de luz. Durante un instante se sintió perdido, como un insecto en el suelo de un bosque gigantesco. El ruido parecía un hacha clavándose en los árboles que crecían cerca.

Se sentó bruscamente y se encontró en el desván, la espalda apoyada en uno de los fardos, la metralleta descansando sobre los muslos. A unos metros, Birgit continuaba acurrucada en el centro de

una pila de heno. Pero tenía los ojos completamente abiertos, llenos de miedo ante el ruido que la había despertado.

Anders se había dormido. Estaba sentado al lado de la puerta del desván, vigilando el camino. Seguramente había cerrado los ojos un instante. Ahora, había llegado el alba y alguien golpeaba el costado del establo.

Birgit comenzó a incorporarse, pero él la detuvo con un gesto. Había alguien en el establo, debajo. El más leve movimiento podía provocar crujidos en el viejo y gastado piso de madera, o quizás enviar una lluvia de heno sobre el espacio que había debajo. Anders permaneció perfectamente inmóvil, y escuchó con atención.

Los golpes provenían del extremo opuesto de la construcción, una puerta movida por el viento. Otro sonido llegaba de un lugar que estaba directamente debajo, donde alguien buscaba en los cajones de manzanas y verduras.

Volvió lentamente la cabeza, y miró hacia el camino. No pudo ver a nadie, y no había automóviles o camiones detenidos en ese lado. Imaginó que los soldados tenían que venir por el camino

Debía tratarse de un campesino, que había venido de la casa y había dejado abierta la puerta del fondo. Recogería lo que necesitaba y después se alejaría, cerrando la puerta detrás de sí. Si ellos permanecían perfectamente inmóviles, si ese hombre no veía motivo para subir la escalera que llevaba al desván, tal vez no los descubriese.

Oyó ruido de pasos debajo, y después el golpeteo cesó. Birgit comenzó a moverse, pero él le indicó otra vez que permaneciera quieta en su lugar. Ambos escucharon el sonido de pasos sobre la nieve.

Anders se incorporó bruscamente, con la metralleta apoyada debajo del brazo, y corrió hacia la pared del fondo. A través de las grietas entre las tablas vio a una anciana protegida por un largo abrigo y una bufanda, que regresaba a la casa. La observó atentamente, hasta que la mujer desapareció bajo el porche cubierto. Después, suspiró aliviado.

-¿Quién era? -preguntó Birgit, poniéndose de rodillas.

-Una mujer. De la casa.

Birgit caminó con cuidado hacia Anders, y miró hacia el espacio vacío.

-¿Nos vio?

-No lo creo.

-¿Debemos irnos?

Anders meneó la cabeza.

-No hay línea telefónica. Incluso si sabe que estamos aquí, no puede llamar a nadie. Vigilaremos. Si alguien abandona la casa, tendremos que irnos.

Ocuparon sus puestos, uno en cada extremo del establo. Anders vigiló el camino y Birgit observó la casa, con un sentimiento de envidia al ver el humo que se elevaba de la chimenea de piedra. Casi podía sentir el calor del fuego y saborear lo que la mujer estaba preparando. Parecía que el frío le había penetrado los huesos, y sentía el aguijón del hambre en la boca del estómago. Pero sabía que de todos modos podían considerarse felices. Las paredes del establo impedían el paso del viento, y podían usar como manta el heno. Abajo había comida. Podían sobrevivir varios días en el desván. Quizás incluso hasta que el avance de los norteamericanos determinara el desplazamiento de las líneas del frente.

Pero era peligroso quedarse demasiado tiempo en un lugar.

Los británicos les buscaban, y también los alemanes, a partir del tren destruido que probablemente estaba a pocos kilómetros de distancia. ¿Cuánto tiempo necesitarían para llegar al establo? Quizá sólo unas pocas horas más. En todo caso, llegarían antes de la caída de la noche, y la vieja estructura de madera era un refugio ostensible. Nadie pasaría cerca sin examinarla minuciosamente.

Tenían que continuar avanzando hacia el norte. Pero no podían usar el camino durante el día. Habría patrullas alemanas y puestos de control de la SS, y todos estaban al tanto de la fuga. Incluso al calor del sol, ¿cuánto durarían si tenían que atravesar los bosques helados?

Birgit abandonó su puesto y se acercó con pasos cuidadosos al lugar en que Anders se había acurrucado, junto a una grieta en la puerta del desván.

-No podemos esperar aquí todo el día -dijo-. Creo que podré soportar la marcha a través del bosque.

El señaló el abrigo de Birgit.

-No llegarás muy lejos -contestó-, a menos que podamos encontrarte algo más abrigado. Y mejor calzado. Estuve pensando que si pudiéramos entrar en la casa... Tal vez allí haya algo que pudieras utilizar.

-¿Crees que la mujer nos ayudaría?

Era el interrogante que él mismo se había formulado. Los nazis se habían vuelto contra su propio pueblo, y tal vez la mujer profesara más simpatía a dos civiles en peligro que a la causa nazi. Pero como todos los alemanes, probablemente estaba aterrorizada por sus propios soldados. Si ayudaba a enemigos del Estado, estaría firmando su propia sentencia de muerte. Sería terriblemente peligroso para Anders y Birgit forzarla a adoptar esa clase de decisión.

Podían limitarse a tomar lo que necesitaban. Anders estaba armado con una metralleta, y hasta donde le era posible saber, la mujer se encontraba sola. Podían cruzar rápidamente en dirección a la casa, robar ropas y comida, y después huir hacia el bosque. Incluso si ella les denunciaba, tendrían cierta delantera, y la posibilidad de sobrevivir en campo abierto. Pero contra una mujer indefensa el arma no sería más que un elemento intimidatorio. Ciertamente, Anders no estaba dispuesto a usarla, y era probable que ni siquiera pudiese formular una amenaza convincente.

-Esperemos un poco -propuso a Birgit-. Si ella sale de la casa, podemos forzar la puerta y tomar lo que necesitamos. Y desaparecer antes de que regrese.

-¿Cuánto tiempo? -insistió Birgit.

Anders se encogió de hombros.

-Quizá los ingleses hayan renunciado a la búsqueda Y es probable que la SS tenga problemas más graves. Tal vez nadie esté buscándonos.

Esperaron. Birgit miraba de cuando en cuando hacia la casa. Anders tuvo un momento de pánico cuando vio dos camiones que venían por el camino desde el sur. Llamó a Birgit, y apuntó el cañón de su metralleta por la rendija de la puerta. Pero los vehículos

militares pasaron velozmente. Los pocos soldados amontonados en la parte de atrás de cada vehículo ni siquiera miraron hacia la casa.

Oyeron los motores de algunos aviones que ronroneaban a lo lejos, y de pronto cobraban más intensidad. Con un rugido, dos cazas de fuselaje plateado, marcados con las estrellas norteamericanas, pasaron velozmente sobre el camino y desaparecieron en dirección al norte.

-No tienen a qué disparar -dijo Anders a Birgit-. Quizá los alemanes se han retirado de esta zona.

Alrededor todo estaba silencioso. No se oían disparos; no había tránsito militar, ni desfiles de tropas ni refugiados. Las esperanzas de ambos comenzaron a fortalecerse a medida que el sol se elevaba en el cielo de mediodía. ¿Era posible que los nazis finalmente hubiesen comprendido? ¿Advertían que, con la destrucción de su reactor, se habían disipado las últimas esperanzas de alcanzar la victoria? ¿Alquien había decidido finalmente que la rendición era mejor alternativa que la muerte?

Karl encomendó a Birgit la vigilancia del camino. Observó la casa por las rendijas de la pared del fondo, y después bajó por la escalera. El caballo que estaba en el establo le miró, mientras el hombre se deslizaba hacia la parte delantera y buscaba en los cajones, donde encontró patatas y nabos, y comenzó a frotarlos contra su chaqueta.

-Karl.

Era el murmullo de Birgit, que venía del desván. Y entonces él oyó el sonido lejano del motor de un automóvil.

Dejó caer las patatas y los nabos, y regresó corriendo a la escalera. Alcanzó a oír más intensamente el sonido del motor mientras trepaba furiosamente los peldaños. Por la grieta de la puerta vio un coche patrulla que ascendía por el camino, viniendo del sur.

Esperaron en silencio mientras el coche entraba en la última curva y avanzaba directamente hacia ellos. Anders oprimió la mano de Birgit en un gesto tranquilizador, mientras el automóvil mantenía su velocidad, como si se dirigiera a un destino lejano. Y de pronto, exactamente donde habían saltado del camión durante la noche, el automóvil se detuvo.

Tres soldados SS descendieron de un salto y se distribuyeron a

lo largo del camino, los fusiles preparados. Después, el oficial se puso de pie en el automóvil e impartió órdenes que Anders no alcanzó a oír. Pero no necesitaba escuchar las palabras para saber qué era exactamente lo que buscaban. Cuando el oficial se acomodó la gorra, Anders identificó la cara. Era el mayor SS que debía llevarlos a la presencia de Himmler.

Los soldados comenzaron a avanzar hacia el establo, y cada uno se adelantaba unos pocos metros mientras los dos restantes mantenían los fusiles apuntados sobre el cobertizo. No estaban investigando. En cambio, se acercaban al blanco, seguros de lo que había adentro.

-¿Cómo pudieron saberlo? -preguntó Anders en voz alta.

-La gente del camión -murmuró Birgit-. Seguramente nos vieron saltar.

Anders sopesó las posibilidades. No era posible huir del establo. Los soldados estaban distribuidos de tal modo que por lo menos uno de ellos podría verlos, cualquiera que fuese la dirección que siguieran. E incluso si podían llegar hasta la casa, los atacantes de las SS los tendrían arrinconados.

Podía permitirles que se acercaran más. Anders no era un tirador experto, pero al final uno de ellos se arrojaría sobre la puerta del establo, y en ese momento Anders podía apuntar su arma y disparar casi a quemarropa. Ciertamente, abatiría al primero. Pero tenía escasas posibilidades de vencer en un tiroteo contra soldados veteranos. Y una vez que le tuviesen en la mira de sus fusiles, ¿qué sería de Birgit? O bien podían esperar en silencio, con las armas apuntando al extremo superior de la escalera. Un solo soldado por turno podía subir al desván. Y sería completamente vulnerable desde el instante mismo en que asomara la cabeza al final de la escalera.

Tenía que decidirse de prisa. El primero de los atacantes ya estaba en mitad del campo, doblando una rodilla para cubrir el avance de uno de los restantes. Y el mayor se había apartado del coche patrulla. Se acercaba lentamente hacia ellos, protegido por sus soldados. En su mano sostenía un rollo de alambre.

-No permitas que nos apresen -dijo Birgit. No era un ruego, sino una orden. Karl le dirigió una rápida mirada y no vio atisbos de temor en su expresión. Tenía la mirada clara, irritada más que ansiosa. Los labios formaban una línea apretada. Ella había visto a los

nazis destruir su mundo y asesinar a personas a las que ella amaba. Ahora quería defenderse, incluso hasta morir.

Recordó los cuerpos desnudos que colgaban en el patio, bajo la mirada orgullosa del mayor. No era ese el modo en que Birgit había decidido morir.

-No nos apresarán -dijo a la joven. Extrajo la pistola del bolsillo de su chaqueta y la entregó a Birgit—. Cubre la escalera.

Uno de los soldados se había acercado a unos quince metros de la puerta del establo. Anders se apartó de la abertura, se ocultó y esperó.

-Bergman -gritó la voz del mayor-. Sé que está aquí. Le tenemos rodeado.

La voz lejana era tentadora. Karl deseaba abalanzarse sobre la puerta y aprovechar la oportunidad de vaciar la metralleta sobre el comandante de las SS. Pero se contuvo, pues sabía que su única posibilidad era atacar sobre un blanco cercano.

-Salga, Bergman. No puede huir.

La voz reverberó, y después hubo silencio.

Karl no podía ver los dos lados. Quizá los soldados estaban avanzando hasta las paredes mismas del establo. Pero a través de la grieta en la puerta del desván sólo podía observar el terreno directamente frente a la construcción. Rogó que uno de ellos intentara entrar por la puerta principal.

Anders oyó el crujido de la nieve, y de pronto una figura con uniforme negro apareció en el espacio que había abajo. Anders se inclinó hacia adelante, apuntando el arma, y tocó la puerta del desván con el hombro. El soldado, que tenía las manos apoyadas en la puerta del establo, miró repentinamente hacia arriba. Anders oprimió el gatillo. La nieve remolineó en una especie de súbita tormenta y el soldado cayó envuelto en la nube.

Anders se echó hacia atrás en el momento mismo en que la puerta comenzó a despedazarse a pocos centímetros de su cara. Rodando se apartó del hueco, y oyó los disparos de fusil que venían del exterior. Enormes astillas de madera saltaron del marco de la puerta y de pronto aparecieron grandes orificios en las tablas que formaban el frente del desván. Los disparos continuaron casi medio

minuto, y destrozaron la pared. Después se detuvieron, y los débiles ecos se repitieron a través de la campiña.

Levantó todo lo posible la cabeza. Alcanzó a ver al oficial, de pie a lo lejos. La chaqueta de cuero abierta en un gesto de desafío. No era posible alcanzarle. Después, oyó voces cerca, pero sin ver nada. Los dos soldados que quedaban se apretaban contra el costado de la construcción.

Miró hacia atrás, por encima del hombro. Birgit estaba tendida sobre el piso, sosteniendo la pistola con ambas manos, el cañón apuntando al extremo superior de la escalera.

Oyó una carrera afuera, y casi en el mismo instante un repiqueteo en el piso del establo. Habían arrojado algo por la grieta de la puerta, y el objeto rebotaba sobre los cajones.

Saltó hacia Birgit, la rodeó con los brazos y ambos se metieron en el heno en que ella había dormido durante la noche. Después, la granada explotó con un estampido ensordecedor.

Pareció que el piso se elevaba y caía sobre ellos. Hubo una llamarada de calor que terminó casi instantáneamente. Y después, el estrépito cuando las tablas de un costado del establo se desprendieron, abriendo un enorme orificio que permitió el paso de la luz del día. El piso crujió y comenzó a inclinarse hacia el orificio. Pero después, el movimiento se detuvo y las tablas se inclinaron hacia el vacío. El olor de la cordita era casi sofocante.

Permanecieron inmóviles, ciegos a causa del humo y ensordecidos por los zumbidos que resonaban en la cabeza de ambos. Después, cuando se disipó el humo, pudieron mirar hacia abajo, a través de las rendijas del piso y vieron movimiento en el espacio inferior. Los soldados habían llegado para reconocer los cadáveres.

Anders buscó la metralleta. Alzó con cuidado la cabeza y vio el arma cerca de la puerta del desván, donde le había sorprendido el tiroteo. La había dejado caer cuando corrió para salvar a Birgit de la granada.

Oyó una bota que se apoyaba en el primer peldaño de la escalera. Uno de los soldados estaba subiendo al desván. Karl trató de moverse sin ruido, evitando las rendijas que podían dejarle expuesto a los disparos del soldado que esperaba debajo. Oyó la bota que se apoyaba en el peldaño siguiente, y después en otro. Pero la metralleta continuaba a varios metros de distancia, demasiado lejos para

alcanzarla sin incorporarse y correr. Y si lo intentaba, caería abatido antes de poner las manos sobre el arma. Volvió los ojos hacia la escalera. La superficie oscura de un casco de acero comenzaba a aparecer.

Birgit alzó lentamente la mano. El acero gris de la pistola se elevó y después giró hacia la escalera. El casco ascendió un poco más, y después dos ojos fríos recorrieron la línea del piso y se fijaron en Anders. En ese momento Birgit disparó.

El casco saltó a un lado y los ojos se abrieron. La cara, con la boca abierta, se ofreció un instante a las miradas de los dos fugitivos. Después, desapareció y se oyó el ruido del cuerpo que caía por la escalera. Pero el sonido se perdió a causa de la explosión de disparos provenientes del establo. Se abrieron orificios en una especie de fila que recorrió el piso, mientras, el último de los soldados se retiraba, disparando ciegamente hacia el desván.

Anders sabía lo que sucedería ahora. Se abalanzó sobre la metralleta, sin hacer caso de las balas que perforaban todo alrededor. Se apoderó del arma y se lanzó sobre la abertura que había junto a la puerta del desván. Inmediatamente debajo, el soldado había suspendido su retirada. Estaba quitando el seguro de otra granada que aún sostenía en la mano.

Anders disparó sin apuntar y las balas levantaron otra tormenta de nieve. Pero el soldado, que estaba en el centro de la polvareda, sostuvo con la mano el mango de la granada y alzó el brazo sobre su propia cabeza. La mano ya estaba adelantándose cuando la lluvia de balas encontró el blanco. El soldado cayó de espaldas y la granada rodó sobre la nieve. En ese instante, la metralleta cesó de disparar.

Karl se había vuelto hacia Birgit cuando explotó la granada. Su fuerza le arrojó hacia adelante, y cayó sobre la cara. El costado del establo se desplomó hacia adentro. El desván cayó sobre los restos del piso bajo, y un segundo después el techo, con sus pesadas vigas, se desplomó sobre ellos.

Anders no perdió el sentido ni un momento. Sintió moverse el suelo del desván y después advirtió que desaparecía bajo sus pies. Vio los fardos de heno que comenzaban a caer hacia el centro. Vio que Birgit rodaba bruscamente alejándose de él y desaparecía en la densa nube de polvo. Anders cayó y sufrió varios dolorosos golpes; comprendió que la sombra del techo se le venía encima, y oyó el

estrépito de las tablas de madera que se derrumbaban alrededor. Se preparó para soportar el terrible dolor que sin duda sentiría, pero no hubo nada. La viga que estaba sobre su cuerpo fue detenida por las tablas de madera que formaban la pared del establo. Una amplia parte del techo quedó detenida a pocos metros sobre su cabeza.

Pensó en Birgit y comenzó a arrastrarse hacia el lugar donde la había visto por última vez, manoteando ciegamente en medio del polvo que parecía cubrirlo todo.

-Birgit -llamó en medio de la bruma.

No hubo respuesta.

Vio la mano de Birgit y trató de alcanzarla. Esa mano no agarró los dedos de Anders. Vio los cabellos que sobresalían bajo las tablas caídas. Pero el resto del cuerpo estaba oculto, enterrado bajo las maderas que se habían desplomado sobre ella.

Empujó las tablas y se desprendieron. Después, vio la cara, ensangrentada a causa de una herida en la frente, con la palidez y el silencio de un cadáver.

Anders recogió la pistola que yacía cerca de los dedos de Birgit, y comenzó a apartarse del estrecho espacio que la aprisionaba. Pudo moverse en el espacio abierto donde había caído al principio, y después halló una abertura que le permitió salir de la masa de restos.

Cuando salió a la luz del sol, el mayor de las SS continuaba de pie en el campo, a mitad de camino entre los restos del establo y el coche patrulla estacionado, siempre con el rollo de alambre en la mano. Había visto a sus hombres entrar en el establo, había oído los disparos, y después vio a uno que salía corriendo y se volvía para arrojar una granada. Los disparos de metralleta desde el desván habían sido el primer indicio de que sus víctimas continuaban vivas. Después había visto la explosión, y contemplado la destrucción y el derrumbamiento de la construcción.

¿Podían haber sobrevivido? ¿El debía cumplir las órdenes al pie de la letra e internarse entre las maderas medio destruidas para identificar los cuerpos de los traidores? ¿O podía suponer que estaban muertos y más valía regresar al automóvil? El mayor continuaba analizando las alternativas cuando el cuerpo de Nils Bergman salió tambaleándose de entre los restos, quizás a unos setenta metros de distancia. El traidor vivía. El deber del alemán era claro. Soltó el rollo de alambre y buscó la pistola que llevaba en la cartuchera.

Había dado el primer paso hacia Anders cuando advirtió que el hombre ya no huía. En cambio, el prisionero caminaba directamente hacia él. El oficial se detuvo, sorprendido por la audacia del individuo. Después, vio la pistola sostenida por la mano de Karl.

Anders vio que el oficial extraía el arma de la cartuchera. Pero no importaba, ya no tenía motivos para vivir, y había que detener la locura. Pensó en los edificios destruidos que había visto en las afueras de Berlín y en los esclavos que trabajaban como gnomos en la fábrica subterránea de Nordhausen. Vio las caras aterrorizadas que les rodeaban mientras los bombarderos convertían en escombros el Instituto Kaiser Guillermo. Recordó el cuerpo horriblemente torturado de Haller y a los niños soldados a quienes colgaban desnudos de los pies. Y sobre todo, vio la imagen de la cara ensangrentada de Birgit. Alguien tenía que detener eso. La locura ya se había prolongado excesivamente.

Estaba a unos cuarenta metros de distancia cuando Anders vio que el oficial alzaba su pistola. Oyó los estampidos de tres disparos, en rápida sucesión. No les hizo caso, y caminó implacable hacia el salvaje que parecía el responsable de tanto sufrimiento. La pistola todavía colgaba de su mano, el cañón apuntando al suelo.

La pistola del mayor relampagueó de nuevo, y Anders oyó dos disparos más. Uno se clavó en la nieve, a sus pies, pero Anders no aminoró el paso. Después, cuando estaba a unos veinticinco metros del nazi, su propia mano comenzó a elevarse, apuntando al uniforme negro con chaqueta de cuero.

De pronto, el pánico dominó al alemán. Había disparado demasiado rápido, a una distancia que excedía la precisión de su pistola. Trató de reafirmar la mano, que comenzaba a temblarle. Y entonces disparó una y otra vez.

Anders no oyó el último disparo. La bala le golpeó el hombro izquierdo como un puñetazo y desequilibró su cuerpo. Se debatió un instante, pero recuperó el equilibrio y continuó avanzando directamente hacia la cara del oficial SS.

El nazi trató de mantener la mano que sostenía la pistola, mientras esperaba que su víctima se acercara. Entonces, cuando Anders estaba a sólo quince metros de distancia, oprimió suavemente el gatillo; oyó un chasquido inofensivo. Bajó los ojos y revisó la pistola. Cuando volvió a mirar, Anders estaba a sólo diez o doce metros de distancia, siempre acercándose. La pistola, que se había

desviado cuando Anders fue herido, de nuevo se elevaba hacia los ojos del alemán.

El alemán retrocedió un paso o dos, y después giró bruscamente y echó a correr hacia su automóvil. Tropezó en la nieve helada, se arrastró un corto tramo tratando de incorporarse, corrió de nuevo y volvió a resbalar. Cuando miró hacia atrás, aterrorizado, su víctima aún continuaba acercándose tranquilamente, disminuyendo la distancia y con la pistola preparada para disparar.

Llegó al camino, se agarró a los bordes del coche abierto y de nuevo comenzó a resbalar. Cuando se volvió, Anders estaba a sólo diez metros de distancia, y se acercaba cada vez más. El brazo en que tenía la pistola estaba completamente extendido.

El nazi vaciló. No tenía tiempo para rodear el coche. Y aunque lo lograra, el cañón del arma estaría apoyado sobre un lado de su cara antes de que pudiese poner en marcha el motor. Miró inseguro a un lado y al otro, y después a los ojos del hombre que estaba a sólo seis o siete metros de distancia. Alzó las dos manos en un gesto de rendición.

Pero Anders meneó la cabeza.

-No -dijo al nazi-. Esto tiene que terminar.

Disparó lenta y metódicamente, un tiro tras otro, hasta que la pistola se vació y el seguro saltó. Después, miró parpadeando el uniforme negro con sus cuervos de plata, desplomado contra el neumático del automóvil. Dejó caer el brazo a un lado. Abrió la mano y la pistola cayó sobre la nieve.

Se volvió y comenzó a regresar al establo, sin prestar atención a la sangre que le corría por el dorso de la mano, y que dejaba una hilera de manchas rojas sobre el suelo helado. Tenía que arreglárselas para retirar la viga que había apretado el cuerpo de Birgit. Tenía que liberarla, para llevarla consigo. No podía irse sin ella.

Se detuvo en seco cuando vio movimiento en el centro de los escombros. Parpadeó, y después vio otra figura que llegaba corriendo desde la casa, agachada y zigzagueando.

¡Soldados! Más soldados, quizá dos o tres cerrándose sobre la estructura destruida que inmovilizaba el cuerpo de Birgit.

-¡No! -Su grito se alzó en el silencio. Inclinó la cabeza y echó a correr con todas sus fuerzas hacia el edificio destruido.-¡No! ¡No la

toquen! -Se abalanzó sobre los restos.

Una figura de uniforme caqui apareció de pronto frente a él, le agarró con sus brazos y le derribó.

-Profesor Bergman.

Estaba mirando un par de ojos que le observaban bajo el borde de una boina roja.

-No la toquen -rogó Anders.

-Estará bien -aseguró la voz en perfecto inglés-. Estamos sacándola de aquí. Después, tendremos que llevarlos a los dos fuera de todo esto.

-¿Vive? -Anders no podía creer lo que oía.

-Está hablándonos. La sacaremos en un minuto.

Sintió que se aflojaban los brazos musculosos que lo sostenían. Después, una mano fuerte se inclinó hacia él y le ayudó a incorporarse. Miró alrededor y comenzó a entender que los comandos británicos no habían llegado para ejecutarles. Dos de los Diablos Rojos estaban agazapados detrás de sus rifles, vigilando los campos circundantes. Cuatro hombres estaban levantando la viga que había atrapado a Birgit.

-Para ustedes dos todo ha terminado -dijo el soldado-. Les llevaremos de vuelta a casa.

VERANO DE 1945

El milenario Reich había perecido en mayo, cuando el Ejército Rojo y el Ejército de Estados Unidos se encontraron en el corazón de Alemania. Los científicos británicos habían entrado en la cueva que estaba bajo la iglesia del castillo de Haigerloch, y allí habían descubierto las ruinas del reactor alemán. Como todo lo que los nazis habían construido, estaba muerto. La guerra continuaba librándose, pero ahora se combatía en el extremo opuesto del mundo. El imperio insular de Japón estaba desapareciendo, y la flota que otrora había navegado sin rival de India a Hawai ahora descansaba en el fondo del Pacífico. Todo el mundo esperaba el ataque final al País del Sol Naciente. Pero unos pocos científicos sabían que no sería necesario ese ataque. Habían presenciado en los campos de prueba del desierto norteamericano ese instante de triunfo negado a los alemanes. Habían visto toda la furia del infierno.

Londres - 8 de agosto

Werner Heisenberg estaba desconcertado ante las noticias.

Los norteamericanos acababan de arrojar una bomba atómica sobre una ciudad japonesa, una bomba que según se afirmaba tenía la fuerza explosiva de casi 20.000 toneladas de TNT. La ciudad y la mayor parte de la población se habían quemado en un relámpago.

-Podría haber sido nuestra -murmuró Lauderbach, los puños apretados sobre la mesa de conferencias. Después, golpeó la mesa con un sentimiento de frustración-. Estuvimos tan cerca.

-Nos habíamos adelantado a ellos, ¿verdad, Werner? -preguntó Fichter.

Pero Heisenberg no contestó. Sus pensamientos estaban centrados en el científico norteamericano que detestaba la idea de una bomba tanto como el propio Heisenberg.

-El lo sabía -murmuró Heisenberg para sí mismo-. Lo sabía y me utilizó.

Los físicos alemanes se habían rendido en Hechingen a la primera patrulla aliada que entró en el pueblo. Heisenberg, que había escapado en bicicleta para refugiarse en su casa de Baviera, esperó hasta la caída definitiva del Tercer Reich. Entonces, sencillamente se identificó ante las fuerzas ocupantes. El equipo atómico alemán había

sido reunido por los británicos y llevado a Londres. Ahora celebraban cautelosas reuniones con los científicos ingleses, que abrigaban la esperanza de comprometerles en un esfuerzo combinado de investigación.

-¿Qué peso tenía la bomba? -preguntó uno de los alemanes a sus anfitriones ingleses.

-¿Cómo la detonaron?

Pero el físico británico que había interrumpido la reunión para leer el histórico anuncio ya estaba desechando las preguntas.

-Sólo conocemos los hechos que acabamos de leerles. -Mostró el comunicado de prensa emitido por los norteamericanos.- Fue una sola bomba, arrojada de día desde un bombardero B-29, y explotó en el aire sobre Hiroshima.

-¿Uranio enriquecido o plutonio? -insistió un alemán. El inglés señaló el papel que sostenía en la mano.

-No lo dice. Se limita a mencionar un explosivo nuclear.

Heisenberg retiró su silla y caminó hasta la cabecera de la mesa, ocupada por Frederick Lindemann.

-Por favor, necesito hablar un minuto con usted. A solas.

Lindemann se disculpó y llevó a Heisenberg a una oficina contigua a la sala de conferencias.

-¿Cuándo comenzaron a procesar el combustible? -preguntó apenas Lindemann cerró la puerta.

-No tengo idea -dijo el físico inglés-. Sólo sabemos lo que los norteamericanos...

-Por favor -le interrumpió Heisenberg-. Esto es muy importante para mí, personalmente.

Lindemann le miró con suspicacia. Profesaba el mayor respeto a Werner Heisenberg. La pregunta escondía algo más que curiosidad profesional.

-Creo que a principios de 1944.

Heisenberg asintió. Los norteamericanos ya estaban

produciendo material para la bomba cuando el agente había llegado a Alemania. De modo que todo eso había sido sólo una maniobra militar. El agente estaba retrasando a los alemanes, para que los norteamericanos pudiesen fabricar esas armas infernales.

-Me agradaría hablar con Nils Bergman -dijo Heisenberg. Lindemann le miró atónito al escuchar la sugerencia.

-Vino a Alemania, al Instituto Kaiser Guillermo, durante el invierno del cuarenta y cuatro. Colaboramos.

El inglés meneó la cabeza.

-Eso es imposible. Nils Bergman ya había muerto. Pereció trágicamente en un accidente aéreo.

Werner asintió.

-No me refiero al verdadero Nils Bergman. Hablo del norteamericano que le personificó. Desconozco su verdadero nombre.

Lindemann se sonrojó.

-¿Un impostor? ¿Un hombre que personificó a Nils Bergman?

-Por favor -rogó Heisenberg-. Alguien en Inglaterra debe conocerle. Los comandos británicos intentaron matarle. Para mí es importante verle. Sólo unos minutos.

El físico británico se apartó lentamente de la puerta, cerca de la cual se había detenido, y caminó hacia la ventana. Durante un momento miró distraídamente el primer estío sereno que su país presenciaba en cinco años.

-No, eso es imposible -dijo. Después, se volvió hacia Heisenberg-. No sabemos nada de una persona que haya representado a Nils Bergman.

Heisenberg pareció deprimirse en el momento mismo de aceptar la contestación.

-Yo le ayudé -dijo a Lindemann-. Me pareció que era mi deber. Ahora... me siento traicionado.

-Lo siento -contestó el inglés-. No imagino quién puede haber sido.

El encuentro se prolongó tres días más. Los alemanes presionaron a sus anfitriones ingleses, reclamando más información acerca del programa norteamericano. Pero los británicos no tenían respuestas. A su vez, los ingleses trataron de saber si los alemanes podían ayudarles a disminuir la ventaja norteamericana. Llegaron a la conclusión de que su única posibilidad era confiar en que los norteamericanos compartirían sus secretos atómicos. Heisenberg aportó poco a las discusiones. No le interesaban las bombas atómicas, al margen de la identidad de quienes las poseyeran.

Estaba en sus habitaciones, las maletas preparadas para regresar a Alemania, cuando un guardia militar llamó a la puerta y le entregó una nota del profesor Lindemann. Un automóvil le recogería una hora más tarde para llevarle a una reunión especial. Se le pedía que no hablase del asunto con ninguno de los restantes científicos alemanes.

Un oficial de la RAF se sentó en silencio al lado de Heisenberg, en el automóvil que le llevó a la base del Comando de Cazas de Gatwick.

-¿De qué se trata? -preguntó Heisenberg, que sentía crecer su curiosidad a medida que avanzaban por el camino.

-No tengo la más mínima idea -dijo el oficial-. Recibí órdenes: que le recogiera aquí y que me ocupara de llevarlo allí. Es todo lo que sé.

-¿El profesor Lindemann estará esperándonos?

-¿Lindemann? -El oficial meneó la cabeza.- Nunca he oído hablar de él. ¿Está en la base aérea?

Atravesaron una estrecha entrada, y siguieron una de las pistas hasta un hangar cerrado, al fondo del campo. Un bombardero Wellington esperaba en la pista y su tripulación descansaba bajo el ala.

-Allí -dijo el oficial, pasando la mano frente a Heisenberg y abriendo la portezuela-. Estaré esperándole cuando termine.

Werner caminó con paso inseguro hacia el hangar, y abrió la puerta de una oficina.

-¡Bergman! -dijo, cuando Anders se puso de pie detrás de un escritorio para saludarle. De modo que es real.

-Y estoy vivo, gracias a usted. Pero me llamo Anders. Karl Anders.

Heisenberg apoyó las manos sobre los hombros del norteamericano.

-Y se le ve muy bien. Está más delgado. Incluso más joven. ¿Qué clase de hombre es el que se rejuvenece en vez de envejecer?

-Tenía que parecer más viejo para ser Bergman. Ahora intento ser yo mismo, y es un papel más difícil.

La broma fue recibida en un silencio embarazoso.

-¿Oyó la noticia? -preguntó Heisenberg, pasando al tema que le interesaba.

-¿Acerca de la bomba norteamericana? Sí. Se ha difundido en todo el mundo.

-¿Usted sabía que su país estaba trabajando en eso?

Anders asintió.

-¿Usted sabía que estaban más avanzados que nosotros?

-Eso suponía.

Heisenberg se volvió y caminó hacia el fondo de la habitación. Se le hundieron los hombros y su voz se convirtió en un murmullo.

-Imagino que fue ingenuo de mi parte. Quizá yo mismo sabía que como los mejores físicos se habían reunido en Estados Unidos, ciertamente construirían una bomba. Pero pensé... abrigué la esperanza... de que usted pudiese encontrar el modo de evitarla.

-Todos creían que era necesaria -explicó Anders-. Temíamos no ser los primeros.

Heisenberg se volvió lentamente, agobiado por una verdad que acababa de confirmar.

-En ese caso, soy un traidor. -Miró a los ojos a Anders.-Debí entregarle apenas tuve sospechas.

Los ojos de Karl demostraron la conmoción que sentía.

-Creí que nos entendíamos.

Werner meneó lentamente la cabeza.

-Cuando yo acepté sus errores, no intentaba dar una ventaja a Estados Unidos. Lo juro, realmente deseaba evitar que se fabricase el condenado artefacto. Abrigaba la esperanza de que nadie sería el primero. Creí que usted alimentaba el mismo deseo.

-Y así era -protestó Anders.

-Pero usted sabía que su país estaba fabricando la bomba. De modo que usted en realidad realizó una maniobra dentro del juego de la guerra. Retrasar al enemigo, para llegar primero. Fue sólo una maniobra, y yo le ayudé a triunfar.

Anders atravesó el espacio que los separaba y apoyó las manos en los hombros de Heisenberg.

-Werner, usted sabe que no fue así. Usted y yo sabemos que ninguno de nosotros venció. Todos somos perdedores.

-Pero usted colaboró con ellos -protestó Heisenberg.

-No. Jamás colaboré con ellos. Me lo pidieron y me negué. Volvieron dos veces más, una para invocar mi patriotismo y otra para amenazar mi carrera. Ambas veces me negué. Les dije que jamás tendría nada que ver con la bomba que ellos estaban fabricando. Y entonces me dijeron: Si no está dispuesto a fabricar una bomba atómica, ¿contribuirá a destruirla?

Heisenberg le miró con suspicacia.

-Ambos somos traidores, si así lo prefiere -continuó Anders-. Usted trató de cerrar el paso a su país y yo intenté detener a los dos países. Pero maldito sea, Werner, ¿a quién traicionamos?

El alemán sonrió. Después, extendió los brazos y abrazó al norteamericano.

-Esperaba contra toda esperanza que usted se hubiese fugado.

-Escapé por poco -comenzó a decir Karl. Después que se acomodaron en las toscas sillas de madera que amueblaban la oficina del hangar, Karl le relató los detalles de la fuga. Heisenberg rió estrepitosamente cuando supo que la SS había estado transportándole

a través de Alemania, mientras Himmler clamaba por su cabeza.

-¿Y su compañera? Birgit Zorn.

-Ahora es mi esposa -sonrió Anders-. Nos casamos hace tres semanas.

Describió la huida hacia el establo y el ataque de los soldados de la SS. Karl omitió el asesinato a sangre fría del mayor de la SS, pero recordó cómo había vuelto al montón de escombros para morir con Birgit.

-Los británicos estaban buscándonos. Pensamos que querían matarnos, y escapamos de ellos una vez. Pero nos hallaron en el establo y nos retiraron del montón de escombros. Birgit estaba gravemente herida. Una de las vigas le había roto la pierna. Los británicos la transportaron varios kilómetros hasta que llegamos a una casa segura, y después, la noche siguiente, nos pusieron en un avión. Estuvimos aquí en Inglaterra un mes, mientras le curaban la pierna. Y después volvimos a casa.

-A Estados Unidos -aventuró Heisenberg.

-No. A Suecia. Tengo una cátedra. Ciertamente, no con la jerarquía que tenía Bergman. Pero es un comienzo.

-¿Usted prefirió Suecia?

-Allí no hay bombas atómicas -explicó Anders.

Heisenberg asintió.

-Estuve en lo cierto. Nos entendemos. Y como somos vecinos, podremos vernos a menudo.

Karl apretó los labios.

-No podremos hacerlo oficialmente. Los ingleses desean que me mantenga alejado de Alemania. No mejoraría su imagen como caballeros, si los suecos nos ven reunidos e imaginan que el gobierno de Su Majestad estuvo falsificando pasaportes suecos.

-Pero los ingleses concertaron esta entrevista -dijo Heisenberg, señalando con un gesto la habitación que ambos compartían.

-Sólo por esta vez -dijo Anders-. Me trajeron aquí en un

avión con el fin de que podamos despedirnos. Y me llevarán de regreso apenas hayamos terminado. Lo que menos desean es que el doble de Nils Bergman aparezca en Londres.

-En ese caso, le he perdido con la misma rapidez con que le hallé. Sin duda, podremos encontrarnos "oficiosamente". Por casualidad, si lo prefiere.

Anders sonrió.

-¿Quién podría impedirlo?

-Entonces, ¿dónde? ¿Cuándo? -Heisenberg ya estaba entusiasmado ante la perspectiva.

Anders intentó pensar en un lugar apropiado. De pronto, se le iluminaron los ojos.

-En Haigerloch, en la iglesia del castillo. De aquí a un año. En el aniversario de la bomba norteamericana. Nos reuniremos en el coro. Y cantaremos juntos ese himno. ¿Recuerda? La plegaria que usted estaba tocando en el órgano. La que no tiene letra.

-Tiene letra -dijo Heisenberg cada vez con más entusiasmo-. Busqué el texto apenas llegué a mi casa. Lo llevaré conmigo.

-¿Qué dice la letra? ¿Lo recuerda?

Heisenberg asintió.

-Se alaba al Señor con palabras sencillas. Se percibe al Señor en las cosas sencillas.

-Sin duda, no es el lema del milenario Reich -bromeó Karl.

-O de sus fabricantes de bombas -replicó Heisenberg.

Se abrazaron y rieron alegremente.

-Tal vez si cantamos bien la letra, jamás haya otra bomba atómica.

-Tal vez si la cantamos *con fuerza suficiente.* No sé cantar, tengo una voz terrible.

Al separarse estaban llenos de esperanza. Al día siguiente, los norteamericanos arrojaron una bomba todavía más grande, fabricada con plutonio, sobre Nagasaki. La ciudad y la mayor parte de su población perecieron quemadas en un relámpago.